

PRIMER TOMO DE LA SAGA **LIGADOS AL CIELO**

«Emociones épicas, un romance
estremecedor y un héroe
sorprendente.»

—**ADAM SILVERA**,
autor de Al final, cuando los días



UNA FURIA DE ALAS NEGRAS

ALEX LONDON

**UNA FURIA
DE ALAS
NEGRAS**



**UNA FURIA
DE ALAS
NEGRAS**

ALEX LONDON



Traducción de Julieta Gorlero



Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *Black Wings Beating*
Editor original: Farrar, Straus and Giroux for Young Readers
Traducción: Julieta Gorlero

1.ª edición: abril 2019

Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos de esta novela son producto de la imaginación de la autora o son empleados como entes de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es mera coincidencia.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2018 by Alex London

All Rights Reserved

© de la traducción 2019 by Julieta Gorlero

© 2019 by Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

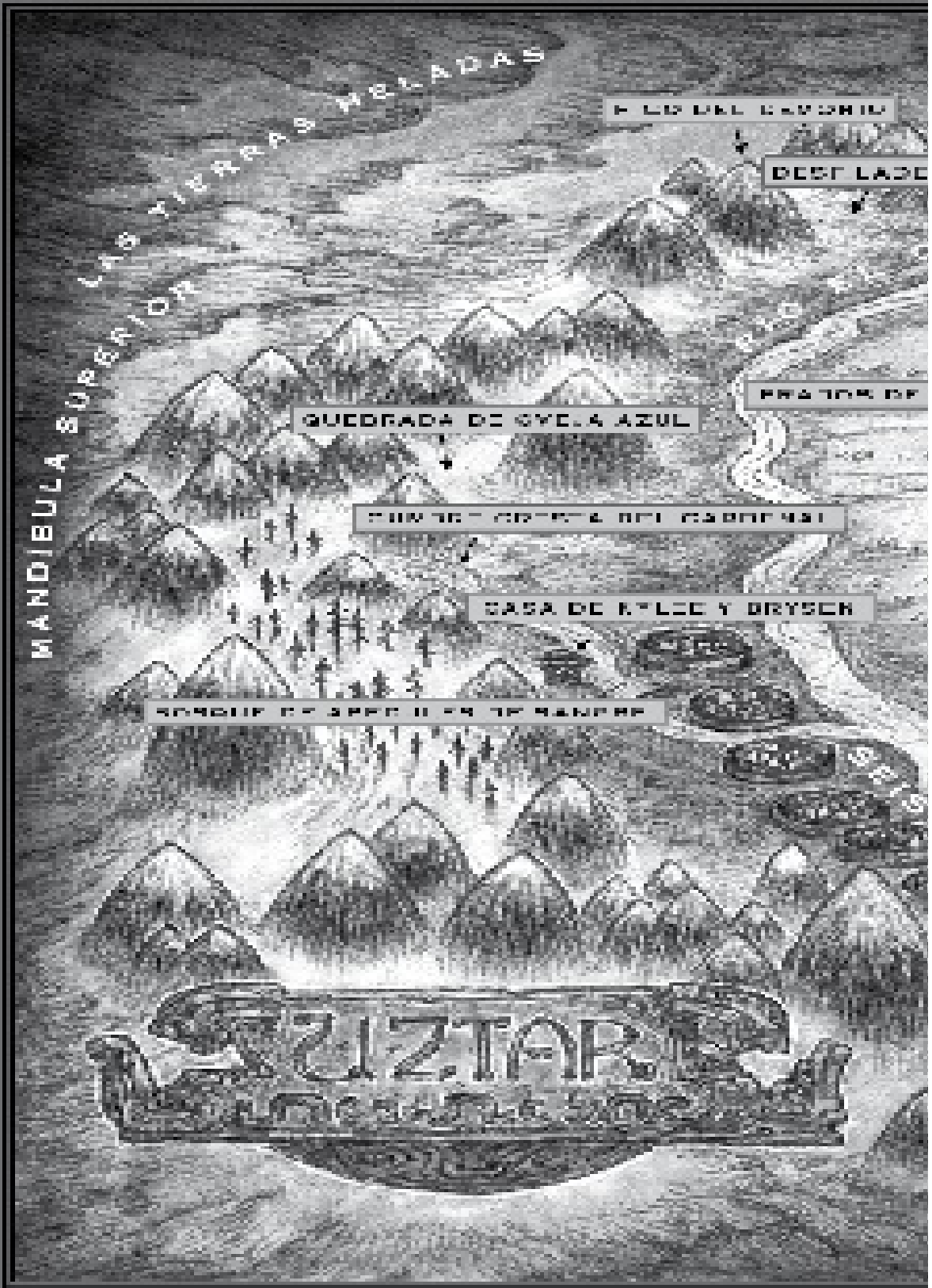
www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-17545-24-6

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

*Para Tim, hacia quien siempre volaré,
y para mis padres, quienes me enseñaron cómo hacerlo.*

—A. L.



MANDIBULA SUPERIOR

LAS TIERRAS HELADAS

RIO DEL DAVONIU

DESI LADE

PRATOR DE

QUEDRADA DE CYELA AZUL

PUNTO DE APORTE DEL CARRONAI

CASA DE R'LEE Y DRYSEN

RONDOP DE APPO II EN TE MANEPE

ZIZTARI



*Tú civilizas a medias,
al domarme de esta manera.*

*Al tener ojos solo
para ti temo perder,
pierdo para conservar y elijo
al domador como presa.*

–THOM GUNN,
«DOMADOR Y HALCÓN»

*...olvidando sus propios pensamientos,
finalmente había conocido lo que el halcón conoce:
el hambre, el viento, la forma de volar.*

–URSULA K. LE GUIN,
«UN MAGO DE TERRAMAR»

UN AVE IMPOSIBLE

Todas las aves rapaces dejan en ridículo el prestigio de los humanos, pero ninguna con tanta crueldad como el águila fantasma. Y, sin embargo, la humanidad, ingenioso roedor, ha encontrado formas de engañar al águila, de cegar sus ojos que todo lo ven y doblegarla a su voluntad.

Pero primero hay que conseguir que caiga en la maldita trampa.

«Vamos, pájaro de mierda», masculló Yzzat, mientras se cubría con la piel de un jabalí. La escarcha se acumulaba en su barba rubia y su cuerpo temblaba contra el azote del viento de la montaña, pero mantuvo sus ojos del color del deshielo fijos en el cielo. Las águilas fantasma construían sus nidos dentro de cavernas oscuras muy elevadas, resguardadas del viento, de la luz y de los ojos curiosos como los de Yzzat. La altitud era suficiente para descomponer a cualquier cazador menos resistente.

Después de treinta años de rastrear y *casi* encontrar, Yzzat sabía sobre esperar demasiado y llegar muy tarde, sabía que en su guarida habría huesos de halcones y buitres por doquier. Cráneos de cabra y costillas de lobo. Los huesos de águilas fantasma macho, porque las hembras mataban a sus parejas cuando terminaban con ellas. Y habría uno o dos esqueletos claramente humanos.

El águila fantasma era una cazadora oportunista y la gente presentaba un montón de oportunidades. Su envergadura era más extensa que una mula y volaba más rápido que un relámpago terrestre, con plumas tan negras que podían opacar la noche misma.

Yzzat sabía que el enorme pájaro estaba cerca. Había escalado desde las polvorientas tierras bajas de Seis Aldeas, a través del bosque de abedules de sangre donde reinaban las Madres Búho y por los altos riscos del Desfiladero Innombrable, en su persecución. Había ido de su territorio al del águila, como habían hecho innumerables tramperos que habían fallado antes que él. Como esos escasos pocos que lo habían logrado.

El águila conocía el territorio mejor de lo que Yzzat jamás podría, veía el horizonte en todas direcciones y con seguridad, había estado observando durante días cómo él iba acercándose. Pero Yzzat tenía paciencia, tanta paciencia como el ave, y estaba decidido a esperar a que este pájaro saliera.

Cuando lo hiciera, él se convertiría en un hombre poderoso.

Ya no tendría que regatear gavilanes de segunda ni falsas especies de halcón en el mercado; ya no tendría que quedarse en las mugrientas arenas de riña, cubierto de excremento de pájaro y vísceras de paloma al terminar la noche de apuestas. Tendría un vasallo con paraguas que evitaría que la mugre le cayera en la cabeza. Y comería cordero. Nada de garbanzos y cebollas para la cena. Sus hijos aprenderían a respetarlo y él, a su vez, compartiría su nueva fortuna.

Yzzat sabía que sus hijos le tenían pavor, pero él sabía que

también podía ser amable. *Sería* amable, en cuanto el mundo lo fuera con él. Hasta entonces, no les haría a los mellizos ningún tipo de favor tratándolos como si fuesen los kyrgios nobles y poderosos del castillo, no cuando su vida era tan desgraciada como la suya. Solo podía golpearlos para mantenerlos con los pies sobre la tierra. Cuando él echara a volar, también lo harían ellos.

Esta sería la noche. Estaba posado en el borde de la felicidad. Todos lo estaban.

Tiró del delgado hilo de seda, ligero y fuerte como una telaraña, que iba desde las yemas de sus dedos a las plumas de la cola de un halcón de corral maltrecho. El ave rapaz rosa resplandeciente estaba enfurecida ante el insulto de estar amarrada. Aves orgullosas, estos halcones. No estaban acostumbrados a ser usados de carnada. Este aleteaba y chillaba y se elevaba del suelo tanto como el hilo lo dejaba. Yzzat lo hizo bajar tirando otra vez, para simular los movimientos de un ave que ha sido herida.

Las águilas fantasma solo comían presas vivas, así que por eso Yzzat había capturado a este atractivo halcón. Normalmente, la venta de un halcón de corral en el mercado le daría lo suficiente para permitirle beber y apostar en Pihuela Rota por un plenilunio o dos, con sobras suficientes como para que su mujer dejara de fastidiarlo con comprar ropa para los mellizos o darle limosna a su Sacerdote Rastrero; pero este halcón valdría el peso de su pico una vez que sirviera para su propósito esta noche. La pérdida del halcón sería indemnizada con la recompensa del águila.

Observa desde lo alto del nido,

solo un tonto viene desguarnecido.

Sin embargo, a los fieles revela

los sueños que estos persiguen

o que ella devora.

Susurró el viejo poema uztari para sí mientras esperaba. Había diseñado la trampa él mismo, una operación delicada que requería encontrar el momento justo y prestar absoluta atención. Solo un cetrero de diez mil podía siquiera soñar con mantenerla cautiva una vez atrapada. No se la podía amansar, pero quizás fuera posible controlarla.

Quizás.

Ya tenía un comprador listo, un gran kyrgio del Castillo del Cielo, un miembro del Concilio de los Cuarenta, quien ya tenía una impresionante variedad de aves en sus jaulas. Tenía gerifaltes y halcones peregrinos perfectos y cernícalos en todos los colores imaginables. Pero el kyrgio quería un águila fantasma más que nada en el mundo. Un hombre que dominara un águila fantasma sería venerado. Podría comandar ejércitos y decidir el destino de dinastías por venir. Podría aplastar una rebelión o encender una. Un hombre que dominara un águila fantasma podría reinar.

Que *este* hombre pudiera dominar un águila fantasma o no, eso no era problema de Yzzat. Estaba dispuesto a pagar el precio que él estableciera tan solo por la posibilidad de intentarlo. Un precio que Yzzat no había siquiera imaginado aún.

Todo lo que tenía que hacer era meter al ave en su red.

Montaña, campo y bosques por igual guardaban esparcidos los

huesos de aquellos que habían intentado y fracasado antes que él. El águila fantasma disfruta de una buena pelea, pero mata a todos aquellos que la decepcionan. Y durante años, los humanos han sido su mayor decepción.

Yzzat, sin embargo, había hecho de su vida un estudio sobre las decepciones. Su mujer era una decepción, con sus arranques de melancolía devota, sus diezmos para lavar culpas y su comida horrible. Los mellizos eran los decepcionantes hijos que ella le había dado.

La chica tenía un don para la cetrería, un don de esos que aparecen una vez por generación, pero era reacia a sobresalir por sobre su hermano.

¿Qué había hecho Yzzat para merecer a una hija tímida?

Y al pensar en su hijo... Yzzat sintió que su sangre bullía y se acumulaba tras sus ojos. Él era un desperdicio de joven.

Era tímido como su hermana y también guapo como ella. Era delgado y magro para un chico que debería estar alcanzando la hombría. En apariencia, estaba tan lejos de Yzzat como un pez de un halcón, pero miraba a su padre con los mismos ojos azul montaña que Yzzat veía en su propio reflejo.

Su hijo no tenía talentos especiales, ni gran inteligencia ni fuerza. Ocupaba espacio y los alimentos mediocres de la mesa de Yzzat, y la ropa le iba quedando más pequeña de lo que la mediocre mano de su madre podía remendar, y cada uno de sus suspiros y resoplidos le recordaban a Yzzat que este era el muchacho que lo reemplazaría algún día. Todos los hijos destruyen el legado de sus padres —ese era el giro expansivo de las generaciones—, pero este

quizás lo hiciera mientras su padre aún estuviera vivo.

Ninguna cantidad de golpes parecía suficiente para motivar al chico. Sangraba y se lastimaba y ardía, pero seguía sin aprender. Cuando los hombres miraban a su hijo, veían los errores del propio Yzzat. Si la fruta estaba podrida, también lo estaba el árbol de donde había salido, ¿no?

Yzzat sintió escalofríos. Estos pensamientos no eran suyos. El ave debía estar preparándose para atacar.

Decían que un águila fantasma no solo podía ver el aliento caliente en tus pulmones y la sangre tibia en tus venas, sino que también podía ver la debilidad en tu corazón y mostrártela. Era un pájaro que llevaba a su presa a la locura antes de devorarla. Los hombres valientes se ensuciaban cuando se acercaba y las bestias de carga se arrojaban por los acantilados al verla planear a su alrededor.

Yzzat aclaró su mente y centró sus pensamientos en lo único que importaba ahora: su objetivo. Estaba en posición. Estaba listo para arrancar a un ave imposible del cielo.

Entonces escuchó un revuelo encima de él y levantó la vista hasta el borde de una cumbre cercana, en lo más alto del Desfiladero Innombrable. Había una persona merodeando en las sombras de un arbusto. ¡Lo habían seguido!

¿Sería algún cazador que pretendía llevarse su botín una vez que él hubiese hecho todo el trabajo peligroso? O quizás era uno de los enemigos de su comprador en el Concilio de los Cuarenta, ¿otro kyrgio o un asesino de kyrgios? ¿Un fanático religioso que pensaba que atrapar un águila fantasma era una blasfemia o alguno que

creyera que el águila fantasma lo bendeciría si se la podía llevar? El gran rapaz daba alas a deseos ilimitados.

Sacó su cuchillo. La hoja negra y curva como una garra se deslizó silenciosamente desde su vaina de piel de perro. Sujetó la empuñadura en una postura de combate, dejó que el metal frío descansara sobre su antebrazo, con el filo hacia afuera, de forma tal que pudiera deslizarlo derecho por la garganta de su acechador nocturno con un manotazo de revés.

Respiró hondo, contuvo el aire, escuchó y observó la oscuridad, intentando reencontrar a su presa con la misma intensidad que un halcón en vuelo.

¡Ahí!

Vio un movimiento en el arbusto y, entre las hojas, el brillo de una estrella reflejada en un ojo. Se lanzó hacia él.

Pero sus pies nunca tocaron el suelo.

Enormes garras llegaron desde la oscuridad detrás de él, lo arrancaron del lugar por los hombros y lo inmovilizaron. Dejó caer su cuchillo al sentir que lo alzaban en el aire.

El halcón de corral amarrado chilló, ileso. La trampa quedó sin activar. El águila lo tenía, no él al águila.

«¡RIIIII!», cantó, tan alto que sus oídos zumbaron.

Iba en el aire, como todo cetrero soñaba, pero no había alegría en este vuelo. Sabía que los huesos de sus brazos estaban rotos. Sabía que tenía un pulmón perforado.

También sabía, con tanta seguridad como que el pico del águila le arrancaría la garganta, que abajo no lo echarían de menos. Observó a la figura humana que lo había distraído liberando al

halcón de corral con el cuchillo del propio Yzzat. Gritó.

Debajo, la persona miró, impávida, cómo Yzzat era acarreado hacia la luz de las estrellas, e Yzzat se permitió llorar de vergüenza por todo. Sus lágrimas cayeron como una lluvia insignificante y fueron lo último de él que jamás tocó la tierra. Todos en Seis Aldeas escucharon sus gritos en el viento, mientras era llevado por el aire y en soledad.

No se fue en silencio.

KYLEE

AMARRES



1

Era el último día antes del Mercado de Cetreros y Kylee encontró a su hermano mellizo exactamente donde había esperado encontrarlo: en las arenas de riña.

Brysen estaba entre una multitud de chicos riñeros, su chaleco estaba abotonado hasta el cuello; su chaqueta de cuero de cabra, en el suelo a sus pies. Tenía una soga de riña enrollada sobre sus hombros y llevaba puesto su guante de cuero largo hasta el codo. Su halcón, Shara, se posaba erguido y encaperuzado en su puño, amarrado por una pihuela de cuero corta a las anillas en el antebrazo del guante.

Resultaba fácil encontrar a Brysen entre la muchedumbre. Su pelo gris tormenta se encrespaba en todas direcciones, como la pelusa de un polluelo, y su labio inferior sobresalía con un fajo de hojas de cazador. Cuando se dio la vuelta para escupir, vio a Kylee en la puerta, encontró sus ojos entre los hombros apretujados de apostadores y espectadores.

Kylee y Brysen eran una imagen en espejo el uno del otro, salvo por el pelo. El de ella aún era negro, como había sido el de él alguna vez, pero ambos tenían la misma piel marrón ciervo de su madre, los mismos ojos color azul cielo de su padre, brillantes

como las mañanas despejadas. Eran ese tipo de ojos que contienen un vendaval. Si los mirabas demasiado, salías volando.

La gente de Seis Aldeas pensaba que el pelo prematuramente gris de Brysen lo convertía en alguien salvaje y peligroso, como un halcón consumido, y él hacía todo lo posible por alentar esas ideas, las usaba como escudo contra la lástima de otros. A Kylee no podía importarle un vómito lo que otras personas pensarán de ella.

Abrió las palmas de sus manos hacia él para cuestionarle qué creía que estaba haciendo ahí cuando ella necesitaba que estuviera trabajando. Este era el mercado más importante de sus vidas y él lo sabía. Brysen volvió su atención a las arenas de riña.

«¡Maldita basura come mierda!», maldijo Kylee.

Después de su escalada matutina por los afilados riscos, había regresado a casa para encontrar la cama de Brysen vacía y se había abierto paso por la pendiente rocosa que salía desde su casa, por el puente tambaleante que cruzaba el río formado por el deshielo —el Collar, lo llamaban— y por dentro de Seis Aldeas. Apenas unas semanas antes, el Collar había sido hielo sólido y resplandeciente. Las Seis Aldeas estaban enhebradas como cuentas a lo largo de sus orillas, más un pueblo que seis poblados distintos.

No había una fecha formal en el calendario uztari para el Mercado de Cetreros, sino que el deshielo del Collar marcaba el momento. Cuando la corriente del río llegaba a las rodillas, las carpas comenzaban a alzarse a lo largo de la carretera. Cuando llegaba a la cintura, el mercadoabría.

Tampoco se hacía un anuncio. Los espías simplemente observaban el río y enviaban palomas a informar a sus señores,

quienes iban viajando por los caminos de los transportistas desde el Castillo del Cielo en el norte hasta la Fortaleza de la Garra en el sur.

Por supuesto, todos sabían quiénes eran los espías y para quiénes espiaban. Espiar era una tradición en Seis Aldeas, se pasaba de generación en generación entre familiares. Cuanto más prestigiosa era la familia noble, más prestigiosa era la familia aldeana que espiaba para ellos. Después de todo, no había secretos en Seis Aldeas. Con la seguridad con que el hielo se vuelve agua y al revés, cuando el río corría, los clientes venían y los espías pagaban la primera ronda en Pihuela Rota.

Su hermano no podía resistirse. Kylee observó, enfurecida, cómo Brysen se reía con los otros chicos riñeros. La pelea en curso finalizó y dos de los chicos más jóvenes barrieron las huellas, la sangre y las plumas esparcidas por el foso.

Escabullirse a las arenas de riña el día anterior al Mercado de Cetreros era el tipo de insensatez por la que su padre hubiera golpeado a Brysen hasta dejarlo inconsciente. Aunque, la verdad era que su padre nunca había necesitado excusas. Parecía disfrutar de hacer daño a su hermano como si fuera un deporte, de la misma forma en que un halcón disfruta de atontar a un ratón.

Menos mal que papá está muerto, pensó Kylee y lanzó un escupitajo al suelo, después lo pisoteó para que así se quedara. *Lodo abajo y lodo encima. Si no ve el cielo, el muerto no asciende a la celestial cima.* Era una superstición, pero una agradable. Algunos hombres no merecían un funeral celeste.

Viajar por la meseta se estaba volviendo peligroso y los precios

por las aves de Seis Aldeas volaban. Desde una punta de la meseta a la otra, todos sabían que Seis Aldeas ofrecía las mejores aves rapaces —para caza, carreras, riñas o de compañía— y el mercado era el único momento en el que los mejores compradores se arriesgarían a recorrer todo el camino hasta allí. Los rumores decían que este sería el último mercado decente por un tiempo. Los rumores decían que el aire olía a guerra.

Lo que dijeran «los rumores» a Kylee la tenía sin cuidado, pero sabía que, si podían vender todas las aves que Brysen había atrapado y entrenado, este año finalmente podrían pagar su herencia: las deudas de juego que su padre había acumulado en Pihuela Rota. Después de temporadas de arañar con desesperación hasta el último bronce que pudieran obtener, Kylee y su hermano podrían quedar en cero y cerrar el negocio; podrían desentenderse de la cetrería.

No era que Brysen quisiera librarse de la profesión. Pero Kylee, sí. *Ella* finalmente sería libre.

Las carreteras y posadas ya rebosaban con multitudes de visitantes. Hasta los hombres altaris consagrados entraron a gatas, con sus cuellos curtidos por el sol, que brillaban furiosamente a la altura de las rodillas. Uno de ellos chocó su cabeza con la pierna de Kylee, a la entrada de Pihuela Rota, al acercarse a ella en cuatro patas.

—Limosna por sus pecados hacia el cielo —masculló en mitad del alboroto de la creciente muchedumbre, mientras levantaba una mano sucia hacia ella sin alzar la mirada. Los Sacerdotes Rastreros tenían rodillas sangrientas y voces roncas de ir gritando malos

augurios sobre el oficio de los cetreros, pero mantenían los ojos firmemente fijos en la tierra. Creían que el entrenamiento uztari de las aves era una blasfemia y que solo el antiguo culto altari de reverencia al salvaje e indómito cielo era la fe verdadera. Guardaban sus palabras más duras para los altaris que dejaban la religión y se convertían en uztaris de pájaro en puño.

Ellos, no obstante, pedían contentos limosnas de bronce uztari.

—Aléjate —gruñó Kylee.

—No es demasiado tarde para arrepentirse —exclamó el hombre y la sujetó tan fuerte por la espinilla que sus nudillos se volvieron blancos—. Arrepiéntase de venerar a ese viento perverso y acepte la verdadera fe de nuestra tierra. Arrepiéntase y será salvada de la destrucción que se avecina y... ¡uf!

Mordió la tierra con la cara cuando un pie le barrió el otro brazo desde abajo.

—Vete a lamer los dedos de un buitre. —Vyvian Sacher se rio del Sacerdote Rastrero mientras este, con esfuerzo, se ponía nuevamente en cuatro patas—. ¡Lárgate!

—Por culpa de los de vuestra clase, la maldición de los kartamis caerá sobre nosotros —gruñó y después alzó la cabeza para mirar a Kylee y a Vyvian a los ojos—. Nadie se salvará.

Vyvian levantó su paraguas enrollado y el Sacerdote Rastrero se encogió, luego bajó la mirada y se fue gateando, lejos de la brusca muchedumbre y de Pihuela Rota.

—¿Te puedes creer a esa cacatúa? —se mofó Vyvian—. Viene a amenazarnos a nuestro propio patio trasero.

—Son las mismas palabrerías de siempre. —Kylee se encogió de

hombros—. No son tan malas comparadas con las cosas que dice mi madre.

—Sí, bueno, ella es una fanática —dijo Vyvian, que pasó la mano por su largo pelo oscuro y se lo amarró hacia atrás con un nudo. Estaba vestida con pantalones de cuero negro y marrón y una larga túnica de plumas. Y al estirarse, parecía estar acicalándose las plumas más que tratando de calmar el dolor de su cuello. Vyvian quería que la vieran y por eso que llevaba un paraguas, que nunca abría, para protegerse del excremento de los pájaros. Solo quienes eran realmente ricos abrían sus paraguas, más preocupados por sus telas que por cómo los veían otras personas. Vyvian aspiraba a las riquezas, pero aún tenía un largo camino que recorrer. Pese a eso, amaba los días de mercado.

Cuando eran niñas, antes de que empezara a dedicarse al negocio familiar, ella y Kylee jugaban a los dados de hueso debajo de los puestos del mercado. Estos días, ambas estaban demasiado ocupadas cuando llegaba el mercado; Kylee consiguiendo bronce y Vyvian, secretos. Su familia espiaba para uno de los kyrgios de la Fortaleza de la Garra, así que generalmente sabía qué estaba pasando en el resto de la meseta antes que la mayor parte de Seis Aldeas.

—Tu madre tiene la sensatez de desvariar en privado. Este sacerdote no tiene derecho a sembrar pánico en Pihuela Rota. La gente ya está lo bastante nerviosa por los kartamis, tal y como están las cosas.

—¿Crees que es cierto? —preguntó Kylee—. ¿Están en camino?

Los kartamis —también llamados «esquiras»— eran una banda

errante de fanáticos religiosos que vivían en los confines más lejanos del Desierto de Parsh. Incluso los Sacerdotes Rastreros eran demasiado moderados para ellos. Mientras los altaris creían que era un pecado que los humanos adiestraran aves rapaces, los kartamis creían que los pájaros mismos transmitían el pecado. Los altaris evitaban mirar el cielo en reverencia; los kartamis lo miraban directamente, con repulsión por aquello en lo que se había convertido. Si un grupo rezaba en arrepentimiento, el otro rezaba por la aniquilación.

En Seis Aldeas, los altaris eran moralistas gruñones, mientras que los kartamis eran apenas una amenaza lejana que los padres usaban para asustar a los niños: *Cómete las verduras o los kartami se llevarán a tus aves cantoras mientras duermes. Lava las jaulas o los kartami robarán todos los pájaros del cielo.* Pero los kartamis se habían estado volviendo cada vez más audaces, habían estado atacando cada vez más cerca, cortando camino entre asentamientos y amputando los puños de cada cetrero que encontraban. Nobles altaris de menor rango —aquellos que se habían comprometido con Uztar— habían comenzado a rendirse y a ofrecer su alma a la fe de los kartamis, su cuerpo a la causa kartami y sus recursos a la máquina de guerra kartami. El Concilio de los Cuarenta instaba a la calma por todo Uztar, mientras pueblos y aldeas suplicaban la protección del Castillo del Cielo.

Ahora que la nieve se derretía en la temporada de deshielo habían llegado rumores del avance kartami, volaban tan rápido como los gavianes.

Vyvian se encogió de hombros ante la preocupación de Kylee.

—Sabes que mi familia no da información gratis. ¿Qué clase de espías seríamos si no te hiciera pagar por esta?

—¿Viejas amigas? —Vyvian frunció el ceño y Kylee arrojó la mirada al cielo—. No gasto bronce en rumores.

—¿Quién ha hablado de bronce? —Su amiga se volvió hacia las arenas otra vez, alzó una ceja hacia Brysen, que estaba cerca del borde. Hablaba con su entrenador, Dymian. Estaban inclinados el uno hacia el otro, cerca—. Acepto *todo tipo* de pago.

Kylee lanzó un quejido.

—Aunque fuera de la clase de hermanas que te venderían a su hermano, le estás cantando al pájaro equivocado. —Brysen tenía los dedos entrelazados con los de Dymian, sus labios susurraban contra la oreja del muchacho más grande.

—Es una tragedia —suspiró Vyvian—. Le podría enseñar tantas cosas a tu hermano sobre los cuerpos...

—¡Qué desagradable!

—Solo te lo digo: si algún día deja de picotear al maestro desnecedor, envíalo hacia mí.

El entrenador, Dymian, había conseguido a su propio halcón hembra de un nido que había encontrado cuando esta aún era una niega. A los que robaban halcones niegos de sus nidos se los llamaba desnecedores, pero Kylee estaba bastante segura de que Vyvian no se refería a eso. Dymian era unas cuantas temporadas mayor que Brysen.

—Tú no puedes verlo porque es parecido a ti, pero con ese pelo y esos ojos... Tu hermano es más atractivo que un peregrino de campeonato. Y tú tampoco eres una simple palomita.

Si Kylee hubiese podido, habría arrojado la mirada hacia arriba con tanta fuerza que los ojos se le hubiesen salido de sus cuencas.

—¡Aceptaré una riña! —gritó Brysen por encima de la multitud y los escandalosos chicos a su alrededor vitorearon y le dieron palmadas en los hombros y despeinaron su melena golpeada por relámpagos.

Pihuela Rota había sido un templo en tiempos antiguos, aunque nadie sabía de qué clase. Como la mayoría de las cosas sacras en Uztar, había servido a más usos humanos de los que sus fundadores podrían haber imaginado. Lo único que quedaba ahora de su pasado sagrado era un gran santuario de piedra que servía de bar, pilas de piedras aleatorias esparcidas por su patio y una pintura rupestre de dos halcones en combate que decoraba la pared del acantilado que había detrás.

Bajo del acantilado escarpado y el mural de los halcones, estaban las arenas de riña. Había tres arenas en el extremo de la propiedad y una gran «arena para eventos» en el centro. Brysen estaba en la más pequeña.

Las arenas no eran demasiado profundas, pero sí lo suficientemente anchas para que dos personas se enfrentaran en círculos. Los lados iban pendiente arriba, eran más anchos en la cima que en el fondo y los espectadores se sentaban o se quedaban alrededor del borde, en multitud, gritando y alentando a los participantes por los que habían apostado. Brysen había comenzado a entrar en la arena cuando un hombre bajó deslizándose por el borde opuesto a él.

¿Qué estaba haciendo Brysen? ¡No tenían tiempo para esto!

Su oponente usaba una túnica clara y pantalones sueltos de transportista de larga distancia. No era el dueño de un convoy, sino alguien más importante que un chofer. Tenía una barba pelirroja poblada y espesa, decorada con coloridos cristales desérticos, y su pelo cobrizo estaba oculto bajo un gorro chato de color blanco que también estaba salpicado con cristales desérticos.

Se quitó la túnica para mostrar un pecho pálido y musculoso cubierto con tatuajes típicos de los transportistas de larga distancia. Tenía dibujos a lo largo de la clavícula por cada viaje en que había cruzado el Desierto de Parsh, su costado estaba garabateado con palabras ornamentadas de una plegaria de los transportistas a las bandadas, y en la extensión de su sinuosa espalda, una colorida escena de *La épica de las cuarenta aves*. El tatuaje estaba lleno de símbolos cuyo significado solo conocían los transportistas de larga distancia, pero ahora lo mostraba con orgullo solo para dejar una cosa en claro: su espalda nunca se había topado con el látigo.

Si Brysen se hubiera quitado la camisa en público, su espalda habría contado una historia muy diferente.

Los compañeros del transportista susurraban entre sí y reían bajo sus coloridos paraguas redondos, que dejaban sus caras en sombra. El hombre en la arena tenía un cernícalo hembra de cola cuadrada y rayas marrones que estaba posada con firmeza en su guante. Le quitó la caperuza de cuero ornamentado y los ojos con forma de lágrima en su rostro blanco se fijaron en Brysen y su halcón.

Brysen le sacó a Shara su sencilla caperuza y reveló sus ojos rojo sangre. Las pupilas eran tan anchas que el rojo apenas las

bordeaba, dos eclipses de cobre contenidos como fuego en el cráneo de un ave. Cuando vio dónde estaba, esta chilló y extendió las alas, apretó las garras alrededor de la muñeca de Brysen, pisándolo con fuerza. Él le susurró algo. El pájaro se calmó.

Shara era un azor, más grande que un cernícalo, pero mucho más malhumorado. Tenía un ala torcida y un temperamento nervioso, era propensa a arranques de violencia bruta y días de hosquedad. No eran demasiado distintos, Brysen y Shara.

El ave pasó su peso de un lado sobre su puño. Él le acarició una garra con el pulgar.

—Te voy a dar este dato gratis —susurró Vyvian a la oreja de Kylee—. El apodo de ese transportista es «Creador de Huérfanos».

—¡No lo hagas! —le gritó Kylee a Brysen, abriéndose paso por la multitud a los empujones hasta llegar al borde de la arena de riña. La ambición de Brysen en las arenas no siempre iba de la mano con su talento. Siempre trataba de competir contra el rival más grande y con las peores probabilidades. Cuando ganaba, ganaba a lo grande, pero cuando perdía, había cicatrices.

—¡Ha aceptado el desafío, Ky! —le gritó Nyck, uno de los chicos riñeros—. No puede arrepentirse ahora.

—No te preocupes —exclamó Brysen—. Cuando gane, compraré una pierna de cordero completa para cenar.

Sonrió, pero no hacia ella; después desenganchó la correa corta que enlazaba a Shara a su guante, desenrolló la soga de riña que llevaba al hombro y, con una mano, ató el extremo con la punta doble a las pihuelas en sus tarsos. La soga tenía un broche que estaba inserto en un eslabón giratorio debajo de los tarsos del ave,

lo que le daba a Shara libertad de movimiento al mismo tiempo que la mantenía conectada al guante. Estaban unidos el uno con el otro en la riña, amarrados de muñeca a tarso, de la tierra al aire.

Lodo abajo y lodo encima.

—Deséame suerte —dijo Brysen.

—¿Has tenido suerte alguna vez? —preguntó Kylee.

Brysen frunció el ceño, y después desenvainó su cuchilla de garra negra.



2

Su hermano se había dado la vuelta para enfrentar al Creador de Huérfanos y sujetaba su cuchillo en posición de lucha. El filo negro y curvo imitaba el pico brutal de un halcón, y los ojos de Shara se iban hacia él, vacilantes.

El cuchillo era viejo, pero cuántos años tenía, los dos lo desconocían. Llevaba símbolos grabados a los que su padre se refería como «lengua hueca», el idioma ancestral de los pájaros. Pero solía ser fácil engañar a su padre y quizás se había convencido a sí mismo de que eso era verdad para evitar enfrentar el hecho de que lo habían estafado con una antigüedad falsa. No había nadie que realmente pudiera leer la lengua hueca ni que pudiera saber con certeza cómo se escribía.

De todas formas, era lo único que quedaba del hombre, y Brysen había querido quedárselo. Él tenía cicatrices en todos sus dedos de las veces que su padre había fallado cuando jugaba borracho al dedo clavado con la mano abierta de Brysen presionada contra la mesa. Por qué su hermano se había aferrado al cuchillo desconcertaba a Kylee. Había una magia extraña que ligaba el filo a las heridas que abría.

Brysen se agachó, colocó el brazo contra su pecho y apoyó la base de la empuñadura del cuchillo en el medio de su antebrazo enguantado, formando una T con el filo como pata.

Esperó.

El Creador de Huérfanos adoptó la misma posición y los ojos de Brysen se centraron en él.

Shara vio el otro cuchillo, al otro cetrero y al otro pájaro. Ciertamente era una imagen familiar, aunque no una agradable. Se contrajo sobre sí misma; este era un mal momento para mostrar miedo.

Un azor temeroso posado con las garras metidas bajo las plumas de la cola y con la cabeza echada hacia atrás es una imagen ridícula. Son aves grandes pero rechonchas, con la forma de un dedo pulgar dibujado por un niño, con un pico en una furiosa V en el centro del rostro. Y Shara, que se posaba con una leve inclinación hacia un lado, parecía más ridícula que la mayoría.

En el pecho tenía rayas grises y blancas con un patrón de espiga y sus ojos rojos estaban encapuchados con negro. El resto de sus plumas era una mezcla de grises, lo que la ayudaba a camuflarse contra el terreno rocoso de las laderas, pero la hacía sobresalir intensamente contra el verde exuberante aquí abajo, en Seis Aldeas, al avanzar el deshielo.

Nyck silbó y los contrincantes comenzaron a rodearse. Las aves estaban sentadas en sus guantes con una quietud conocida solo por el depredador y su presa. Kylee podía sentir esa quietud dentro de sí.

Quienes crecen en una casa donde son presas de la ira de un

padre aprenden a degustar el silencio de la forma en que los ricos degustan el vino. El silencio tiene infinitos sabores, con innumerables matices y notas. El más mordaz de todos los silencios y el que es más necesario conocer es el silencio previo a un ataque. Kylee inhaló a medias y contuvo la respiración en el momento exacto en que el otro cetrero impulsó el brazo hacia arriba y lanzó a su rapaz.

—¡Uch! —gritó Brysen y elevó a su propia ave rapaz con el brazo. En el instante que duró un latido, Kylee tuvo miedo de que Shara no se soltara, de que se aferrara con tanta fuerza a su hermano que ni siquiera el guante podría protegerlo. Pero justo cuando su brazo llegó a la cúspide de elevación, al ofrecerla al aire, el aire la aceptó. Sus alas se abrieron, su cabeza se estiró por encima de sus hombros y ella voló. El brazo de Brysen se sacudió.

El blanco brillante del lado interno de las alas de Shara resplandeció como nieve en la cima de las montañas. Las plumas de su cola se abrieron, sus plumas de vuelo se extendieron y sus garras se plegaron debajo de ella. Aleteó con furia en la dirección opuesta al cernícalo marrón y chilló. Los cascabeles de latón atados a su muñequera, diseñados para seguirle el rastro durante una caza, tintinearón mientras ella volaba y la cuerda de riña se desenrolló detrás.

Cuando alcanzó la extensión total de la soga, Brysen plantó los pies y giró su torso para encaminarla hacia el otro halcón, que había encontrado una corriente de aire y había abierto las alas para planear y bajar en picado.

Shara miró hacia abajo, sus ojos siguieron la cuerda de regreso a

él. Los músculos de Brysen estaban tensionados contra la fuerza del azor y el tironeo del viento. Se movió en círculo para mantener la distancia con el otro hombre y silbó, más una advertencia que una orden. Shara plegó las alas contra el cuerpo y se zambulló.

Era un elegante rayo gris que cruzaba el cielo. Con la cabeza adelante y los ojos fijos. Las plumas de la cola oscilaban para conducirla directamente hacia el cernícalo marrón. El aire aulló al atravesar a toda velocidad los cascabeles en la muñequera de Shara. La rapaz de Brysen, tan torpe y miedosa en el puño, se había convertido en gracia y perfección, nunca más hermosa que cuando estaba haciendo lo que había nacido para hacer: matar.

El picado de proyectil de Shara estaba dirigido al ave más pequeña. El cernícalo la vio venir y reaccionó instantáneamente, dando vuelta su cuerpo de forma que las garras de ambos chocaron y se enredaron en una colisión en el aire que lanzó a los pájaros a rodar, en una caída que imitaba el mural del acantilado detrás. Igual de rápido, se separaron y salieron volando en direcciones opuestas.

Unas pocas plumas cayeron en espiral hacia la tierra.

En el suelo, Brysen y su adversario intentaban controlar a sus halcones con sus manos enguantadas al mismo tiempo que acortaban la distancia entre sí.

Brysen arrastraba los pies alrededor del perímetro de la arena hacia el transportista. Los brazos de este último eran más gruesos que los muslos de Brysen y su ave era más pequeña que la de Brysen, por lo que se movía con más facilidad y pudo acortar la distancia entre ambos cruzando en recto, en vez de ir por el borde.

Su filo subió y el cuchillazo fue rápido, directo a la sogá que ligaba a Shara con el guante de Brysen.

Si se cortaba el amarre entre el halcón y el humano, se perdía la riña. También era derrota si ave o humano, o ambos, eran asesinados. En las arenas, toda riña podía ser una lucha a muerte.

Brysen se retorció para salir del alcance del filo del Creador de Huérfanos y usó el amarre de Shara y su peso liviano para columpiarse hacia un lado. Al moverse, lanzó un cuchillazo con su propio filo para bloquear el ataque. Hubo un chirrido de metal contra metal. Kylee se contrajo al ver que la fuerza del golpe sacudía la mano de su hermano. Su adversario era demasiado fuerte para él, pero Brysen era más rápido.

El segundo ataque con cuchillo y el tercero pasaron lejos, gracias a que Brysen esquivaba el cuchillo con la gracia de un bailarín. Incluso con su peso ligero, hizo bajar a Shara cuando recuperó el apoyo en el suelo, pero se midió para tirar una última vez de forma que, al descender, su ave quedara justo debajo del círculo del cernícalo en vuelo.

Cuando soltó la cuerda otra vez, Shara salió disparada directa hacia arriba, batió sus alas poderosamente y se estrelló contra la parte inferior de la otra ave para acuchillarle el estómago.

Hubo un enredo de garras en el cielo, un rocío de sangre. Los dos luchadores que estaban en la arena fueron empujados uno hacia el otro por las cuerdas de riña enredadas.

Las rapaces se separaron, circunvolvieron y, lanzando chillidos, volvieron a chocar; sus garras rasgaron el aire, un ave en busca de la otra, pero sin poder aferrarse. Con cada vuelta y ataque, las

cuerdas de riña se retorían cada vez más abajo y Brysen era forzado a acercarse más al Creador de Huérfanos.

—Preferiría cortarte la cara que la cuerda, pajarito —se mofó este, y lanzó una cuchillada hacia Brysen con deslumbrante velocidad.

Brysen conectó el bloqueo y se protegió la cara, pero la fuerza del ataque fue tanta que le arrebató el cuchillo curvo de la mano, que se hundió en la tierra. Hizo el intento por buscarlo, pero el transportista agarró las cuerdas enredadas y lo atrajo hacia sí. Podría haber cortado la soga de riña en ese mismo instante, pero en vez de eso, de un tirón, acercó más a Brysen, lo hizo girar como a una muñeca de paja y lo sujetó desde atrás con su antebrazo enguantado. Las cuerdas de riña latigueaban y se retorían mientras los halcones luchaban, pero el brazo musculoso del transportista sujetó a Brysen contra su pecho.

El aire se volvió piedra en los pulmones de Kylee cuando el Creador de Huérfanos puso el cuchillo en la garganta de Brysen.



3

Se consideraba de mal gusto matar a un oponente cuando podías cortar la cuerda, pero no iba contra las reglas. No era asesinato si ocurría en la arena. Las reglas, no obstante, establecían que debías ofrecer tres veces la posibilidad de rendición.

—¿Te rindes? —siseó el transportista a la oreja de Brysen, tan alto que todos pudieron escucharlo.

Brysen luchó por liberarse.

—Ríndete, pajarito, o te afeitaré por primera vez con este filo.

Brysen luchó. Sus ojos escanearon el cielo en busca de Shara.

Cinco temporadas de deshielo atrás, su decimoprimer, había rescatado a Shara de las arenas de riña después de que el ave desperdiciara la suerte de plenilunio de su padre. Estaba herida y Brysen la había alimentado a mano durante semanas, la había acurrucado contra su pecho por las noches para mantenerla calentita y la había entrenado en las praderas durante las pocas horas que podía robar cuando su padre no estaba.

«Shara tiene potencial», solía decir. «Va a demostrar que es un gran halcón cuando tenga la oportunidad».

La rapaz todavía tenía que demostrar esa grandeza, pero Brysen

aún llevaba las cicatrices que le habían quedado por defenderla de la ira de su padre.

«¡Los halcones no son mascotas!», había bramado su padre mientras azotaba a Brysen con una correa de cuero para perros la noche que el chico llevó a Shara a casa. La había sostenido contra su pecho para protegerla. ¡Crac! El cuero se había estrellado contra su piel. ¡Crac! «¡Te enseñaré cuánto te costará querer a una!».

¡Crac! ¡Crac!

Más tarde, Kylee había ayudado a Brysen a limpiar el suelo de su propia sangre, pero él mismo la había quitado de las plumas del ave, una a una, con una cubeta de agua fría. La rapaz lo había dejado hacer y no había emitido ni un pío. Habían sido inseparables desde entonces.

Brysen regresó a las arenas de riña con Shara. Pelea tras pelea, buscaban una riña tan alta y salvaje que arrasara con todo el pasado. No habían encontrado una aún y habían perdido más de las que habían ganado. No había forma de convencerlo de que solo un tonto perseguiría la aprobación de un muerto.

—¡Ríndete! —gritó Kylee. Buscó con la mirada a sus amigos, a la heterogénea banda de chicos riñeros, y vio a Dymian. Quizás fuera la única persona a quien Brysen haría caso. *Quizás*—. Dymian, ¡dile que se rinda!

Dymian fijó los ojos en Kylee, frunció el ceño y abrió sus manos con las palmas hacia al cielo. No lograría que Brysen se rindiera más que ella. Su estúpido hermano prefería morir antes que fracasar. Brysen cerró con fuerza los labios y apretó las mandíbulas.

El transportista sonrió.

—Última oportunidad, pajarito. ¿Te rindes?

Sus halcones chillaron arriba. Shara había mordido el ala del otro pájaro y había forzado a la otra rapaz a separarse. El crujido de los broches contra el cuero de los guantes al tensarse sonó como un cuerpo estirado por un verdugo en una mesa de tortura.

El corazón de Kylee gritó por su hermano. En la cara de Brysen, veía la terquedad brutal de su padre. Odiaba verla en él, odiaba ese fragmento de su hermano que se odiaba tanto.

Mientras su corazón gritaba, sintió que este se estiraba hacia su hermano, como un amarre invisible que formaba un bucle entre su propio pecho y el de él, como un ocho infinito. Su pulso se aceleró y un extraño viento corrió a través de ella, como si el cielo emergiera de sus pulmones. Sintió que explotaría si no exhalaba. Contenerlo dolía.

En su mente, vio a su padre cerniéndose sobre Brysen; la delgada espalda de su hermano, un nido flojo de brillantes líneas rojas abiertas por el látigo. Se vio a sí misma acobardada con su madre, pensando que nadie vendría a salvar a Brysen, nadie le ofrecería protección. Había sentido esa respiración ardiente entonces también, pero la había contenido, había tenido miedo de soltarla. Había jurado que nunca la dejaría salir. Incluso ahora le tenía miedo. Pero no podía retenerla.

—*Shyehnaah* —exhaló, y la extraña palabra le quemó la boca al decirla.

Shara chilló.

El azor se apartó de la riña en el aire y se zambulló, furioso, hacia

el rostro del Creador de Huérfanos. Lo golpeó con suficiente fuerza como para romperle la nariz. Kylee sintió el impacto en sus propios huesos. El transportista aulló y perdió el agarre de Brysen, quien no desaprovechó el tiempo y giró para lanzarse a por su cuchillo. Shara enterró una garra en la mejilla del transportista y la otra en su cuero cabelludo.

—¡*Arrrr!* —gritó el hombre, mientras la sangre que salía de su frente lo cegaba. Brysen usó el momento para embestir, cuchillo en alto. Shara salió volando desde la cara del hombre en el preciso momento en que Brysen partía la correa de cuero del corpulento hombre por completo.

Arriba, el cernícalo del Creador de Huérfanos volaba libre, batiendo las alas hacia el horizonte.

—¡Victoria! —exclamaron los chicos riñeros alrededor de la arena—. ¡Eso ha sido una victoria! ¡Brysen ha ganado!

Él levantó la vista hacia la multitud que lo celebraba, sin aliento y con una sonrisa. Shara bajó en picado para aterrizar en su puño extendido, él le dio un bocado del bolsillo de su chaleco y la elogió, aunque era la carne lo que a ella le gustaba, no el elogio.

El muchacho encontró los ojos de Kylee e hizo un guiño, como si ella no hubiese tenido nada de qué preocuparse, como si él hubiese tenido todo bajo control durante toda la pelea, cuando, obviamente, había sido *ella* quien lo había salvado. Quizás no lo sabía. Quizás había elegido no saberlo. Había pasado mucho tiempo, quizás se había olvidado.

Al lado de Kylee, estaba Vyvian. No miraba a Brysen celebrarlo, sino a ella.

—¿Qué? —preguntó Kylee, que sintió las mejillas calientes—. ¿Qué miras?

Vyvian ladeó la cabeza.

—Nada —dijo, con una curiosidad que tiraba de las comisuras de su boca—. Ha sido una pelea salvaje. Un final sorprendente.

—Sí —respondió Kylee—. Es increíble que Shara sea tan leal a mi hermano.

—Increíble, sí —contestó Vyvian. El peso de lo que ninguna estaba diciendo se posó sobre ellas. Kylee volvió la mirada a su hermano.

Este se había dado la vuelta para buscar a Dymian y su expresión se había apagado. Siguió la mirada de su hermano hasta el entrenador. No estaba celebrándolo como el resto y no estaba corriendo hacia la arena para abrazar a Brysen —que era lo que este realmente quería—. En lugar de eso, Dymian se había escabullido hacia Nyck, que estaba contando bronce, para pagar... ¿su *derrota*?

¡Por todos los sorbedores de gusanos, comedores de lodo con cara de fringílicos! Había apostado *contra* su hermano. Había apostado a que Brysen perdería.

Y Brysen lo observó. Brysen lo supo. Toda la alegría de la victoria se había escurrido del cuerpo de su hermano, cuyos hombros se habían hundido. Hasta el gris de su pelo parecía haberse vuelto más ceniza. Solo Brysen podía ganar una milagrosa riña y terminar con el corazón roto al mismo tiempo.

Su hermano estaba tan centrado en Dymian entre la muchedumbre y Kylee estaba tan centrada en él y Vyvian tan

centrada en ella que ninguno vio que el ensangrentado Creador de Huérfanos había ido tras Brysen, hasta que fue demasiado tarde.

A la sombra del transportista, Brysen dio media vuelta justo a tiempo para recibir un puñetazo en la cara que lo noqueó de regreso al lodo. Shara se disparó al mismo tiempo que él caía, pero el transportista abofeteó al pájaro a medio aleteo y este cayó sobre Brysen. Entonces sujetó su cuchillo y rebanó la cuerda de riña floja que amarraba a Brysen y Shara. Entornó sus ojos ensangrentados.

—¡Te voy a despellejar la cabeza, muchacho! —rugió mientras arremetía contra Brysen, con el cuchillo en alto. Shara, sobresaltada, usó el pecho de Brysen para levantar vuelo, sin ataduras.

—¡Shara! —gimoteó Brysen.

—¡Detente! —gritó Nyck, con voz entrecortada—. ¡Se ha declarado la victoria!

Pero el transportista no acató esa regla. Herido y enfurecido, golpeó a Brysen en un costado y le hizo un tajo.

Entonces los chicos riñeros irrumpieron en la arena.



4

Había ocho chicos riñeros en total, con Nyck a la cabeza; todos ellos iban vestidos con coloridos chalecos y pantalones de rayas brillantes, y siempre intentaban superarse unos a otros en la ostentación de su ropa. Durante el último viento gélido, cuando Nyck se hizo un tatuaje de las galas de un pavo real alrededor del cuello, los otros se habían apresurado a hacerse sus propios diseños con tinta: escenas de *La épica de las cuarenta aves*, dibujos de hombres y mujeres flexibles en diversas etapas de desnudez, fragmentos de poesía en los más vibrantes colores que los artistas del tatuaje del pueblo pudiesen crear. Llevaban plumas en las orejas y brazaletes hechos de huesos huecos. Hasta las empuñaduras de sus cuchillos estaban decoradas con colores estridentes. Ahora, al correr a toda velocidad hacia la arena con los filos desenvainados, parecían una bandada de papagayos sedientos de sangre.

Los otros transportistas se metieron para apoyar al Creador de Huérfanos, pero los superaban en cantidad. Los chicos riñeros los flanquearon.

—Iros u os abriremos de los huevos al pelo —les advirtió Nyck, revelando una navaja de cazador con empuñadura de hueso. Nyck era más pequeño que el resto de los chicos riñeros, pero hablaba con la fuerza de todos—. Esta no es una de las casas de vuestro

recorrido por las planicies. Aquí tenemos reglas.

Los transportistas cayeron en la cuenta de que realmente eran desconocidos aquí y que romper una regla en Pihuela Rota era provocar la ira de la familia Tamir. La familia Tamir no toleraba las trampas en su establecimiento —salvo que fueran ellos quienes estuvieran jugando sucio— y alentaban a los chicos riñeros a ser quienes hicieran cumplir las reglas, a cambio de cantidades ilimitadas de cerveza de leche y hojas de cazador. Si los transportistas deseaban salir de Seis Aldeas con sus cargas y todos sus miembros, tendrían que tranquilizarse. La familia Tamir estaba tan cerca de la nobleza como Seis Aldeas, y los impuestos que pagaba al Castillo del Cielo le garantizaban a la familia poder hacer lo que quisiera en su pequeño dominio. Un transportista muerto o tres serían amablemente ignorados por los kyrgios. Lo mismo, no obstante, era verdad para Brysen. Si le rebanaban la garganta hoy, la actividad ni siquiera se desaceleraría en Pihuela Rota.

—No vale la pena perder sangre —advirtió Nyall a los transportistas.

Nyall era alto, de espaldas anchas, piel tan negra como las plumas de cuervo y ojos de color verde hierba que hacían juego con la brillante pluma de su oreja. De todos los chicos riñeros, Nyall era el único a quien Kylee podía llamar amigo. Una vez se había parado cuesta abajo de su casa y había silbado un canto de ave hacia su puerta. El padre de Kylee lo había hecho correr, pensando que había estado silbando a Brysen, y luego le había dejado el ojo negro a su hermano por «picotear amores como una paloma que

come semillas». Nyall se había sentido fatal por el malentendido y se había convertido en amigo de ambos desde ese día.

No hacía su bronce con apuestas, robando o trabajando para los Tamir como los otros chicos riñeros, sino que tenía un trabajo decente en la Equipería Dupuy, donde vendía muebles para halcones. Sería un seisaldeano respetado algún día, pero eso no quería decir que no pelearía. Quería decir que cuando elegía luchar, pretendía ganar.

El sangriento Creador de Huérfanos parecía a punto de atacar otra vez, pero la rudeza en los ojos de Nyall y el ímpetu en el filo de Nyck lo hicieron dudar.

El transportista bajó su arma y dejó que sus amigos le limpiaran la sangre de la frente. Casi al unísono, la multitud respiró —la mitad con alivio, la otra mitad con decepción— y la actividad de las riñas volvió a empezar. Piezas y redondos de bronce pasaron de mano sucia a mano sucia con *clincs* y *clancs*.

—¡Buena elección! —Nyck sonrió cuando los transportistas se iban de la arena—. Ahora, ¿quién tenía «corte de cuerda»? —preguntó en voz bien alta, subió por el costado de la arena y buscó los pequeños sacos de dinero que llevaba en el cinturón. Dirigir las arenas pequeñas de la familia Tamir y recolectar las ganancias era tan importante como hacer respetar las reglas (probablemente más importante). Las reglas existían para generar bronce y no al revés —. Te corresponden dos redondos y medio y un redondo a ti y un cuarto... *pf, vaya apuesta, ¿eh?*... para ti. Tenías a Shara muerta, Rolly, no te escabullas. Son tres redondos y una pieza para mí... no puedes *matar* a ese halcón.

—¿Está bien tu hermano? —Vyvian apoyó la mano en el hombro de Kylee.

Durante toda la acción, Brysen había permanecido inmóvil. Solo se había quedado ahí en la arena, mirando el gigante mural detrás de sí y el cielo pálido de la tarde arriba de este. Shara circunvolaba alto, llamando «¡Ki! ¡Ki!», de forma estridente y aguda. La cuerda de riña cortada iba tras ella como una triste bandera en un desfile solitario. Brysen miraba fijamente al ave y al gran vacío azul grisáceo más allá de ella.

El halcón aleteó tres veces, después se instaló en la cima del acantilado pintado y ahuecó y acicaló sus plumas grises. Plegó sus garras debajo de sí y giró la cabeza para apoyarla en las plumas de su espalda.

Kylee dejó a Vyvian y se deslizó hacia Brysen en la arena. Levantó el cuchillo de garra negra de la tierra y se lo dio.

—¿Probaste lo que necesitabas probar? —preguntó ella.

—He ganado —dijo Brysen con dientes apretados mientras se empujaba contra el suelo para levantarse, luego se sacudió la tierra. Tenía un pequeño punto de sangre en el cuello y un hilo rojo le caía desde la nariz. Sus ojos escanearon la muchedumbre que había arriba y su desdén flaqueó. Se mordió el labio.

—Él no vale la pena —Kylee le dijo a su hermano, sin tener que nombrar a Dymian. Este siempre estaba posado en el borde invisible de la mente de Brysen—. Quien apueste contra ti no vale ni un escupitajo.

Su hermano volvió a fijar los ojos en ella.

—Nunca le has mostrado respeto *alguno*.

—La basura esa no se lo ha ganado.

—No lo llames así.

Dymian era un verdadero maestro cetrero, entrenado y certificado en el Castillo del Cielo, segundo hijo de un noble uztari, pero era un apostador y un mentiroso, y su familia lo había expulsado al finalizar su formación y se había visto forzado a abrirse su propio camino en el mundo. Había llegado hasta Seis Aldeas, y Brysen lo seguía a todos lados como si estuviese amarrado a su guante.

Su deshonra y su juventud lo hacían un entrenador barato y disponible, y Brysen se había vuelto un cetrero decente porque Kylee no tenía deseo alguno de serlo. Le importaban las aves rapaces porque ese era el negocio al que se dedicaba —al menos hasta que pagaran lo que su padre le debía a los Tamir en el momento de su muerte—, pero ella no quería saber nada con hacer volar a los pájaros. Así que encontraba dinero que no tenía para que pudieran pagar el maestro cetrero de bajo precio que no le gustaba y que se suponía iba a enseñarle a Brysen todas las cosas que él no sabía.

Este había logrado aprender un montón sobre aves, no tanto sobre la gente. La suya era un alma que remontaba vuelo, que anhelaba volar más alto de lo que sus alas podían llevarlo, más alto de lo que los vientos de su mundo podían permitir; pero él nunca dejaba que una pequeñez como la vida real se interpusiera en el camino de sus anhelos.

—¡Bien hecho! —Dymian apareció junto a Brysen y lo envolvió con sus brazos y presionó al delgado muchacho contra su pecho

antes de devolverle la chaqueta—. Estoy orgulloso de ti.

Brysen alejó la mirada mientras se ponía la chaqueta y sacaba unas pocas hojas de cazador verdes de su bolsillo. Las metió en su boca.

—Casi pierdo.

—Pero ¡no perdiste! —Dymian sonrió. Plantó un beso en la coronilla de Brysen—. Mostraste corazón; mostraste paciencia. De *eso* se trata la mejor cetrería.

—En ese caso —interrumpió Kylee—, ¿ya le has enseñado todo lo que puedes? ¿No hay necesidad de más clases?

Dymian rio, pasó una mano por su cabellera castaña y le sonrió.

—Aún tiene que dominar algunas pocas técnicas más. —Jamás diría nada que lo dejase sin paga—. *Tú* deberías entrenar con nosotros.

—Estoy segura de que te encantaría cobrar el doble —contestó Kylee. Esta era una vieja conversación, una que Dymian no dejaba en paz.

—Ah, pero obtendrías descuento por familia. Nos encantaría que te unas a la gran y noble tradición de la cetrería. Después de todo, un cetrero nunca pasa hambre.

—Eso no es verdad —respondió Kylee—. Los halcones comen mejor que nosotros.

—Entrena conmigo. Reconozco el talento a simple vista.

—No *apuestes* por él —estalló ella contra el entrenador, deseando que las palabras pudieran perforar la piel con tanta profundidad como una garra.

La mandíbula pronunciada de Dymian se contrajo y sus ojos se

dispararon a Brysen, que mantuvo la cara en blanco.

—Gano algunas, pierdo otras —dijo en voz baja.

Brysen bajó la mirada al suelo.

—¿Por qué no...? —comenzó a decir, pero Nyck lo interrumpió al aparecer entre ellos, con una gran sonrisa y dándole una palmada en la espalda tan fuerte a Brysen que Kylee se sobresaltó.

—¡Buen triunfo, Bry! ¡Le enseñaste a ese sucio transportista cómo peleamos aquí en Seis! —Dejó caer unos bronce en el bolsillo de Brysen. Este se encogió de hombros, pero palmeó el bronce para sentir el peso. Quería pagar sus deudas tanto como Kylee, pero prefería ganar el bronce en las arenas más que en el mercado. No había multitudes enfervorizadas en los puestos del mercado. La gloria era la moneda que verdaderamente deseaba, y las de bronce eran solo la forma más fácil de medirla.

—Y ¡Dymian! —dijo riendo Nyck—. Otra derrota para los libros, ¿eh? ¡No puedes ganar ni cuando tu chico lo hace por ti! —Tenía los dientes manchados de hoja verde y sus ojos se movían rápido como una presa. Si hubiese estado sobrio, habría mantenido la boca cerrada.

Los monederos enhebrados alrededor de su cinturón tintinearón. Probablemente era la única persona en Pihuela Rota que podía alardear de las monedas que llevaba sin que le robaran, porque ninguna le pertenecía. Solo para recordarle a cualquier ratero de quién era el bronce que llevaba, cada saco estaba sujetado a su cinturón con un contrapeso tallado con el emblema Tamir, un águila de jacarandá con palomas de color blanco hueso en las garras y con un solo rubí rojo atento, haciendo las veces de ojo.

Cada contrapeso valía más que lo que contenían los monederos, y Nyck llevaba cinco de ellos.

—¿Qué clase de idiota apuesta contra su novio? —Nyck se reía, sin molestarse en leer los ceños fruncidos en todos los rostros—. Vas a perder tu camisa un día.

Dymian parecía a punto de golpear a Nyck, y Kylee quería golpear a ambos. El entrenador trató de aliviar la tensión con una sonrisa desenfadada dirigida a Brysen.

—¿Perder mi camisa sería algo tan horrible?

Las suaves mejillas de Brysen se enrojecieron, aunque él siguió concentrado en sus pies. Escupió un pegote verde al suelo.

Entre los halcones, los machos —llamados terzuelos— tienen cerca de un tercio del tamaño de las hembras. La injusticia de la humanidad hacía que la mayoría de los chicos riñeros en Pihuela Rota fueran más corpulentos que Kylee. Si le daba un puñetazo a uno en la boca, el resto de la bandada estaría sobre ella con más rapidez que el latido de un colibrí. La lealtad de los riñeros era encantadora... hasta que se volvía dolorosa.

Kylee hundió un dedo en el pecho de Dymian.

—Si apuestas contra mi hermano una vez más, la camisa es lo único que quedará de ti.

Nyck, a quien Kylee conocía desde antes de que fuera un riñero y antes de que se llamara Nyck, sabía cuándo meterse en una pelea y cuándo alejarse de una. Ahora eligió, con inteligencia, retirarse.

—Ah... os veré luego. Tengo que buscar... eh... un poco de... de queso... para mis... ratones... y... eh... algunos ratones para... para las aves... ehm... sí... —Se fue tan rápido que su sombra tuvo

que estirarse para alcanzarlo.

Dymian dio un paso atrás para alejarse del dedo de Kylee y sostuvo las palmas hacia arriba, rindiéndose.

—Qué mal humor tienes. Solo te he dicho que deberías entrenar con nosotros.

—A ella ni siquiera le *gustan* las aves —interrumpió Brysen—. Y no necesitamos tenerla cerca cortándonos las alas.

—Bueno. —Dymian asintió, sabiendo que era mejor no insistir.

—¿Por qué no nos ayudas a bajar a Shara? —sugirió Kylee, señalando al ave en el risco—. ¿Nos muestras cómo se hace?

—No necesito ayuda para bajarla —gruñó Brysen.

Llevó los dedos de su mano derecha a sus labios y silbó tres veces —tres estridentes estallidos—. Luego sostuvo su puño enguantado en alto para mostrarle a Shara dónde aterrizar.

Esta no bajó.

Dymian le echó un vistazo al halcón en la cima del acantilado, luego a Brysen.

—Si sujetas un trozo de... —comenzó a decir.

—Sé qué hacer; no te preocupes —lo interrumpió Brysen.

Pese a lo sutil que su hermano creía ser, era obvio que estaba avergonzado y que claramente quería que Dymian se fuera. También era muy evidente que quería que Dymian se quedara. El maestro cetrero miró a Kylee en busca de una guía.

La mirada de esta era tan imperturbable como la de un halcón. Nadie jugaba con los sentimientos de su hermano y después conseguía ayuda de ella.

—Me encantaría ayudarte, Bry —dijo finalmente Dymian—. Pero

tengo una reunión con unos... *clientes*. No puedo llegar tarde. — Enganchó un pulgar con el otro y cruzó sus manos, sosteniendo los dedos hacia afuera como las alas de un pájaro, después los presionó contra su pecho.

—Seguro, Dymian —respondió Brysen. Le devolvió el gesto.

Dymian saludó de la misma forma a Kylee, pero ella no le correspondió. Él negó con la cabeza, los dejó y desapareció por la cocina al interior penumbroso de Pihuela Rota.

—Muchas gracias —espetó Brysen a su hermana—. Hoy he ganado. ¿Por qué tenías que fastidiarlo con uno de tus *humores*?

—No estoy de mal humor. —Kylee odiaba lo que los chicos siempre suponían cuando ella se enfadaba, como si sus emociones no fueran parte de una mente pensante como la de ellos, sino más bien una mente atada a las lunas y los vientos, como la de un animal. Sin duda, su propio hermano debería haber sido más sensato.

Brysen volvió a silbarle a Shara. Tres estallidos en *staccato* que provocaron que el azor mirara hacia abajo, pero no que se moviera. Los halcones no respondían a los llamados a menos que decidieran que era beneficioso para ellos hacerlo. No eran ratones bailarines ni osos malabaristas. Mucho menos perros, que querían complacer a sus amos. Los halcones se quedaban con las personas porque les convenía hacerlo. Volaban al puño porque eso significaba comida, cobijo y comodidad, pero tenían el uso de los cielos. Podían volar adonde quisieran.

La emoción de un cetrero surgía, en parte, por ser elegido. La pena podía surgir así de fácil también.

En estas laderas, los primeros uztaris que cruzaron las montañas también fueron los primeros en adiestrar aves rapaces para cazar y pelear. Lucharon contra los altaris, cuyo culto a las aves prohíbe la cetrería, los exiliaron y construyeron una nueva civilización en su territorio. Desde los ancestrales cultos al cielo de los nómadas hasta los actuales kyrgios en el Castillo del Cielo, la nación de Uztar se mantenía unida por la tradición del halcón, por el amor al pico y la garra y por la fe en las ancestrales bandadas que los llevaron hasta el valle; una fe que no siempre era recompensada.

Shara no bajaría hasta que no estuviera lista y dispuesta a hacerlo, y ninguno de los silbidos y pedidos de Brysen la harían cambiar de opinión.

—¿Puedo ayudar? —ofreció Kylee lo más amablemente que pudo.

Brysen la miró con furia.

—Pensé que solo eras buena alejando cosas.

—No estaba tratando de alejar a nadie...

—*No* necesito tu ayuda —gruñó su hermano—. Solo empeoras las cosas.

—¿Yo empeoro las cosas? —Kylee no lo podía creer. Le había salvado la vida *y* le había dado la victoria. Cada bronce en los bolsillos de Brysen le pertenecía a *ella*. Y lo había hecho por él. ¡Lo había hecho porque lo quería!

—¿Por qué no te unes a los Sacerdotes Rastreros o algo? —gruñó él—. Y deja de meterte en mis asuntos.

Sabía que era por la vergüenza y porque la hoja de cazador lo estaba haciendo actuar como basura, pero aun así la sacó de sí.

Enfurecida, se arrodilló y agarró una vieja piedra a sus pies del tamaño de la palma de una mano. Era uno de los escombros ancestrales que estaban esparcidos por el suelo. Hizo saltar la piedra en su mano una vez para sentir su peso, después la arrojó a un arbusto de malezas que había cerca del portón que llevaba a la carretera.

Una liebre grande salió huyendo de su escondite y, en ese momento, Kylee llamó a Shara con un silbido.

La cabeza de la rapaz dio media vuelta de golpe e instantáneamente captó la desesperada huida de la liebre en busca de un nuevo refugio. El halcón no estaba tan ofendido como para dejar que semejante bocado sabroso se escapara. Se lanzó desde el acantilado, luego plegó sus alas para ir en picado y aterrizar con fuerza sobre el lomo de la liebre. La rapaz la sujetó contra el suelo, estrujándola con sus garras mientras la liebre trataba de zafarse. Otras aves que estaban en el patio chillaron, pero la caza ya había terminado. Shara se quedó sobre la liebre, encorvó las alas y cubrió el cadáver con sus alas para protegerlo de los ojos codiciosos de otros cazadores mientras rompía la carne con su pico.

Después, Kylee volvió a silbar. El halcón alzó la cabeza, la giró y la miró. Kylee sostuvo su puño en alto.

—No —dijo Brysen—. No lo hagas.

Pero el viento volvía a arder en los pulmones de Kylee, con una presión creciente. Vio dolor en el rostro de Brysen, dolor y miedo, y aunque sabía que había ido demasiado lejos, aunque sabía que debía detenerse, no pudo. *Quería* ser amable. *Quería* instalar todo para el mercado y dejar las aves listas, y así liberar a Brysen y a sí

misma de su última obligación para con su padre muerto, pero Kylee *nunca* conseguía lo que quería. Andar detrás de Brysen, asegurarse de que su madre no ayunara hasta la muerte, mantener el negocio en funcionamiento de forma que pudieran pagar los impuestos al Castillo del Cielo y su deuda a los Tamir; todo lo que hacía era para otros.

Ahora que estaba cerca de lo único que quería para ella, su hermano estaba siendo insensato. Bueno, ella podía serlo también. La frustración le partió los labios y el aliento abrasador en su interior salió a toda velocidad en una sola palabra ardiente, tan furiosa ahora como había sido desesperada antes.

—*Shyehnaah* —dijo, y en un instante, Shara abrió las alas, levantó a la liebre muerta y voló directa hasta Kylee. Al precipitarse hacia el puño en alto, dejó caer su presa a los pies de Kylee y desplegó las alas para desacelerar su aterrizaje. Las brillantes plumas blancas del interior de sus alas casi cegaron a los mellizos. La rapaz cerró las garras ensangrentadas alrededor de los nudillos desnudos de Kylee y después se irguió, orgullosa, con los ojos fijos en la liebre que había matado y que, por razones que probablemente no entendía, había dejado caer a los pies de la hermana de su cetrero.

Las garras que se aferraban a la piel de Kylee hicieron que ella sintiera que le estaban perforando la mano con clavos, pero apretó los dientes y no dejó que se le notara. Los hilos rojos que caían por sus nudillos no provenían solo de la liebre muerta.

Brysen la observaba con la boca abierta. Los halcones no traían sus presas a sus cetreros. No era natural. Kylee había alardeado, en público, con todo el mundo mirando.

Ella lo lamentó inmediatamente.

No había secretos en Seis Aldeas. Los hermanos Otak la habían visto y eran espías, ambos. Y Vyvian, quien ya se abría paso hacia ella por entre la multitud.

Solo había necesitado un momento de furia, un destello de lástima por sí misma y rabia, y el poder que había silenciado desde pequeña se pasaba en susurros de espía a espía, que pronto volarían hasta el otro lado de la meseta. ¿Por qué ahora, después de todo este tiempo? ¿Por qué hoy? Durante un momento agobiante, solo quiso volver atrás, pero las palabras no eran halcones adiestrados. Una vez liberadas estas a la caza, jamás se las podía hacer regresar.

Brysen miró con furia a su hermana y a su rapaz.

—Me alegra que seáis tan felices juntas —gruñó, sin notar el murmullo de la muchedumbre. Hizo el saludo de los pulgares enganchados contra su pecho, pero sostuvo sus manos en puño en vez de estirar los dedos en alas. El saludo de las alas rotas. Después pasó junto a Kylee enfurecido y salió del patio de Pihuela Rota.

Ella quería ir tras él, pero Vyvian se detuvo en su camino antes de que pudiera seguirlo.

—Ky —dijo ella—, ¿eso fue... acabas de...?

—No quiero hablar —respondió.

—Esto es inmenso —la presionó Vyvian. Echó una mirada sobre su hombro a los hermanos Otak (hombres de la edad de su padre), quienes susurraban con excitación entre ellos—. Cuando se sepa que puedes...

—Que puedo ¿QUÉ? —le gritó Kylee—. No sabes qué has escuchado. Y si eres mi amiga, *eso* es lo que dirás a quien sea que te pague por tus secretos, ¿está bien? Mi familia ha atravesado cosas más que suficientes. No nos tomes de presa como un gavián, Vyvian. No tú.

—Cálmate —respondió—. Nadie está tratando de perjudicaros. Pero son tiempos peligrosos y todos están buscando una ventaja.

—Bueno, yo no soy tu *ventaja*, Vyvian. —Vio que Nyall las observaba desde el otro lado del patio, con la cabeza inclinada en un gesto de preocupación—. ¡Ni tuya! —gritó—. ¡O tuya! —agregó mirando a Dymian, quien estaba apoyado en la entrada de Pihuela Rota. Estaba haciendo una escena, lo sabía, pero no podía contenerse. Como un adicto a las hojas de cazador, se estaba dando un atracón con su propia humillación y ahora lo único que quedaba era salir corriendo. Tal como había hecho su hermano.

Todo el mundo la observó salir del patio y ella solo pudo imaginar lo rápido que se divulgarían, de un extremo de la meseta al otro, los rumores sobre su palabra susurrada.

Quizás Brysen tenía razón; quizás podía renunciar a todas las aves rapaces y consagrarse a los Sacerdotes Rastreros. Quizás fuese la primera vez que haría algo que enorgullecería a su madre.

Gruñó para sí. Esa era razón suficiente para *no* hacerlo.

Después de este mercado, dejaría el negocio de la cetrería para siempre. Dejaría que Brysen continuara si quería, pero ella no tendría más nada que ver con las aves rapaces y la extraña violencia a la que estas la llevaban. Las garras de Shara cortaban la piel desnuda de su mano, pero sabía que debía llevar el halcón de

regreso a su hermano. Le debía al menos eso.

Le debía mucho más que eso, en verdad.

Siempre se lo debería.



5

Su casa se encontraba en un claro en las laderas de una solitaria extensión de terreno rocoso sobre las Aldeas. Su padre decía que valoraba la calma que les brindaba vivir sobre Seis Aldeas en la parte alta del Collar, pero ellos sabían, incluso de pequeños, que era la única parcela de tierra que podía pagar. Las cuestas eran tan áridas que cualquiera que quisiera podía levantar la vista desde el pueblo y verlos en su patio o yendo al retrete exterior o ver cómo su padre se tambaleaba en su regreso a casa. La privacidad era un lujo que el paisaje no les ofrecía.

Prosperidad, tampoco.

El suelo apenas sustentaba un huerto, el camino a Seis Aldeas era empinado y peligrosamente resbaladizo cuando llovía y el muro de contención construido contra un costado de la montaña debía ser constantemente reparado para protegerlos del desprendimiento de rocas.

Aun así, era su hogar.

La cerca delantera estaba hecha de largos listones de madera petrificada dejada por los altaris que habían vivido en las laderas mucho tiempo atrás. Arbustos espinosos crecían por entre las tablas, envolviéndolas y formando una barrera natural. Dentro de

la propiedad, las jaulas de los halcones estaban construidas de forma improvisada con tablones desiguales. Mantenían la lluvia afuera y a las aves dentro, pero cuando los halcones comenzaban a chirriar, podía ser insoportablemente ruidoso.

La casa en sí misma era una sencilla vivienda de piedra construida en el estilo antiguo, tres habitaciones curvadas alrededor de una sala circular central para el hogar y la chimenea. La puerta principal estaba colocada en la parte trasera de la sala central y un camino de piedras triple llevaba de la puerta a la verja, a las jaulas y al retrete exterior contra el despeñadero. Las piedras eran irregulares en la tierra, de modo que repiqueteaban cuando las pisaban.

Esa había sido una de las primeras innovaciones de Kylee y Brysen. Cuando su padre aún estaba vivo, habían podido escucharlo venir por el repiqueteo de las piedras.

Clic clic. Clic clic. Clic clic.

No siempre los había mantenido a salvo, pero le daba tiempo a Brysen para roer algunas hojas de cazador, lo que lo distraía del escozor del látigo. Por eso había comenzado a mascarlas de tan pequeño. En aquel entonces ni siquiera le gustaba su sabor.

Kylee avanzó repiqueteando por el camino a las jaulas y dejó a Shara en su percha y la encaperuzó con un movimiento fluido. Sin poder ver y en silencio, Shara finalmente podría descansar. Los halcones podían ver más y procesarlo más rápido de lo que los humanos podían imaginar. Juntos, sus ojos pesaban lo mismo que su cerebro y su reacción era inmediata. Esto los hacía cazadores feroces, pero también extremadamente sensibles. El único alivio

que tenían de la arremetida del mundo era bajo las caperuzas de cuero delicadamente labrado.

Había momentos en los que Kylee también deseaba ponerse una pesada caperuza de cuero y estar en paz durante algunas horas. Su madre lo hacía, de cierta forma. Estaba constantemente rezando o meditando, con los puños llenos de tierra, insensible. Cuando no estaba en uno de sus trances, daba sermones a Kylee y Brysen sobre los males de la cetrería y las virtudes de los desaviados. Aun así, comía los alimentos que proveía la venta de aves.

Kylee hizo un recorrido para ver al resto de los halcones en las jaulas, aquellos que esperaba vender mañana.

Había un pinzonero —una raza de halcones popular para los principiantes— que Brysen había capturado la semana anterior. No había sido amansado aún —entrenado para sentirse cómodo entre personas—, pero no necesitaría mucho tiempo. Los pinzoneros eran aves fáciles. Algunos compradores querían la posibilidad de que sus hijos amansaran uno ellos mismos.

El halcón perdiguero de color blanco nieve acababa de terminar su jaulado y no valdría demasiado. Había dos cernícalos de alas azules —una raza de halcones pequeños—. Los venderían como pareja a algún coleccionista que buscara compañía más que un ave de caza. Eran tan amistosos y afectuosos como podían ser las rapaces.

El ave más grandiosa, el peregrino, pasaba de una pata a otra en su percha, sin dudas ansiosa por volar. Era cazadora y volaba a gran velocidad, un verdadero halcón de alas largas y más valioso que cualquier otra ave en las jaulas. Si Brysen lo mostraba bien

mañana, Kylee quizás pudiera conseguir que se iniciara una puja. Se preguntó cuándo había sido la última vez que Brysen lo había sacado a volar.

Se dirigió a los registros y los hojeó, su mandíbula se fue tensando cada vez más al pasar de página.

No los había actualizado en días.

En el libro de registro —que se suponía que debía llevar Brysen— se dejaba asentado el peso del ave, cuánto alimento se le daba, cuando estaba alto de peso, cuando estaba bajo y cuando estaba precisamente en el peso de vuelo. Sin el registro, no tenían forma de estar seguros —o de mostrarles a los compradores— que sus aves estaban en buena forma y estado físico.

«Solo tenías *un trabajo* que hacer», masculló y dejó el registro en su lugar.

Cerró las jaulas, chequeó las cadenas en la puerta tres veces e inspeccionó las trampas alrededor del perímetro —pequeñas trampas con dardos, ruidosos alambres para zancadilla—.

Normalmente no se molestaría —nadie en Aldeas les robaría—, pero en los días cercanos al mercado, cuando el pueblo se llenaba de extraños, los robos y el vandalismo no eran raros. Ni tampoco lo era el avicidio. Los seguidores de los kartamis no matarían solo a una o dos aves; si pudieran, envenenarían hasta la última ave del mercado. Vaciarían los cielos y quemarían Seis Aldeas hasta que solo quedaran cenizas. Aunque los Tamir y los distantes kyrgios uztari jurasen que estaban a salvo en estas laderas, Kylee comprobó las cadenas una última vez. Si todo iba bien en el mercado, no tendría que volver a preocuparse por los pesos de

vuelo y los registros nunca más.

Con su futuro tan seguro como las cadenas podían asegurarlo, cruzó el patio hasta la casa.

Clic clic. Clic clic. Clic clic.

Brysen estaba en el interior, se observaba el pelo en el espejo sobre la pared mientras cantaba en voz baja para sí mismo.

—*Nunca viejo y nunca nuevo, tralalá, tralaló...* —Se detuvo cuando ella entró—. ¿Has traído a Shara?

Kylee asintió.

—Brysen, lo siento, yo...

—Está bien —interrumpió abruptamente su hermano. Un silencio se posó sobre ellos.

Solían hablar sobre todo. Solían jugar a que simulaban ser un halcón —los dos una misma ave— y en susurros uno describía la casa desde arriba, después el otro llevaba el halcón más alto y contaba lo que podía ver y así sucesivamente. Cada vez iban más alto e iban imaginando el mundo desde el cielo: lo que los vecinos de Seis Aldeas estaban haciendo, cómo eran las caravanas que cruzaban el Desierto de Parsh o los kyrgios en el Castillo del Cielo o la Fortaleza de la Garra y, más allá, lugares que iban inventando: reinos altaris perdidos, puertos ajetreados sobre las orillas de una bahía de agua salada. Veían quién podía imaginar un mundo más grande con mayor detalle. Un halcón podía remontarse a las estrellas y aun así contar la cantidad de pelo en la cabeza de una cabra. También podía hacerlo una buena imaginación.

Pero al morir su padre tres vientos gélidos atrás, habían dejado de jugar. Después de desaparecer durante un giro completo de la

luna, Brysen comenzó a pasar tiempo con los chicos riñeros, empezó a verse a solas con Dymian, a hablar cada vez menos en casa, a compartir cada vez menos de sí con ella. La vida se había vuelto solitaria.

—¿Tienes hambre? —preguntó Kylee, tratando de encontrar algo para mantener la conversación viva—. Puedo cocinar.

Brysen se encogió de hombros.

Kylee mantuvo la voz tranquila.

—¿Dónde está mamá?

—En su habitación. —Brysen señaló la puerta cerrada con el mentón.

Si se enteraba de lo que había pasado en las arenas de riña, lo que había hecho Kylee, sería una larga noche, con salmodias y lamentos por delante. Condenar a tu hija a un infierno sin cielo requería mucha energía y ella se olvidaría de comer si Kylee no le ponía la comida enfrente.

—¡Voy a hacer la cena! —gritó Kylee hacia la puerta y desenganchó una pesada sartén de hierro de la pared—. Tenemos algunos granos que puedo tostar y lo que queda de la salsa de conejo —le dijo a Brysen, hablando como para llenar el aire—. Supongo que podemos comer eso hoy, porque mañana tendremos suficiente bronce como para comprar más.

—Mmm —respondió Brysen distraído, y bajó la caja de madera con jengibre azucarado que guardaban en el estante más alto. Metió un trozo en su boca y regresó la caja adonde estaba. Lo que fuese que estuviera pensando sobre su futuro después de pagarles a los Tamir, se lo estaba guardando para sí.

—Creo que conseguiremos un buen precio por el peregrino — continuó Kylee. *Si está listo para volar, pensó. Si no lo has sobrealimentado.* Dejó caer un puñado de granos en la sartén caliente. Era el momento de hacer las paces. Pronto Brysen podría llevar el negocio como quisiera y, hasta entonces, lo mejor era que no discutieran—. El perdiguero probablemente no vuela, acaba de terminar su jaula. Parece que se ha arrancado una pluma ensangrentada hoy por la mañana, ¿no?

—Alguien la comprará —dijo Brysen, masticando.

—Pensé que tú y Dymian podríais mostrar las aves juntos mañana, mientras negocio los precios. ¿Qué dices? —Ante eso, Brysen finalmente reaccionó.

—Eso estaría muy bien. —Estaba sonriendo de verdad—. A la gente le gusta ver a auténticos maestros cetreros en las carpas. Nos dará credibilidad, los precios serán más altos. Bien pensado.

¡Un elogio! Se contuvo de regañarlo por lo del registro.

—Creo que tendré al peregrino en mi puño —continuó Brysen, alegrándose con el tema del mercado—, para mostrar lo agradable que es. Mantendremos a las otras aves amarradas a la percha hasta que la gente pregunte por ellas. Quizás pueda ver si Nyall nos presta algunos de los alcahaces más bonitos del negocio de Dupuy. A menos que prefieras pedírselo *tú*...

Kylee podía sentir la sonrisa de su hermano sin mirarlo. Revolvió los granos que se calentaban en la sartén sobre el fuego, agregó una cucharada de grasa de ganso para que se derritiera y ablandara.

—Como quieras —respondió.

—¡Ja! —Brysen rio, caminó hasta estar a su lado y se apoyó

contra la mesa de madera junto a la pared—. Tus orejas han enrojecido. Te *gusta*.

—Oh, ¡vamos! —contestó Kylee—. Nos conocemos desde que vosotros hacíais concursos de mear en los acantilados. No me *gusta*.

—Bueno, sabes que le gustas a él —insistió Brysen.

—Sí, bueno, a todo el mundo le gusta alguien aquí. Somos un gran valle feliz. —Kylee era quien se estaba irritando ahora, la principal fuente de diversión de su hermano cuando parecía dispuesto a hablar era hacerla sentir incómoda. Ella no tenía interés alguno en el romance, pero era el tema favorito de Brysen en todas sus formas y colores. Si alguna vez se le ocurría leer algo, Kylee estaba segura de que sería alguna asquerosa historia de amor de esas que los viejos vendían con una copa de vino de pétalo de rosa por una pieza de bronce.

—Si sigues restándole importancia, lo perderás —le dijo Brysen—. Hay chicos y chicas por igual arrojándose a sus pies todos los días. Objetivamente, es hermoso. Eso lo ves, ¿no?

—Si te gusta tanto, ¿por qué no vas tras él? —le contestó a su hermano mientras dejaba caer una salchicha en la sartén y miraba cómo comenzaba a chisporrotear. Rio para sí frente al simbolismo.

—No estoy disponible, Ky. Ya lo sabes —dijo Brysen y Kylee se tuvo que morder la lengua. Tuvo miedo de haber metido la pata. El buen humor de Brysen era como un colibrí. Veloz y fugaz. Un gesto equivocado y salía disparado—. De todas formas, no puedes sentirte atraído por alguien con quien has meado en el acantilado cuando eras un niño —bromeó—. Es una ley de la naturaleza. Nyall te diría lo mismo. Quizás por eso le gustas tanto. Nunca te

vio mear.

—Tienes una visión extraña de la seducción, Bry.

Él sonreía con una sonrisa infantil que le recordaba a Kylee que su hermano aún estaba ahí dentro.

—Soy un romántico, ¿qué puedo decir? Habla con él. Dale una oportunidad.

—Veremos cómo va el mercado —dijo ella, como si eso tuviera algo que ver con las posibilidades de Nyall—. Dile *eso* a él cuando negocies los alcahaces.

—Hermana, ¡eres retorcida cuando se trata de ardidés femeninos!
—Brysen se rio.

Lo pinchó juguetonamente con la cuchara, pero él la esquivó y usó un plato astillado de escudo. Ella embestía y él bloqueaba, dando vueltas. Ella dio otra estocada y falló.

—¡Vamos, gran cazadora! —La provocó—. ¡Alcánzame!

Ella embistió otra vez y él la bloqueó. Una vez más y Brysen derribó la cuchara de su mano. Esta golpeó el suelo y él se lanzó tras ella para alzarla y apuntar a Kylee. Los pedacitos de grano en la punta habían levantado algo de polvo y quizás algunos excrementos de ratón.

—¡Ñam! ¡Come! —Arremetió con la cuchara en alto.

—¡Aj! —Su hermana se agachó, pero él la siguió—. ¡Qué asco!

Ella amagó a la izquierda y fue hacia la derecha, pero él dejó caer el plato y la sujetó del brazo, la atrajo hacia sí, en un movimiento justo como el del transportista que casi lo mata. Levantó la cuchara y le apuntó a la cara.

—¡El día de mercado es mañana! Necesitas toda tu energía.

¡Ñam, ñam, ñam!

—¡Puaj! —Ella se retorció y lo empujó, riendo. La sonrisa de su hermano era amplia y ella hasta se animó a mirarlo a los ojos, que estaban encendidos con una especie de vértigo.

»Bry, ¡para! —gritó, pero él no se detuvo. Seguía sonriendo—. ¡Basta! —Lo empujó otra vez, con más fuerza, y la camisa de Brysen se abrió.

Él se alejó de un salto, como si lo hubiesen apuñalado, la sonrisa desapareció de su rostro. Kylee vio la maraña de tersas cicatrices en su piel, un tejido compacto de quemaduras que se extendía desde la cintura de sus pantalones hacia arriba por todo el costado izquierdo y cruzaba su pecho hasta justo debajo de su clavícula.

Él dejó caer la cuchara y se abotonó la camisa con destreza.

—¿Por qué tenías...? Yo realmente no te iba... —Se le atragantó la voz y la alegría desapareció de sus ojos.

—No fue mi intención. Lo siento —se disculpó Kylee, que se estiró para sujetar su mano, tocarlo con ternura y mostrarle que no había querido hacerle daño. Él se alejó.

—Me tengo que ir —dijo con brusquedad. Su voz era fría. Sus ojos eran, una vez más, como un viento salido de las estepas elevadas—. Le preguntaré a Nyall por los alcahaces.

—¿Te dejo comida caliente?

Él le dio la espalda y se marchó sin responder. A su lado, la salchicha se cocía en la sartén y el sonido de la carne crepitando la hizo estremecer.

Clic clic. Clic clic. Clic clic.

Se había ido.

La puerta de la habitación de su madre crujió al abrirse.

—Has hecho mucho ruido —dijo ella.

—Lo siento, ma —respondió Kylee sin mirar hacia atrás—. Solo estábamos jugando.

—No me refiero a ahora —dijo su madre, ronca—. Me refiero a hoy. Tú, Kylee, has hecho mucho ruido. Demasiado.

Kylee se dio media vuelta, pero su madre había cerrado la puerta de su habitación otra vez y ella se había quedado sola. Su madre no saldría durante horas y no vería a su hermano otra vez hasta la mañana.

Al menos esperaba verlo por la mañana. Un halcón que habías cuidado durante doce temporadas podía volar lejos de ti en cualquier momento. Cuando soltabas el amarre y lo dejabas volar, confiabas el halcón al mundo y tenías la esperanza de que el mundo lo devolviera ileso. Las personas no eran tan diferentes. A veces se iban y no volvían más.

MOLEDORES DE CRISTAL

El sol acababa de asomarse por el horizonte en el Desierto de Parsh cuando comenzó la danza.

Los bailarines eran un espejismo, una ilusión de aire caliente que se elevaba desde la arena; una de las muchas maldiciones del desierto. Las leyendas altaris hablaban de hombres y mujeres que deseaban a estos bailarines con tanta pasión que dejaban sus campamentos y sus pozos de agua, y corrían a toda prisa hacia el horizonte en su búsqueda. Todas las historias terminaban de la misma manera: huesos secos en el desierto y los deseos de los muertos insatisfechos.

Anon no dejaría que ninguno de sus seguidores persiguiera a los bailarines de la aurora. Les había prometido cosas con tanta sustancia como un espejismo —justicia, venganza e integridad—, pero haría esas cosas realidad. Las cumpliría.

A su lado, un maestro cetrero medio desnutrido temblaba contra el frío matinal.

—Sigue concentrado, Aylex. Cuando hayamos hecho esto, tendrás una manta, cerveza, desayuno.

El escuálido pajarero se irguió, ávido por complacer. O, al menos, por ser alimentado y abrigado. Las cadenas que rodeaban sus tobillos los habían arañado tanto que los tenía en carne viva, y el

collar de bronce alrededor de su cuello había sido menos amable todavía. Su pecho desnudo estaba quemado al rojo vivo y aún sangraba por donde le habían raspado los ofensivos tatuajes cetreros hasta borrarlos de su piel.

Anon hablaría con los guardias del maestro cetrero. Aunque era su prisionero, no debía ser maltratado. ¿Acaso no eran todos prisioneros de la tierra y no serían todos confinados al lodo otra vez algún día?

La fe altari era la más antigua en la meseta; el pueblo altari había estado en las montañas antes de que los uztaris llegasen y los expulsaran más allá de las llanuras, al desierto azotado por los vientos. Generaciones de altaris se habían arrastrado por la arena durante tanto tiempo que la habían molido debajo de sí hasta convertirla en cristal. Ese era el agravio que los uztaris usaban contra ellos: los moledores de cristal.

Con el tiempo, muchos altaris habían abandonado su fe, se habían unido al culto uztari de las aves, habían jurado lealtad al Castillo del Cielo. Llevaban halcones en sus puños y transportaban bienes y equipos a lo largo de las planicies para los kyrgios uztaris a cambio de los poderes terrenales más fugaces. Atrapaban halcones y comerciaban con águilas. Hasta los Sacerdotes Rastreros, quienes aseguraban respetar las viejas usanzas y maldecían la cetrería uztari, vivían alegremente bajo la protección de Uztar. Dejaban que los blasfemos los alimentaran como polluelos en el nido. Todos eran cómplices.

Pero había otros procederes. Más puros. Anon *no* sería un moledor de cristal. Anon sería la esquirla de cristal afilada que

rebanaría el pecado del mundo. Él era kartami, la esquirra, quien derribaba a los autoproclamados soberanos del cielo. La fe kartami era inquebrantable y el poder kartami, imparable. Entrarían como el torbellino de una tormenta de arena directamente en el corazón de Uztar y se apoderarían de los cielos. Estos serían purificados, vaciados y libres de pecado. Cuando el cielo estuviese vacío, estarían salvados. Estaban casi listos.

Pero por ahora, la victoria requería pecado. Hasta su victoria, Anon necesitaría a este maestro cetrero a su lado.

—¿Haces que vuele a ti? —pidió a su prisionero.

El hombre asintió. Levantó un brazo esposado con amarres de cuero, que se sacudió, pero logró mantenerlo extendido hacia la mañana.

Habían saqueado la caravana de un mercader durante la temporada de alzamiento del viento y habían capturado a su maestro, Aylex. Habían asesinado a todos menos a él, incluso a los que habían alegado que ellos también eran de su pueblo. Anon había cortado sus mentirosas lenguas primero. Pensaban que ser altari era una herencia, un linaje, porque no conocían la historia. Altari y uztari eran identidades tan cambiantes como los vientos. Y servir a Uztar, vivir como un uztari en tierras robadas y con los ojos inclinados hacia el azul era *ser* uztari.

Además, si quería que los pueblos y ciudades cayeran, necesitaba que el miedo se les adelantara. Los rumores sobre su brutalidad quizás llevaran a sus próximos enemigos a rendirse sin pelear. Cuando enfrentabas ejércitos mucho más grandes, aterrorizarlos por adelantado era la mayor esperanza que tenías de

ganarles.

Después de las ejecuciones, robaron las sedas para sus cometas y madera y metal para sus carretillas de guerra, cualquier cosa valiosa que pudieran encontrar, pero dejaron todos los muebles de cetrería: los alcahaces, las perchas, correas, cascabeles y pihuelas. Las caperuzas y muñequeras. Respecto a las propias aves, salvo una, se pidió rescate por ellas a los propios kyrgios o se les concedió la misericordia de la muerte, un tajo limpio en la garganta. El rescate era necesario para financiar la conquista, pero el derramamiento de sangre era un acto sagrado. Una matanza sagrada.

El maestro cetrero no habló durante una semana después de la masacre. Se quemaba al sol como solía pasarle a Anon de niño, hasta que su piel se había endurecido contra el sol del desierto. Le había llevado un poco de tiempo hacer que el maestro cetrero fuera útil otra vez, acostumbrarlo a la vida en el desierto, para la cual no estaba hecho. ¿Acaso no había habido un montón de altaris exiliados que tampoco habían estado hechos para el desierto? Se habían adaptado. Y también él lo haría. Los kartamis habían dejado vivo el halcón personal de este hombre y habían dejado que él lo cuidase hasta que fue enviado a Seis Aldeas.

Y esa mañana, había regresado.

El ave en vuelo se alejaba del creciente sol rojo, atravesando a los bailarines del espejismo como una flecha a través de humo, y el tiempo pareció ir más lento cuando la rapaz inclinó las alas hacia atrás, estiró las garras y sujetó a su cetrero por el puño. La pequeña correa del guante fue rápidamente amarrada a la muñequera del

halcón, de forma que el halconero y el ave volvieron a estar ligados.

Una lágrima recorrió la mejilla del maestro cetrero.

—¿Te alegras de que tu ave haya regresado a ti?

Aylex asintió.

—Sí, así es.

Anon respiró hondo. Lo ofendía la imagen del halcón en el brazo del hombre. Odiaba al sujeto por adiestrar al ave y odiaba al ave por permitir que la adiestraran.

—Dame el mensaje.

Aylex desató la pequeña caja de la muñequera del pájaro y se la entregó a Anon, quien usó el anillo en su dedo índice como llave para abrirla. Desenrolló el pergamino que había dentro y leyó las palabras que su espía había recolectado, con los labios semiabiertos y el corazón palpitando en su pecho.

—¡Visek! ¡Launa! —gritó, lo que hizo que el halcón y el cetrero se sobresaltaran. Los dos líderes del escuadrón de Anon llegaron corriendo desde sus carpas para detenerse frente a él.

Visek y Launa eran ecos uno del otro en apariencia, el hombre más joven tenía la piel tan oscura como la mujer mayor, como el suelo negro de las montañas a las que todos los altaris anhelaban volver. Habían estado con Anon desde el comienzo de su campaña, cuando en una aldea del prado se había alzado contra un alto gobernante altari que tenía un título falso otorgado por los usurpadores del Castillo del Cielo. Era un traidor y un tonto, y había deshonrado a la comunidad al albergar unos juegos de palomas, un deporte estúpido en el que los apostadores intentaban atraer la bandada de sus contrincantes. Un novicio local, un

muchacho que estudiaba para convertirse en Sacerdote Rastrero, había llegado para denunciar el deporte y, en su fervor, había envenenado los alimentos de algunas aves. Lo atraparon e iban a azotarlo.

Anon, quien no se llamaba Anon en ese entonces, intervino. Agarró el látigo de manos de ese gobernante estúpido y lo ahorcó con este hasta la muerte. Después declaró que todos aquellos que quisieran recuperar la grandeza de su gente y liberar los cielos de pecado debían alzarse con él como las últimas esquirlas de la verdadera civilización altari. Ese momento había sido el nacimiento de los kartamis. Solo el joven novicio y su joven madre lo habían seguido. Eran Visek y Launa.

Los números kartamis crecieron a medida que atacaban a colaboradores altaris y asesinaban a viajeros uztaris. Anon vio el poder de la pareja de guerreros que se amaban como madre e hijo. Así que estableció que todos sus guerreros serían emparejados por lazos de amor. Padres, amantes, hermanos. Ser un guerrero de los kartamis era amar con tanta intensidad que ligabas tu vida a otra en batalla y la vida de tu pareja al destino de tu fe. Los valientes iban a la guerra por sus propias creencias, pero los victoriosos iban a la guerra por la fe que sus seres queridos tenían en ellos. Solo Anon luchaba solo. Su amor era para todos ellos.

Sus parejas guerreras nunca habían perdido una batalla.

—Avisad a los comandantes —les ordenó—. Levantaremos campamento y cabalgaremos listos. Cuatro líneas, ocho escuadrones a lo largo, ocho carretas por escuadrón.

Cada uno de ellos miró marcadamente a tierra una vez, después

se dieron la vuelta para ir a informar a los comandantes. No necesitarían demasiado tiempo. Anon había ideado un sistema de comando que movilizaba a sus 512 guerreros tan repentinamente como una tormenta y él los comandaba con banderas y llamados, mientras avanzaban por el desierto como torbellinos sin desacelerar.

—¿Podré tener una manta ahora? —rogó el maestro cetrero, sus ojos apuntados hacia abajo, a sus pies ennegrecidos.

—Primero debemos enviar nuestra respuesta —dijo Anon.

El maestro cetrero dejó escapar un gemido por su boca y echó un rápido vistazo a su halcón.

—¿Va a enviar a Titi de regreso tan pronto?

Anon abofeteó al maestro cetrero con el dorso de la mano, el pesado anillo que usaba le cortó la mejilla al hombre.

—¡Tu pájaro no tiene nombre! —gritó—. Si te vuelvo a escuchar nombrarlo, le daré de comer tus vísceras mientras sigues vivo, ¿entendido?

Aylex asintió, escarmentado.

Ojalá todos los uztaris fuesen tan fáciles de romper.

Detrás de él, parejas de kartamis se acercaron y pusieron en línea sus carretas; las carpas y mantas ya estaban guardadas ajustadamente dentro y las cometas de batalla estaban montadas en la parte frontal. Los voladores estaban amarrados a las cometas, mientras que los conductores comprobaban las lanzas y los arcos.

Anon no tenía dudas de que sus kartamis pronto gobernarían solos los cielos y que, desde su vasta vacuidad, podría nacer una nueva civilización. Entonces romperían sus cometas y dejarían el

cielo puro e inmaculado. Pero antes de que ese tiempo pudiera llegar, tendría que alcanzar más acuerdos con los cetreros y encontrar un trato con los peores de ellos. Analizó el pergamino una vez más para redactar su mensaje.

—Diles que, si su informe es cierto, no perderé esta oportunidad —le dijo al maestro cetrero—. Diles que hagan lo que tengan que hacer para que la chica obedezca, pero diles que *conseguiré* a esa águila fantasma.

BRYSEN

EL VÓRTICE EXPANSIVO



6

Kylee había estado actuando de forma extraña toda la mañana. Brysen estaba bastante seguro de que ella le gritaría en cuanto él entrara tambaleándose a su carpa en el mercado, después de que tuviera que construirla sola. En lugar de eso, lo abrazó.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Eh, sí —respondió, aunque el rostro de su hermana le dijo con bastante claridad lo poco bien que estaba.

—Genial —dijo Kylee, con una alegría que lo puso nervioso—. Tengo a las aves aquí debajo, en la carretilla y ¿tienes los alcahaces de Nyall...?

Levantó la voz al final de la oración como si estuviera disculpándose por mencionarlo. ¿Por qué lo estaba tratando con tanta amabilidad?

—Lo siento —respondió—, he pasado una larga noche en Pihuela Rota. —El rostro de su hermana se tensionó, estaba a punto de regañarlo, pero entonces volvió a relajarse.

—No pasa nada —dijo—, iré ahora. Tenemos algo de tiempo antes de que llegue la gente. ¿Por qué no... eh... te arreglas un poco?

Él asintió y ella salió por entre las solapas delanteras de la carpa, dejando entrar un breve rayo de la penetrante luz de las primeras horas de la mañana. Este le aguzó el dolor de cabeza más que el chirrido de un halcón. Se preparó. Habría muchos más chillidos y mucha más luz cuando comenzara el mercado.

Además de los mercaderes de Seis Aldeas, en la carretera había cetreros sin carpa con perchas en carretas y un halcón o dos en el puño. Habría vendedores ambulantes de palomas y comerciantes de señuelos, vendedores de aves domésticas y pájaros cantores y de exposición y muchos más artesanos de mueblería cetrera de los que jamás podrían ser necesarios para la cantidad de compradores que habría. Luego llegarían los clientes: kyrgios y campesinos y maestros cetreros y transportistas y espías y curiosos y Sacerdotes Rastreros a la altura de las rodillas gritando maldiciones hacia todo. Y el regateo sería más ruidoso que el griterío y los graznidos, y los chillidos atravesarían todo con espeluznante regularidad.

A Brysen le dolía la cabeza de solo pensarlo.

A solas en la carpa, se olió la axila y fue como un golpe en la cara. ¿Cómo había hecho su hermana para sobrevivir a su abrazo?

Se puso la ropa que Kylee le había traído: pantalones de cuero rojo, una túnica azul brillante —la mejor que tenía, reservada para días de mercado, festivales y funerales— y su capa larga a rayas. Kylee había sabido que él no volvería a casa antes del amanecer y que necesitaría cambiarse.

No merecía una hermana como Kylee. Quería ser más amable. De verdad lo quería. Al menos después de unos pocos días, ella ya no tendría que trabajar en este negocio que odiaba. Tendrían

suficiente dinero para cancelar la deuda con los Tamir. Ella podría ser libre.

Kylee no lo había dicho, pero él sabía lo que ella deseaba. La conocía mucho mejor de lo que ella creía. Él no iba a oponerse. De todas formas, no le importaba el negocio. Tenía sus propios planes de lo que haría cuando este mercado acabase y todas sus deudas fueran saldadas.

Se marcharía de Seis Aldeas.

Sabía cómo lo veían todos aquí: el patético hijo de un patético hombre que estaba muerto. Las arenas de riña no podían borrar esa idea de él y tampoco podía hacerlo el negocio. Pero en la carretera, viendo el mundo con el que Kylee y él solían soñar, podría ser quien quisiera ser. Él y Dymian podrían reinventarse a sí mismos en cada oasis; ni el desprecio de los nobles ni la lástima de los vecinos podrían tocarlos. Serían cazadores salvajes, sin ataduras, indomables, y vivirían aventuras de la mano. Se preguntó cómo se tomaría Kylee la noticia de que pensaba marcharse. ¿Intentaría detenerlo? ¿Sentiría alivio?

Sí que había hecho algo por ella esta mañana; aunque Kylee no lo vería de esa forma.

Había decidido no preguntarle a Nyall por los alcahaces para que Kylee tuviera una razón para hablar con él. Ella no pensaba de esa forma, pero se merecía un poco de felicidad, y Nyall se moría por dársela. Si tan solo le diera una oportunidad... Era como si no tuviera ningún sentimiento romántico en absoluto. Si no fuesen tan parecidos físicamente, Brysen hubiera jurado que no tenían parentesco alguno.

«¿Cómo puedes querer a alguien que es tan obvio que no te corresponde ese amor?», le había preguntado Brysen a su amigo la noche anterior. Nyall lo había mirado aturdido, como si pensara que estaba bromeando, pero después se había puesto serio al ver que Brysen no estaba bromeando en absoluto.

«Es así», explicó Nyall, «tú quieres a la luna...».

«¿Yo?», se asombró Brysen.

«La gente», Nyall se corrigió. «La gente quiere a la luna. Pero la luna no los quiere. Simplemente sucede. Nuestro amor por ella no requiere que ella nos corresponda. Prefiero vivir en un mundo donde me toca querer a la luna que en uno donde no, aunque la luna no corresponda al sentimiento».

«¿Quieres la luna? ¡Te la daré!», les gritó Nyck, después saltó, dejó caer la parte trasera de sus pantalones y sacudió sus pálidas nalgas en las caras de sus amigos.

«¡Por la luna en todas sus formas, sean suaves o peludas!», brindó Brysen.

«¿Tu hermana tiene una luna peluda?», Nyall parecía preocupado.

«Lo que hay en los pantalones de una persona no es asunto de nadie, solo de los cielos», lo regañó Nyck, mientras volvía a subir los suyos.

«Pero ¡la querría igual con la luna peluda!», exclamó Nyall. «¡Siempre está el cuarto menguante, después de todo!», levantó su copa, riendo, y todos brindaron por el amor y por las fases de la luna.

Eso era lo último que Brysen recordaba. Había despertado solo

en un banco de Pihuela Rota. Había un hilo de excremento de pájaro colgando de una percha justo sobre su cabeza, una alarma efectiva. Se levantó de un salto antes de que le cayera en el ojo.

Ahora daba una vuelta por la carpa para asegurarse de que los halcones estuvieran en buena forma. Estaban todos sentados tranquilos en las perchas, en el fondo, amarrados en su lugar. Anillos de hierro les envolvían los tarsos justo debajo de las muñequeras de cuero que sostenían sus cascabeles y sus pihuelas. Las bandas de hierro decían CETRERÍA DOMADOR DEL CIELO; el nombre que su padre le había dado al negocio. Kylee había querido cambiarlo cuando se hicieron cargo, pero él había dicho que debían dejarlo.

«Con cada venta que hagamos que él no hubiese hecho, ponemos más tierra sobre el recuerdo de pa», le había dicho a Kylee. «Robamos el nombre que se hizo y lo hacemos nuestro».

Ella no había discutido con él. Nunca discutía con Brysen cuando se trataba de su padre. A veces él deseaba que lo hiciera. Fue entonces cuando había caído en la cuenta de que ella no tenía planes de quedarse con el negocio después de que las deudas estuviesen saldadas. Y fue entonces cuando él supo que no tenía futuro en Seis Aldeas. No podía hacer funcionar las cosas solo. O, mejor dicho, no quería hacerlo sin Kylee.

Agarró el libro de registros, una pluma y un frasco de tinta de fitolaca y anotó algunos pesos y datos de alimentación que faltaban para cada una de las aves. Inventó lo que no podía recordar. Era un fraude, obviamente, pero inofensivo. Ningún

cetrero que fuera serio se tomaba un registro al pie de la letra, y un cetrero que no fuese serio no sabría si los registros estaban un poco errados.

Secó la tinta y guardó el libro. Sus guantes y un par de repuesto colgaban de percheros que había junto a las aves. Los guantes extra eran en caso de que clientes potenciales con más bronce que cabeza se acercaran sin guantes propios. Si tenían un comprador de la nobleza, Brysen llevaría el ave afuera y la dejaría volar, usando uno de los señuelos para que cayera en picado y demostrase su velocidad y precisión.

Había intentado adiestrar a cada halcón y águila para que esperasen en techo, lo que significaba circunvolar en lo alto hasta recibir la señal para cazar, pero nunca había sido demasiado bueno en eso. Ni siquiera con la ayuda de Dymian.

«Supongo que tendrás que quedarte para enseñarme la forma correcta», decía siempre Brysen.

«Me parece que no aprendes a propósito, solo para que me quede», respondía Dymian, bromeando. A veces el entrenamiento terminaba ahí mismo en ese preciso momento. Esos eran los días favoritos de Brysen.

Aunque él hubiese querido que fuese verdad que estaba simulando ser malo. El triste hecho era que realmente *quería* mejorar. Solo que no podía concentrarse en los detalles más sutiles. Se impacientaba con facilidad y se distraía. ¿Cómo podía ser que las técnicas le salieran con tanta naturalidad a su hermana, que odiaba tanto todo sobre la cetrería excepto la paga, cuando él quería ser excelente con tanta desesperación y siempre se quedaba

corto? ¿Acaso no eran mellizos? ¿No se suponía que debían compartir todo? ¿Y en qué clase de basura se convertía él por estar resentido por los talentos de su hermana en vez de enfocarse en los propios? El autodesprecio no era un cazador solitario. Formaba una bandada con cada pensamiento desagradable que podía encontrar y entonces, como las multitudes enardecidas, atacaba.

Brysen salió de la carpa penumbrosa para aclarar su mente con el aire matinal. Echó un vistazo a la avenida a su izquierda. Nada, salvo carpas de cetreros. A su derecha, lo mismo. Frente a ellos estaba Equipería Dupuy, que vendía señuelos y perchas, alcahaces y sogas, guantes y caperuzas. No se había dado cuenta de que estaban tan cerca. Eso no podía ser un accidente.

Detrás de su mesa de madera, Nyall negociaba alegremente con Kylee por los alcahaces de alta gama que vendía para transportar aves. Sonreía y gesticulaba, sin dudas intentando convertir los desesperados intentos de Kylee por pagarle con bronce en una promesa para, en su lugar, caminar a orillas del Collar. Los halcones macho que perseguían a las hembras con llamados agudos y piruetas en el aire eran más recatados.

—¿La *Guía para el avistamiento y captura del águila fantasma*, de Ymal el Tonelero? —Un escolástico con cara demacrada y vestido con una capa raída pasó dando empujones frente a Brysen—. Tengo tres fragmentos *au-ten-ti-fi-ca-dos* aquí, enviados directamente desde la última excavación *ar-que-o-ló-gi-ca* en las laderas del sur al lado del Castillo del Cielo. *Le-gi-bles* y *le-gí-ti-mos*, honor al cielo.

El hombre tenía el acento de los uztaris norteños: sobrepronunciaba lo que podía haber dicho con simpleza. Mostró

tres segmentos de pergamino desgastados y apolillados que sacó de debajo de su capa.

—Ymal proporciona información por su propia mano de dos nidos desconocidos donde el águila fantasma crea su hogar y seis trucos infalibles para atrapar una.

—¿Seis? —Brysen miró fijo al sujeto—. ¿Quién necesita más de uno?

—Uno para atrapar a la bestia. —El hombre se le acercó con mirada cómplice y sonriendo—. Y cinco para sobrevivir al *en-cuen-tro*.

El mercado estaba plagado de vendedores de pergaminos como este. Vendían trozos de papel falsos asegurando que eran originales, sabiduría que venía directamente de los grandes tramperos del pasado. En el mejor de los casos, cualquier tonto que comprara uno terminaría en algún peñasco helado sin estar más cerca de la riqueza y la gloria que si se hubiese quedado en su casa desnudo, bebiendo vino de amargón. En el peor, terminaría en un solitario funeral celeste. La comercialización de manuscritos tramperos estaba expresamente prohibida y, por lo tanto, prosperaba.

—Está apolillado de una forma muy regular —explicó Brysen, señalando los papeles raídos. El hombre arrugó la frente—. Las polillas no mordisquean círculos perfectos. —Brysen sabía mucho sobre esas cosas—. Parece que las has hecho con... ¿qué? ¿Un punzón para cuero?

El sujeto retiró la mano del hombro de Brysen como si quemara.

—¿Cómo te atreves a acusarme...?

Brysen se encogió de hombros.

—Me duele demasiado la cabeza como para acusarte de nada — respondió—. Pero ve a vender tus mierdas a otro lado, o aprenderás en qué otro lugar puedes meter un punzón.

El cuerpo entero del hombre se arrugó y desapareció rápidamente entre la multitud. Seguramente encontraría un comprador para el final del día, pero no un seisaldeano. Ellos sabían que las pocas historias reales sobre las águilas fantasma se contaban después de varias jarras de cerveza de leche y fajos de hojas de cazador. La verdad nunca permitía el insulto de ser escrita donde cualquier polilla pudiese comerla.

En ese momento, un kyrgio uztari a caballo bajaba por la carretera taconeando, con su séquito de sirvientes detrás. Vestía con el violeta y verde de su clan. Su túnica, intrincadamente bordada con puntos dorados, brillaba contra su piel ambarina. No era necesario que se vistiera con tanta elegancia. En el brazo, iba posada una enorme águila dorada, sin caperuza, pero perfectamente serena.

Solo los nobles podían pagar un ave semejante. Una que estaba tan calmada obviamente había sido bien adiestrada. Un águila dorada podía derribar a un ciervo en una pradera abierta o acuchillar mortalmente a una cabra montesa. Representaban un peligro incluso para los hombres, y transportar una sin caperuza en mitad de una ruidosa muchedumbre en un día de mercado era el cenit de la arrogancia.

Un niño pequeño, uno de los chiquillos pobres del pueblo que limpiaban los excrementos de ave por una pieza de bronce al día,

jugaba con un pinzón posado sobre un cordel, al que columpiaba alto para que atrapara insectos. No estaba prestando atención y terminó justo en mitad de la carretera. El pequeño pájaro salió volando hacia la cara del caballo.

El caballo relinchó. El águila en el puño del kyrgio chilló, se debatió e intentó lanzarse hacia otro lado, pero estaba amarrada por una fuerte pihuela de cuero, así que el impulso la hizo dar una voltereta y quedar cabeza abajo, tirando del kyrgio con tanta fuerza que casi lo tiró de la montura.

—¡Sabandija! —gritó el kyrgio al recobrar el control de su ave y su caballo—. ¡Debería hacer que te azoten!

El niño se puso en cuclillas y se cubrió la cabeza, acobardado, mientras su pinzón se iba volando.

—Lo... lo... lo...

Ni siquiera había podido pronunciar una disculpa cuando uno de los sirvientes del kyrgio bajó de su caballo y sujetó al pequeño de la camiseta y lo levantó con una sola mano. Con la otra desenrolló un látigo de seis garras, un mango de madera con seis tiras de cuero que terminaban en una garra curva. Otra innovación que Seis Aldeas le había entregado a la civilización uztari. Las garras de este azote eran de un esmerejón, uno de los halcones más pequeños. Si el látigo hubiese tenido garras de águila, el niño habría sido despellejado. Este, de todas maneras, le dejaría cicatrices. Brysen se estremeció.

—¡Ey! ¡Symon! —gritó, inventando un nombre para el niño, y comenzó a abrirse camino hacia allí. Mientras caminaba, agarró una de las jaulas para palomas de su carpa. Con suerte, el niño

sería lo bastante inteligente como para seguirle el juego—. ¿Por qué estás molestando a estos distinguidos caballeros?

—No... no soy Sy... —balbuceó el niño, con los ojos aterrorizados y fijos en las puntas de garra del látigo.

—Mis disculpas, señores —les dijo Brysen al sirviente y su señor—. Mi hermano pequeño es un tonto y, les aseguro que mi madre lo azotará sin piedad cuando regrese de la cacería con su señor.

—¿Tu madre ha ido de caza? —preguntó el sirviente con escepticismo. Tenía una cara grande, sus finos labios estaban ladeados en una mueca de desprecio y llevaba su largo pelo tirante hacia atrás—. ¿Durante el mercado?

—Sí, señor. Es la encargada de señuelos de Yaga Verosan, de los prados del recodo. Ha estado de caza durante un mes, pero regresa hoy. Me encargaré de contarle la estupidez de mi hermano y ¡vaya si sufrirá este pequeño desgraciado!

El niño colgaba de la mano del sirviente como carne de un garfio.

—No parecéis hermanos —dijo el sirviente. La tez rubicunda del chiquillo traicionaba la mentira muy evidentemente.

Brysen dejó caer la cabeza para simular vergüenza, mientras iba tras una mentira mejor.

—Mi madre tiene una debilidad por su señor altari... —dijo—. Mi hermano es su único heredero legítimo. Yo soy...

—El bastardo aldeano de un altari. —El kyrgio rio.

Brysen había inventado el nombre de Yaga Verosan, por supuesto, pero por obligación aristocrática los kyrgios uztaris debían mostrar respeto, aunque de mala gana, a los altos gobernantes de los prados de las planicies, donde los altaris tenían

permitido gobernar siempre que pagaran doble tributo al Castillo del Cielo. Este kyrgio no tendría interés alguno en rastrear a una encargada de señuelos pueblerina y su romance con un noble agrícola de poca monta. Esa era la apuesta de Brysen.

—¿Por qué no les doy un buen regalo para su magnífica águila?
—Brysen sostuvo en alto la jaula de paloma—. Mi ofrenda y disculpa. Por supuesto, si prefieren azotarlo, lo comprendo perfectamente. A veces lo hago yo mismo por diversión. Está tan acostumbrado que ya ni siquiera llora, aunque apuesto a que podrían hacer que le caigan una lágrima o dos si le dan con fuerza.

El niño lloriqueó al pensarlo.

—Pff —masculló el kyrgio. El sirviente bajó al pequeño y aceptó la paloma.

—No vale la pena desperdiciar nuestro tiempo. —Le echó una mirada fulminante a Brysen de arriba abajo—. Es una pena que su padre no tuviera hijos varones —dijo y el séquito del kyrgio retomó el paso.

—Me llamo Rhyme —dijo el pequeño, con labios trémulos.

—¿Como la rima de un poema? —Brysen le sonrió y se puso en cuclillas frente a él. El muchacho asintió—. Y yo soy Brysen —agregó—. Escucha, tienes que mirar bien por dónde vas en un día como hoy. Ese kyrgio podría haberte matado si quería.

—No quería asustar al águila —sollozó Rhyme.

—Lo sé. —Brysen aclaró su garganta. Sostuvo un trozo de jengibre azucarado de su bolsillo. Había pensado que podría calmar su estómago con él luego, cuando los errores de la noche anterior vinieran a buscarlo, pero en vez de eso lo puso en la mano

del niño—. ¿Tienes casa?

Rhyme asintió.

—¿Es segura? ¿Puedes quedarte allí?

El pequeño volvió a asentir.

—Bien, ve corriendo a casa, entonces —dijo Brysen—. Y no regreses al mercado. Mantente fuera de la vista y estarás bien. Se olvidará de ti en cuanto su ave defeque en sus zapatos.

Rhyme sonrió. Brysen le revolvió el cabello y lo largó para que corriera a casa.

Al darse la vuelta hacia la carpa, Vyvian, la amiga de su hermana, lo saludó con la cabeza desde la esquina de otra carpa. Tenía una paloma en la mano, con un mensaje atado a su tarso, y la dejó volar. Luego negó con la cabeza hacia él, con tristeza.

—¿Qué? —le preguntó él.

—¿Sabes quién era?

—¿El niño?

—El kyrgio.

—Te dejaré la política a ti, Vy —respondió—. Soy un romántico, no un maquinador.

—Ten cuidado, Brysen —aconsejó ella—. Lo primero no te protegerá de lo segundo. Las nubes se acercan.



7

Brysen abrió las solapas para que comenzara la venta matinal y apartó la inquietante advertencia de Vyvian de su cabeza.

—Eso ha sido el doble de estúpido que de valiente; y eso que ha sido increíblemente valiente. —La voz de Dymian sobresaltó a Brysen desde la parte trasera de la carpa.

—No soy bueno haciendo cuentas. —Brysen se giró hacia él—. ¿Cómo te has metido aquí sin que te viera?

—Me he escabullido por atrás.

Brysen estaba a punto de hacer una broma, pero Dymian no parecía de humor. Sus mejillas estaban ensombrecidas por una incipiente barba castaña y sus ojos estaban ojerosos. Tenía una magulladura en la frente, apenas cubierta por su pelo.

—Ese kyrgio con el águila era kyrgio Yval Birgund —informó Dymian—. Consejero de defensa del Castillo del Cielo.

—Bueno, era un arrogante comelodo a quien le gusta hacer daño a niños pequeños —dijo Brysen—. Debería haber apuntado el látigo hacia *él*.

—Hubieses muerto antes de que tu cuerpo cayera al suelo, aun así... —Dymian sonrió—. Admiro tus plumas.

—¿Mis *plumas*?

—Un asesino en la arena, un héroe en las calles —arrulló Dymian—. Un poco de ambos en la cama...

El pecho de Brysen se hinchó y él sintió que su sangre se disparaba hacia su cabeza. Su sangre se disparaba hacia todos lados.

—No estaba seguro de que fueras a venir hoy —le dijo a su entrenador de manera distendida, temiendo que su pulso comenzara una avalancha.

—Necesito hablar contigo. —Dymian echó una mirada a la abertura de la carpa—. ¿En privado?

—¿En día de mercado? —Brysen negó con la cabeza—. Todos observan a todos. Vyvian Sacher acaba de enviar una paloma sobre mí, creo. —Dymian se mordió su labio inferior, frunció el ceño. Brysen no conocía esta versión tímida de su entrenador—. Espera.

Cerró las solapas de la carpa y le hizo señas a su hermana, que cruzaba hacia allí, para que esperara solo un momento. Kylee le mostró las palmas de las manos y negó con la cabeza, su boca se quedó abierta.

Una vez que las solapas de la carpa estuvieron cerradas, Brysen giró bajo la tenue luz que se filtraba por la lona. Dymian cruzó el espacio y se detuvo frente a él, tan cerca que Brysen tuvo que levantar la mirada para encontrar sus ojos. El maestro cetrero apoyó las manos en los hombros de Brysen.

—Quiero disculparme por lo de ayer —dijo—. Sé que viste que aposté en tu contra.

Brysen tragó saliva.

En las historias, las personas decían que el amor las atontaba, pero esos narradores no sabían nada. El amor no te hacía tonto; te hacía demasiado inteligente, demasiado rápido. En un respiro, una persona enamorada podía imaginar todo lo que debía decir y lo contrario, cada tono de voz que usaría y por qué cada uno era un error. Podía sopesar cada palabra y analizar cada gesto. No era bueno con las cuentas, pero Brysen podía calcular la trayectoria emocional de una ceja y las infinitas combinaciones de dos labios que se tocan, y ese saber atascó su lengua. Una persona enamorada estaba paralizada por la brillantez de su propio anhelo.

—Da igual —dijo con voz entrecortada.

Sí, la genialidad instantánea del enamoramiento sonaba muy parecido a la estupidez.

Intentó añadir un gesto de indiferencia con los hombros, pero Dymian lo sujetó de forma equivocada y lo abrazó contra su pecho con fuerza. Brysen se alegró de que los halcones estuvieran encaperuzados en sus perchas. De otra forma, habrían sentido el revuelo bajo su piel y hubiesen comenzado a chillar.

—Sé que te molestó —susurró Dymian sobre el cabello de Brysen—. Eso es lo más maravilloso de ti. «Tu corazón es un ala, algo frágil como una pluma».

Brysen rio.

—¿Eres poeta ahora?

—Es de la *Épica de las cuarenta aves* —respondió Dymian.

—Nunca la he leído.

—Es genial. Un día te la leeré. La primera ave, un halcón hembra, sabe que en el mundo hay más de lo que ella ha podido ver, pero

no puede descubrirlo sola. Debe unir a todas las aves, una por una, escuchar todas sus historias antes de que puedan irse volando juntas en busca de la verdad del mundo. ¿Cómo es que no has leído nuestra épica *fundacional*?

A veces, al estar con Dymian, Brysen olvidaba que era tan solo el hijo de un cetrero de Seis Aldeas. Y otras veces, era un recordatorio de que lo era.

—No tuve tutores ni fui al colegio como tú —dijo—. Aprendí lo que aprendí cuando lo aprendí.

—Por supuesto —respondió Dymian con dulzura y apartó un mechón de cabello gris de la frente de Brysen. Cuando él le tocaba la cabeza, no sentía su pelo como una pila de ceniza gris. Lo sentía como plata pura—. Y siempre me asombra cuánto sabes. Más de lo que te das crédito.

Brysen sonrió. Era una mentira, obviamente, pero aun así era una mentira cariñosa y le encantaba que alguien como Dymian hiciera el esfuerzo de mentir para hacerlo sonreír. La verdad rara vez era amable, entonces ¿por qué no dejar que una mentira amorosa persistiera?

—De cualquier forma, siento lo de ayer —repitió Dymian—. No tenía otra opción. Necesitaba dinero rápido, y... Bueno, pensé que ese transportista te superaría. Debería haberte dicho que dejaras a Shara suelta y te dejaras vencer sin ponerte en peligro.

—¿Tendrías que haberme dicho? —Brysen se apartó. ¿Cómo era posible que la persona que te hacía volar por las nubes fuera la misma que te podía aplastar contra la tierra?—. Tomo mis propias elecciones, Dy. No soy un chico de harén al que puedas dar

órdenes. Tú no me dices *qué* hacer.

—Lo sé. Lo sé. Lo siento. —Dymian debería haberle respondido con enfado o con una broma vulgar sobre harenes o tirándolo al suelo ahí mismo en mitad de la carpa; debería haberlo sujetado y haberle dicho una o dos cosas que podrían ser divertidas... pero en lugar de eso, simplemente volvió a decir—: Lo siento.

—¿Qué pasa? —preguntó Brysen—. Me estás asustando.

—No es nada, Bry. De verdad. Solo que les debo dinero a los Tamir.

—Todo el mundo les debe dinero a los Tamir —musitó.

—Más dinero del que tengo ahora mismo...

—Oh... bueno... ¿necesitas un adelanto de tu paga? —sugirió Brysen—. Con mis ganancias de ayer y el mercado abierto, estamos a punto de saldar todo lo que debemos. A Kylee no le va a gustar, pero estoy seguro de que podemos darte algo extra.

—Kylee me odia —dijo Dymian.

—Odia que me gustes —lo corrigió Brysen—. Pero yo le caigo bien. Lo hará si se lo pido. Después de todo, técnicamente soy su hermano *mayor*.

—Por el repiqueteo de un cascabel en la muñequera de un halcón. —Dymian rio—. Y os llevo algunas temporadas a ambos. No debería estar pidiéndoos dinero.

—Yo respeto a mis mayores. —Brysen sonrió—. Déjame ayudarte. Estamos juntos en esto, deberíamos dividir el dinero en partes iguales de todas formas...

Dymian rio y lo atrajo hacia sí por el cinturón, hasta que casi no había aire entre ellos.

—Es solo que... —Bajó la mirada hacia el piso—. No es solo bronce. Anoche le prometí a Goryn Tamir que yo...

—Oh, ¡qué bonito! —Las solapas de la carpa se abrieron con un cuchillazo de luz—. Un momento de ternura entre un polluelo y su madre. ¿Vas a alimentarlo con tu pico?

La cabeza de Brysen se giró con brusquedad para ver cinco grandes siluetas en la entrada. La figura central llevaba un halcón en el brazo, mientras que los otros cuatro sostenían grandes garrotes forrados de cuero. Avanzaron lentamente hacia el interior y las solapas se cerraron tras ellos. En sus perchas, los halcones sintieron el cambio de energía, quizás percibieron la llegada de la nueva ave en guante.

—Señor Goryn, iba a ir a buscarlo más tarde —dijo Dymian.

El hombre que estaba en el medio del grupo rio y sacó un pequeño trozo de carne de su bolsillo. Lo sostuvo en alto frente al pico del ave, después lo apartó, dejando a su halcón gerifalte hambriento y ansioso por matar. Sus plumas eran blancas y plateadas; su pico, un afiladísimo garfio blanco perlado. Estaba criado para la caza de las montañas nevadas, no para las laderas y los matorrales, como los halcones de cola corta que la mayoría de la gente de Seis Aldeas tenía. A Goryn le gustaba porque el rojo brillante de la sangre de sus presas relucía contra sus perfectas plumas perladas. Era una depredadora cara, criada para una violencia de lujo.

Los matones se desplegaron para flanquear a Brysen y Dymian.

—Mi madre me confió una gran responsabilidad al encargarme las finanzas de sus negocios —dijo Goryn Tamir. Los dedos sucios

de su mano libre frotaron la espesa barba negra en su mentón y acariciaron el cuello de seda de su larga chaqueta. Sin importar con cuánta elegancia se vistieran los hijos de los Tamir, sus dedos siempre estaban sucios.

»Cuando analizo los libros contables —continuó Goryn—, algo que hago con regularidad, veo un enorme pago sin saldar... un pago tuyo, Dymian, que está evitando que pueda equilibrar las cuentas. Eso me molesta. Me gusta que mis números estén equilibrados. Un libro sin equilibrio es como una comezón justo en esa parte de la espalda que no me puedo rascar. ¿Conoces esa parte, Dymian? ¿Esa parte donde, ahora mismo, tienes una gota de sudor helado?

De repente y sin la más mínima señal, uno de los hombres que estaban detrás de Dymian lo golpeó en la parte baja de la espalda con un garrote.

—¡Ay! —gritó Dymian y se dejó caer de rodillas, respirando entrecortadamente.

Brysen corrió hacia él, pero encontró que otro gorila lo hacía trastabillar con un garrotazo en las espinillas. Cayó hacia adelante, pero había pasado suficiente tiempo en las arenas como para convertir la caída en un rol. El golpe fue bastante fuerte, por el que más tarde cojearía, pero ahora mismo no sentía nada. Hasta su dolor de cabeza había desaparecido. Nada como la brutalidad repentina para aguzar tus sentidos a primera hora de la mañana.

Se puso de pie de un salto justo frente a las jaulas con señuelo. Abrió una de golpe y una paloma salió volando a toda velocidad en busca de libertad, lo que causó que el gerifalte sin caperuza que

Goryn llevaba en su guante se excitara y se lanzara a por ella, aún amarrado.

El ruido fue suficiente para hacer que se debatieran en sus perchas los cinco halcones encaperuzados y avanzaran hasta que sus propios amarres tiraran de ellos de vuelta, chillando y ciegos.

En el caos de gritos y plumas, Brysen le propinó una patada alta al pecho del hombre que lo había hecho tropezar, agarró el palo y lo estrelló contra su cabeza. Al mismo tiempo, sacó su cuchilla de garra negra y la hizo girar, un arma en cada mano.

No debería haberse molestado.

Los otros dos tenían a Dymian, le colocaron los brazos contra la espalda. La punta afilada de una navaja de asesino apoyada contra la parte blanda de su garganta ya sacaba una gota de sangre.

—Tienes coraje, pajarito —le dijo Goryn a Brysen, mientras pasaba la mano por las plumas de su halcón como si estuviera acariciando un polluelo domesticado—. Más que tu padre, al menos. Pero tienes la sangre de moledor de cristal de tu madre y dejas que nuble la mejor parte de tu cabeza. ¿Qué planeabas hacer? ¿Golpearme a mí y a mis hombres hasta someternos y luego...? ¿Qué? ¿Pedir un rescate a mi madre enviándole un dedo cada vez?

Goryn pareció aturdido al pensarlo. Brysen mantuvo su arma en alto. Simplemente había querido evitar que golpearan a Dymian. Dio media vuelta al sentir que el hombre que había derribado se ponía de pie.

Goryn se atragantó con su propia risa.

—Sabes que te convertiríamos en carne, a ti y a tu hermana allá afuera, y luego enviaríamos a algunos de nuestros amigos a visitar a tu madre. Tu casa ardería hasta quedar hecha cenizas y después enterraría tus huesos picoteados debajo.

Los ojos de Brysen recorrieron la carpa con velocidad, planeando su siguiente ataque.

—Baja tus armas, muchacho. —Goryn suspiró—. El problema no va contigo. Tienes sangre caliente y puedo perdonar eso a tu edad. Guarda tus armas, y tú y tu familia podréis seguir con vida. Y tampoco arrancaremos las partes privadas de Dymian como castigo.

Dymian lloriqueó.

—Pero si me haces esperar otro suspiro —siseó Goryn—, tu novio sufrirá más allá de los límites de lo imaginable.

No había sufrimiento que Brysen no pudiera imaginar, pero Goryn no hacía amenazas en vano y no quería que Kylee sufriera castigos por peleas que eran de él. Dejó caer el garrote y envainó su cuchillo.

Goryn asintió, y los matones soltaron a Dymian y lo empujaron con fuerza al suelo.

—Hiciste un trato conmigo, Dymian —le dijo Goryn—. Honra ese acuerdo o morirás.

—Un día te arrancaré los dientes —amenazó Dymian; Goryn cerró los ojos y sonrió. Luego cruzó hasta donde estaba Dymian, levantó el pie sobre el gemelo del entrenador y pisó con fuerza.

—¡Ahh! —gritó, con la parte baja de la pierna rota—. ¡Ahhh!

—Nunca pude entender por qué haces que tu vida sea tan dura,

Dymian —reflexionó Goryn, luego miró directamente a Brysen—. Algunos simplemente no conocen sus propios límites.

Sonrió, después él y sus hombres dejaron el sitio tan repentinamente como habían entrado. A medida que se asentaron las solapas de la carpa, el rayo de luz que cruzaba el suelo se estrechó al tamaño de un cuchillo, después de una aguja. Después se abrió bien ancho y brillante, al irrumpir Kylee y Nyall. Este último cargaba cinco alcahaces grandes.

—¡Ese era Goryn Tamir en persona! —exclamó.

—Por los cielos ardientes, ¿qué ha sido *eso*? —preguntó Kylee.

Brysen corrió hasta su entrenador, quien se retorció de dolor en el suelo. Cuando Dymian finalmente levantó la mirada hacia él, sus ojos estaban húmedos e inquietos.

—Estoy en problemas —dijo, casi sin aire, aferrado a su pierna rota—. Problemas de altura extrema.

Brysen sintió que una emoción extraña lo recorría justo entonces. No era lástima ni amor ni pánico.

Era orgullo.

Era un momento extraño y miserable para sentirlo, lo sabía, pero no pudo evitar erguirse un poco. Dymian le estaba pidiendo ayuda a él.

Por ti, lo que sea, quería decir, pero en lugar de eso fue su hermana la que habló.

—Dime qué has hecho para que Goryn Tamir se metiera en nuestra carpa o te juro que ni él podrá encontrar tu cuerpo para escupirle lodo encima.

—Le hice una promesa —gimoteó Dymian—. Le prometí un

águila fantasma.



8

El aire se volvió denso como las piedras y Brysen pensó que el suelo podía ceder debajo de él. En el exterior, el mercado rebosaba de actividad, indiferente. Palomas mensajeras con silbatos de bambú amarrados a las plumas de su cola revoloteaban en el aire, creando una lúgubre orquesta en el cielo.

—¡Semillas y frutos secos! ¡Compre aquí sus semillas y frutos secos! —gritó un vendedor ambulante que pasó haciendo rodar su barril frente a la carpa donde Brysen, Nyall y Kylee miraban fijamente a Dymian. Su sombra creció hasta tragar toda la lona, después volvió a achicarse al desaparecer más adelante por la calle —. ¡Semillas y frutos secos! ¡Semillas y frutos secos! —Su muletilla hacía eco.

Detrás de las sombras cambiantes, Kylee se acercó a Dymian, quien aún estaba en el suelo con una mueca de dolor en el rostro, tratando de no mirar su pierna.

—Que has hecho *¿qué?* —lo regañó, como si Dymian fuera su sirviente y no un respetado maestro cetrero joven que pasaba por momentos difíciles.

Bueno, pensó Brysen, quizás respetado sea una exageración...

Aun así, no era necesario que ella lo tratara como una babosa en un árbol frutal.

Él siempre había sido bueno con ellos. Más que bueno. Hacía feliz a Brysen. ¿Por qué Kylee no podía estar agradecida al menos por eso?

—Está bien. —Brysen lo reconfortó, asumiendo el nuevo rol de aprendiz consolador. Le dio a Dymian algunas hojas de cazador para calmar el dolor. Había llorado en el hombro de Dymian demasiadas veces. Dejaba que él le mintiera sobre sus cicatrices y le dijera que eran «hermosas». Ahora era su turno de mentirle, de reconfortarlo, aunque el consuelo fuera falso—. Todo va a ir bien.

Un águila fantasma. ¿Qué clase de idiota promete un águila fantasma? Nadie había cazado una en generaciones. Había leyendas antiguas, como la de Ymal el Tonelero, quien había embriagado al águila con vino mezclado con su propia sangre; Valyry el Singuante; y las hermanas Stych, que no tenían epíteto alguno. Pero nadie en la historia reciente lo había hecho. Su padre había muerto intentándolo y Dymian lo sabía. ¿En qué estaba pensando?

—¿En qué estabas *pensando*? —preguntó Kylee con enfado.

—¡Nyall! —gritó el viejo Dupuy desde el otro lado de la calle. Su voz se agudizaba al final como un chillido—. ¡Nyall! ¡Regresa aquí! Hay cincuenta pihuelas que hay que frotar con aceite y nos faltan cinco alcahaces para halcón. ¡Espero que no estén donde creo que están! ¡Alguien va a pagar por ellas y no creas que van a ser ninguno de esos dos! ¡Nyall!

—Me... eh... me tengo que ir... —Nyall se disculpó—. No te preocupes, Ky. Te cubro con los alcahaces.

—Los pagaremos —respondió Kylee.

—Claro. Claro —dijo Nyall, echando una mirada compasiva a Dymian antes de salir—, pero no hoy.

Presionó sus manos en ala contra su pecho. Esta vez, Kylee devolvió el gesto y Nyall sonrió. Al menos alguien tenía hoy un buen día.

Brysen se arrodilló junto a Dymian y lo ayudó a levantarse, lo llevó hasta la única silla que tenían en la carpa. Dymian iba haciendo muecas de dolor a cada paso y apoyó todo su peso sobre Brysen cuando este lo bajó.

—No puedo permitir que te hagas cargo de esto, Bry —dijo—. Ninguno de vosotros dos debéis haceros cargo.

—No lo permitirás —respondió Kylee—, porque este *no* es nuestro problema. Nuestras deudas casi están saldadas.

Brysen le lanzó una mirada, pero ella le lanzó otra, flechas invisibles que dieron, ambas, en el blanco. Y ambos miraron hacia otro lado.

—Estaba hasta el cuello con Goryn —explicó Dymian, con voz débil. Se metió otro fajo de hojas de cazador en la boca—. Vosotros sabéis cómo soy... Una vez que comienzo a apostar, sé que la próxima racha está al otro lado de la siguiente colina. Así que aposté a que podía embolsar diez liebres con cualquier halcón que eligiera. Me dio un halcón enano de zancas cortas. Un macho diminuto. ¡Fue un insulto! Goryn creyó que era gracioso. Pero una apuesta es una apuesta... Embolsé seis liebres. *Seis*, ¿os lo podéis creer? Una sola hubiese sido un milagro con un pájaro comeinsectos como ese. Aun así, tenía que pagar. Y no pude. Así que aposté a doble o nada un día en las arenas. Me estaba yendo

bien al principio...

—Sabemos lo bien que te fue —gruñó Kylee.

Dymian se miró los pies.

—No *quería* apostar en contra de ti, Bry, pero ese transportista era enorme. No me imaginé que te las ingeniarías para ganar. Lo siento tanto... —El labio de Dymian temblaba. Un río de lágrimas caía por sus mejillas. Brysen las secó con su dedo pulgar, le sostuvo la mano—. Cuando ganaste, estaba feliz por ti, de verdad... pero debo pagar la renta. Debo meses, más la comida y algo de bebida. Pollos para mi pequeña Sabi, y sabes que los Tamir compraron toda mi deuda a los vendedores de alimentos. Me dijeron que debía pagar todo eso. *Todo*, ¿te lo puedes creer? El estúpido de Goryn está tratando de demostrar que es un hombre de negocios para que su madre lo deje mandar por encima de sus hermanas. No pude pagarle. Era una fortuna. Me iban a vender a una caravana de esclavos.

—Deberías haberlo dejado —dijo Kylee con dientes apretados—. Al menos vivirías.

—Moriría en una jaula —objetó Dymian—. Tenía que encontrar otra manera.

—Entonces... ¿fue tu idea? —preguntó Brysen, horrorizado al descubrir que esto había estado pasando durante tanto tiempo y él no lo había notado, no había percibido ningún problema. ¿Cómo Dymian podía ocultarle tantas cosas cuando su alma estaba completamente abierta a él? Intentó evitar que el dolor de Dymian cayera solo sobre sí mismo, pero de todas formas se sintió herido.

Dymian respiró hondo.

—Fue de Goryn —respondió—. Me hizo una oferta anoche. Me dijo que me perdonaría todo si atrapaba un águila fantasma para él. —Dymian miró su pierna—. Ahora sí que me irá bien.

Brysen sintió que sus rodillas temblaban. No hablaban de esa ave. Cuando su chillido bajaba como un eco de las montañas, fingían que no podían escucharlo.

Nadie hablaba del águila fantasma cuando ellos estaban cerca. Esa era una costumbre en Seis Aldeas. Cuando un trampero caía ante el águila fantasma, no la mencionabas frente a su familia. Era una tradición de silencio respetada por generaciones, y en un suspiro Dymian la había roto. Dos veces.

Así de breve fue el tiempo que necesitó Brysen para decir las siguientes palabras, palabras que nunca habría dicho si se hubiera parado a pensarlas por más tiempo.

—La atraparé por ti.

—Brysen, no —dijo su hermana sin aliento, o quizás simplemente lo había pensado con tanta fuerza que él la había escuchado en su propia cabeza.

Pero sabía que eso era lo que estaba destinado a hacer. Eso era lo que su padre nunca había podido hacer. Él había ido a la montaña lleno de furia y eso había significado su muerte. Brysen iría en un acto de amor, y sobreviviría.

Sostuvo el rostro de Dymian en sus manos, lo levantó para encontrar sus ojos.

—Haré esto por ti. Lo juro, Dymian. Te *salvaré*. Bajaré el mismísimo cielo para salvarte.

Y era exactamente eso lo que tendría que hacer.



9

Se puso de pie y salió de la carpa antes de que su hermana pudiera detenerlo, pero ella lo alcanzó más rápido de lo que un urogallo se escapa de los matorrales.

—No puedes hacerlo —exclamó tras él—. *Sabes* que no puedes.

—¿Quién está cuidando la carpa? —preguntó él sin mirar atrás, zigzagueando entre la muchedumbre del mercado.

—Dymian puede encargarse.

—Dymian tiene la pierna rota.

—Es verdad, ¿no deberías estar con él?

—No hagas eso —advirtió Brysen—. No intentes hacer que me confunda.

Ella lo conocía demasiado para saber que no debía responder.

—¡Huevos de peregrino! —gritó un desnecedor cuando pasaban a su lado—. Cómpralos como están. Algunos pueden romper cascarón, otros quizás no. Prueben su suerte y hagan el negocio de la temporada. ¡Tres bronces por uno, ocho por tres!

—¡Vuelve a la carpa, Kylee! No me vas a convencer —le advirtió Brysen.

—¿Te vas? —Kylee tuvo que trotar para alcanzarlo—. Así como así. ¿Te vas corriendo a jugar al trampero en las montañas?

—¿Qué? —Brysen se detuvo y se giró para enfrentarla. ¿Cuán estúpido se creía su hermana que era?—. ¡Está claro que no voy a ir a las montañas *ahora mismo!* Tengo que buscar provisiones, guardarlas y prepararme. Ahora voy a ir a ver a Goryn para decirle que deje a Dymian en paz hasta que yo regrese.

—Goryn podría matarte con tanta facilidad como... como... como... un águila fantasma. —Se tropezó con las palabras. Sonaban antinaturales saliendo de su boca. Brysen aún no era capaz de decirlas.

—No me da miedo el peligro —dijo en lugar de eso, y sonó infantil, pero su hermana lo *estaba* tratando como a un niño—. No me vas a detener esta vez.

—¿Esta vez? ¿Qué quieres decir con...? —Pero entonces su rostro cambió al comprender—. Ah —dijo su hermana.

—Sí —respondió él, enderezando sus hombros y simulando que no lo afectaba el recuerdo que acababa de conjurar para ambos. Se marchó a través de la verja y por el camino hasta la puerta de entrada de Pihuela Rota, con Kylee siguiéndolo de cerca.



En el interior, el aire estaba denso por el humo de decenas de narguiles perfumados. Las mesas largas estaban repletas. Personas de todos los colores, formas y tamaños estaban apiñadas unas junto a otras en rugosos bancos, daban caladas a las mangueras que salían de las pipas centrales y exhalaban ese empalagoso hedor dulce. Detrás de ellos estaban sus halcones y gavilanes, todos encaperuzados y amarrados a sus perchas. La variedad de

pájaros era igual a la de personas. Brysen no podía decidir cuál tenía el plumaje más brillante. Todos usaban sus mejores galas para el día de mercado y todos levantaron la vista para mirarlo cuando entró. Luego todos apartaron la mirada.

Arriba, en una de las áreas privadas, los tres transportistas de larga distancia del día anterior lo miraban con la mala cara de quienes no estaban acostumbrados a perder. El Creador de Huérfanos tenía una grieta roja y costrosa que iba desde el nacimiento del pelo hasta su barba. El regalo de despedida de Shara. Brysen saludó a los hombres con sus manos en ala contra su pecho y una sonrisa sarcástica.

—Ojalá que se te infecte —murmuró entre dientes mientras sonreía y los transportistas volvían la mirada. Metió un fajo fresco de hojas de cazador en su boca. Las hojas sabían amargas en su lengua y la mirada de reprobación de Kylee tampoco era demasiado dulce.

»Para los nervios —le dijo a su hermana mientras caminaban por el bar. Fragmentos de conversación de las mesas trinaban alrededor de ellos.

—... escaló las montañas con un pergamino falso y veinte guías y tramperos. Nadie regresó.

—¿El águila fantasma los ha atrapado?

—Águila o kartami.

—No hay kartami tan adentro.

—Golpearon las minas de bronce en Rishl la semana pasada.

—Esos fueron forajidos.

—Sé lo que te digo. Los kartamis están moviéndose. La kyrgia en

persona no podría pagarme suficiente para que me fuera a trabajar más allá de...

Brysen se perdió el resto de la conversación por el ruido. En la base de las escaleras, una mujer de pelo negro largo y trenzado y nudillos gruesos de amasar le bloqueaba el camino. Esas manos podían reventarle los ojos en sus órbitas si ella quisiera, pero a él le preocupaba más el látigo de seis garras que llevaba en el cinturón que ceñía con fuerza su capa. Brysen escupió en la escupidera de cobre que estaba junto a ella.

—Necesito ver a Goryn, señora Yasha —dijo, enganchando sus pulgares para ofrecerle el saludo alado.

—Está ocupado —gruñó Yasha. Esta posó el labio inferior sobre el superior, lo que le dio a su cara un aire a un jabalí—. El mercado está abierto.

—¿De verdad? —se burló Brysen—. No lo había notado.

Ella gruñó y Kylee le dio un codazo en un costado.

—Mira, Yasha, querrá verme —explicó Brysen—. Dile que lo quiere ver Brysen de Cetrería Domador del Cielo. El amigo de Dymian.

—Sé quién eres, Brysen. Te conozco desde que naciste. —Apuntó a Kylee con el mentón—. Y sé que ella no es amiga de Dymian en absoluto.

—Vengo con él —dijo Kylee con firmeza—. Vamos a ver a Goryn juntos.

—Veréis a Goryn si yo digo que vais a ver a Goryn. —Yasha levantó la vista hasta los escalones que llevaban a un par de estrechas puertas dobles. Las escaleras eran un trabajo de cantería

original del templo que había existido en este lugar desde antes de que existiera la taberna. Uno de los asistentes de Goryn (los Tamir nunca los llamaban *guardaespaldas*) echó una mirada a Brysen. Era el mismo al que le había dado una patada en el pecho hacía menos de lo que dura la siesta de una liebre.

Brysen supo de pronto cómo debía sentirse un conejo tembloroso en los arbustos al ver un halcón volando sobre él. No podía quedarse quieto, pero si corría, podía terminar justo en mitad del peligro.

El hombre asintió y Yasha dio un paso al lado para dejarlos pasar.

—¿Qué crees que puedes conseguir viniendo aquí conmigo? —le susurró a Kylee mientras subían las escaleras.

—Evitar que te maten, quizás —respondió ella por lo bajo.

—Me he mantenido con vida hasta ahora —contestó él.

—A duras penas.

—Aún podéis iros a casa —dijo el guardia en la cima de las escaleras—. No hay nada hecho que no pueda deshacerse.

—Gracias por el consejo —respondió Brysen, desconcertado por que al asistente le importara tanto como para hacerles una advertencia. Era otro recordatorio de que en Seis Aldeas siempre serías lo que siempre habías sido y Brysen siempre sería el desgraciado hijo de Yzzat.

Hasta que él cambiara las cosas. Hasta que él capturara un águila fantasma. Entonces contarían otras historias sobre él. Ymal el Tonelero, Valyry el Singuante y Brysen.

Mientras él y su hermana atravesaban las puertas hacia la

oscuridad, pensó que necesitaba un buen epíteto. Algo apropiado para el héroe legendario en el que estaba a punto de convertirse. Brysen el del Corazón Fuerte. Brysen el Desmedido. Brysen el Chico que No Murió en la Oficina de Tamir Goryn.

Estaría conforme con cualquiera de esos por el momento, especialmente con el último.



10

Las puertas se cerraron de golpe y Kylee y Brysen se quedaron parados en un recinto completamente oscuro. Brysen sintió que la mano de Kylee rozaba la suya y, por costumbre, la agarró.

La habitación tembló y comenzó a hundirse. Rechinaron engranajes y se tensaron cables. El recinto era una jaula en las paredes de Pihuela Rota amarrada a un sistema de poleas que podía elevarse o descender a la cripta que había debajo. La única forma de entrar o salir de la oficina privada de Goryn Tamir era usar esta jaula movible, la única de su especie fuera del Castillo del Cielo. Todos la conocían, pero Brysen jamás pensó que se montaría en ella. Era más silenciosa de lo que había imaginado y olía a sogas engrasadas.

A medida que el recinto se hundía, vieron pasar la rueda giratoria del engranaje en un nicho iluminado de la pared. Estaba alumbrada solo para beneficio de los pasajeros. Las desafortunadas almas que hacían funcionar el mecanismo no podían ver nada a la luz de la hoguera que los rodeaba. Estaban encaperuzados y maniatados.

Eran cinco, una mezcla de hombres y mujeres, todos despojados

de ropa y solo cubiertos por harapos de tela y caperuzas de cuero pesado en la cabeza —réplicas a escala humana de las caperuzas para los halcones—. Estas estaban cerradas en la parte de atrás de forma que no pudieran ser removidas. Solo quedaba a la vista la mandíbula inferior de los prisioneros, que respiraban, jadeando, por la boca.

Estaban encadenados unos a otros por los tobillos, con tobilleras de cuero pesado y pihuelas de cuerda gruesa que, una vez más, imitaban el equipamiento cetrero pero hecho a la medida de los humanos. *Alguien ha hecho estas caperuzas*, pensó Brysen. Alguien en Aldeas había hecho bocetos y calculado el precio para hacerlas. Algún artesano era cómplice de la crueldad de Tamir. Por otro lado, todo el que le pagara una pieza de bronce era cómplice. Brysen incluido.

Los brazos de los prisioneros estaban inmovilizados a sus espaldas, con los codos hacia afuera y las manos atadas a la altura de la cintura, de forma que los codos doblados parecían alas. En la curva de sus codos llevaban barras transversales aseguradas a la larga barra de madera del eje del engranaje. Caminaban con esfuerzo hacia adelante en un círculo lento, triste, haciendo girar el mecanismo que bajaba y subía el pequeño recinto.

El giro del eje y la marcha en círculo de las almas en pena era una débil imitación del vuelo circunscripto del halcón y el rincón en el que daban vueltas había sido pintado —de nuevo, para único beneficio del visitante— de color azul cielo, con esponjosas nubes blancas. Este era el sentido del humor de Goryn y su talento para la crueldad, que en algunos hombres era exactamente la misma cosa.

Brysen soltó la mano de su hermana. No era necesario que ella supiera que estaba sudando.

El recinto se hundió debajo de los esclavos giratorios, el techo primero hizo desaparecer de la vista a sus cabezas, después sus cuellos, luego sus pechos, como una oscuridad que los devoraba desde abajo. Kylee respiraba junto a Brysen y sus inhalaciones se tranquilizaron hasta que la jaula se detuvo con un fuerte ruido metálico, tembló y se asentó. Después de una espera interminable en la oscuridad total, las puertas rechinaron al abrirse y el recinto se inundó de luz, ruido y música.

La oficina de Goryn no era ni la sombría mazmorra que los prisioneros en la rueda insinuaban ni la aburrida casa de contabilidad que su título oficial —maestro de cuentas— sugería.

Era una fiesta subterránea. Las paredes estaban pintadas de rojo oscuro y del techo colgaban grandes candelabros de cristal. Los coloridos cristales tenían forma de cintas de tela onduladas, al estilo de las carpas del mercado. Había pilas de alfombras gruesas amontonadas por todo el suelo, y los asistentes, amigos, seguidores y socios de Tamir se sentaban sobre ellas. Sirvientes vestidos con delantales blancos iban y venían por puertas de color azul índigo que estaban en el extremo más alejado, con bandejas de plata llenas de comida y narguiles de penetrantes aromas.

No había ni un libro contable a la vista.

—¿Trabaja aquí? —Brysen se maravilló.

—No va a llevar las cuentas de la familia donde sus hermanas puedan verlas —dijo Kylee. Goryn tenía por casa una fortaleza de piedra en los riscos, que observaba al pueblo desde arriba,

seguramente era allí donde trabajaba. Su aviario también estaba ahí arriba, una edificación de madera y cristal con un bosque que crecía adentro. Los rumores decían que tenía más de cien especies de halcones y gavilanes. También algunas águilas.

Aquí abajo, no había siquiera una pluma de pavo real. Brysen notó que ninguno de los hombres y mujeres sentados en las mesas llevaba un ave consigo. No había perchas ni jaulas ni alcahaces. Era un paisaje extraño, especialmente en esa época del año, y ciertamente perturbador. Quizás quitar algo familiar era suficiente para nublar el razonamiento de una persona.

¿Había nublado su razonamiento el solo pensar en que le quitarían a Dymian?

Así era, pero no le importó. Un halcón no es racional. No tiene culpas, recuerdos ni razonamiento. Solo sentía todo lo que podía sentir de forma instantánea y pura, y actuaba así de rápido. La gente tenía demasiada fe en el pensamiento cuando las órdenes del corazón merecían, al menos, el mismo respeto que las de la mente.

¿Esa es la razón por la que mi corazón está latiendo con tanta fuerza ahora?

En el extremo opuesto de la habitación había una pila de alfombras más alta que todo el resto sobre la que Goryn Tamir estaba sentado, solo, reclinado sobre opulentos almohadones azules apoyados contra la pared. Un candelabro bajo ardía brillante frente a él, y la luz de las lámparas de aceite en la pared parpadeaban contra las cintas de cristal para arrojar coloridos patrones de mosaico sobre su rostro. Los colores bailaban, pero Goryn estaba quieto como un depredador, sus ojos casi cerrados por sus pesados párpados. La pila de alfombras parecía

extrañamente irregular y fue entonces que Brysen advirtió las piernas que sobresalían debajo, amarradas al suelo. Goryn Tamir estaba asfixiando a alguien debajo de su asiento.

Brysen deseó no haber soltado la mano de Kylee.

Un sirviente los guio hasta Goryn —una de sus manos tenía un dedo menos, notó Brysen— y la conversación se silenció a medida que avanzaban. Los ojos de Brysen encontraron cómo sobresalía una mano y un pie cubierto con una sandalia bajo la pila de alfombras. Debajo de cada pila había algún enemigo de Goryn, un sirviente travieso o alguien que lo había disgustado, ahogándose. Un movimiento equivocado, temió Brysen, y su hermana y él terminarían atados a la rueda del engranaje en el nicho de la pared.

—¿No acabo de dejarte muerto de miedo sobre ese maestro cetrero de alas recortadas? —preguntó Goryn cuando se encontraron frente a él. Brysen hizo su mejor esfuerzo para mantener los ojos en alto y no bajar la mirada a las piernas que apenas se retorcían aplastadas bajo el montón de alfombras—. ¿Por qué me molestas de nuevo antes de que ni siquiera haya podido almorzar algo? ¿Sabías que me pone de pésimo humor tener hambre? Mi madre dice que siempre fui así. Un terrible mordedor. Una vez no me trajeron mi bocadillo, así que le arranqué el dedo de un mordisco a uno de mis niños sirvientes. Mi madre me dio una tremenda paliza por eso, pero se rio todo el rato. Deberías haber visto la cara del chiquillo cuando le di el dedo al halcón de mi pequeña enredadera. Nunca volvió a olvidar mi bocadillo, ¿sabes?

Goryn le guiñó el ojo al sirviente de nueve dedos detrás de ellos.

—No, señor —dijo este. Goryn lo despachó con un gesto de la

mano.

Brysen mordió con fuerza para exprimir más jugo a las hojas de cazador en su mejilla. Ahora no había vuelta atrás.

—Quiero hacerme cargo de la promesa que le hizo Dymian — anunció.

Ahora Goryn frunció el ceño.

—Sin tiempo para chácharas, ¿eh? Maleducado. —Le hizo un gesto a Brysen para que se sentara. Brysen volvió a mirar las piernas que sobresalían de la pila de alfombras. Goryn observó que miraba—. Siéntate —repitió.

Brysen se escuchó a sí mismo gemir, pero cruzó las piernas y se sentó, agradecido por primera vez de su tamaño pequeño. ¿Quizás no pesara lo suficiente para marcar la diferencia? ¿Quizás la persona que estaba ahí abajo ya estaba más allá de todo sufrimiento?

—Mi hermano no sabe lo que dice, señor Goryn —interrumpió Kylee. Ella aún no se había sentado; no la habían invitado a hacerlo—. Como muestra de buena fe, saldaremos nuestra deuda cuando termine el mercado y quizás Dymian pueda tener más tiempo para saldar la suya.

Goryn apoyó las palmas de las manos en sus rodillas y estiró los dedos.

—Me suena —dijo— a que tú no sabes lo que tu hermano está diciendo. ¿Es tiempo lo que estás pidiendo, Brysen? Has venido a suplicar... ¿qué? ¿Días? ¿Semanas? ¿Una temporada completa? ¿Tenemos que regatear por tu hombre un número de amaneceres?

—No. —Brysen miró a Kylee con furia—. No estoy aquí para

pedir tiempo. Estoy aquí para decir que lo haré. Yo le traeré... — Echó un vistazo por encima de su hombro, miró por la habitación. Todos estaban escuchando. Hablar demasiado alto sobre un ave como la que él cazaría podía hacer que te rebanaran el pescuezo, o bien un cazador furtivo o bien un fanático de la antigua fe que pensaba que perseguir a la gran asesina alada era la peor clase de blasfemia. Bajó la voz a un susurro—. Atraparé al águila fantasma para usted.

Brysen se sorprendió de cuán fácil le había salido. ¿Cómo pudo haber tenido tanto miedo de unas simples palabras durante tanto tiempo? Eran solo una colección de sonidos, aire expelido a través de la garganta, la lengua, más allá de los dientes. ¿Qué hacía que algunas palabras fuesen más aterradoras que otras, que decir algunos sonidos fuese más peligroso?

La memoria.

No eran las palabras en sí lo que tenían poder, sino los recuerdos que se aferraban a las palabras como pulgas a un ciervo, drenándolas e infectándolas. Si apagabas tu memoria e ignorabas al ser pensante de tu interior, podías decir cualquier cosa.

—Atraparé un águila fantasma —repitió Brysen, solo porque podía. Después, sintiendo un arrebató de confianza, o quizás fuese la hoja de cazador, agarró una taza de cobre de la bandeja frente a Goryn y escupió dentro.

Goryn se pasó la lengua por los dientes.

—¿Has visto un entrenamiento de tu hermano? —habló finalmente. Brysen lanzó una mirada de costado a su hermana.

—Sí, lo he visto entrenar —respondió ella.

—¿Y qué clase de cetrero es? —preguntó Goryn—. ¿Puede hacer esto? Odiaría que mis libros quedaran desequilibrados solo para que otro miembro de tu familia muera en la montaña. No quedan demasiados como para que prescindas de uno.

—Es un buen cetrero —dijo Kylee después de un rato.

—¿Lo suficiente como para lograrlo?

—¿Hay alguien que lo sea? —respondió Kylee, lo que provocó una sonrisa en la cara de Goryn.

—Eres una buena oradora, Kylee, pero es obvio que estás eludiendo mi pregunta. Hay otros en la montaña mientras hablamos, buscando a la misma ave. Están mejor entrenados, mejor financiados.

—No son de aquí —interrumpió Brysen—. Nobles malcriados y tontos con manuales... Yo soy de estas montañas. Tengo sangre de trampero.

—También tienes sangre de altari, si no me equivoco. —Goryn aclaró su garganta—. Supongo que tu madre no aprobaría esta expedición, ¿no?

—Ella no importa —espetó Brysen. Goryn alzó una ceja hacia él, pero volvió su atención hacia Kylee, lo que lo hizo querer escupirle la cara al maldito.

—Me han dicho que tienes ciertos talentos que podrían ser útiles —le dijo Goryn a Kylee—. ¿Ayudarás a tu hermano a atrapar lo que quiero?

—No necesito su ayuda. —Brysen no le dio a su hermana la oportunidad de responder. *Él* sería quien salvara a Dymian. *Tenía* que ser él quien lo hiciera—. No es cetrera.

—Eso no es lo que he escuchado.

—Sus espías deberían usar los ojos en vez de los oídos —dijo Brysen—. No pueden creer cada locura que escuchan. Me ven volar rapaces todos los días. Ella planea dejar el negocio en cuanto nuestras deudas estén saldadas.

En su vista periférica, vio cómo Kylee se tensionaba. Ella pensó que él no sabía su plan, pero eran mellizos. ¿Cómo podría ignorarlo?

—¿Es verdad? —Goryn frunció los labios—. ¿Te retiras tan joven? Kylee negó con la cabeza.

—Puedo no hacerlo. Podemos agregar la deuda de Dymian a la nuestra. —Se le rompió la voz, pero continuó—. ¿Qué son algunas temporadas más? Hemos durado todo este tiempo.

—Kylee, no —dijo Brysen. Si era por él, no le importaba quedarse atrapado en las Aldeas si eso significaba salvar la vida de Dymian, pero no podía soportar dejar aprisionada también a Kylee. No dejaría que sacrificara su felicidad así, no por culpa suya—. Quédate y trabaja en nuestra carpa. Haré esto solo.

—Los negocios van a empeorar en los tiempos que vienen —sostuvo Goryn—. ¿No habéis escuchado hablar sobre los ataques kartami? ¿Quién sabe si habrá mercado la próxima temporada?

—Encontraremos la forma —respondió Kylee—. Siempre la hemos encontrado. Incluso si eso significa que tengo que empezar a entrenar con... —Goryn alzó su poderosa mano para callarla. Estudió a Brysen y Kylee con el foco distante de un halcón con comida en el buche, un ave que no estaba hambrienta pero aun así sentía curiosidad por la presa que tenía enfrente.

—Entonces, ¿estás determinado a ir por tu cuenta, joven Brysen?

—Lo estoy —repitió él. Miró de frente a Kylee—. Es lo que debo hacer.

—Entonces, irás —declaró Goryn, con un solo aplauso—. Quizás tu hermana entre en razones y te ayude, pero de todas formas me traerás lo que quiero. ¿Comprendes que me estás haciendo una promesa a mí? Sabes quién soy. Sabes cómo trato a aquellos que rompen sus promesas. Si me fallas, desearás que el águila te lleve, porque la muerte será mucho más rápida en sus garras que en las mías. —Luego posó la mirada en Kylee—. Y tu hermana heredará tu deuda conmigo. Duplicada.

Un pequeño sonido escapó de los labios de Kylee, y Brysen quiso volverse hacia ella, reconfortarla, decirle que todo iría bien, que tenía un plan, que podía hacer esto, que todos estarían bien, pero la verdad era que no estaba tan seguro. Sabía, sin embargo, que ahora era demasiado tarde. No podía mostrarse débil ni vacilante.

—Comprendo —afirmó. Las amenazas no lo asustaban. Había sobrevivido a suficiente dolor como para saber que el verdadero peligro no amenazaba; simplemente golpeaba, como el picado de un halcón.

A la mierda, pensó. Había sido la presa huidiza por demasiado tiempo. Era tiempo de ser la garra que estruja al conejo. Cazaría a su presa y salvaría a Dymian, a su hermana y a sí mismo, todo en una bajada en picado.

—Pero Dymian se queda aquí —agregó—. Si intenta irse del pueblo, se rompe el acuerdo.

—Comprendo —repitió Brysen—. De todas formas, no está en

condiciones de ayudar. Usted le rompió la pierna.

—*Ups*. —Había un destello vertiginoso en el ojo de Goryn—. Entonces, ¿vas solo, como los grandes tramperos de antaño?

Brysen asintió.

—Bry, no —rogó Kylee, su voz no más fuerte que un suspiro.

—Hemos terminado. —Goryn hizo un gesto a un sirviente para que los acompañara afuera. Brysen se puso de pie con cuidado, intentando mantener su peso equilibrado hasta salir de la pila de tapices. Era lo menos que podía hacer por la pobre alma que estaba debajo.

—Tienes hasta que la última caravana abandone el mercado —explicó Goryn—. Si tardas un instante más, nuestro acuerdo se rompe. —Sus ojos se dispararon a la taza de cobre que Brysen había usado de escupidera—. Y quédate con la taza. Mascar hojas de cazador es un hábito desagradable.

Brysen volvió a escupir. No pensaba tomar lecciones de salud y etiqueta de Goryn Tamir.

—Solo espero que sepas qué hacer con el águila una vez que la tengas —dijo Brysen—. Sería una pena ver cómo te destripa después de tomarme toda esta molestia. —Apoyó la taza de cobre de nuevo en la bandeja y dejó que el escupitajo verde se derramara por los lados al dejarla e irse caminando hacia el recinto del engranaje, tratando a Kylee como si fuera invisible.

Sabía que, si miraba a su hermana, la realidad le caería encima. Sabía que, si la miraba, se daría cuenta de lo que acaba de aceptar y lo poco preparado que estaba para hacerlo. Se sentiría tentado de suplicar su ayuda, pero ya se había jurado a sí mismo que nunca

haría eso.

No a ella.

No otra vez.

TODAS LAS VERDADES

En el Castillo del Cielo, la kyrgia Bardu desenrolló el mensaje de la pata de la paloma y colocó al pájaro con cuidado en el palomar.

—Goryn Tamir ha hecho un acuerdo con unos chicos de Seis Aldeas. —Cerró los ojos, reflexionó sobre lo absurdo de su siguiente afirmación—. Para atrapar un águila fantasma.

—¿Chicos? —Su maestro cetrero frunció el ceño. Debajo de su caperuza ornamentada, el halcón que llevaba en el puño también parecía tener el ceño fruncido.

—Eso parece, uno de esos jóvenes niegos mostró un talento extraordinario en las arenas de riña ayer. —La boca de la kyrgia Bardu se retorció alrededor de las palabras *arenas de riña*. Encontraba la práctica completamente vulgar. Era una ávida corredora de palomas y, dada su posición como procuradora del Concilio de los Cuarenta en el Castillo del Cielo, podía tener las mejores bandadas de mensajeras, corredoras, acróbatas y volteadoras de un extremo a otro de la mesa. También tenía halcones y águilas, por supuesto, como debía, pero simplemente para guardar las apariencias. Las rapaces no le interesaban demasiado.

Las palomas, por otro lado, eran un signo de su poder. Podía hacer volar una bandada, confiada de que cualquier cetrero cuya rapaz tomara por equivocación una de sus palomitas pagaría por

ella cinco veces. Ese era el privilegio de la realeza, y hacerlo cumplir en representación de la mayoría de los miembros más comunes de la familia aviaria le recordaba a todo el mundo su posición frente a la de ella. El poder, como un halcón, requería delicados cuidados y vuelos frecuentes si quería mantenerse afilado para cumplir su propósito.

Estaba feliz de dejar que Lywen, su muy bien pagado maestro cetrero, se ocupara del cuidado y adiestramiento de sus rapaces. Él disfrutaba del estatus que le daba; y no hacía daño que fuera su sobrino.

—Tenemos nuestras propias expediciones en las montañas, ya lo sabes —dijo Lywen—. Van tras los gerifaltes y varias águilas, pero siempre están buscando señales de aves más preciosas.

Kyrgia Bardu rio por la nariz. No tenía ninguna fe en la lealtad de los tramperos, quienes venderían lo que capturaran al mejor postor. Por ahora, ese postor era el Concilio de los Cuarenta, pero a medida que los kartamis crecieran, quizás tuvieran el metal para comenzar a comprar ellos mismos. Habían estado más agresivos últimamente, estaban asaltando campos y caravanas en las praderas tras los límites del desierto, avanzaban hacia las laderas. Había recibido informes de que habían entrado en el comercio de rapaces robadas, que usaban contrabandistas y altaris comprensivos y de buena reputación para vender las aves más valiosas que capturaban y en algunos casos pedían rescate para devolverlas a los mismos uztaris a los que habían robado. Nadie admitiría públicamente que había pagado un rescate a los kartamis, pero muchos lo habían hecho.

Kyrgia Bardu quería hacer que fuese un delito pagar un rescate por un ave rapaz, pero no tenía apoyo entre los kyrgios de menor rango. Quizás cuando estas hordas de guerreros-cometa se acercaran lo suficiente a las laderas, crecería el apoyo a su idea. Para gobernar, el miedo era un arma mucho más efectiva que la razón. Solo cuando su propia seguridad se viera amenazada, harían el resto de los Cuarenta lo que ella exigía. Hasta entonces, ella manejaría la amenaza con las herramientas que tenía.

—Si Goryn Tamir ha amarrado sus esperanzas a estos jóvenes en las montañas, entonces tiene razones para creer que lo lograrán. —Escribió algunas instrucciones para que Lywen distribuyera, las cerró con su sello: una paloma que sujetaba a un halcón con sus garras. Lo había diseñado ella misma al ascender a la Procuraduría del Concilio de los Cuarenta. El diseño había generado bastante escándalo en aquel momento, pero el ardor de todo escándalo se alivia con el bálsamo de la familiaridad. Los otros treinta y nueve kyrgios del Concilio tolerarían sus excentricidades mientras prosperasen y, por ahora, prosperaban. Mientras su prosperidad continuara, también lo haría su poder—. Si les creemos a mis espías, la muchacha tiene un don del que él podría beneficiarse.

—Por lo que entiendo, solo el chico va a la expedición —dijo el maestro cetrero—. Algo relacionado con el muchacho Avestri desterrado... el más joven, Dymian.

—¿El muchacho? —Kyrgia Bardu volvió a mirar el pergamino que había recibido de Seis Aldeas—. La nota no dice nada del muchacho. —La kyrgia negó con la cabeza—. La chica es la clave. Debemos asegurarnos de que haga este viaje.

—A los Tamir no les gustará nada que nos metamos en sus negocios.

—Los Tamir no tienen ningún título. Pueden decidir que no les gusta, si lo desean. Si el joven Goryn Tamir quiere quejarse, puede venir a verme y explicarse. De hecho, me gustaría escuchar sus explicaciones. Me pregunto si sus hermanas o su madre aprueban esta pequeña expedición.

—Sabes que no vendrá a ti. —Lywen acarició las plumas inferiores de la cola del halcón.

—Si termino con el águila que está buscando, no tendrá otra opción, ¿no es cierto? Bien, no quiero discutir más sobre esto.

—No es simplemente un *águila*...

—He dicho *basta* —lo interrumpió kyrgia Bardu. Ya tenía suficiente de los Tamir y sus planes por esa mañana—. Envía un mensaje a Yval Birgund. Quiero hablar con él sobre los movimientos de los kartamis. Quiero saber a dónde van antes de que las sombras de sus cometas caigan sobre el castillo mismo.

—Yval está en Seis Aldeas —dijo Lywen—. Por el mercado. Comprando aves para el batallón oriental. Como ordenaste.

—¿Fue él mismo?

—Le indicaste que el nuevo batallón era una prioridad. Se toma tus instrucciones en serio. Es un consejero diligente y leal.

Kyrgia Bardu pellizcó el puente de su nariz.

—¿*Consejero leal*? Eso es un oxímoron. ¿Alguien más sabe para qué está en el mercado?

—Lo ha mantenido en secreto, aunque me temo que, como todas las cosas en las Aldeas, es un secreto *a voces*.

—Otro más. Te gusta usarlos hoy.

—Cuando un maestro cetrero estudia para ganar su sello, aprende que todas las cosas están amarradas a y por sus opuestos —respondió Lywen—. La verdad y la falsedad, depredador y presa, cazador y cazado, luz y sombra, el bien y el mal.

—¿Y el poder? —preguntó kyrgia Bardu.

—El poder especialmente —dijo Lywen—. El poder está y siempre estará amarrado a su propia debilidad.

Kyrgia Bardu miró el halcón sobre el puño de su maestro cetrero. Era una excelente ave asesina. El poder de su velocidad de vuelo requería huesos tan ligeros que podría romperle el cuello con una mano. Sería un crimen, por supuesto, y también un pecado cruel, pero había en ella una tentación constante de sobrepasar los límites de su propio poder y, por lo tanto, encontrar esos límites en otros.

Se preguntó sobre el águila fantasma, si era, como decían, una criatura de poder sin debilidades, desligada de su propia destrucción, la excepción a una regla probada. ¿Qué haría alguien como Goryn Tamir con una de ellas? ¿Qué podría hacer ella misma con una?

¿Y por qué confiar en estos dos chicos rurales para capturarla?

Comenzó a escribir otra carta. Quizás era algo bueno que su consejero de defensa estuviera de viaje en Seis Aldeas, después de todo. Si esos chicos fallaban, casi no importaría, pero se encontraría en el lugar perfecto para actuar en el caso de que tuvieran éxito. Si los rumores sobre los dones de la chica eran verdad, podría terminar siendo tan importante para defender a Uztar como cien cetreros en el campo de batalla.

Y era seguro que los enemigos de los kyrgios también lo sabían. Kyrgia Bardu tenía más palomas que despachar antes de que terminara el día.

KYLEE

LIGADA AL PUÑO



11

Brysen guardó el equipaje como un niño pequeño: puras trampas, cuerdas y dulces. Paquetes de jengibre azucarado y hojas de cazador, pero nada de vendajes, hierbas medicinales o chorizo disecado. Ni siquiera un cambio de ropa interior.

—Estaré solo en la montaña —sostuvo—. ¿Qué importa si apesto?

—Necesitarás capas de ropa —sugirió Kylee, mientras bajaba su manto más pesado, una piel de jabalí completa—. Hace mucho frío en el Desfiladero, incluso en plena luz del día.

—Sé que hace frío en el Desfiladero —respondió Brysen enfadado y apartó el manto. Prefería morir de frío que admitir que estaba equivocado—. Deja de mirarme. Estás poniendo esa cara otra vez.

—Es mi cara normal.

—¿Alguna vez pensaste que quizás ese sea el problema?

Kylee se sentó en el borde de su colchón de plumas. Estaba lleno de protuberancias por las vueltas que daba Brysen al dormir. El colchón había sido una compra extravagante que habían hecho después del primer mercado en el que habían trabajado juntos sin su padre. Ella y Brysen nunca antes habían tenido camas o

colchones, siempre habían dormido en el suelo bajo sábanas apolilladas. El colchón había costado la mayor parte de lo que habían ganado al vender los halcones mal alimentados y apenas amansados que quedaban de la última verdadera expedición que había hecho su padre. No era suficiente para la temporada de viento gélido y su madre nunca había sido capaz de ahorrar ni una moneda de bronce debido a los apetitos de su padre. Habrían muerto de hambre sin su progenitor aquella primera temporada si el pueblo no hubiese sido tan solidario. Carne, vegetales, judías, granos... aparecían en cestas todas las semanas, traídas cuesta arriba por bandadas de cuervos con silbatos delicadamente tallados en sus colas. Los pequeños instrumentos de madera trinaban y gemían a medida que estos se acercaban. Los silbatos de cola en los cuervos de duelo eran todos iguales, así que nadie podía saber quién había mandado la donación y no habría razón para rechazarla.

Tampoco la habrían rechazado.

Solo Yves Tamir —la hermana mayor de Goryn— vino en persona a entregar su caridad y solo una vez. Dejó caer dieciocho bronces en las manos abiertas de Kylee, tan pesados como una cabeza humana, y llevó un dedo a sus labios. «No se lo digas a nadie», dijo, así se lo había contado Kylee a su hermano cuando ella acababa de marcharse.

Los cuervos de duelo y sus solitarias melodías vinieron hasta que el Collar volvió a correr y entonces las donaciones cesaron. Para entonces, Goryn Tamir había comenzado a exigir la cancelación de las deudas de su padre y ellos se vieron obligados a usar el resto

del regalo de su hermana para contratar a Dymian.

¡Qué error habían cometido! *Si la vida pudiera vivirse hacia el pasado, sabríamos qué errores no cometer, pensó Kylee, y en vez de perder a un picoteo despiadado todo lo que sabíamos que picoteaba, el tiempo nos devolvería cosas todo los días, nos regresaría todo lo que aún no sabíamos que habíamos perdido.*

—¿Te llevas a Shara? —preguntó Kylee, al notar que su hermano había guardado los accesorios de su halcón: pihuelas extra, correas y anillas y las herramientas para arreglarlas. Una caperuza, una pequeña percha plegable.

—Cazaré para mí en las montañas —explicó él—. De esa forma no tendré que guardar ninguna de esas *deliciosas* salchichas que tanto te entusiasman. Comeré carne fresca. Quizás liebre. Tiene una habilidad natural para cazarlas. Casi no necesita persuasión.

La parte de la liebre era definitivamente una indirecta para Kylee. No había querido avergonzarlo ayer. Cuando el viento surgía en su interior, sentía como si todo el aire en su cuerpo y toda la sangre en sus venas la estuvieran llamando. No era *ella* la que hablaba... no a propósito.

Desde niña, había huido de las palabras que ardían dentro de ella. La separaban de su hermano, quien no podía decirles y quien quería ser excelente con tanta desesperación que restregarle este talento, este talento que él no tenía, era demasiado cruel para imaginarlo. No quería ser distinta a él. No quería que ninguno de los dos fuese distinto.

Las palabras llevaron a su padre a la envidia. Él no podía dominarlas y no podía hacer que su hija las usara. Cuanto más se resistía ella a las palabras ardientes, más se enfadaba su padre con

Brysen por ser quien la hacía reprimirse. No se desquitaba la rabia con Kylee, porque tenía la esperanza de que algún día llegara a ser grandiosa y que su grandeza arrojase brillo sobre él.

Pero a Brysen, a él sí lo podía culpar. A Brysen, sí lo podía golpear. Era culpa de Kylee; ella lo sabía, siempre lo había sabido. Esas palabras ardientes eran el arma con el que ella le causaba tanto dolor a su hermano. Qué estúpido error dejarlas salir ayer, un estúpido error por el que temía no haber empezado a pagar. Todos la habían visto, y Vyvian incluso la había *escuchado*.

Puedes tener cuidado toda tu vida, pensó Kylee, pero cometes un solo error y pones todo en peligro.

Pero ahora solo estaba tratando de ayudar. Ella no era la que había hecho pésimas apuestas con la familia Tamir. No era quien había hecho una promesa imposible a Goryn y ella no era la que se iba corriendo en mitad del mercado. Brysen no tenía derecho de enfadarse con ella. Con un gesto impulsivo, había puesto el futuro de ambos en duda, todos sus planes, todas sus esperanzas. Se preguntó, con crueldad, si lo había hecho a propósito. Sabiendo que ella quería dejar la cetrería, él la estaba amarrando a esta.

Por supuesto, este no era su estilo. Él nunca intentaría hacerle daño deliberadamente. Tan solo no pensaba a futuro, ni el suyo ni el de nadie. Era un soñador, no un maquinador.

Brysen metió el resto de sus provisiones en el morral, colgó su guante cetrero en su cinturón, chequeó la cuchilla de garra negra y la volvió a envainar, después se puso su larga chaqueta de cuero de cabra. Salió caminando de su habitación, pasó por la chimenea principal y ni siquiera miró la silla en donde su madre estaba

sentada observando el fuego, articulando una plegaria de perdón. O de destrucción. Era difícil notar la diferencia con ella.

Se dirigió a las jaulas a buscar a Shara, y Kylee lo siguió. Se sentía tonta por perseguir a su hermano como un patito, pero ¿qué otra opción tenía?

Sus pies cliquearon contra las piedras.

Las jaulas estaban en silencio, lo que le recordó a Kylee que había dejado a Dymian en el mercado con cinco rapaces, una pierna rota y una cabeza atontada por las hojas de cazador, al cuidado del futuro de los hermanos mientras Brysen intentaba salvarle la vida. Quizás tendría la sensatez de abrir el negocio. Quizás no robaría el dinero que obtendría si llegaba a hacerlo. Pensamientos llenos de esperanza.

—No te lles a Shara —le aconsejó a Brysen—. Sabes que un ave de puño solo enfurecerá al águila fantasma. O la dejas irse volando cuando estés cerca o ella te arrebatará a Shara antes de que la escuches venir.

«Odia el compañerismo en ella misma y en otros, y le arrancará la cabeza a cualquier rapaz que se atreva a encontrar consuelo en el puño», escribió Ymal en su pretérita *Guía para el avistamiento y la captura del águila fantasma*. Solo fragmentos del libro habían sobrevivido y algunos eran contradictorios, pero eran invaluable para cualquiera que pretendiera acercarse al águila en su montaña. Otro fragmento advertía: «Cuiden a sus propias aves, porque el águila fantasma ve el respeto que les muestran a sus hermanas aviarias y cuenta dobles las ofensas contra ellas».

Kylee estaba segura de que Brysen no había leído el libro. No era

realmente un lector.

—Puedo proteger a Shara —respondió él. Le quitó la caperuza a su halcón y desenganchó la correa de la percha para amarrarla a una cuerda más larga en su cinturón—. Siempre lo he hecho.

Él apoyó un dedo en un lugar de su muñeca y Shara, de forma juguetona, lo mordisqueó; después, a medida que Brysen lo movía en círculos, lo siguió con la cabeza, con ojos curiosos y deseosos, su pequeña lengua casi colgaba como la de un perro. En cuanto el dedo frenó, ella lo volvió a picar, no lo bastante como para que doliera, sino solo lo suficiente como para mostrar que sabía dónde terminaba ella y dónde comenzaba él. Era un pequeño juego. Kylee se preguntó por qué él le enseñaría a jugar a algo que podría acabar tan fácilmente con él ensangrentado, pero el chico y el ave parecían disfrutarlo. Quizás a él le gustaba que ella pudiera lastimarlo y eligiera no hacerlo. Casi todos en su vida hacían otra elección cuando tenían la oportunidad.

Brysen tocó a Shara en la parte trasera de su pata y ella se subió a su puño. Con otro empujoncito y un silbido corto, voló a su hombro. Su chaqueta estaba hecha para un cetrero expedicionario, con relleno en los brazos, una barra especial debajo de la tela en el costado izquierdo y anillas debajo para amarrar las correas allí, de forma que el ave podía posarse mientras él caminaba y no dependía de que ella lo siguiera en libertad todo el viaje.

Shara se acicaló las plumas y clavó la mirada en la cabeza de Brysen. Cuando intentó picarle el pelo, un silbido rápido le advirtió que no lo hiciera. Brysen la había adiestrado bien, pero eso no era un consuelo para Kylee. Había necesitado años para entrenar a

Shara y ella se parecía a un águila fantasma tanto como a un serrucho. Brysen tampoco era demasiado bueno serruchando.

Una vena latía en la mandíbula apretada de su hermano y Kylee sintió el ritmo de su pulso en el suyo. ¿Cómo podrían estar tan separados cuando estaban tan cerca? ¿Cómo podía ella, en momentos de miedo y furia, decir palabras desconocidas a aves rapaces, pero no encontrar las palabras justas para decirle a su propio hermano mellizo?

—Te he pedido que dejes de mirarme así —dijo él—. No soy idiota. Tengo un plan.

Comenzó a llenar un segundo bolso con estacas de hierro para las trampas con cordel y una red, cada hebra con palabras de la lengua hueca inscritas, cuya presencia en una trampa supuestamente traía buena suerte.

Kylee no pudo soportarlo más. ¿Iba a confiar en lenguajes muertos y aves semiperturbadas pero no le iba a pedir ayuda a ella? Qué orgullo más estúpido.

—Iré contigo —ofreció—. Puedo ayudarte. Al menos puedo cuidarte las espaldas.

Brysen dejó de hacer el equipaje, se quedó helado, con un rollo de cuerda de amarre de telaraña casi dentro del saco.

—Iré contigo a la montaña —dijo Kylee—. Puedo buscar a alguien que cuide de mamá. Ese Sacerdote Rastrero vendrá a ver que se encuentre bien.

Brysen respiró hondo.

—Vendrás conmigo —repitió él.

Kylee asintió, pero Brysen no la estaba mirando.

—Sí —confirmó.

—¿Y qué hay del negocio? —indagó Brysen—. ¿Qué hay de hacer suficiente bronce para cerrarlo para siempre?

—Dymian se puede ocupar del negocio. Nos debe eso, al menos. Y... —Se aclaró la garganta—. Si tenemos que mantenerlo abierto durante más tiempo, entonces eso haremos. ¿Qué son un par de temporadas más?

—No quieres eso. —Brysen dejó caer la cuerda en el bolso y lo aseguró. Se movió como para ir hacia la puerta, pero ella se interpuso en su camino y lo forzó a mirarla. Los ojos azul hielo de Brysen, llenos de una furia demasiado familiar, la hicieron estremecer cuando encontraron los suyos. Ella no apartó la mirada.

—Tienes razón —dijo—, pero *quiero* ir contigo. Quiero ayudarte.

Brysen apretó la mandíbula. Sus músculos sobresalían todo el camino hasta su cuello; respiró profundo y contuvo un momento el aire.

—Llegas tarde —finalmente soltó—, demasiado tarde.

La dejó ahí y la puerta de las jaulas se cerró de golpe cuando él se fue caminando sin decir adiós. Kylee sintió que retrocedía. El amarre invisible que los unía se rompió, y sintió la tensión en su pecho. Un tirón que la lanzaba, como a un halcón desde el guante, hacia atrás en el tiempo, más y más y más hacia atrás, y la magia brutal de la memoria la dejó sin escapatoria.

El pasado la sujetó entre sus garras, cubrió su mente con sus alas y no la dejaría ir hasta que reviviera todo otra vez, aquella noche, dos temporadas antes de que su padre partiera a la montaña y no regresara, el recuerdo tan fresco y brutal como había sido la

primera vez, como eran todas y cada una de las veces.



12

Brysen lloraba mientras corría por el patio hacia Kylee, las piedras chocaron bajo sus pies hasta que llegó al césped y aumentó la velocidad.

Kylee había estado practicando nudos debajo de la sombra del amplio fresno que había detrás de la casa. Valyry el Singuante había escrito que no había magia más poderosa que un nudo. Con un simple giro de la mano y la soga, uno podía amarrar cualquier criatura a uno mismo a voluntad y luego desamarrarla con la misma facilidad. Para los indómitos, un nudo fuerte era tan impenetrable como el más antiguo de los conjuros en lengua hueca.

Kylee podía asegurar la pihuela en el tarso de un halcón a su guante con una sola mano y sin mirar, y hubiese podido amarrar una muñequera de cuero grueso a un águila si sus dedos fuesen más grandes. Podía soñar con el mundo entero y más, pero sus manos eran demasiado pequeñas para sostenerlo.

Mientras su hermano corría hacia ella, metió los nudos en su bolsillo. Brysen luchaba con sus nudos y con frecuencia recibía un golpe en las orejas por hacerlos tan desaliñados que podían aflojarse con un dedo. Él también podía soñar con el mundo entero, pero no podía esperar para agarrarlo. Con bastante frecuencia, solo conseguía un poco de aire y una nueva magulladura en la espalda.

Su padre aún lo ponía días enteros a hacer pequeñas hendiduras en los bordes de las muñequeras de cuero para que no lastimaran la piel de las aves, mientras Kylee aprendía cantos de pájaro y técnicas de caza. No quería que Brysen se sintiera tonto al ver cuánto había avanzado ella comparada con él.

Bry se dejó caer de rodillas frente a ella, las lágrimas le manchaban las mejillas sucias.

—Lo he echado todo a perder —dijo, llorando. Limpió su nariz con la manga de su camisa. Su cabellera negra estaba alborotada, con ramitas y hojas enredadas en ella—. He hecho todo mal, muy mal.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella.

—Estaba jugando en las jaulas...

—Ay, Bry, ¿por qué? Ya sabes que a pa no le gusta...

—*Shhhh*, cállate, ¿vale? Ya lo sé. Solo que quería ver si podía hacer que Silva saltara a mi brazo como lo hace con papá. Practiqué el silbido hasta que fue como el suyo. Exactamente el mismo. No probé con Silva hasta no estar preparado. Lo juro.

Kylee sintió que su corazón se estrujaba. Silva era la captura más reciente de su padre, un águila de pintor macho, de colores brillantes y extremadamente rara. Planeaba vendérsela a un cliente especial, un maestro de caravana dispuesto a pagar cien bronce por semejante hallazgo. Le había llevado casi tres semanas a Yzzat hacer que el ave saltara a su brazo sin que se debatiera en la percha a los gritos o arrancando sus propias plumas. Las águilas de pintor eran conocidas por ser difíciles de amansar. Con frecuencia preferían morir que someterse.

—Quería mostrarle a papá que podía hacerlo —dijo Brysen—. Siempre me dice que soy un comelodo bueno para nada, pero yo estaba *seguro* de que podía hacerlo. Puedo hacer que Shara salte cuando quiero. Me puse el guante grande y todo, pero dejé a Silva con la correa puesta. No quería que se escapara.

Kylee sintió que su corazón bajaba el ritmo. Al menos la rapaz no se había escapado.

—Así que me acerqué a él y silbé —continuó Brysen—. Pero Silva entró en pánico. —Se mordió el labio. Luchaba para evitar que otra vez se le salieran las lágrimas—. Se debatió de su percha y luego voló hacia mí, parecía que iba a atacarme. Me acuclillé y él se lanzó hacia mí... y... y...

—¿Qué? —Kylee lo sujetó por los hombros—. ¿Qué pasó?

—Cuando se lanzó, solté la correa. Salió... salió volando con la correa puesta. ¡Escapó de la jaula! ¡Se fue! ¡Con la correa puesta! —Ahora sollozaba.

—Todo irá bien —lo reconfortó Kylee—. Está bien. Lo encontraremos. Te ayudaré. Sabes qué hacer: escuchar. Escuchar en busca de los cuervos.

Brysen negó con la cabeza. Estaba llorando con tanta fuerza que no podía hablar. No podía parar. Kylee le dijo que esperara, que se tranquilizara mientras ella iba a buscar el águila por él. Fue corriendo a las jaulas, *Clic clic* contra las piedras. *Clic clic. Clic clic.*

Se detuvo en el umbral de la puerta y miró hacia afuera, intentando imaginar a dónde iría el águila. Escuchó para tratar de encontrar el sonido de cuervos aterrados. Ese era el truco. Cuando había un ave rapaz cerca, los cuervos y las cornejas se ponían

frenéticos y lanzaban llamados de advertencia en tonos agudos y agitados. Brysen lloraba demasiado fuerte para escuchar nada donde ella lo había dejado, pero justo sobre la colina, los cuervos estaban gritando. Kylee subió corriendo y vio la multitud alrededor de un árbol de enebro, chirriando y batiendo salvajemente sus alas negras.

Con seguridad, un águila podía defenderse, incluso contra una pequeña bandada de cuervos. La situación no podía ser *tan* mala.

Al acercarse más, Kylee vio que *era* mala. Peor que mala.

Había plumas brillantes caídas en el suelo bajo el árbol y entre la revuelta de cuervos, vio a la propia águila colgada cabeza abajo en una telaraña de cuero. La correa se había enredado en las ramas nudosas y al tratar de huir volando, el águila había enrollado sus patas y enredado sus alas. Intentar escapar había empeorado el enredo, se había roto las alas y el ave había terminado ahorcada con su propia correa. El águila colgaba como un criminal en el árbol del verdugo.

Estaba muerta.

El águila de cien bronces de su padre estaba muerta.

Y ahora los cuervos la despedazaban.

Las manos de Kylee se sacudieron y sintió que el viento ardiente crecía dentro de ella. Todo su cuerpo se estremecía y su corazón corría a toda velocidad. Sabía lo que venía, lo podía sentir, pero no pudo detenerlo. El aire quemaba sus pulmones y tenía que dejarlo salir. Abrió la boca.

—*Shyehnaah* —susurró. De repente, un peregrino macho chilló desde el cielo completamente azul. Los cuervos se dispersaron. El

halcón salvaje voló a través de la bandada como un rayo demoníaco, acuchilló a un cuervo, que murió de forma instantánea por el impacto, y ascendió a toda velocidad mientras los otros lo perseguían. Las aves enfurecidas siguieron al halcón cada vez más alto, por encima de la cumbrera serrada, en busca de venganza. Los cuervos se dispersan rápido, pero también son rápidos para reagruparse. Son aves resistentes, mucho más que los halcones. *Con gusto me uniría a una bandada de cuervos*, pensó y se asustó de su breve blasfemia. La diabólica bandada había dejado sola al águila ahorcada en el árbol de enebro, con un cuervo muerto debajo.

Kylee se apoyó contra el tronco y lloró. Lloró de miedo por la palabra que había dicho sin saber por qué, sin saber cómo, y lloró por su hermano y el sufrimiento que con seguridad vendría. De su bolsillo sacó los nudos atados con destreza y los arrojó con desprecio por sí misma. Si ella hubiese estado con Brysen, él nunca habría hecho que Silva terminara enredado. Nunca habría estado jugando en las jaulas en absoluto. Debería haberlo protegido en lugar de jugar con los nudos.

Cuando Kylee regresó al viejo fresno, su hermano no estaba ahí. Lo encontró en el hogar, metiendo jengibre azucarado en un saco, con un cuchillo para niños, una piedra para hacer fuego y la manta apolillada bajo la que dormía.

Shara lo observaba hacer el equipaje, posada sobre una sartén colgada. Sus ojos seguían los dedos de Brysen, tenía la boca abierta, lista para jugar a su pequeño juego de picoteo.

—*Prrpt*—exclamó ella.

—Ahora no.—Brysen le respondió.

—*Prrpt.*

—No. Ahora no. —Él la miró con furia, se secó los ojos y después volvió a meter cosas en su bolso.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Kylee.

—Me voy —contestó—. Huiré de casa.

—¡No puedes irte! ¿A dónde irás? El viento gélido llegará en cualquier momento. Te congelarás. Morirás de hambre.

—Encenderé una fogata. Cazaré. Shara me ayudará.

—¡No sabes hacer nada de todo eso! Ni siquiera la has hecho volar libre.

—Eres buena en eso —dijo él—. Ven conmigo.

—¿Qué? —Kylee tragó con esfuerzo.

—No puedo quedarme aquí. Papá va a... —Se le quebró la voz—. No me puedo quedar. Ven conmigo. Cruzaremos las montañas y nos uniremos a una caravana de transportistas. Veremos todos los lugares de los que hemos hablado: el Castillo del Cielo, las arenas rojas de Parsh, ¡las arenas de bronce en Rishl!

Había dejado de llorar y sonreía, como si ya estuviese mirando el gran Desfile de Maestros a lo largo de las almenas del Castillo del Cielo u observando las estrellas desde el lomo de tres jorobas de un camello que se contoneaba sobre una duna en el Desierto de Parsh. Como si ya se hubiera ido. Como si ya estuviera a salvo.

Pero no estaba a salvo.

A Kylee le encantaban las historias que soñaban juntos, pero también conocía las historias reales, las historias que su madre les contaba acerca de cuando vino a Seis Aldeas, antes de conocer a su padre. Sobre esclavizadores que acechaban los oasis en los límites

de Parsh en busca de fugitivos uztaris sedientos, sobre quienes se lanzaban como un cernícalo alimentado a mosquitos. Sobre los orfanatos de los Tamir, adonde se mandaba a los niños pobres a ganar su sustento a merced de adultos retorcidos, o caravanas de niños enviados a las montañas para nunca más ser vistos otra vez. Sobre hambre y podredumbre de los pies y moscas escorpión. Sobre vientos desérticos que te robaban los dedos y te arrancaban las orejas. No solo no sobreviviría la amada ave de Brysen, tampoco lo haría él. Ninguno de ellos lo haría. ¡Por algo su madre había escapado de esa vida!

No. Kylee no huiría. No podía escapar a horrores desconocidos cuando el dolor que conocían al menos los alimentaba, los mantenía abrigados.

—Ruégale que te perdone —le dijo a su hermano—. Quizás papá tenga un buen día en las arenas. Quizás te disculpe. O quizás... quizás te dé... —No podía creer lo que estaba sugiriendo—. Quizás solo sea un *pequeño* azote.

—No me puedo ir solo —susurró su hermano, sosteniendo el bolso con sus pequeñas manos, quemadas por las sogas.

Kylee sintió otro ardor en su interior, pero no era la inflamación de una palabra misteriosa en sus pulmones; era el llanto de una palabra que ella conocía demasiado bien, igual que el lastimoso *prrrpt* de Shara.

«Por favor», quería rogar. «Por favor, no te vayas».

Arrojó sus brazos alrededor él y lo abrazó. Ella no quería huir. No quería que él huyera, tampoco. Él era su mejor amigo. No era necesario que se lo dijera. El abrazo lo hizo.

Al presionar su pecho contra el de él, sintió que sus corazones latían juntos, como un corazón justo en el medio, un corazón que compartían. Pero Brysen partió el abrazo. Se apartó.

Algunos cetreros quieren tanto a sus rapaces y las alimentan tantas veces desde el puño que las aves se olvidan de que pueden irse volando. De caza, tales aves ven una presa frente a ellas y se enardecen, baten las alas, pero no vuelan. No dejarán el puño. Aunque las pihuelas estén sueltas, aunque estén libres, las aves se quedan por una especie de amor enfermo a su cautiverio, sometidas al puño.

Brysen miró a Kylee de la forma en que un cetrero miraba a un halcón sometido al puño. Luego dejó caer su bolso de fuga en medio del suelo y, sin decir palabra, salió caminando de la casa.

Clic clic. Clic clic. Clic clic.

Cruzó el patio, subió la colina y regresó con el cadáver del águila en los brazos. Se sentó con él frente a la jaula vacía del águila en las jaulas para esperar a que su padre regresara a casa. El sol, rojo sangre, se ponía detrás de las montañas.

Su padre llegó a casa poco después del anochecer, con una antorcha para iluminar su camino. Subió directamente a las jaulas.

Clic clic. Clic clic. Clic clic.

Los gritos comenzaron menos de un latido después.

Su madre se quedó quieta junto a la chimenea, mirando hacia las jaulas a través de la puerta abierta.

—¿Mamá? —Kylee la llamó, con la esperanza de que fuera a calmar a su padre.

Su madre negó con la cabeza, hizo un chasquido con la lengua y

se sentó en la silla junto al fuego. Cuando comenzaron los alaridos de Brysen, abrió los brazos hacia Kylee.

—¡Shara no! —gritó Brysen—. ¡Ella no hizo nada! ¡Fui yo!

Kylee se apresuró hacia la puerta, con la intención de echarse la culpa, pero su madre se movió más rápido de lo que ella pensó que era posible, la sujetó con fuerza y la llevó hacia atrás.

—Verte empeorará las cosas —le advirtió. Kylee luchó contra su agarre, pero no pudo liberarse—. *Shhh, shhh*. —Su madre trató de reconfortarla, le cubrió los oídos, atenuó los gritos.

»Tralalá, tralaló, nunca viejo y nunca nuevo, tralalá, tralaló... —cantó su madre. A través de las tablas de madera irregulares, Kylee vio la luz de la antorcha, tenue al principio, luego resplandeció con más fuerza. Incluso a través de los dedos de su madre y por encima de la canción que ella cantaba, podía escuchar los gritos de Brysen mientras su padre lo quemaba.

—Lo siento —susurró Kylee—. Lo siento, lo siento, lo siento.

Después de que Brysen se curara, la mitad de su cuerpo quedó cubierto de cicatrices rosas y su cabello negro se volvió gris ceniza. Shara sobrevivió al fuego, ilesa. Él no había dejado que ni una sola chispa la tocara, lo que era mucho más de lo que Kylee había hecho por él.



El recuerdo la soltó.

Abrió los ojos y vio la silueta de Brysen avanzando por el camino que subía desde su casa, adentrándose en la naturaleza, hacia la Cumbre de Cresta del Cardenal y la quebrada que se encontraba

más allá. Lo observó hasta que desapareció tras un peñasco y entonces Kylee observó el cielo detrás. Una bandada de mirlos se arremolinaba y latía en el aire, como una nube viviente.

Kylee sabía que iba a seguir a su hermano, aunque eso significara que sus deudas quedarían sin pagar y su negocio tendría que permanecer abierto durante varias temporadas más. Sabía que iba a seguirlo, aunque eso significara salvar a ese comelodo de Dymian a costa de su propia libertad y sabía que iba a seguirlo quisiera él su ayuda o no. Esta vez no decepcionaría a Brysen. Había algunos viajes que uno no debía hacer solo.

Y, además, ella había estado en esas montañas antes.



13

Brysen le sacaría ventaja, pero ella no podía partir desprovista. Tenía que recolectar sus propias provisiones para la escalada. Tenía que convencer a Dymian de atender el negocio tanto como pudiera, a pesar de lo poco que confiaba en él. También tenía que pedirle a alguien que estuviera pendiente de su madre.

Así fue cómo sus sueños de libertad se derrumbaron; no en el oscuro calabozo de deudores, sino en un frenesí de recados. Al regresar al mercado, el solo pensar en las temporadas venideras la aplastó y tuvo que apoyarse en un poste por un momento, respirar hondo y contenerse de gritar. *No es culpa de Brysen*, se dijo a sí misma. Quería creerlo.

El sol ya había llegado al cenit cuando regresó al mercado. Dymian, con la pierna entablillada, acababa de hacer volar al halcón perdiguero y, para sorpresa de Kylee, ya había vendido un par de cernícalos.

—Nyall me ayudó. —Dymian señaló su pierna—. Es uno de los buenos ese chico. También me contó lo que Brysen está haciendo por mí...

—Mmm, ajá —respondió Kylee sin decir nada—. ¿Cómo has conseguido que esos cernícalos vuelen? —Cambió de tema. Los dos

cernícalos tenían sobrepeso (sin importar qué tontería había escrito Brysen en el registro) y si realmente habían volado, probablemente no hubiesen regresado, no tenían razón para hacerlo. No tenían ni un poco de hambre.

Dymian sonrió.

—La gente estaba deseando regresar rápido a la carretera. El comprador nunca los vio salir de mi guante. Solo me ofreció diez bronces por cada uno. —Señaló el talonario de recibos—. Está todo anotado.

—Bien —dijo ella—. Es lo menos que puedes hacer.

—Lo sé. —Dymian se acercó a ella renqueando, se apoyaba sobre un palo que había transformado en muleta. Bueno, seguramente Nyall lo había hecho. No había manera de que Dymian fuera tan buen artesano ni en su mejor forma, y ahora estaba muy lejos de eso. Estaba pálido como el cielo durante el viento gélido y sus manos temblaron al meter otro fajo de hojas de cazador en su boca—. No puedo decirte lo agradecido que estoy. No merezco lo que tu hermano está haciendo por mí.

—No. —Kylee coincidió—. No lo mereces.

—Él realmente me importa —dijo Dymian—. De verdad.

—Si él te importara, no habrías dejado que hiciera esto. No habrías arriesgado nuestro futuro por el tuyo.

—Sabes que nadie puede detener a Brysen cuando se le mete una idea heroica en la cabeza —respondió Dymian—. Es una de las cosas maravillosas que tiene. Como Renyard escribió: «Un ave está a salvo en el nido, pero las aves nacen con alas. Mejor arriesgarse a volar que perderse todo».

—No me recites poesía ahora —estalló Kylee—. Gracias a ti, tengo que ir tras él. Y necesito que te ocupes de nuestra carpa y de nuestra madre. Asegúrate de que coma. Y evita que les dé nuestras ganancias a los Sacerdotes Rastreros.

—Cumpliré con vosotros —prometió Dymian—. Estoy realmente agradecido de que vayas a cuidar sus espaldas allá arriba. Te necesita. Todo el mundo sabe que no puede hacer esto sin ti.

—¿«Todo el mundo sabe»? —Kylee frunció el ceño.

—Cuidaré de Domador del Cielo y de tu madre —le aseguró Dymian y no hizo referencia alguna a su pregunta—. Estarán en mejor estado del que los dejaste. Se lo debo.

—Nos debes mucho más que eso. —Lo dejó en la carpa con todo su sustento. Al parecer, la imprudencia de su hermano era contagiosa.

Nyall había frunció el ceño al verla pasar, pero estaba demasiado ocupado con un montón de clientes y ella no sintió la necesidad de quedarse a contarle qué estaba tramando. Él hubiera intentado convencerla de que no lo hiciera, tal como ella había hecho con Brysen. Pero los eventos se habían convertido en una avalancha y no había forma de detenerlos ahora que habían cobrado velocidad. Tenía que dejarse llevar y esperar que la avalancha no la aplastara.

—Entonces, ¿de verdad vas a ir tras él? —preguntó Vyvian, al caminar hacia ella por la carretera cuando volvía a casa.

—¿Quién ha dicho que alguien va a ir a algún lado? —respondió Kylee. Vy era su amiga, pero eso no quería decir que fuera de confianza. Ella también tenía su propio negocio familiar.

—Vamos, Kylee, el trato que Brysen hizo con Goryn Tamir es un secreto, lo que significa que todo el mundo está haciendo apuestas sobre si lo vas a seguir o no y me gustaría aumentar mis probabilidades.

—Tú no haces apuestas.

—Bueno, quizás esté planeando hacerlo.

—Cuando envíes la carta a los patrones de tu familia, puedes decirles que yo también voy —dijo Kylee—. Iremos por la Quebrada de Oveja Azul hasta el Desfiladero Innombrable.

—¿Y qué ruta tomaréis de verdad?

Kylee dudó.

—Vamos —insistió su amiga—. Esto es entre nosotras. No lo escribiré.

—Realmente no tengo ni idea —respondió Kylee—. Brysen es quien marca el camino. Solo lo estoy siguiendo.

—Irás por la Cresta del Cardenal —sugirió Vyvian. Kylee se encogió de hombros. Era lo más probable porque era la subida más difícil y ese era justo el tipo de desafío que Brysen agregaría a una tarea ya imposible de por sí, pero Kylee no pensaba darle más información a Vyvian de la que era necesaria.

—Como he dicho, solo lo voy a seguir. El resto depende de él.

—Entonces, ¿no lo ayudarás a atraparla? —Vyvian ladeó la cabeza—. Nunca podrá hacerlo sin ti.

—Es un buen trampero —lo defendió ella.

—Pero tú tienes el...

Kylee la interrumpió.

—Preferiría que no nos acercáramos a esta águila.

Vyvian suspiró.

—Esa ya no es una opción.

—No —Kylee dijo con un suspiro—, no lo es.

—Bry ya te lleva bastante ventaja. Algunos pastores han dicho que lo vieron a mitad de camino hacia la Cuesta de la Alborada. Es mejor que te vayas o nunca lo alcanzarás.

—Estoy en camino ahora —dijo Kylee—. Solo que... Vy, ¿me puedes hacer un favor?

—Soy toda oídos.

—Asegúrate de que Dymian no haga nada estúpido mientras no estamos, ¿sí? Si sobrevivimos, me gustaría tener algo a lo que regresar.

—Por supuesto, lo haré. —Vyvian hizo el saludo alado contra su pecho—. Sobreviviréis, por cierto. —Se acercó y se inclinó para susurrar en el oído de Kylee—. He visto lo que puedes hacer.

Kylee se tensó, se apartó y miró a su amiga a los ojos. Negó con la cabeza.

—No. Por favor. No digas... nada sobre eso.

Vyvian frunció el ceño.

—Nunca revelaría tu secreto de esa forma.

Kylee la miró detenidamente. Ambas sabían que Vyvian mentía, que sin dudas traicionaría a Kylee *de esa forma*. Era su trabajo y su tradición familiar revelar los secretos de Kylee de esa manera. La única pregunta era si ya lo había hecho o si estaba a punto de hacerlo.

—Eso sí, Kylee, no soy la única que estaba en las arenas de riña —le advirtió—. No estaréis solos en esa montaña. Vais en busca de

un trofeo demasiado grande como para que no haya disputas. Tened cuidado, ¿de acuerdo?

—Siempre lo tengo —dijo Kylee; dejó a su amiga en la carretera y apresuró el paso para volver a casa a guardar el equipaje y a despedirse de su madre.



—Entonces, ¿vas tras ella, igual que tu padre? —Su madre estaba sentada en su silla en el centro de la sala, junto al fuego que apenas ardía en el hogar. Su pelo oscuro caía en largas espirales sueltas que enmarcaban los rasgos afilados de su rostro, sus ojos brillaban en la quietud de todo el resto de su ser, como llamas gemelas que bailaban contra un cielo oscuro. No se atrevía a pronunciar las palabras «águila fantasma» en voz alta, ni siquiera lo había hecho antes de que una matase a su marido. Eso hacía que Kylee quisiera decir las palabras aún más.

—Me importa una mierda el águila fantasma —dijo Kylee, pero no la miró—. Voy tras Brysen. Voy a mantenerlo a salvo.

Su madre se inclinó hacia adelante y se puso de pie lentamente, dejando que su cabello cayera sobre su cara. Apoyó en la mesa la taza de té de hierba mentolada que había estado bebiendo, después recolocó su pelo para que cayera tras sus hombros. Kylee se quedó en tensión mientras su madre cruzaba la habitación y la sujetaba de los bíceps. Los ojos de ambas se encontraron y quedaron fijos.

—Nunca estará a salvo con este anhelo por lo que no debería poseer. Y tú tampoco. Mientras estéis destinados a buscar a esta

criatura, estaréis destinados a la muerte. Cuando vengan los kartamis, todo este culto a la lujuria por el cielo será borrado de la tierra. Arrepiéntete ahora, hija mía. Censúralo y serás salvada.

—No soy como tú —respondió Kylee—. Puedo hacer que deje de importarme.

—Pero a mí *sí* me importa —dijo su madre—. Mi pecado es mi propio anhelo, mi anhelo de que tú seas *salvada*. Redimida. *Debería* maldecirte, debería dejar que te encamines a tu perdición, pero no puedo. Pensé que la crueldad de tu padre envenenaría en ti el culto de Uztar para siempre, pero no funcionó. Debería haberte llevado lejos. Sabes que puedes salvarte de la blasfemia de Uztar. Solo tienes que... *detenerte*. Deja ir a tu hermano. Sé libre. Sé que esto es lo que quieres.

Kylee sintió que su interior se rompía, como un glaciar derritiéndose que finalmente se rompía y se derrumbaba. Quería libertad, de las rapaces, de las deudas de su padre y de los juramentos de su hermano, pero no en estos términos. No de esta forma.

Kylee se soltó de la sujeción de su madre y retrocedió hacia la puerta, negando con la cabeza. Su madre también negaba con la cabeza.

—La lengua hueca no fue creada para ser pronunciada por aquellos que caminan por el lodo —dijo mientras su hija se iba—. Es así, Kylee. La lengua hueca es algo sagrado que no es para ti. Nada bueno saldrá de que le hables al cielo. Tenía la esperanza de que tú pudieras escapar.

Kylee encontró el picaporte de la puerta y lo giró, abrió y salió de

espaldas hacia el exterior. Su madre se dejó caer de rodillas, no para rogar, sino para mirar al suelo y rezar.

—Vacía los cielos para que mis niños caigan; vacía sus corazones para que tengan espacio para la verdad; vacía los cielos y sus corazones y sus pecados antes de que la miseria los cubra por la eternidad; vacía, vacía, vacía...

Kylee cerró la pesada puerta para ya no tener que ver o escuchar a su madre. La mujer ya había decidido.

Brysen estaba en peligro. Y no por una superstición abstracta. Mil cosas podían destruir su cuerpo en las montañas, desde el águila fantasma hasta otros tramperos o incluso una caída de un risco. Su madre nunca había protegido el cuerpo de Brysen antes y no empezaría ahora.

Dependía, como siempre, de Kylee.

Alzó su mochila y se dirigió hacia los senderos de los montañistas que comenzaban detrás de su casa, comenzando el ascenso hacia el nido del águila fantasma. Sabía que había cien pares de ojos observándola desde abajo en las Aldeas, pero mantuvo los suyos hacia arriba. Arriba era la única dirección que le importaba ahora. Tenía que alcanzar a Brysen antes de que el cielo cayera sobre él.



Kylee caminó hasta el anochecer. Siguió los senderos marcados por el andar de los tramperos y en cierto momento salió del camino principal hacia pendientes más empinadas que llevaban a las cumbres de la Cresta del Cardenal.

El sol se hundió entre dos cumbres que sobresalían en la distancia, las chispas de nieve que el viento hacía volar desde ellas engalanaban el aire. La luz había bajado peligrosamente para cuando llegó a las neblinosas tierras bajas, donde las hileras de fresnos, enebros y cipreses se volvían escasas, grandes peñascos cubrían el paisaje y riscos escarpados se alzaban empinados en intervalos desiguales, como los dientes serrados de la sonrisa rota de un gigante. Sobre ella, por encima del borde de un peñasco afilado, estaba el bosque de los abedules de sangre, un denso grupo de árboles que casi no necesitaban suelo y de los que se decía que crecían donde se había derramado sangre.

Al rodear un amplio afloramiento rocoso, finalmente vio a Brysen, bien alto en una pared de piedra gris plana, escalando en vertical. Como un ave de señuelo, no estaba demasiado lejos de ella ahora, pero la altura del peñasco escarpado debía haberlo

desacelerado considerablemente. Si hubiese planeado esta ruta con más premeditación, habría encontrado senderos más fáciles, en vez de escalar la primera pared rocosa que se le había presentado, pero Brysen creía en ir de frente contra... bueno... todo. Kylee era una escaladora fuerte y prudente. Había planeado una ruta más astuta y lo alcanzaría antes de la medianoche si él descansaba y ella no.

Su hermano había hecho volar a Shara con una correa larga amarrada a su pihuela. El otro extremo estaba anudado a su cinturón. Si él se caía, ella se mantendría sobre él amarrada, para señalar su cuerpo. O bien alguien la vería e iría a buscarlo y liberarla o ella moriría de hambre ahí, unida a él. No dejarla volar por su cuenta era una elección egoísta —*Seguro que ella seguiría a Brysen sin estar amarrada a él*, pensó Kylee—, pero entendía por qué su hermano lo hacía.

No quería quedarse completamente solo si se caía.

No llevaba nada más que su chaleco y sus pantalones de cuero; había sujetado sus bolsos y un abrigo a otra cuerda de seda de araña para poder escalar la pared rocosa. Enlazaba piedras salientes a medida que avanzaba y luego elevaba los sacos tras él. Su progreso era lento, pero le daba oportunidades regulares de recuperar el aire. Había hecho dos tercios del camino hacia arriba de la pared y se movía con mucha lentitud, de punto de apoyo en punto de apoyo, sus músculos tensos y brillantes de sudor bajo los últimos rayos del sol poniente.

Los alpinistas más débiles se impulsaban con los brazos, pero Brysen sabía que la verdadera fuerza venía de las piernas. Nunca parecía más ligero y más ágil que cuando escalaba, al liberarse de

la gravedad y de todas las preocupaciones que esperaban en tierra. Escalar había sido una de las actividades preferidas para hacer juntos, pero él no lo había hecho por diversión en mucho tiempo. Kylee siempre lo invitaba a ir con ella en sus escaladas matutinas, pero él siempre se rehusaba y elegía quedarse durmiendo y después iba a Pihuela Rota.

Kylee había encontrado consuelo en el alpinismo. La simple búsqueda de un asidero o de un punto de apoyo para el pie le resultaba sosegante. Trazar el camino vertical era como construir un rompecabezas en el que la solución realmente importaba. Tu vida y tu muerte estaban en tus manos. Era casi placentero observar a Brysen haciéndolo con tanta confianza.

Entonces el pie de su hermano resbaló y el corazón de Kylee se agitó como las alas de una paloma atontada.

Él resbaló hacia abajo sobre su vientre, una catarata de piedras sueltas corrió alrededor de él. Con las yemas de los dedos, atrapó una piedra serrada que sobresalía y detuvo su caída, pero sus piernas quedaron colgadas y su otro brazo se mecía suelto, aleteando como un ala inútil.

—¡Mierda! —gritó.

«Mierda... mierda... mierda... mierda...». Su voz bajó como eco hasta donde se encontraba Kylee.

Desde arriba, su cernícalo observaba el esfuerzo. Su cuerda aún estaba floja, así que no había sentido nada de su caída. Para ella, este drama brutal era el tedio de una vida entre los sin alas. Los dedos de Brysen se aferraron, sus nudillos huesudos se agarraron, sus firmes tendones hicieron fuerza, apretaron, combatiendo la

gravedad. A Kylee le dolía ver a su hermano lanzándose de nuevo contra la roca, con fuerza, jadeando y luchando por sujetarse. Pero se aferró. Se afianzó. Volvió a trepar.

Se había raspado un lado de la cara y ahora, pie sobre pie, asidero en asidero, ascendía por la marca sangrienta que había pintado en las rocas por encima de él. Hasta que la luna no estuvo posada sobre los peñascos lejanos, él no alcanzó el punto donde Shara lo había estado esperando, para entonces, habían pasado horas. Kylee cubrió la mayor parte de la distancia en la mitad de tiempo, procurando mantenerse fuera de su campo visual, pero impulsándose incansablemente tras él.

Mucho tiempo atrás, las antiguas caravanas de las estepas siguieron a las aves migratorias desde las tierras de hielo y polvo a la frondosa meseta, donde construyeron la civilización uztari. Pero para seguir a las aves, tuvieron que cruzar las montañas; estas montañas. Los humanos se empeñaron, se esforzaron y buscaron los desfiladeros y quebradas. Lucharon contra los que encontraron viviendo aquí, los altaris, y los sometieron. Y luego, ensangrentados por las batallas, cansados hasta los huesos y medio congelados, tuvieron que seguir descendiendo.

Lo que les llevó generaciones atravesar, los halcones lo volaban en minutos. Para los uztaris, las aves marcaban el camino a la salvación. Para los altaris que persiguieron y llevaron hacia el desierto, las aves eran un agüero de su exilio. No era de sorprender que los fanáticos kartamis odiaran a los uztaris y odiaran a las rapaces que servían a estos. Las aves volaron sobre las cumbres y trajeron el cataclismo con ellas.

Ahora Brysen repetía ese viaje ancestral al revés y hacía un esfuerzo por dejar la seguridad de las montañas para hacer el traicionero ascenso a la brutal naturaleza, guiado, una vez más, por un ave.

En la cima del risco, Brysen se desplomó sobre la plataforma junto a su halcón, le acarició un ala con suavidad, lo que el ave pareció disfrutar, y con su dedo jugó al juego del picoteo en el suelo entre ambos. Cuando el ave se cansó de mordisquearlo, él rodó para quedar tumbado sobre su estómago, magullado, ensangrentado y exhausto. Incluyó la cabeza sobre el borde sin mover su cuerpo y vomitó, ruidosa y profusamente, sobre el acantilado.

El sonido hizo eco.

Puaj. Kylee se sobrecogió.

Brysen escupió y descansó la cabeza sobre sus manos, boca abajo. Había mantenido un buen ritmo, dada la condición en la que había comenzado el día, pero no sería capaz de cumplir con la fecha límite si seguía avanzado con tanta lentitud por los riscos. Necesitaba encontrar y seguir los antiguos caminos de las cabras. Eran serpenteantes y más largos que el ascenso directo, pero mucho más fáciles. Él se estaba desviando de cualquier ruta conocida y entraba en un terreno salvaje cuyos peligros Kylee no podía anticipar y para los que Brysen definitivamente no estaba preparado. El bosque de los abedules de sangre se cernía en dirección adonde él se dirigía, y ningún uztari había trazado jamás un camino a través de esa espesura. Si Brysen se mantenía cerca de los senderos ancestrales, Kylee podría alcanzar a su hermano sin

tener que escalar un risco en la oscuridad, y una vez que ella estuviera a su lado, él no tendría otra opción más que dejar que ella lo ayudase. Conocía los caminos para ascender mejor que él, caminos seguros que se mantenían lejos de peligros conocidos y, al escalar juntos, podían cuidarse mutuamente las espaldas. No podía negarse. De todas formas, era mejor pedir disculpas que permiso.

Kylee encontraría un camino hasta él y lo guiaría de ahí en adelante. Él se había desviado de la ruta a la Cumbre de Cresta del Cardenal, pero ella podía guiarlos a ambos hacia allí. Ya había comenzado a planear un camino probable cuando sus ojos captaron un movimiento en la plataforma justo arriba de Brysen y ella se detuvo, entrecerró los ojos hacia arriba en un intento por divisar la forma que se movía a la luz de la luna.

Al principio, solo vio el arbusto silvestre del saliente, pero sus ojos volvieron a ver el movimiento, una sombra con la forma de un gato, un felino grande, esbelto y negro morado como los labios de un cadáver. Una pantera de peñón.

La gran bestia agachó la cabeza, sus ojos fijos en la espalda flexible de Brysen. Si se hubiese equipado para encender un fuego, la pantera jamás se habría atrevido a acercarse tanto, pero no lo había hecho. Si hubiera estado sentado erguido, quizás se habría mantenido lejos, ya que las panteras de peñón prefieren atacar a sus presas desde atrás y rara vez lo hacían cuando podían ver sus ojos. Pero Brysen estaba dormido, el agotamiento lo había encaperuzado antes de que se hubiese molestado en acampar. Si Kylee hubiera estado más cerca, probablemente lo habría

escuchado roncar.

Si hubiera estado más cerca, habría podido ayudar.

La pantera se agazapó casi hasta estar acostada sobre el suelo y se arrastró al borde del saliente que estaba justo sobre Brysen.

—*Levántate*—susurró Kylee—. *Levántate, levántate, levántate.*

Si gritaba, ¿la escucharía Brysen? ¿Se asustaría el felino y huiría?

—¡Levántate!—gritó.

«Levántate...», regresó a ella el eco. «Levántate... levántate... levántate...».

Los ángulos de los riscos y la dirección del viento bloquearon el sonido. Brysen no escuchó nada. La pantera no escuchó nada. Si Shara había escuchado algo, no se movió. Shara estaba observando el valle, de espaldas a las rocas, ignorando que un depredador acechaba en su punto ciego. Las panteras de peñasco sabían cómo acechar a las rapaces. Los halcones salvajes eran un alimento básico de la dieta de los grandes felinos.

Kylee se sintió impotente ahí abajo, tan impotente como cuando el transportista sostenía el cuchillo contra la garganta de Brysen en la arena de riña. Sintió esa agitación en su corazón, un pulso que aleteaba en sus oídos. Cerró los ojos, respiró profundo e intentó hacer que el aire de sus pulmones ardiera en llamas, intentó encontrar las palabras que su madre había llamado «blasfemia», las palabras de la lengua hueca.

Se imaginó a su hermano siendo despedazado, imaginó la pata del felino haciéndolo girar, desgarrando su estómago, la sangre en sus colmillos al arrancar sus entrañas.

—*Shyehnaah*—dijo, pero no tuvo efecto alguno, ni significado.

Podía hacer el sonido deliberadamente, pero no podía hacerlo funcionar. No podía comandarlo, no podía controlarlo. Exhaló sin sentir nada más que el aire frío de la noche.

Inhaló otra vez; la pantera se arrastró hacia adelante, preparada. Kylee se imaginó a su hermano en las jaulas, en casa, con su padre y su antorcha, ojos azules frente a ojos azules, unos mojados como lagos de deshielo y los otros fríos y duros como glaciares. Y la luz de la llama reflejada en ambos, cada vez más y más cerca. Se obligó a ver el fuego tocando su piel, se obligó a escuchar los sonidos y oler la tela en llamas y la carne y el pelo. El fuego se encendió en sus pulmones y pronunció la palabra otra vez.

La cabeza de Shara giró. Los labios de la pantera se estiraron hacia atrás desde los colmillos blancos como hueso, sus músculos temblaron bajo la tirante piel de color cadáver. Hubo un sobresalto cuando Shara vio al depredador, una descarga de acción instantánea, ojo a ala, ala a pico.

—*¡Ki ki ki!* —chilló Shara y se arrojó desde el borde, la correa se desenrolló tras ella. La reacción de Shara sobresaltó a la pantera y al mismo tiempo despertó a Brysen. Este vio a Shara salir disparada hacia el cielo y un latido después, se giró hacia lo que la había asustado.

La pantera sobresaltada dio un zarpazo, pero Brysen rodó afuera de su alcance, hacia el precipicio de la plataforma.

No tenía escapatoria y cuando vino el segundo zarpazo, rodó por debajo, hacia la montaña y debajo del saliente. Sacó su cuchilla mientras rodaba y desató el nudo que amarraba a Shara a él.

La pantera saltó abajo para atacarlo, pero encontró que la

atravesaba el filo del cuchillo de garra negra de Brysen. Este silbó y Shara dio un giro, luego bajó en picado hacia el lomo de la pantera y hundió las garras justo debajo de su cráneo.

El halcón sabía en su sangre que la pantera era un enemigo. Shara estrujó la columna del felino desde atrás al mismo tiempo que Brysen empujaba su filo hacia arriba y se lo ensartaba en el corazón.

El quejido del felino hizo eco por la montaña.

Su sangre se derramó más allá del codo de Brysen, sobre su pecho y su estómago. Brysen lo empujó lejos de sí y retrocedió hasta quedar contra la roca, sosteniendo su cuchilla ensangrentada frente a él, y se quedó mirando a la pantera muerta mientras Shara procedía a picotearla, a arrancar la piel gris y negra con pico y garras como un aprendiz de carnicero enloquecido.

Si Brysen no hacía que dejara de comer, se llenaría tanto que por la mañana no volaría. Brysen iba a necesitar que ella estuviera templada por varios días o nunca llegaría al nido del águila fantasma a tiempo para regresar en el lapso establecido por Goryn Tamir.

Entonces Brysen se desplomó y Kylee se estremeció. ¿El felino le había hecho algún daño que ella no había podido ver? ¿Se estaba desangrando ahí arriba, con la garganta desgarrada, las arterias abiertas?

Salió corriendo a toda velocidad hacia el estrecho camino de los tramperos para trepar por la cuesta. Podría detener el sangrado y salvar su vida si llegaba a él a tiempo. Tendría que correr y subir más rápido de lo que jamás había hecho, pero sus pies avanzaban

con confianza, su corazón la impulsaba.

Había avanzado solo unos pasos a toda velocidad cuando escuchó una exclamación.

—¡Iuuujuu!

Kylee se detuvo y levantó la vista al saliente y ahí estaba Brysen, parado, bailando en círculos, con los brazos ensangrentados levantados en el aire. Saltaba de un pie a otro, su sonrisa blanca y su cabellera gris brillaban.

«Iuuujuu...», el eco sonó a su alrededor. «Iuuujuu... Iuuujuu... Iuuujuu...».

—¡Ja, ja! —gritó Brysen—. ¡Tendrás que lanzarme más que eso, maldita engullidora de lodo, devoradora de carroña! ¡¿Me escuchas?! ¡Te derrotaré!

«Derrotaré... derrotaré... derrotaré».

Ella observó su silueta oscura bailando bajo la luz de la luna, mientras Shara desgarraba al felino muerto a sus pies. Brysen estaba más feliz de lo que Kylee podía recordar en años, celebraba una victoria que creía suya. Al igual que en las arenas de riña, pensó que se había salvado a sí mismo. Pensó que aún estaba solo.

Kylee decidió no revelar su presencia. Permanecería oculta. Le daría su victoria, le dejaría tener su amor propio. Ayudaría a su hermano de lejos, se mantendría invisible. Tenía que dejar que él sintiera que estaba volando en libertad si quería tener alguna esperanza de que regresara cuando esto terminase.



15

La luna casi había terminado de trazar su arco a través del cielo cuando Kylee llegó al campamento de Brysen en el saliente. El camino la había llevado por una ruta serpenteante entre peñascos y cuevas rocosas. Un momento subía con manos y rodillas, al siguiente estaba saltando gargantas. No estaba tan familiarizada con el sendero como había pensado, en un punto casi se había metido en la entrada de una profunda cueva de murciélagos de la que jamás habría podido salir.

Al menos los murciélagos ya se habían ido a recorrer la noche.

Cuando llegó a la plataforma rocosa que estaba justo sobre el campamento de Brysen, donde la pantera lo había acechado, él estaba dormido junto a las agonizantes brasas de un fuego, donde la carne de la pantera chisporroteaba y siseaba sobre los carbones. Kylee estaba tentada de escabullirse al saliente y robar un poco, pero no quería arriesgarse a despertar a Brysen. Si no fuera por ella, él habría sido alimento de pantera y no al revés, y sin embargo ella había comido huevos de gallina encurtidos y fríos de cena.

Shara dormía junto a Brysen, con las patas plegadas bajo el peso de su cuerpo al calor aterciopelado de sus plumas. Pasaba su peso

de un lado a otro para mantener su sangre en circulación y su cabeza estaba girada hacia atrás casi bajo sus alas, pero permanecía sin caperuza. Brysen quería usarla como alarma en caso de que se acercara el peligro. Kylee se quedó muy tranquila, muy calma, y se movió con extrema lentitud para no despertar ni al chico ni al ave.

Se apartó del borde y se deslizó más lejos en la oscuridad. Brysen comenzaría su subida otra vez después del amanecer para escalar hasta el bosque de abedules de sangre más allá de la siguiente cumbre. Sería más fácil seguirlo, pero más difícil permanecer fuera de vista.

Se preguntó quién más estaría allí afuera en la noche, abriéndose camino en subida por la montaña tras ellos, y qué más había allí afuera en la noche, en algún lugar más elevado, observando y esperando al acecho. Tembló y supo que necesitaba dormir un poco, pero tenía que encontrar un lugar resguardado.

En una cuesta cercana, dos rocas habían quedado juntas para formar una especie de cobertizo en el espacio debajo. Podría estirarse ahí, a salvo de los depredadores y de la mirada de Brysen, y tener aún una línea de visión despejada de la ruta que él eligiera por la mañana. Puso algunas ramas a lo largo del camino, apoyadas de forma precaria, de manera que, si su hermano se iba, alteraría el patrón y ella sabría que ya se había marchado, incluso si se quedaba dormida. Debajo de las rocas, se sintió perfectamente segura para cerrar los ojos y dejó que el sueño borrara sus preocupaciones durante un rato.



Cuando quiso acordarse, el alba había despuntado como la yema pálida de los huevos sobrecocidos. Levantó la cabeza, limpió una línea de baba en su mentón y estudió el camino. Sus ramas permanecían en su lugar.

Se arrastró sobre su estómago otra vez sobre la plataforma y vio que Brysen aún dormía debajo y roncaba suavemente. Había cubierto sus ojos con el recodo de su brazo y la otra mano descansaba sobre la empuñadura de su cuchillo, que llevaba en el cinturón. El fuego se había apagado y un poco de escarcha se había asentado sobre él. Si no comenzaba a dormir bajo una manta, sin dudas moriría congelado en la altura de las montañas. Había dormido con el cuchillo en la mano, pero solo un terremoto lo despertaría.

Mientras se estiraba, observó el vasto paisaje, el sol que se alzaba a la izquierda y arrojaba la larga sombra de la cordillera sobre Seis Aldeas, bien abajo. Los cielos estaban despejados y ni siquiera las aves estaban despiertas todavía. Era su hora del día favorita en Aldeas. Ni los Sacerdotes Rastreros habían comenzado sus sermones diarios.

A esta altura, no podía llegarle ningún sonido desde Seis Aldeas, pero podía ver el claro donde se situaba su casa y el camino empinado hasta el Collar. El Collar fluía a través del pueblo y la carretera principal iba a su lado, ambos desaparecían por la cordillera en su largo recorrido serpenteante desde el Castillo del Cielo a la Fortaleza de la Garra. Los árboles, praderas y campos de

regadío que rodeaban el perímetro del valle por donde corría el Collar pronto daban lugar a la roca árida de las llanuras centrales, que habían sido peladas por enormes rebaños de cabras, corderos y camellos antes de la llegada de los primeros antepasados, y luego, más allá, el vasto desierto. Ahora solo los nómadas altaris y los transportistas de larga distancia lo cruzaban. Ella podía ver sus fuegos diseminados, líneas de humo que se elevaban al cielo como banderas todo el camino desde el borde verde claro hasta las vacías tierras rojas y las dunas doradas del Desierto de Parsh. En algún lugar de ese desierto, los kartamis construían sus carretas de guerra, encordaban sus cometas de batalla y elevaban sus plegarias para un cielo vacío.

Desde esta altura, los deseos y guerras de la gente parecían completamente insignificantes. Lo único real era el paisaje: roca, nieve, hierba y arena. Era una vista como aquella con la que ella y Brysen solían soñar despiertos.

Sobre el desierto, podía distinguir los contornos de la cordillera oriental, a la que llamaban la Mandíbula Inferior. Ellos vivían al pie de la Mandíbula Superior. Había nombres más antiguos para las montañas que circundaban la alta estepa y los protegía de los vientos mortales que surgían en las estepas de alrededor, pero a Kylee siempre le gustó la idea de que Uztar era una enorme boca abierta en la cara del mundo y toda la vida transcurría entre dos enormes conjuntos de dientes. Cada día contenía la posibilidad de que la mandíbula se cerrara de golpe sobre ellos y toda la civilización, así que cada día era un acto de misericordia. Con cada amanecer, el mundo les daba otra oportunidad, en vez de tragarlos

enteros.

Le gustaba la idea de otra oportunidad. Podía hacer las cosas bien esta vez.

Volvió arrastrándose a su madriguera bajo las rocas, puso sus provisiones dentro de su alfombra, la hizo rodar y cerró el fardo con una correa nómada de cuero. La gente de las Aldeas les debía mucho a aquellos que habían expulsado a los desiertos; sin embargo, la mayoría de los uztaris los odiaban. Su padre, a pesar de haberse casado con una de ellos, los odiaba con especial virulencia. Nunca perdía la oportunidad de llamar moledor de cristal a quien no le cayera bien, incluso cuando su madre estaba escuchando, fuese esa persona altari o no. Con frecuencia eso le valía un puñetazo en la mandíbula, pero de todas formas no dejaba de lanzar los insultos. Era el tipo de hombre que prefería recibir un golpe que abandonar su odio. Las provocaciones solo hacían que su madre rezara con más fuerza para que su negocio fracasara y los cielos se vaciaran alrededor de él. Luego la había acusado de dar a luz a Brysen *a propósito*, como si el mellizo de Kylee fuese una maldición contra la familia.

Algunos perdían a un familiar y sobre ellos descendían nubes permanentes. Para Kylee, cuando su padre murió, fue como si las nubes finalmente se hubiesen dispersado y ahora podía ver toda la inmensidad del mundo que él les había ocultado. ¿Era un pecado que ella nunca hubiese sentido la más mínima necesidad de llorarlo? Sus recuerdos más preciados eran los de las bandadas diarias de cuervos de duelo, cuyas sombrías melodías prometían la llegada de pasteles y dulces e incontables donaciones que su

madre no tocaría. Ella y Brysen podían comer hasta el hartazgo y más.

Sus pensamientos fueron interrumpidos de pronto; una sombra pasó sobre la entrada de su cueva-dormitorio. Una sombra con la forma de una persona.

Se escabulló por el otro lado de su refugio y rodeó la roca, pero no vio a nadie. Giró en dirección opuesta... tampoco había nadie. Después se agazapó, avanzó lentamente por el borde hasta encontrar un asidero y con un impulso de sus piernas, saltó a la punta de las rocas y atacó al acechador encapuchado desde atrás. Mientras este caía, ella desenvainó su cuchillo de caza y lo presionó contra un lado del cuello terso del sujeto, justo en la arteria mayor. Le pegó un rodillazo entre los muslos y lo empujó hacia adelante para que cayera de pleno sobre su estómago.

—¡Ay! ¡Kylee! ¡Soy yo! ¡Por favor! ¡Soy yo! —gritó. La figura sostuvo las manos abiertas a los lados, su cuerpo rígido e inmóvil debajo de ella, y Kylee le arrancó la capucha de la cabeza, liberando una pelambreira rizada.

Nyall.

Retiró el cuchillo de su cuello y salió de encima de su espalda.

—¡Shhhh! —exclamó ella—. Haz silencio y baja aquí.

Saltó al suelo y lo esperó entre las rocas. Él necesitó un momento para recuperarse —más por el rodillazo en la entrepierna que por el cuchillo en la garganta, concluyó ella—, pero finalmente bajó y se apretujó para entrar en el pequeño espacio.

—Por los cielos ardientes, ¿qué estás haciendo aquí? —se obligó a susurrar.

—Escuché lo que estaba haciendo Brysen —dijo Nyall—. Es de lo único que se habla.

No podía ser de otra manera, pensó Kylee. Cualquiera que quisiera robar la presa de Brysen —en el improbable caso de que sí tuviera éxito— tendría tiempo de sobra para preparar una emboscada.

—Todo el mundo decía que estarían en la Quebrada de Oveja Azul —Nyall le contó—. Entonces supe que no estarían ahí. Cuanta más gente sabe algo, es menos probable que sea verdad.

—¿Cómo nos encontraste? Es una montaña grande.

—Vyvian me reveló el verdadero camino que planeabas elegir.

—¿Simplemente te lo *reveló*? ¿Por nada?

—No. —Nyall apartó la mirada—. Por nada, no.

—¡Oh, qué pavo! —Kylee lo empujó juguetonamente. Él sonrió, sus hoyuelos revelaron el precio de Vyvian—. Entonces, me seguiste aquí para... ¿qué? ¿Advertirme que Vyvian es una espía? Eso ya lo sabía.

—Te seguí hasta aquí para cuidarte las espaldas —respondió Nyall—. Cuando vi que te ibas de Seis, sabía que habías venido aquí arriba para cuidar de Brysen, pero nadie estaría cuidando de ti.

—Yo cuidaría de mí misma —contestó ella.

—Entonces, ¿no quieres mi ayuda? —Nyall parecía herido, pero ¿qué estaba esperando? ¿Pensó que se presentaría aquí sin ser invitado y ella le *daría las gracias*? No necesitaba un héroe ni quería un amante—. No puedes enfrentarte al mundo sola.

Kylee quería decirle que por supuesto que podía, pero se detuvo en seco. Solo alguien con cerebro de pollo, como su hermano, podía

mirar un acto de bondad y llamarlo una maldición. No era un pecado aceptar ayuda, y tener la compañía de un amigo no sería el final del mundo.

Nyall abrió los brazos, esperando. A diferencia de los otros chicos riñeros, solo tenía un tatuaje: unas pocas líneas de poesía iluminada que le envolvían la muñeca y el antebrazo como una cuerda en espiral. «*El estornino canta sobre la agonía del amor, la paloma canta sobre su humanidad, pero todos y cada uno caerán igual cuando la fuerza de gravedad del amor les corte las alas*». Era un romántico empedernido, como su hermano, pero era leal, amable y bueno en los momentos difíciles; también como su hermano. La caza de un águila fantasma ciertamente tendría demasiados momentos difíciles.

—Está bien —dijo ella—. Quédate conmigo. Así podremos dormir por turnos... pero no nos delates durante el camino como acabas de hacer, ¿está bien? No quiero que Brysen sepa que lo estamos siguiendo.

—¿Porque él nunca aceptaría la ayuda? —Nyall sonrió con fuerza, se quitó el pelo de los ojos y dejó que sus hoyuelos se notaran.

—Soy consciente de la ironía, cara de pinzón. —Le dio un empujoncito en el hombro otra vez, él perdió el equilibrio de nuevo y cayó fuera del espacio entre las rocas para aterrizar de espaldas, donde miró directo al cielo. Su sonrisa se desarmó y sus hoyuelos desaparecieron. Levantó las manos, las palmas abiertas.

Kylee negó con la cabeza.

—No es necesario que te rindas. No te voy a lastimar de nuevo. Lo juro... Pégale un rodillazo a un chico solo una vez y este se

volverá asustadizo como un carbonero. Debería contárselo a las chicas del pueblo; comenzaríamos una revolución.

Nyall, sin embargo, no la miró. Seguía con la mirada hacia arriba, inmóvil, serio.

Una sombra cayó detrás de Kylee y bloqueó la salida del hueco entre las rocas.

—Sal de ahí ahora —ordenó la sombra—. Y ten cuidado con dónde pones tus rodillas, o tu hermano y tu novio morirán aquí mismo.



16

Kylee presionó la mano contra la tierra y maldijo, pero salió gateando de entre las rocas y se puso de pie. El Creador de Huérfanos, respaldado por sus dos amigos, relamió sus dientes y escupió el suelo entre los pies de Kylee. Su cernícalo marrón atigrado estaba otra vez en su puño.

—Necesité toda la noche para encontrar a mi pequeña —gruñó, luego miró desde el cernícalo a Kylee—. Muévete con demasiada rapidez y ella te clavará una garra en el ojo.

Uno de los otros transportistas tenía un arco tensado con una flecha apuntada a la cara de Nyall. Estaba tan cerca que él podría haber lamido la punta. El otro transportista tenía a Brysen de rodillas frente a él con el filo de un hacha contra su cuello. Shara estaba inmovilizada en una trampa de red estacada con fuerza en la cuesta rocosa. Luchaba e intentaba batir las alas, pero no podía escapar y llamaba incesantemente.

—*¡Ki! ¡Ki! ¡Ki!* —chillaba—. *¡Ki! ¡Ki! ¡Ki!*

—¿Nyall? —preguntó Brysen, confundido, después se desinfló al verla—. ¿Kylee?

Su hermano tuvo, de verdad, el descaro de sentirse frustrado porque ella estuviera aquí. Debería haber estado más decepcionado por el bloque de madera que el transportista de pelo

cobrizo había arrojado a sus rodillas, porque estaba claro que pensaban decapitarlo ahí. Brysen nunca había sido bueno para establecer sus prioridades.

—*¡Ki! ¡Ki! ¡Ki!*

Kylee miraba fijamente a Brysen mientras el verdugo lo sujetaba del cuello y lo empujaba hacia abajo para apoyarlo en la hendidura del tajo. Este no era un tajo utilizado para el ganado, manchado por las vísceras de mil comidas. Este era un tajo de ejecución que estaba decorado con diseños tallados, cubierto con escenas de crímenes y castigos, con canales para que la sangre se escurriera e indicadores profundos en la ranura donde habían descansado otros cuellos desafortunados. Entre las caravanas de transportistas de larga distancia, la justicia era severa y brutal, y Kylee no tenía forma de saber si estos hombres solo pretendían asustarlos o si de verdad planeaban matarlos. El filo del hacha destellaba, bien afilado. Las manos de Brysen estaban amarradas a su espalda.

—*¡Ki! ¡Ki! ¡Ki!* —gritaba Shara y alteaba frenéticamente bajo la red.

Kylee no podía encontrar el viento para hacer arder una palabra a través de su cuerpo. Buscó en su respiración, en su pulso; se concentró en su miedo... nada. Un agotamiento silencioso se había apoderado de ella.

—*¡Ki! ¡Ki! ¡Ki!*

Los transportistas hicieron que Nyall se volviera hacia Brysen con la flecha apuntada a su espalda. Querían que él mirara cómo salía rodando la cabeza de su amigo.

—Vosotros, los de Seis Aldeas, os creéis que sois mucho mejores

que nosotros —dijo el Creador de Huérfanos—. La vida en la ladera os ha hecho débiles. Nosotros nos arriesgamos a los ataques kartamis cuando cruzamos el desierto para traer los granos que coméis hasta el hartazgo y que os vuelven débiles, pero nosotros, los que cruzamos el valle, sabemos lo que es pasar días sin agua, semanas sin comida. Una gota de nuestra sangre vale diez de sus vidas.

—Entonces, supongo que tu cara debe ser invaluable ahora —respondió Brysen.

El Creador de Huérfanos se tocó la herida que Shara le había hecho, después se inclinó frente a Brysen, dio un empujoncito a su ave para que bajara del puño y se colocara en el suelo, de forma que se detuvo justo frente a la nariz de Brysen.

—Está templada —dijo él—. Quizás lo suficientemente templada como para arrancar un mordisco de tu cara.

—¿Qué sentido tiene matarnos? —gritó Kylee, en un intento por desviar la atención de Brysen y el comentario arrogante que estaría formándose en su mente—. ¿Acaso no tenéis honor?

—Honor —dijo con desprecio el Creador de Huérfanos, que dejó a su halcón en el suelo frente a Brysen mientras se volvía hacia ella—. Una bonita palabra para una bonita joven pueblerina. Deja que el honor duerma puertas adentro. Cuando su alma no pueda ver su camino al cielo, *entonces* pensaré sobre el honor.

No había castigo más cruel que separar una cabeza de su cuerpo y mantenerlos apartados en la muerte. Cuando los buitres venían a devorar al muerto en un funeral celeste, la cabeza del cuerpo debía «mirar» al cielo o el alma se pudriría en vez de elevarse hacia el

azul. Esto era tan cierto en las Aldeas y montañas como en las llanuras y el desierto, para la fe de su madre y para la de su fallecido padre. A Kylee no le importaban demasiado las supersticiones, pero Brysen era creyente.

Un sonido involuntario escapó de los labios de Brysen. Un quejido. El transportista relamió sus labios, la excitación casi le quitaba el aire.

—¡Ki! ¡Ki! ¡Ki! —chilló Shara.

Los ojos de Brysen aun así encontraron los de Kylee, pero el enojo los había abandonado y el momentáneo destello de miedo se había convertido en otra cosa. Era una mirada que no había visto en él en mucho tiempo, pero una que ella siempre comprendería: la mirada de complicidad de su mellizo. Ella asintió ligeramente en respuesta y él guiñó el ojo una vez, rompiendo la conexión de las miradas para aceptar su ayuda.

Nyall estaba listo. Ella estaba lista. No tenían armas a mano y ella no podía contar con que su mente invocara las palabras correctas deliberadamente. Solo tenían la velocidad y las agallas de cada uno. Las probabilidades estaban a favor de que, de los tres, no todos salieran vivos de esta.

—Ey, Kylee... tengo una pregunta para ti —dijo Nyall. Su voz era tranquila y desenfadada, como si aún estuviesen en la carpa del mercado, regateando la cantidad de tazas de té que ella tendría que beberse con él a cambio de un alcahaz.

—Dime —respondió ella.

—¿Tenía alguna posibilidad contigo?

Ella tuvo que reírse.

—No lo sé, Nyall. No soy un juego donde tienes posibilidades de ganar o perder. Pero *sí* me gusta pasar tiempo contigo.

Nyall formó su sonrisa de hoyuelos.

—Supongo que eso es mejor que na...

—¡Suficiente! —lo interrumpió el Creador de Huérfanos—. Los rumores dicen que la chica tiene un talento que... quizás merezca la pena mantenerla cerca. Tú. —Apuntó su cuchillo hacia Nyall—. Voy a venderte a los esclavistas. Eres suficientemente atractivo para ser un catamito. Pero primero, decapitaremos a este pajarito.

No estaba hablando de Shara.

El verdugo apoyó el hacha en el cuello de Brysen para marcar su objetivo, después la alzó bien alto. Brysen dio patadas con sus piernas amarradas, hizo tropezar al aspirante de verdugo y salió rodando del tajo. El movimiento repentino asustó al cernícalo, que saltó hacia atrás chillando, abrió sus alas y despegó del suelo.

En ese mismo instante, Nyall dobló las rodillas, arqueó la espalda y arrojó los brazos hacia adelante para saltar en una voltereta hacia atrás y golpear el brazo del arquero. La flecha se disparó justo debajo de él y se rompió inofensivamente contra la tierra. Al aterrizar, Nyall atacó con el puño y noqueó al arquero de costado.

Era un chico riñero de pies a cabeza.

Kylee apuntó su primera patada al trascendental punto entre las piernas del Creador de Huérfanos, aunque este la bloqueó antes de que pudiera conectar, lo que hizo que llevara su mirada hacia abajo, de forma que ella pudo lanzar un golpe cortante a su garganta, un punto mucho más vulnerable. Él resolló, pero le dio

un puñetazo en los dientes que la derribó de espaldas. Quiso alejarse gateando, pero él arremetió contra ella, jadeando, sacó su cuchilla y recuperó el aire para silbarle a su ave.

La rapaz se precipitó hacia Kylee y hostigó su cara, bloqueándole la vista y obligándola a proteger sus ojos del frenesí de garras y plumas. Kylee continuó retrocediendo hasta que se topó con Brysen, que estaba tratando de liberar sus manos al mismo tiempo que se alejaba del verdugo.

—¡Ki! ¡Ki! ¡Ki! —Shara aleteaba y se retorció contra la red.

—¡Ia! ¡Ia! ¡Ia! —chillaba el pequeño cernícalo marrón. Kylee intentó alejarlo a los golpes, pero el ave seguía arremetiendo. Una garra cortó el dorso de la muñeca de Kylee y sintió que el pico de la rapaz le mordía el pelo.

A Nyall tampoco le iba tan bien. El arquero se había recuperado del golpe y aunque había perdido su arco, aún tenía una flecha y le llevaba más de cincuenta kilos. Tenía el pelo de Nyall en una mano y estaba a punto de estrellar una flecha en su ojo con la otra.

Excepto que, en un destello blanco, la flecha fue arrancada de la mano del arquero por un enorme búho blanco como la nieve, que se la llevó en el aire y se fue planeando en silencio. El arquero aún sostenía a Nyall con su mano libre, pero se quedó completamente quieto, con la boca abierta.

—¡Ki! —chirrió el pequeño cernícalo y después dio un giro, para irse a toda velocidad en busca de protección. Desde poco *más allá de la cresta nevada* por encima de ellos, un segundo búho salió disparado hacia arriba, apenas una sombra contra el sol naciente. Interceptó al cernícalo en pleno vuelo, lo sujetó con sus garras y lo

acarreó, chillando, hasta el otro lado de la cumbre. Se había ido casi tan pronto como había aparecido.

Un tercer búho, un cárabo lapón con brillantes ojos amarillos encendidos, planeó sobre el Creador de Huérfanos y casi parecía estar sobrevolándolo, después bajó para arrebatarse el filo de la mano con sus garras, con tanta fuerza que el cuchillo se desprendió por el golpe.

Luego el cárabo se fue aleteando sin emitir sonido alguno.

Shara se había quedado quieta bajo su red, acurrucada contra el suelo con la cabeza escondida y plegada hacia atrás. Parecía más una piedra temblorosa que un ave rapaz. Era obvio que estaba desesperada por evitar el mismo destino del pequeño cernícalo marrón.

Brysen había liberado sus muñecas serruchando la soga contra una piedra, pero el verdugo lo hizo saltar y arrojarse lejos del hacha. Y habría terminado partido en dos si no hubiese sido por el búho blanco que se interpuso entre ellos, se escurrió alrededor del filo del hacha como si sus plumas fueran de niebla y empujó al verdugo hacia atrás.

Una flecha silbante hizo el primer ruido fuerte desde la llegada de los búhos y apareció con tanta rapidez que dio la sensación de que no había sido lanzada en absoluto. Pero ahí estaba, brotando del pecho del verdugo. El emplumado negro de la flecha lo hacía parecer un ave en muda con solo una pluma. Y, como una pluma inmadura rota, la herida comenzó a chorrear sangre.

El transportista cayó.

—Creo que he encontrado a las Madres Búho —anunció Brysen,

como si ese hubiese sido su plan todo este tiempo.



17

Los dos transportistas que quedaban miraron a su alrededor para ver de dónde habían salido las flechas y los búhos, pero los arbustos y las piedras eran silenciosos como la mañana.

Entonces habló una voz con la melodía tronadora de la tierra misma:

—Arrodillaos.

—¿Quién anda ahí? —preguntó el Creador de Huérfanos.

El arquero soltó a Nyall y sacó una flecha, agachándose al mismo tiempo para levantar su arco. No se volvió a erguir. Una flecha le atravesó la garganta.

Así que Kylee se arrodilló.

Brysen se arrodilló.

Nyall se arrodilló.

El Creador de Huérfanos vaciló. Una flecha pareció nacer de su muslo y lo obligó a inclinarse, con un grito. En cuanto sus rodillas tocaron el suelo, cinco mujeres aparecieron por debajo de capas de roca y tierra, a no más de un escupitajo de distancia de donde ellos estaban de rodillas. ¿Cuánto tiempo habían estado ahí, perfectamente camufladas? Era imposible saberlo.

Debajo de sus capas usaban túnicas densamente emplumadas,

ceñidas por cinturones de cuero desde los cuales colgaban espadas y equipos de escalada. Tenían bufandas de color blanco y negro de piel de marta alrededor del cuello, y tela de escalar alrededor de las muñecas y de las manos. Todas ellas tenían melenas cortas, de un color blanco-plateado como de zorro y nieve, y sus rostros eran duros como la propia montaña.

Dos de ellas sostenían hermosas ballestas de nogal. Las otras tres simplemente sostuvieron en alto su puño izquierdo y los silenciosos búhos regresaron a ellos.

Madres Búho.

Esta era su cumbre. Esta siempre había sido su cumbre. Los altaris les temían, los uztaris las eludían y solo un tonto les faltaba el respeto.

Brysen se había desviado de los caminos de montaña conocidos y había caminado directo a ellas. Era una imprudencia mortal, pero quizás había salvado sus vidas.

La mujer que parecía ser la más vieja caminó hasta donde estaba Kylee, con la mano derecha le quitó la afilada daga que llevaba en el cinto y se la ofreció, con la empuñadura hacia fuera. Su cara estaba curtida por el sol y el viento, era amplia y chata como la de su búho y observaba a Kylee con la misma impavidez. Dos de las mujeres más jóvenes parecían iguales que ella, mientras que las otras dos tenían rasgos como los de un halcón, afilados, y la piel tan oscura como la de Nyall. Las cinco estaban quietas con la solidez de una piedra.

Kylee no sabía bien qué se esperaba de ella ahora. ¿Debía sujetar la cuchilla? ¿Hacer una reverencia? En Seis Aldeas, quizás hubiese

hecho el saludo alado, pero eso no parecía ser lo que se esperaba de ella aquí.

Bajo la red, Shara reanudó los chillidos, sus ojos rojos iban a toda velocidad de búho en búho. Esta no era una posición que un halcón elegiría. El rostro de Brysen estaba marcado por el dolor de ver a su ave atrapada, pero no se atrevió a moverse para liberarla.

La Madre Búho asintió y Kylee agarró el cuchillo.

Entonces la mujer señaló al transportista arrodillado.

—Han apresado a los tuyos —dijo. Kylee entendió las palabras, pero no su sentido—. A los tuyos —repitió la mujer, haciendo un gesto con la mano hacia Brysen y Nyall—. Tus hombres. —Rio por la nariz, lo reconsideró—. Chicos.

—No son *míos* —explicó Kylee, pero de cierta forma estaban amarrados unos con otros. ¿Eso los hacía suyos?

La mujer ayudó a Kylee a levantarse del suelo y la guio frente al transportista, quien estaba de rodillas en un creciente charco de su propia sangre. La mujer volvió a señalar el filo y al hombre.

—Mátalo. Lo merece.

Ella dudó. La daga tembló en sus manos. Nunca había tenido a otra alma tan a su merced. Estaba acostumbrada a la violencia, pero solo en destellos, como un halcón en picado: el repentino chillido de terror y luego el silencio, quizás un quejido, quizás una lágrima. Pero ¿esto? El hombre ya no era una amenaza. Esto no era el rápido choque de un halcón y una presa o incluso la crueldad encendida por el alcohol de las noches brutales de su padre. Esto era asesinato con ojos fríos.

—Hazlo —dijo Brysen, poniéndose de pie. El hombre casi había

bloqueado el ascenso de su alma al cielo y enterrado su cabeza en el lodo, pero su hermano tampoco había matado a nadie antes, al menos que Kylee supiese.

—¡No! —La Madre Búho gritó y levantó el brazo izquierdo. Su búho se alzó desde él y voló sobre Brysen y se quedó sobrevolándolo con aleteos silenciosos. Brysen se quedó quieto—. La vida y la muerte no son tuyas. —Volvió a mirar a Kylee. Sus ojos eran negros y fríos, pero amables, como un lago de montaña hondo—. La sangre nos pertenece a *nosotras*.

Nosotras.

—Los hombres no pueden robar lo que no pueden dar —explicó la Madre Búho—. Solo derramamos sangre de hombres aquí.

La mano de Kylee con el filo no se movió y la mujer se estiró, envolvió los dedos de Kylee con los suyos y volvió a sujetar el cuchillo. Sonrió; la piel alrededor de sus ojos se arrugó con el gesto y Kylee sintió que el miedo abandonaba su pecho. La Madre Búho irradiaba calidez y poder. Su cara, un muro de fortaleza, y su sonrisa, un hogar detrás de este.

Y con el mismo silencio vacío de un búho que caza en una pradera nevada, la Madre Búho deslizó el filo a lo ancho del pescuezo del transportista y lo golpeó hacia atrás para que rodara por la pendiente hacia el borde del precipicio. El Creador de Huérfanos cayó por el costado y desapareció. El cárabo regresó desde donde estaba Brysen y se posó silenciosamente en el puño de la Madre Búho otra vez, sus ojos amarillos parpadearon hacia Kylee.

—Vendréis con nosotras —dijo la Madre Búho—. Escucharemos

qué brisa os trajo; veremos qué viento os llevará.

Dos de las mujeres comenzaron a caminar en fila, hacia arriba, por la montaña; dos más hicieron gestos para que Nyall y Brysen caminaran entre ellas, la última esperó a que Kylee fuera delante de ella.

—Ky —susurró Brysen con terror puro y desesperado. No se dirigió a su lugar en la hilera. Miró a Shara bajo la red.

Kylee comprendió. No se iría sin su ave.

—¿Disculpe? ¿Emm... eh...? —llamó Kylee.

La Madre Búho que había matado al transportista giró la cabeza, pero no su cuerpo.

—Mi nombre es Üku.

—Señora Üku. —Kylee inclinó la cabeza e hizo el saludo alado contra su pecho—. ¿Podría mi hermano traer a su halcón con nosotros? Ellos... se aprecian. —Miró al desesperado azor en la red—. Se llama Shara.

La Madre Búho sonrió, como dándose cuenta de que Kylee había mencionado al halcón *hembra* porque comprendía algo sobre las Madres Búho: los hombres y los jóvenes tenían sus usos, pero eran las mujeres las que mandaban aquí.

—Una rapaz no aprecia nada, salvo su propia vida —respondió Üku, que se tocó el pómulos con el dedo índice justo debajo del ojo, un gesto que Kylee no entendió—. Pero puede traerla.

Brysen se apresuró a liberar a Shara, acunó a la rapaz contra su pecho y le susurró palabras reconfortantes, pero la amarró rápido a la correa que llevaba en el cinturón mientras lo hacía. Sabía que ella se iría volando en cuanto la soltara. Había un límite para los

castigos que un halcón estaba dispuesto a recibir antes de abandonarte. Un nudo resistente era un vínculo más confiable que el afecto.

—No te preocupes —le susurró Brysen a Kylee al pasar junto a ella para ocupar su lugar—. Es todo parte del plan.

Asintió vigorosamente hacia la montaña y Kylee vio a lo lejos, abajo, una línea de escaladores, no más grandes que hormigas, que marchaban uno tras otro hacia la Quebrada de Oveja Azul, que era un camino lento y largo, y esquivaba por completo el territorio de las Madres Búho. Al menos Vyvian había divulgado los rumores correctos en Seis Aldeas. Le había proporcionado algo de tiempo a su pequeña expedición.

Había una docena de figuras abriéndose camino hacia arriba; tramperos y mozos de cuerda, juntos. Incluso desde esta distancia, podía ver las armas que llevaban: arcos largos y pesadas espadas. No eran ni alpinistas ni tramperos seisaldeanos. Eran mercenarios y alguien los había contratado.

—Vamos. —Üku le dio un empujoncito a Kylee para que avanzara. Comenzaron su propia marcha en fila hacia arriba, al bosque de abedules de sangre.

MISERICORDIA DE LA TIERRA

La niebla de la mañana sobre la pradera del valle ya se había consumido y no había demasiadas presas para la caza. El peregrino de Sylas había atrapado una gallina de pastizal más temprano, mientras que el halcón del desierto de su hijo, Victyr, casi había apresado una comadreja de arena, pero la había perdido en un agujero y solo había capturado un montón de tierra.

El chico se había estado quejando de aburrimiento toda la mañana y ninguno de los sirvientes ni sus perros de trabajo podrían levantar demasiadas presas desde los matorrales bajos. Tenía la esperanza de capturar una más grande para enseñarle al joven cómo adobarla, pero en este punto se habría conformado con un campañol en la bolsa de caza del pequeño.

El halcón del desierto estaba posado con la caperuza puesta en la percha con forma de T que el asistente de su hijo acarreaba. Victyr quería detenerse para almorzar temprano.

—Es como si todas las presas hubiesen huido, kyrgio Sylas —se disculpó uno de los guías, pasando un trapo por su frente, donde gotas de sudor se acumulaban sobre furiosas ampollas de sol rojas—. Tal vez, sería bueno descansar y seguir viaje después de que comamos. Quizás algunas gaviotas de río migrantes sean una buena caza más tarde. Estamos en la temporada para ello.

—Por favor, por favor, por favor —rogó Victyr, saltando de un pie a otro. Arena levantada por el viento salpicaba la piel marrón intenso del chico. Uno de los asistentes se apresuró a removerla de sus brazos y piernas antes de que comenzaran a picarle.

Sylas exhaló, pero no podía decirle que no al rostro suplicante de su hijo. Cuando él era niño, en su familia nunca habían cedido a ninguna de sus súplicas y él había jurado no ser tan severo con sus propios hijos.

La dureza de sus madres había nacido, por supuesto, de sus posiciones en el Concilio de los Cuarenta. Ambas eran kyrgias, cada una con sus deberes oficiales, lo que significaba que él casi no las había conocido. Había sido criado por sirvientes y enviado lejos a estudiar y entrenar. Sí, eso lo había preparado para su propia labor como uno de los Cuarenta —¿cuántos hombres podían afirmar que sus dos ascendentes directos habían servido en el Concilio?—, pero eso no había ayudado demasiado a que disfrutara de su infancia. Pretendía ser más cálido con su hijo y, además, ¿qué daño podía hacer almorzar temprano? Cazarían gaviotas más tarde. Eso sería más excitante para cazadores y halcones por igual.

Al menos el chico sabría una cosa o dos cuando llegaran a Seis Aldeas y quizás esos maquinadores no podrían estafarlo con tanta facilidad. Sylas había perdido bastante dinero de su sueldo cuando era niño y había ido a visitar el Mercado de Seis Aldeas. Una vez compró unas palomas de carrera que por poco no eran ratas voladoras. Sospechaba que su asistente de la infancia había estado involucrado.

Ningún asistente criaría a su hijo. Él y Victyr cazarían juntos, comerían juntos y caminarían juntos. Victyr crecería fuerte, pero crecería amado y *esa* sería una buena herencia que dejarle, además de una posición en el Concilio.

Descansó una mano en la espalda de su hijo, mientras observaba cómo los sirvientes montaban el pícnic. Había una canasta de pan plano, arroz al cardamomo con bérberos y pimienta y conejo asado frío con aceite de azafrán. Pasteles de miel y tartas de regaliz para el postre. El muchacho tendría abundante leche de cabra, mientras que los sirvientes habían traído vino de la baja montaña para Syllas y los dos nobles de menor rango que se habían unido a él para ir de caza. Se apresuraron a alcanzarlos, dejaron a sus halcones en un marco cuadrado de carga con uno de sus propios asistentes.

—Mi procurador ha decidido que es hora de almorzar. —Syllas le sonrió a Victyr—. Y he jurado obedecer sus órdenes. —Fingió no ver cómo los dos nobles se miraban y ponían los ojos en blanco. Podría haberlos regañado por faltarles el respeto a sus superiores, pero eso haría que el resto del viaje se hiciera largo. Dejó pasar la ofensa y los invitó a sentarse con él durante la comida.

—Los guías creen que tendremos más suerte cazando gaviotas esta tarde —comentó—. Es mejor cazar en el aire, de todas formas.

—Ajá —masculló uno de los nobles, que se puso a comer una pata de conejo y llenó de grasa su escasa barba roja.

—¡Me parece que podríamos conseguir una bandada para capturar ahora mismo! —El otro noble se puso de pie, exaltado. Señaló hacia el horizonte, donde, de hecho, pudieron divisar las formas oscuras de una enorme bandada que se extendía hacia

ellos. El noble sonrió de oreja a oreja y corrió a buscar a su halcón.

—¡El almuerzo ha terminado, pequeño! ¡Es hora de cazar! —El otro noble dejó caer la pata de conejo en la cesta y casi derribó todo el pícnic al salir tras su amigo.

—¡Papá! —gimoteó Victyr—. ¡Aún no he comido nada!

Sylas no se había movido. Él y sus sirvientes miraban a la bandada que se aproximaba con asombro. Eran cientos de formas oscuras en el cielo que se movían en formación como gansos... pero eran demasiado grandes para serlo. También se movían con demasiada velocidad para ser gansos.

—¿Qué aves cree que sean esas, kyrgio Sylas? —gritó uno de los nobles, mientras daba un empujoncito a su halcón para que subiera a su puño, y después le quitó la caperuza.

—Esas no son aves... —La voz de Sylas no fue más fuerte que el chirrido de una puerta.

El suelo debajo de la enorme bandada era una nube, como esa clase de tormenta de polvo fastidiosa con la que uno luchaba en el desierto más profundo, pero no aquí en las praderas. No había suficiente polvo, menos en esta época del año.

En el corazón de la nube, Sylas vio sombrías formas de carretas de guerra que rodaban y dos figuras sobre la parte trasera de cada una, sosteniendo líneas guía en una mano y espadas en la otra. Las líneas guía se elevaban desde cada carreta hacia una forma oscura arriba en el cielo: grandes cometas colgadas con correas.

—Kartamis —dijo Sylas fuerte y con voz entrecortada—. ¡Kartamis! —gritó ahora, a todo volumen.

A medida que la horda de guerreros-cometas aceleraba hacia

ellos, cada conductor de carreta soltaba una línea y la otra se enrollaba hacia arriba llevándose consigo, en el aire, al segundo guerrero. Este se elevaba con sus cuerdas como las arañas a sus telas y antes de que Sylas pudiera respirar otra vez, cada cometa tenía a un guerrero sujetado abajo con correas, sosteniendo un arco o lanzas dobles. La velocidad del viento empujaba a las carretas a las que estaban amarrados contra la partida de caza.

—¡Armas! —gritó uno de los guías, antes de que Sylas pudiera encontrar las palabras—. ¡A las armas!

Sylas agarró a Victyr y lo hizo ponerse de pie, derramando vino por todo el diseño de aves cantoras en un jardín de la alfombra del pícnic. Metió una daga en el cinturón del chico y colgó dos pieles llenas de leche sobre sus hombros.

—¡Corre, Victyr! —ordenó—. No mires atrás. Corre directo a la caravana y avísales. Diles que los kartamis están aquí. Diles... — Levantó la vista y vio que los dos nobles ya habían soltado a sus halcones para que volaran hacia los guerreros-cometa e intentaran hostigar a tantos como pudiesen desde el cielo—. Diles que nos han sorprendido.

—Pero... —objetó Victyr.

—No. —Lo interrumpió con un abrazo fuerte—. Los retendremos todo lo que podamos. Pero a ti *no deben* atraparte, ¿me escuchas? Sin importar qué. No dejes que te lleven. Eres mi cielo, ¿entendido? Mi alma vuela hacia ti. No permitas que se pierda.

Victyr asintió y Sylas lo hizo girarse. No podía mirar al chico a los ojos, no podía soportar decirle adiós. Le dio un empujoncito y Victyr echó a correr, derecho hacia el horizonte lejano. Sylas solo

podía desear que la caravana pudiera escapar de la horda que se acercaba. Dependía de él darles tiempo.

Dio la vuelta para dejar ir a su hijo, alzó su halcón de puño y se enfrentó al ataque rodante.

—*¡Uch!* —gritó, lanzando a su peregrino hacia el cielo mientras sacaba una espada de la funda que su asistente le dio.

La mano del asistente tembló.

—Dicen que los kartamis entierran las cabezas de cualquiera que no se rinda.

Sylas asintió.

—Sí, eso dicen.

—Y les perdonan la vida a aquellos que juran unirse a ellos sin oponer resistencia —agregó el asistente.

Sylas no lo miró, aunque también había escuchado los rumores.

—Esas son mentiras —le dijo al hombre asustado y evaluó la nube de polvo que parecía cruzar todo el horizonte—. Rendirnos significa la muerte para nosotros y para los otros allá atrás en la caravana. Lucharemos. Les daremos tiempo. Saca tu espada.

—No hay ninguna esperanza de ganar esta pelea —dijo el asistente, que palideció.

Sylas no tuvo la oportunidad de mirar al asistente antes de que la cuchilla de este se hundiera en su columna. Las rodillas de Sylas cedieron y él cayó, los ojos apuntados adelante, al mismo tiempo que la horda de guerreros-cometa atravesaba a los dos primeros halcones con sus filos. Estos habían sido adiestrados para cazar, pero no para el combate. Su propio peregrino había subido y realizado un ataque en picado derecho y rápido a una cometa en el

medio de la línea, tal como le había enseñado.

La seda se desgarró alrededor del ave y el peso del guerrero inmediatamente empujó la cometa en espiral hacia la tierra. El conductor perdió el control de la carreta, que empezó a dar giros y tumbos. Otras dos carretas cayeron y rodaron sobre sus guerreros.

Solo dos. Una superviviente miró el cuerpo de su guerrero-cometa, después clavó una espada en su propio estómago.

Los otros pasaron junto a la mujer con tanta fluidez como el agua pasa alrededor de una piedra. Levantaron dos dedos hacia ella al avanzar.

Un sirviente había hecho volar a la pequeña rapaz de Victyr y esta se dirigió hacia la cara de otro guerrero-cometa. Una saeta lanzada por la ballesta del conductor de la carreta que estaba debajo la sacó del aire y, cuando golpeó contra el suelo, las ruedas destrozaron su pequeño cuerpo sin desacelerar.

Sylas no sentía nada. No había dolor cuando el cuchillo se deslizó fuera de su espalda. El brazo del asistente lo envolvía. No podía moverse.

—Lo siento, kyrgio Sylas —dijo el asistente—. Tienen que ver lo que haré por ellos. Tienen que verlo. Juro que será indoloro para usted.

—Si atrapan a Victyr —suplicó—, protéjelo. Por favor.

—Él no sufrirá —le aseguró el asistente mientras lo sostenía en el lugar.

Observó de rodillas cómo su halcón se elevaba otra vez, luego bajaba en picado y golpeaba a un guerrero-cometa, pero sin la fuerza suficiente para soltar al guerrero o romper su seda. Cuando

el ave dio la vuelta para hacer otra pasada, el guerrero arrojó su lanza, y el tiro fue certero. Incluso desde esta distancia, Syllas escuchó el chillido que soltó su rapaz cuando la punta de la lanza rompió su cuerpo y cayó.

Había perdido halcones antes; se habían ido volando o los habían matado los cuervos o gatos monteses. Uno incluso murió en una tormenta eléctrica. Este no era el primero que veía morir, pero una lágrima cayó de sus ojos porque sabía que sería el último.

Los guerreros alcanzaron a los hombres de la partida de caza. Un noble recibió la lanza de un guerrero-cometa en la punta de la cabeza. Lo atravesó derecho y se clavó en el suelo, su cuerpo sin vida quedó sostenido, erguido, como un comedero de aves. El conductor de la carreta que iba debajo de la cometa pasó a toda velocidad con su espada blandida y decapitó al noble sin bajar la velocidad.

El otro noble y dos de sus sirvientes eludieron la primera lluvia de lanzas y flechas, pero la segunda descendió sobre ellos inmediatamente después de la primera y todos cayeron. En el transcurso de doce respiros, Syllas vio abatida a toda la partida de caza. Pronto llegaron adonde estaba arrodillado frente a su asistente.

Aun así, no se detuvieron.

—¡Me rindo! —gritó su asistente por encima del estruendo de sus ruedas.

Las carretas que rodaban no desaceleraron. Eran cientos, pasaron ruidosamente a su lado y lo dejaron atrás, llevados por el viento fuerte sobre la llanura.

El asistente blandió su cuchilla en el aire.

—¡Renuncio a Uztar! ¡Observad lo que haré por vosotros! —Bajó el filo al cuello de Sylas, pero antes de que pudiera hacer el corte mortal, una lanza le atravesó el pecho desde el cielo y lo derribó. El conductor de la carreta pasó como un torbellino sin desacelerar y arrancó la lanza del pecho del asistente con un crujido húmedo. Dejó a Sylas de rodillas, para que se ahogara con el polvo.

El sudor frío que había surgido en el momento en que los guerreros-cometa aparecieron en el horizonte ni siquiera había recorrido toda su espalda y ya se habían ido. Aún podía escuchar sus ruedas rodando, el gruñido de sus sogas y el chasquido del viento contra sus cometas de seda, pero no podía dar la vuelta para verlos irse.

Su vista se estrechó a apenas un agujerito y quiso girar con desesperación. No sabía lo lejos que correría su hijo antes de que lo atraparan.

No quería ver. Quería ver.

Victyr nunca podría superarlos en velocidad. No debería haber enviado a su hijo solo. Su esposa nunca lo perdonaría por hacer eso. Se preguntó cuándo la visitarían los primeros cuervos de duelo. Cuando llegaran, ¿estaría en el Concilio de los Cuarenta o en casa, mirando por encima del acantilado y observando cómo se acercaban en formación sentimental, con sus silbatos de cola haciendo sonar su lamento mientras descendían hacia ella? ¿Quedaría alguien vivo para comunicar su muerte y despachar los cuervos?

Los cuervos del desierto ya circunvolaban sobre él.

Al menos tendré un funeral celeste apropiado, pensó, a menos que también se queden con mi cabeza.

Quizás nuestro pequeño no sea capturado, rezó. Quizás lo dejen vivir.

Los kartamis continuaron su avance arrollador, como un torbellino, los cuervos bienaventurados se zambulleron hacia el festín que la horda dejó a su paso y, bocado tras bocado sagrado, lo llevaron hasta su brisa eterna.

BRYSEN

VENAS DIFERENTES



Ascendieron durante un día entero hacia el bosque de abedules de sangre, en fila a lo largo de espolones de roca y sobre manos y rodillas para subir pendientes con piedras sueltas. Brysen tuvo que soltar a Shara para que ella pudiera seguir por su cuenta y revoloteara de peñasco en peñasco sobre ellos. Regresaba volando a él cada pocos minutos, picoteaba nerviosamente su guante y mantenía una mirada precavida hacia los búhos, que dormían serenamente cada uno en el puño de su Madre Búho, mientras el sol consumía el día.

Cuando llegaron a la cota de nieve, tuvieron que detenerse para rellenar sus botas con piel y plumas, después siguieron el ascenso, cruzando una serie de puentes de hielo sobre abismales gargantas, hasta que finalmente llegaron al sombrío bosque. Se detuvieron en un claro de delgados árboles blancos. Había espitas colocadas en unos pocos troncos para recolectar su savia roja, gota a gota, en recipientes. Había algunas cajas pequeñas para polluelos de búho clavadas en altura. Sin embargo, nada ululaba. El bosque estaba en silencio mientras el sol se ponía detrás de la cuesta occidental, bañándolos con casi instantánea oscuridad blanca.

Brysen sabía que su vida y, por lo tanto, la de Dymian, dependía ahora de las Madres Búho que los habían capturado. No *rescatado* — pese al inconfundible alivio que sentía por no haber perdido la cabeza a manos de esos transportistas—, sino *capturado*. Era un prisionero, pero el mejor camino al águila fantasma era a través de sus captoras. Ellas sabían dónde cazaba el águila fantasma; conocían los mejores caminos a su nido en el Desfiladero Innombrable. Era la clave de su éxito y habían venido a él. Sintió una oleada de orgullo.

Su plan aún funcionaba, aunque había tenido algunas sorpresas y mucha más violencia de la que había esperado. Aun así, podía imaginar la expresión de Dymian inundada de alivio cuando Brysen bajara caminando de la montaña con la enorme águila negra asegurada en una red cruzada sobre su espalda. Casi podía oír los vítores de los chicos riñeros y sentir el aliento tibio de Dymian en su cuello al abrazarlo. Estaba posado al borde de la gloria. ¡Sería un héroe! ¡Una leyenda! Probablemente podría manejar el negocio sin Kylee, si ella aún deseaba irse. Podría liberarla, tal como ella quería, y también sería su héroe. Podría ser el héroe de todos.

—La nidada cuidará de estos dos —le dijo Üku a Kylee, sin prestarle un ápice de atención a Brysen. Iba a ser difícil persuadirla para que se uniera a su causa si ni siquiera le hablaba.

—Quisiera tan solo preguntarle unas... —comenzó a decir, pero la mujer frunció los labios y sostuvo la mano en alto para callarlo. Ella se volvió otra vez hacia Kylee.

—Él estará a salvo con la nidada. Tú vendrás con nosotras un

rato.

—¿Dónde está la nidada? —preguntó Brysen, esforzándose para hacer valer su derecho a hablar. Buscó con la mirada algún tipo de jaula o alcahaces donde las Madres Búho pudiesen alojar una bandada de aves, pero no vio nada. Solo más abedules estrechos como huesos, cuyos tersos troncos se encumbraban tan lejos como alcanzaba a ver. Ojos de polluelos de búhos parpadeaban hacia él desde las cajas y Brysen deslizó la caperuza sobre la cabeza de Shara, después con su bota clavó la pequeña percha plegable en el suelo escabroso y amarró a Shara a esta. No quería que ella chillara o saliera disparada al cielo cuando los búhos despertaran por la noche. Si iba tras una cría de búho, los padres no estarían lejos. Se desharían de un halcón como ella con facilidad, pese a lo fuerte que era.

Üku lo miró, pero no se molestó en responder su pregunta.

—No quiero dejarlos —le dijo Kylee—. Vamos juntos en esta expedición. Tenemos que atrapar al...

—*Shhh* —la calló Üku—. Más tarde habrá tiempo para eso.

Kylee miró a Brysen, indecisa. Él esperaba que ella pudiera convencerlas de ayudar. Era el estorbo más grande en su plan. Si no hubiese venido, a las Madres Búho no les habría quedado otra opción más que hablarle. Así como estaban las cosas, *él* ahora no tenía otra opción más que dejar que su hermana hablara mientras él se quedaba con la nidada, fuera lo que fuera eso.

—Está bien. —Brysen la calmó—. Nyall y yo estaremos bien. Solo... ya sabes, explícales que necesito su ayuda, que haré lo que quieran, pero que tienen que ayudarme. Estoy tratando de salvarle

la vida a alguien. —Miró a Üku—. ¿Puedes decirles eso?

Üku fulminó a Brysen con la mirada, obviamente molesta. Una de las otras Madres Búho se movió hacia él con la mano cerrada en un puño, pero Üku levantó la suya y la detuvo.

Su pelo plateado estaba afeitado a los lados, así que tenía un tipo de melena que iba desde su frente hacia atrás y caía entre sus omóplatos. Tenía una contextura física fornida, y por su aspecto era más una cabra serrana que un ave. En su cabeza, él la llamó Madre Cabra, pero no se atrevió a decirlo en voz alta. No era estúpido. Ella podría partirlo por la mitad y partir esas mitades en dos, si quería.

—Te escuchamos —dijo con frialdad, y otra vez levantó un dedo y lo presionó contra su propia mejilla justo debajo del ojo. Luego volvió a girar hacia Kylee—. La nidada los cuidará mientras hablas con nosotras. Ven.

Las Madres Búho rodearon a Kylee y la hicieron caminar hacia arriba por la cuesta, hacia el interior del bosque, y dejaron a los chicos solos en el claro. Sin vigilancia.

—Bueno, esto no es lo que pensé que sucedería cuando desperté esta mañana. —Nyall giró la cabeza, miró las espitas en los árboles, buscó huellas en el suelo o restos plumosos de alguna presa, humus de lombriz en huesos sin digerir y en la piel que los depredadores dejaban atrás; cualquier señal de esa nidada que aparentemente iba a cuidarlos—. ¿Se supone que los polluelos de los búhos nos van a vigilar desde esas cajas?

—No somos polluelos de los búhos —dijo alguien y ambos chicos se volvieron hacia el sonido.

Lo que vieron frente a ellos no era un ave. Era un chico, de cierta forma; sin embargo, había algo de búho en él y algo de espectro. Tenía ojos grandes, blancos como polvo de nieve, y estaba medio desnudo pese al aire frío de la montaña. Su piel completamente blanca se tensaba sobre su pecho y brazos musculosos, que estaban tatuados con caligrafía que iba desde sus muñecas hacia arriba por sus brazos y cruzaba por su pecho hasta su cuello, luego iba reduciéndose hacia sus costillas hasta desaparecer debajo de pantalones sueltos, hechos de pluma, que cubrían sus caderas. Las plumas eran las marrones y blancas y grises de los búhos, y tenía una bufanda que hacía juego sobre los hombros. Iba con los pies descalzos, el izquierdo también estaba cubierto de palabras tatuadas. Las marcas se parecían a los símbolos de la lengua hueca en la cuchilla de garra negra de Brysen, pero estas eran más intrincadas, ornamentadas y mucho más hermosas.

Las posiciones de los tatuajes también eran una imagen en espejo de las cicatrices por quemaduras de Brysen, que estaban ocultas bajo su ropa. La coincidencia lo hizo estremecerse, aun más que la aparición repentina del chico espectral.

—Somos la nidada. —Además de este espectro, apareció un joven más grande, más viejo, más fuerte, y luego otro al lado de este... una bandada de ellos se materializó desde atrás de los árboles y dentro de las sombras que estos arrojaban. Todos tenían palabras y símbolos tatuados en el cuerpo, blanco como la nieve. Unos pocos de los mayores estaban cubiertos de tatuajes de pies a cabeza, mientras que los más pequeños, niños espectrales, solo tenían unas pocas marcas en sus delgadas muñecas. El mayor

entre ellos no tenía más años que Dymian.

—¿Ella es tuya? —El chico que apareció primero señaló a Shara en su percha. Brysen asintió, aún estaba enmudecido. El espectro luego se dirigió a Nyall—: ¿Tú tienes una?

Nyall negó con la cabeza. No había traído un halcón consigo. Una sabia decisión. Brysen pensó con remordimiento que no debería haber traído a Shara después de todo. Los espectros quizás se la dieran de comer a un búho.

—Relajaos —dijo el chico—. Estáis a salvo aquí. Nos han pedido que os cuidemos y eso vamos a hacer. No mentimos. —Al igual que había hecho la Madre Cabra, Üku, el muchacho se presionó el pómulo con el dedo índice, justo debajo del ojo—. Sois nuestros invitados. Poneos cómodos.

—Así que vosotros sois la nidada, ¿eh? —preguntó Nyall.

El chico sonrió, mostrando labios y encías rosas, mientras que sus ojos blanquecinos brillaban.

—¿Quiénes pensasteis que éramos?

Nyall miró a Brysen, y este se encogió de hombros. La verdad parecía la mejor estrategia aquí, así que la ofreció.

—Sinceramente, no tenemos ni idea de lo que está pasando en este momento.

Eso provocó las risas de toda la nidada.

—Claro. Bueno, os explico: sois huéspedes de nuestras Madres hasta que ellas decidan qué hacer con vosotros. Así que lo que está pasando en este momento... es la cena.

Rio y les señaló un lugar en el bosque donde dos abedules se inclinaban uno hacia el otro como una pareja nueva que se

abrazaba después de beber demasiado vino. El resto de la nidada despegó y subió hasta allí. Al pasar debajo del arco que los árboles hacían, desaparecían bajo tierra.

—Quizás sean fantasmas —susurró Nyall.

—¡Bu! —dijo el chico, riendo—. Quizás lo seamos... —De repente, estalló en un canto:

Vivir y morir, y luego revivir,

sin el cuerpo percibir,

sería una horrible desventura.

¿Qué hay de bueno en vivir sin tu vestidura...?

—¿Qué está pasando? —susurró Nyall sobre la cruda rima, pero Brysen solo pudo negar con la cabeza. Esta mañana había planeado suplicarles a las Madres Búho que lo dejaran pasar a salvo y estar en camino hacia el Desfiladero Innombrable para esta hora. En vez de eso, un grupo de espectros declamadores de rimas los habían invitado a cenar. Estaban perdiendo un tiempo que ni él ni Dymian tenían, pero buscó a Shara y su percha, y siguió al chico hacia los árboles arqueados y la cueva debajo.

—Tú eres Nyall, ¿no? —preguntó el chico mientras los guiaba por el camino inclinado que se adentraba en la montaña—. Y tú, ¿Brysen?

—¿Cómo sabes nuestros nombres? —Brysen se detuvo. Nyall se estrelló contra él desde atrás y el joven se dio media vuelta, ladeando la cabeza.

—¿No me reconocéis?

—¿Por qué tendríamos que reconocerte? —preguntó Nyall.

El muchacho se encogió de hombros.

—Crecimos juntos.

Brysen lo observó bien, en busca de algo familiar.

—Me llamo Jowyn —dijo el muchacho—. Viví en Aldeas hasta que mis piernas fueron lo bastante largas para correr.

—¿Jowyn? —Nyall tomó aire por la boca—. ¿Jowyn *Tamir*?

El chico volvió a tocar la piel bajo su ojo con su dedo.

—Verificadlo vosotros mismos.

Brysen lo miró de arriba abajo. Había conocido a Jowyn Tamir, el hermano menor de Goryn. Tenían la misma edad. Habían jugado juntos a los dados de huesos varias veces en el exterior de Pihuela Rota mientras el padre de Brysen apostaba dentro. Algunos días, Jowyn aparecía con magulladuras nuevas, hechas por sus hermanos. Algunos días era Brysen quien aparecía con moratones nuevos, hechos por su padre. Algunos días los dos habían aparecido heridos, pero ninguno hablaba de eso. No habían tenido que hacerlo. No había secretos en Seis Aldeas, ni siquiera para los niños en hora de juego.

Y entonces, un día, Jowyn no había salido a jugar. Tampoco al día siguiente. Los rumores eran que había enfermado. Goryn le dijo a todo el mundo que había muerto de fiebre gélida. Los cuervos de duelo habían venido. Incluso el padre de Brysen envió uno a los Tamir.

Ahora Brysen lo veía en el rostro del chico. Su color era diferente —un blanco antinatural— y tenía la cabeza rapada, pero conservaba los mismos rasgos Tamir de su hermano y hermanas. Goryn había mentido. Su hermanito estaba justo aquí, frente a

Brysen, transformado, pero perfectamente vivo.

—Tú... em... estás... cambiado... —comentó Nyall.

—Tengo pantalones nuevos —respondió Jowyn.

Se quedaron mirándolo perplejos y entonces él estalló en carcajadas. Se divertía sin parar.

—Hablando en serio —les dijo una vez que se calmó—. Mi hermano y mis hermanas me hubiesen dejado hueco antes de que creciera el primer vello en mi axila. Tuve que irme. Corrí a las montañas, pensé que podía cruzarlas, encontrar a los héroes de las viejas historias al otro lado. Pero un niño solo no es rival para los vientos de este mundo. Pasé hambre, me congelé la mayor parte del tiempo y casi me rompo los huesos de mi cuerpo en la subida. Después de un giro completo de la luna, finalmente atrapé a un campañol con una trampa. Justo cuando estaba a punto de romperle el cuello para comérmelo, las Madres me encontraron. Me dieron una opción: matar al pequeño campañol, comérmelo y ser desterrado de su montaña... o dejarlo ir y continuar. Estaba casi muerto de hambre, pero solté al campañol. Las Madres se desvanecieron como la niebla. Pasaron unos pocos días más de hambre y soledad brutales antes de que reaparecieran. Entonces me ofrecieron santuario y me dieron savia de los abedules de sangre para fortalecerme para las montañas.

—¿La savia te hizo esto?

—Yo me hice esto —respondió Jowyn—. La savia solo fue el medio. Me desangró, me rompió, me abatió y me reconstruyó. Ahora puedo caminar descalzo sobre un glaciar o revolcarme desnudo sobre brasas ardientes.

—¿Todos aquí han huido? —Brysen quiso saber.

—No todos. —Jowyn no ofreció otra explicación.

—¿Qué significan los tatuajes? —preguntó Nyall.

Jowyn se miró las marcas, pasó una mano por su pecho.

—Regalos de las Madres. Hay una historia en estas montañas más antigua de lo que se puede decir, más grande de lo que ningún narrador puede contar. Pero a todos nosotros nos toca relatar partes de ella, las partes más verdaderas que podamos. Ellas las escriben para nosotros cuando nosotros mismos las encontramos.

Brysen sintió que sus cicatrices se tensaban sobre su pecho y su costado, ciñéndose con tanta fuerza que sus huesos podían romperse. ¿Qué historia contaban sus quemaduras? ¿La historia de quién?

Habían llegado al final del pasaje. Se abría a una cueva grande donde la nidada se acomodaba en pequeños grupos a lo largo de todo el suelo, donde compartían algún tipo de brillantes judías rojas servidas en grandes panes planos que usaban como bandejas. El aire olía dulce de sudor y especias y humo.

Sobre sus cabezas, las raíces de los abedules creaban una enorme filigrana roja que se arqueaba a través del techo. Antorchas ardían a lo largo de los muros de piedra y los depósitos minerales en las rocas las hacían destellar como la luz de las estrellas. La pared más lejana de la caverna tenía un gran pozo para fuego, con una chimenea de piedra que llegaba sobre el nivel de la tierra. Un grupo de los chicos más pequeños iban y venían corriendo desde el fuego llevando la cena a los mayores. Llegaban al fuego a puño

pelado y agarraban cuencos de barro al rojo vivo. Ninguno de ellos tenía cicatriz alguna.

¿Cómo será, se preguntó Brysen, tener un cuerpo libre de cicatrices y una piel inmune a las heridas? ¿Sanará esa savia heridas que son más profundas que la piel?

—¿No hay mujeres en la nidada? —preguntó Nyall al mirar alrededor. Brysen no había pensado en preguntarlo.

Jowyn rio otra vez.

—Hay chicas entrenando con las Madres. Van y vienen a su gusto. Siempre son bienvenidas y siempre nos alegra verlas. Pero nos arreglamos entre nosotros.

—¡Algunos mejor que otros! —Rio otro de los espectros blancos.

Jowyn sonrió y movió las cejas de arriba abajo.

—El corazón es como un pájaro, ¿quién puede decirle a un pájaro en qué rama aterrizar?

—¡Sabemos en qué rama te gusta que tus aves aterricen! —gritó el otro chico.

—Mi rama es lo bastante grande para que se pose cualquier ave que así lo quiere. —Jowyn rio.

Nyall y Brysen los miraron, estupefactos.

—¿Qué? —Jowyn se atragantó con su risa—. ¿Pensasteis que seríamos castos como los Sacerdotes Rastreros aquí arriba? —Negó con la cabeza—. El cielo hace tanto arcoíris como nubes.

—Entonces, ¿las Madres Búho no os... *retienen* aquí? —indagó Brysen, cambiando el tema de las ramas de los chicos. Sus ojos recorrieron la extraña escritura sobre la piel de Jowyn y los firmes músculos debajo de esta. En su propio cuerpo, todo se tensó más.

Sintió calor y, al mismo tiempo, un frío helado. Sobre su labio superior se acumularon gotas de sudor. Se obligó a volver la mirada.

—¿Retenernos? —Jowyn arrugó la frente—. Es un regalo poder vivir en su montaña. Es un regalo que la ilusión de nuestras diferencias sea borrada. ¿Quién huye de un regalo?

Brysen encontró los ojos de Nyall. Si no eran prisioneros, eso quería decir que Brysen y Nyall podían simplemente irse. Jowyn, sin embargo, captó su mirada.

—Lo siento, amigos —dijo—. Debería haber sido más claro. A *nosotros* no nos retienen aquí. Vosotros dos... no llegaríais demasiado lejos si intentaseis escapar.

—Solo queremos saber si su hermana está bien —suplicó Nyall. Brysen sintió una punzada de culpa. No se había estado preguntado eso en absoluto.

—Kylee está más que bien —les aseguró Jowyn—. Está con las Madres. No tiene sentido preocuparse. Deberíais comer.

Atacaron la comida y Brysen observó detenidamente a Jowyn. Si las Madres Búho no le hablaban, quizás Jowyn podría ayudarlo a llegar al nido del águila fantasma, en tanto no mencionara el hecho de que pensaba entregársela al hermano mayor que había intentado matar a Jowyn de niño. Quizás fuese difícil convencerlo.

Shara necesitaría comer algo pronto, pero Brysen decidió no alimentarla aún. Si se mantenía hambrienta, sería capaz de ayudarlos a pelear cuando llegara el momento. Quizás él no podía derramar sangre en la montaña, pero ni siquiera una Madre Búho podía detener a un águila que estaba deseando sangre, y si Jowyn

no iba a ser un aliado, entonces se convertiría en rehén. Se aseguró de que Shara estuviera suelta para volar.



19

Brysen arrancó un trozo del pan humeante y lo usó para levantar las judías amontonadas en la bandeja entre Jowyn, Nyall y él. Olía como un plato que su madre solía preparar: lleno de cebolla serrana, boñato y chiles de tierra profunda. Su padre se enfurecía porque no había carne en él, pero esta versión tenía un gustillo espeso y sustancioso y explotaba de sabor. Algo en el estofado hacía cosquillas en su lengua y se sentía aturdido. A medida que comía, la habitación oscura se volvía más iluminada. Era como masticar hoja de cazador por primera vez, pero más nítido, más afilado, más limpio.

No podía parar de comer.

—Come despacio —aconsejó Jowyn—. Puede ser intenso si no lo has probado antes.

—¿Probar qué? —preguntó Brysen y se sirvió otra porción.

—No hay suficientes nutrientes en el suelo aquí, así que lo suplementamos con un poco de savia...

Brysen se detuvo con la pasta de judías a mitad de camino de su boca. Sus ojos se abrieron hacia el chico pálido. Brysen no quería romperse, abatirse y renacer como espectro.

Jowyn, que nunca estaba a demasiada distancia de una carcajada, rio otra vez.

—No te preocupes, un poco no te cambiará. Es cómo la gente ha sobrevivido aquí desde siempre. Tienes que beber mucho más, bien fresca del árbol, para volverte tan guapo como yo. Y necesitas permiso para eso. No puedes tomar savia de cualquier árbol que quieras aquí arriba. Tienes que preguntar primero. —Guiñó un ojo, después se palmeó la rodilla ante su propia broma.

—Ríes mucho para ser alguien que vive medio desnudo en una montaña —observó Nyall.

—No se suponía que debía vivir en absoluto —respondió él, serio—. Mis hermanos me querían muerto; esta montaña intentó matarme. Pero aún puedo reír porque estoy vivo. Puedo reír y llorar y amar y cantar, y cada vez que lo hago, le digo a la muerte que aún no me ha atrapado.

—¿Aprendes eso de las Madres Búho? —preguntó Brysen.

—Aprendí eso —Jowyn se inclinó hacia adelante— tras intentarlo de la otra forma durante bastante tiempo, creyendo lo que el mundo decía sobre mí y muriendo todos los días a causa de eso. Aquí arriba, aprendí que puedo hablarle al mundo sobre mí y no al revés. Deberías intentarlo, Brysen.

Él quería responder, negar que dejaba que cualquiera le dijese cómo sentir, pero no pudo encontrar las palabras. Nyall notó que a Brysen se le iba el humor, así que cambió de tema.

—¿Es verdad que aquí los árboles solo crecen donde alguien ha sido asesinado?

Jowyn se tocó el pómulo, justo debajo del ojo.

—¿Qué es eso? —indagó Brysen—. ¿Por qué haces eso todo el tiempo?

—Es un recordatorio de que debemos mirar —respondió Jowyn—. Si tienes ojos, pero no los usas, es lo mismo que no ver. Cuando algo es verdad y no lo ves, tienes que mirar más de cerca.

—Entonces, ¿estás diciendo que lo de los árboles es cierto?

—Hubo una guerra en esta montaña. —Jowyn señaló su muñeca. Donde las extrañas palabras se enlazaban y enredaban, chocaban unas contra otras.

Brysen no podía leer las palabras, pero parecían una guerra. Mientras Jowyn hablaba, movía su dedo hacia arriba por su brazo y narraba los fragmentos de la historia que estaba escrita en caligrafía ancestral sobre su piel.

—La gente que cree que es uztari luchó aquí contra la gente que cree que es altari, antes de que tuvieran esos nombres para sí. Ligados al cielo, ligados a la montaña. La guerra hizo las palabras. Los dos pueblos se nombraron según lo que anhelaban. Creyeron la mentira de que lo que quieres es lo que eres. Pero a la muerte no le importa lo que quieres. Estas cuevas corren rojas con la sangre de hombres, mujeres y niños que querían estar vivos, pero de todas formas murieron. Cada muerte alimentó la semilla de un árbol y el bosque creció desde el sueño del asesino.

Tocó su hombro, donde las líneas de texto corrían de forma vertical, como los troncos de los abedules de sangre.

—Sí, pero esas son solo historias —dijo Nyall. Le mostró su propio tatuaje, el verso de un viejo poema. El tatuaje que había parecido tan ornamentado allá abajo en Aldeas, de repente parecía

insignificante y simple al lado del de Jowyn—. No significa que sean reales.

—El bosque es real —respondió Jowyn—. La lucha entre uztaris y altaris es real. ¿Qué hace que esta historia no sea real?

—Es solo algo que la gente inventó para explicar el mundo —repuso Nyall—. No sucedió.

—Entonces, ¿todo lo que es real debe suceder? —Jowyn se tocó debajo del ojo otra vez—. ¿Cuál es la diferencia entre uztaris y altaris?

—Dónde vivimos. —Nyall se encogió de hombros—. Cómo cazamos. Cómo usamos las aves. Nuestras palabras, nuestra comida... Quiero decir, es quiénes somos.

—¿Y tú eres real?

Nyall miró a Brysen y rio, pero en la risa había algo afilado.

—¿Está enfermo?

Jowyn también rio, pero su risa era suave y clara como un lago de montaña. Brysen podría haberse bañado en ella. Pensar en bañarse con Jowyn hizo que ardiesen sus orejas.

—Quiero decir, si te fueras de donde vivías —dijo Jowyn— y dejaras ir todas tus creencias. Si dejases de contar *La épica de las cuarenta aves*, dejases de cazar con halcones, aprendieras un nuevo lenguaje, comieras comida diferente, ¿te convertirías en altari?

Nyall negó con la cabeza.

—No puedes cambiar su historia —agregó Brysen—. Quienes somos es tanto lo que pasó antes de nosotros como lo que hacemos.

—Lo que *crees* que pasó antes de ti —lo corrigió Jowyn—. No estabas aquí cuando nacieron las montañas o cuando el primer

halcón voló sobre ellas. No estabas aquí cuando la gente lo siguió. Decidiste creer las historias que te han contado y lo que decides creer hace que tú seas quien eres... sobre tu pueblo, sobre ti.

—Hablas como un místico montañés —se quejó Nyall—. ¿Qué importa lo que creemos? Lo que importa es lo que es verdad.

—Estáis aquí por el águila fantasma —observó Jowyn—. Un ave que puede cambiar el destino de reinos enteros si puede ser controlada. Yo digo que lo que crees importa muchísimo, si piensas blandir ese tipo de poder.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Brysen.

Jowyn se tocó debajo del ojo con el dedo otra vez.

—Solo vienen aquí los que huyen de algo o los que corren hacia algo, y quienes huyen vienen solos. Tú no estás solo.

Brysen echó una mirada a Nyall.

—Quizás pretendía estar solo.

Jowyn se encogió de hombros.

—Entonces, ¿no vas tras el águila fantasma?

Brysen no lo negó.

—Sí, voy tras ella.

—¿Por qué?

Brysen respiró hondo, buscó una salida y vio lo inútil de una evasiva, así que eligió la verdad.

—Porque creo en el amor —contestó.

Jowyn alzó una ceja blanca, pálida, sorprendido.

—No busco riqueza ni gloria ni poder. Estoy tratando de salvarle la vida a alguien. A la persona que quiero. Y mi hermana me siguió porque... bueno... me quiere. Y Nyall la siguió a ella por

amor también. Estamos todos aquí por amor. —Se sintió como un tonto al decir las palabras en voz alta, pero necesitaba ayuda y la única arma que tenía para obtener esa ayuda era la verdad, ridícula y vergonzosa. Se le atragantó la voz y tosió—. Sé que no tiene sentido, pero sé que puedo hacer esto. Sé que mi padre murió creyendo esta misma idiotez, pero sé que puedo capturar esta águila porque no lo estoy haciendo por las razones equivocadas. Lo estoy haciendo por amor.

Jowyn se quedó mirándolo. El silencio incómodo se prolongó. Frotó sus palmas contra sus rodillas y se recostó hacia atrás.

—Al águila fantasma no le importa por qué vas tras ella. Mata a los amantes tanto como a los buenos cazadores.

—Acabas de decir que importa lo que creemos.

—A mí me importa —dijo Jowyn—. No al águila.

—Bueno. —Brysen probó su suerte—. ¿Nos vas a ayudar?

—No puedo llevarte a su nido —respondió Jowyn—. No hasta que las Madres lo permitan.

—Olvídalo. —Nyall se puso de pie—. Yo digo que dejemos esta cueva, busquemos a tu hermana y vayamos por nuestra cuenta. Estoy cansado de estar sentado escuchando sermones.

—No podéis iros todavía —dijo Jowyn.

—Te reto a que nos detengas —replicó Nyall—. Me encantaría verte intentarlo.

—No tratamos con la violencia aquí —respondió Jowyn y se levantó para detenerse frente a él.

—Eso hará más fácil romperte la cara —gruñó Nyall.

Todos se volvieron hacia ellos y un silencio afilado como el pico

de un halcón estalló en la caverna. La mandíbula de Nyall se apretó, sus músculos se tensaron y sus puños se flexionaron. Brysen se preparó para ponerse de pie de un salto y pelear.

Los superaban por cincuenta a uno y la piel de todos en la nidada parecía tallada en piedra. Si esto se convertía en una trifulca, no había ninguna posibilidad de que Brysen y Nyall pudieran ganar.

Brysen se puso su guante, llegó a la percha donde estaba Shara y tocó la parte de atrás de su pata; su señal para que se subiera en su puño. Una vez que ella estuvo ahí, él se puso de pie y le quitó la caperuza. Ella chilló de sorpresa ante el entorno subterráneo.

Nadie más se movió.

—Nos vamos —dijo Brysen—. Hice una promesa que debo cumplir.

—No podéis —respondió Jowyn.

Nyall respiró hondo.

—Te atravesaremos como un pedo atraviesa la tela.

—Haced lo que tengáis que hacer —dijo Jowyn.

Puso su cuerpo directamente en su camino, abrió bien los brazos, su pecho tatuado subía y bajaba con el ritmo de su respiración. Miró a Brysen directamente a los ojos, firmemente enraizado, como un abedul de sangre, pero completamente vulnerable, indefenso. Si era un árbol, Brysen y Nyall eran el hacha.

Nyall se movió para derribar a Jowyn, pero Brysen lo contuvo. No era necesario que golpearan al muchacho; simplemente podían rodearlo. Cuando giraron, Jowyn se volvió para bloquearlos. Aun así, no levantó puño alguno.

Nyall negó con la cabeza.

—Sal de mi camino o te romperé todas las ramas y las usaré para encender un fuego.

—Haz lo que crees que debes hacer —repitió Jowyn—. Pero recuerda que vientos más fuertes que tú han intentado romperme.

Nyall llevó el puño hacia atrás y conectó un puñetazo en el estómago de Jowyn. El chico gruñó, pero no se dobló ni se encogió. Nyall había suavizado el golpe. Solo quería enviar un mensaje, pero el mensaje no hizo que el chico se moviera.

Nyall volvió a echar el puño hacia atrás. El siguiente puñetazo fue más fuerte. Se estrelló contra la mandíbula de Jowyn y le hizo girar la cabeza, pero sus pies se mantuvieron enraizados. Gotas de sangre surgieron de su labio, pero él continuó erguido. Miró a Nyall y después a Brysen. La alegría, esa alegría inexplicable, aún destellaba en los ojos del pálido muchacho.

Nyall condujo su puño hacia atrás una tercera vez.

Brysen había conocido la violencia. Víctima, superviviente, atacante, defensor. Había recibido palizas de su padre y de chicos y chicas más grandes. Se había cortado a oscuras, en silencio, para liberar su dolor con un tajo limpio sobre su muslo. Había hecho de la violencia un deporte y había sangrado por la excitación que le generaba en las arenas de riña y había estado lado a lado con Nyck y Nyall en el tipo de líos por el que los chicos riñeros eran conocidos. Nunca dudó de que estaba en el lado correcto al derramar sangre.

Pero ¿esta pelea?

Jowyn había huido de la violencia para vivir aquí y parecía listo

para recibir una paliza antes de infligirla él.

Brysen podría haber soltado a Shara sobre él. Podría haberlo golpeado en las tripas y hacerlo doblarse por la mitad o, al menos, dejar que Nyall lo hiciera... pero en vez de eso, sujetó a Nyall por el hombro y atrajo a su amigo hacia atrás.

—Detente —dijo—. No de esta manera.

¿Había sido cautivado por la risa del chico pálido o había sido presa de la forma en que sus caderas se deslizaban en una V migratoria debajo de sus pantalones emplumados? ¿Su corazón podía persuadirse tan fácilmente? Había jurado abrirse paso a cuchilladas entre ejércitos y escalar a través del infierno para salvar a Dymian, pero aquí estaba, enfrentado a un joven fantasmalmente pálido y tatuado, que se encontraba en mitad de su camino, y todo lo que tenía que hacer era simplemente moverlo a la fuerza, y no podía hacerlo.

Si de verdad quería a Dymian, haría lo que fuese para ayudarlo, después de todo. Hacía tiempo que había aprendido que era mejor derramar sangre que lágrimas, así que mordió su labio. Apretó el puño. Se inclinó hacia atrás.

En ese momento, sin un sonido de alerta, Shara salió disparada de su brazo con un estallido de poder que él no había previsto y casi le había dislocado el hombro. Ella voló hacia el pasaje por el que habían entrado, Brysen vio el último destello de una rata de nieve corriendo delante de ella. Su primera acuchillada a la rata había fallado y se había caído cabeza abajo contra la pared.

—¡Shara! —Brysen intentó hacerla volver con un silbido, pero ya estaba en el aire y volando otra vez al instante, con la tenacidad

imperturbable que hacía que los azores enfurecieran a sus adiestradores. Un halcón que fallaba una caza se quedaba confundido suficiente tiempo como para que el cazador lo encontrara, pero un azor nunca se detenía, nunca bajaba la velocidad cuando su sangre estaba caliente y su hambre, templada. Brysen debería haberla alimentado cuando tuvo la oportunidad.

Volvió a zambullirse, falló otra vez y la rata salió a toda velocidad hacia la abertura del pasaje. Jowyn y los otros chicos búho de la nidada observaron cómo ella sacudía sus plumas y despegaba otra vez tras la presa con furiosos aleteos, una cazadora tenaz con más apetito que habilidad.

Nos parecemos mucho, pensó Brysen, y antes de que pudiera llamarla con un silbido, Shara estaba fuera de la cueva y volaba furiosamente hacia la noche en la montaña.



Jowyn les había dado la espalda para observar la furiosa cacería del halcón, y en ese momento Brysen lo dejó atrás a empujones y fue derecho por la cueva hacia el bosque tras Shara.

—¡Pfit! —silbó—. ¡Pfit!

—¡Detente! —gritó parte de la nidada tras él, pero Brysen corrió con más rapidez.

Sus ojos escanearon los árboles oscuros y el suelo cubierto de escarcha, buscando a su halcón. En Aldeas era común perseguir a tu ave por la propiedad de otras personas, encontrarte enredado en una cerca espinosa para cabras o vadeando el Collar metido hasta las rodillas, porque un halcón no conoce ni respeta los límites que la gente marca en el mundo. La demarcación de los reinos, las líneas invisibles impuestas por la guerra y el lenguaje, los tratos y traiciones; los halcones los borran con un aleteo de sus alas. Shara obedecía a su sangre y al estremecimiento de su ánimo. Y la caza la había llamado.

Vio un destello de las rayas blancas de su pecho con el rabillo del ojo y luego la vislumbró en un abedul de sangre, aferrada con las patas a la rama y con el lomo aplanado, la cabeza baja y nivelada. Le silbó para que bajara, sostuvo su puño en alto, pero ella ni siquiera se dio la vuelta a mirarlo. Estaba enfocada en una

pequeña pila de rocas cubiertas por escarcha, donde la rata debía haber buscado refugio.

Brysen silbó otra vez. Mientras estaba parado ahí, con los ojos fijos en ella y los de ella fijos en las rocas, Nyall, Jowyn y los otros lo alcanzaron; sus respiraciones agitadas emanaban nubes brumosas de aire húmedo. La temperatura de la noche en la montaña había caído muy por debajo de lo confortable, y Brysen había dejado su abrigo y sus provisiones en la caverna. Estaba sorprendido de que Jowyn pudiera correr por ahí sin camisa, como si estuviera en el desierto abrasador. Nyall se había dejado puesto el abrigo y ya estaba temblando.

—No es seguro estar aquí fuera —advirtió Jowyn.

—Es por eso que tengo que recuperarla —contestó Brysen, justo cuando Shara se lanzaba desde la rama hacia la rata, que había echado a correr desde su escondite. Había sido ahuyentada de ahí por una serpiente color azul profundo que ahora tenía la atención completa del halcón. La rata esquivó un ataque de la serpiente, pero antes de que esta pudiera girar, Shara dio violentamente contra ella y la agarró justo detrás de la cabeza para aplastarla contra el suelo. El cuerpo de la serpiente se retorció y se sacudió tratando de liberar la cabeza y clavar sus colmillos, pero el agarre de Shara se apretaba más con cada movimiento que esta hacía.

El veneno de una serpiente de hielo era especialmente tóxico en esta época del año, cuando se había acumulado durante el viento gélido, calentando a la serpiente desde adentro y ardiendo a la espera de salir. Las serpientes de hielo terminaban su hibernación cuando el calor de su veneno las despertaba para cazar y no

querían otra cosa más que expulsar en su presa el veneno, que las cocería de adentro hacia afuera.

Brysen corrió hacia ella, resoplando todo el camino por la cuesta llena de nieve y madera, mascullando plegarias para que la serpiente no descargara su veneno en Shara antes de que él pudiera cortarle la cabeza. Sacó su cuchillo al acercarse, pero Shara ya había comprimido a la serpiente hasta la muerte y cubría su cadáver con sus alas. No necesitaba la ayuda de Brysen.

Al inclinarse para penetrar la carne de la serpiente con su pico afilado, el torpe acercamiento de Brysen por la montaña la congeló. Echó una mirada por encima de su hombro a su cetrero, lo vio con su cuchillo desenvainado y luego, sin cortesía alguna, despegó con el cadáver de la serpiente colgando de sus garras como una bandera de guerra flameante. Zigzagueó por el bosque, de un lado a otro, hasta que Brysen ya no pudo verla.

—¡Basura! —gritó, dando un pisotón en el suelo.

Sabía que no había querido ser un insulto, solo el instinto de azor, pero aun así no pudo evitar sentirse dolido por su alejamiento. Cazadores de los bosques, los azores preferían comer en privado, donde otros depredadores no pudieran ver lo que habían apresado ni planear robarlo. Le dolía que ella pensara en Brysen como otro depredador. Era irracional esperar que lo tratara de otra forma, que pensara con afecto en todo lo que él había hecho por ella, que los modos del mundo harían una excepción para él; pero, aun así, él deseaba que lo hicieran.

Brysen echó a correr otra vez.

—¡Bry! —lo llamó Nyall—. ¡Bry! ¿A dónde vas?

Brysen no respondió. Shara había volado por un terreno inclinado con forma de cuenco. Rodeó el borde, manteniéndose a la orilla y saltando sobre áreas de hielo resbaladizo, antes de encontrar que estaba de nuevo en la cuesta cubierta de árboles. Mientras corría, vio por un segundo a Jowyn con el rabillo del ojo; estaba cruzando derecho por el terreno nevado, con su piel como perfecto camuflaje bajo la helada luz de la luna.

Brysen se detuvo y escuchó. Escuchó a Nyall jadeando y subiendo, el crujido que hacían sus pies, pero detrás de esos ruidos, Brysen escuchaba en busca de sonidos de pájaros carpinteros aterrados, cuervos o cualquier cosa que pudiera revelar la ubicación de Shara. Escaneó el bosque oscuro para rastrear cualquier señal de plumas o piel de serpiente enganchadas en un arbusto o una rama. Un halcón siempre dejaba algún rastro de su caza si sabías qué buscar.

Arriba a su izquierda, los árboles terminaban ante una roca gris escarpada. Había una cascada congelada que se derramaba desde la cima y caía en una colisión inmóvil y cristalina. Detrás de la pared de agua helada, había lo que parecía ser una cueva. Algunos carámbanos en el borde de la entrada de la cueva estaban quebrados y sus fragmentos yacían en el charco inmóvil, sólido, que estaba debajo.

Brysen se apresuró en dirigirse hacia ese lugar, decidido a amarrarla a su brazo antes de que pudiera salir volando otra vez. Se resbaló un poco al cruzar el hielo, lo que lo obligó a estirar su postura y arrastrar los pies hasta el borde de la cascada congelada. Miró por detrás de la cortina de hielo en busca de la cueva

iluminada por la luna. Rayos de tenue luz plateada se escurrían por las caídas de hielo y arrojaban sombras con forma de barras de una jaula. En una esquina, vio la forma de las alas de Shara cubriendo a su presa. Su cabeza se levantó con un ruido de desgarró. Tenía sangre en el pico.

Brysen dejó escapar un suspiro de alivio. Estaba comiendo. Se abrió paso lentamente por la oscuridad para llegar a ella con tanta calma y silencio como pudiera. Estaba tan concentrada en comer que ni siquiera alzó la vista esta vez. Él mantuvo los ojos fijos en sus alas grises, listo para lanzarse si ella intentaba salir volando otra vez.

—¡Detente! —Jowyn le gritó, su voz hizo eco dentro de la caverna. Shara se sobresaltó e hizo una pausa, luego volvió a su cena de serpiente. Brysen echó una mirada hacia atrás y vio la figura de Jowyn al otro lado de la cascada de hielo. Su silueta se torcía y oscilaba iluminada de atrás por la luna.

—La voy a buscar ahora —dijo Brysen.

—¡Quédate ahí donde estás! —repitió despacio—. Y no te muevas.

La voz de Jowyn no era de amenaza, se percató Brysen. Era un advertencia, y llegó en el mismo instante en que escuchó el revelador *chas-paf-chas* bajo sus pies. El sonido del hielo al romperse.

Sabía que no debía correr sobre agua congelada durante el deshielo, pero había estado tan enfocado en buscar a Shara que no había sido cuidadoso. Este era el tipo de imprudencia por el que Kylee siempre le gritaba y que Dymian consideraba tan adorable. El tipo de imprudencia por el que su padre lo había golpeado una

y otra, y otra vez. Parecía que tenía razón: la imprudencia iba a matarlo.

—Mierda —dijo, y el hielo se rompió.



21

Brysen abrió bien los brazos en una pálida imitación de la desaceleración de un halcón para aterrizar, pero aquí no había viento que lo alzara o un puño que lo atrapara. Cayó estrepitosamente por el hielo y la helada oscuridad se cerró alrededor como un puño que se cierra de golpe.

El choque contra el agua congelada se sintió como rodar sobre una cama de cristales rotos. Le quitó la mitad del aire de los pulmones y el peso de su ropa lo arrastró hacia abajo, más y más profundo. Sacudió los brazos, intentó patear hacia la superficie, pero entonces, en la confusión del frío, dudó hacia qué lado estaba la superficie en realidad. El agua glacial le quemó los ojos al abrirlas, pero casi no importaba. No había luz. ¿Cómo podría salir si no sabía dónde estaba ese arriba?

Las burbujas suben, pensó. Contra todos sus instintos, contra todo lo que gritaba en su cerebro animal para que se aferrara a la última pizca de respiración, abrió la boca y dejó salir el aire. La última ráfaga de vida salió flotando de sus pulmones lejos de él y la siguió furiosamente.

No podía nadar lo suficientemente rápido. El peso de sus ropas y el suyo propio tiraban de él, y en cuanto rozó con los dedos la

solidez del lado inferior del hielo, volvió a hundirse.

Pero pateó en el frío ardiente mientras sus pulmones sedientos de aire lo desgarraban desde adentro. Sus dedos encontraron el fondo del hielo otra vez. Intentó atravesarlo con un puñetazo, pero la fuerza volvió a empujarlo hacia abajo. Nuevamente subió pataleando, quemando valiosa energía. No podía encontrar el hueco que había hecho al caer; no podía verlo, no podía sentirlo. Sus dedos estaban entumecidos y su vista se reducía. Volvió a hundirse y esta vez no luchó. Estaba muy cansado. Había estado luchando toda su vida, concluyó, luchando contra el peso de un mundo que echaba abajo a quienes querían volar.

Quizás ahogarse era lo mejor. Quizás era hora de dejar de luchar.

El pensar en rendirse lo cobijó, el pensamiento le rodeó el cuerpo y lo envolvió con la amorosa contención del olvido. Dejó de sentir frío. Había paz debajo del hielo. Silencio. Seguridad. Entonces, ¿qué importaba si su alma no podía encontrar el cielo y se quedaba congelada en este estanque frío para siempre? El cielo nunca lo había ayudado. No había sido hecho para planear. Su padre había tenido razón sobre él todo este tiempo. Este era el tipo de final que se merecía. Había nacido para hundirse. Estaba listo ahora. Dejó que sus pies tocaran el fondo. No luchó. Dejó que sus brazos flotaran hacia arriba sobre su cabeza. Se relajó en el vacío.

Ahí estaba la cara de su padre, flotaba frente a él, retorcido en la furia y sorpresa de sus últimos momentos. Brysen había estado ahí. Brysen había visto cómo el águila fantasma se lo había llevado. Sus ojos se habían encontrado una última vez. El gesto de odio ahora se convertía en una sonrisa. Esta era la venganza de su

padre.

De repente, sintió que una mano firme lo sujetaba, lo alzaba, lo arrastraba hacia arriba. El rostro de su padre desapareció. No podía ver quién lo había sujetado, pero con el contacto, el frío corrió otra vez por su cuerpo, el ardor de sus pulmones pidió aire a gritos y regresó la urgencia agobiante por vivir. Volvió en sí y recordó que su padre estaba muerto y que él había vivido. Había sobrevivido a palizas y quemaduras y más peleas de las que podía contar, y no iba a morir bajo el agua. Estaba destinado a ver el cielo otra vez, a reunirse con Dymian en la victoria y la gloria.

Intentó patear hacia la superficie, pero sus piernas se negaron a obedecer. Se agitó y se sacudió, y la mano lo aferró con más fuerza. Necesitaba aire, pero la lucha por mantenerse vivo... dolía.

Gritó y el agua helada entró a toda velocidad para llenar el sonido, sofocándolo. Sabía que se estaba ahogando; su cerebro le gritaba mientras su vista se reducía a un punto.

Te estás ahogando, te estás ahogando, te estás ahogando.

Y entonces estaba fuera del agua, sintió que lo arrastraban por el hielo sobre su estómago, rodó sobre su espalda, sintió labios helados sobre los suyos, aire tibio soplando dentro de su boca, y entonces tosía y vomitaba en oleadas infinitas.

—Respira —dijo alguien—. Encenderé un fuego.

Nyall. Era Nyall buscando en la oscuridad trozos de corteza de abedul y ramitas para comenzar un fuego. Vio que su amigo salía corriendo, pero aún sentía una mano en la espalda. Estaba sentado, en el suelo fuera de la cueva, frente a una larga línea de marcas de arrastre en la tierra escarchada. Alguien lo estaba sosteniendo.

Alguien lo había arrastrado afuera. Si Nyall estaba allí recolectando leña, ¿quién estaba...? Oh, claro. Recordó a Jowyn, el chico blanco como un búho níveo. El espectro risueño cuyo cuerpo contaba una historia. Había querido darle un puñetazo en la cueva, tomarlo de rehén, pero ese mismo chico lo había salvado, lo había traído a la superficie, había llevado aire de vuelta a sus pulmones.

Por un instante no pudo recordar por qué había necesitado que lo salvaran en primer lugar, cómo había terminado bajo el agua y sin aire, y luego todo regresó a él.

—¡Shara! —dijo tosiendo y su garganta se sintió como astillas de cristal.

—Está bien —declaró Jowyn—. Aún está ahí dentro.

Brysen levantó la mirada hacia la cascada congelada, trabada en su alud inmóvil. Quería regresar a buscar a su halcón, amarrarlo, sostenerlo contra sí, pero al primer esfuerzo por moverse encontró que sus piernas no respondían en absoluto. No dolían; simplemente no se movían. Bajó la mirada a sus dedos y se dio cuenta de que tampoco obedecían. Intentó decírselo a Jowyn, pero se dio cuenta de que sus palabras salían como un susurro incomprensible. Tenía la lengua entumecida. Sus pensamientos también lo estaban.

Congelamiento, se percató. Había escapado a morir ahogado para darse cuenta de que se moría congelado.

A su izquierda, hacia abajo por la pendiente, vio a Nyall amontonando de forma apropiada los escasos trozos de madera que había encontrado para encenderlos, pero parecía estar muy lejos, demasiado lejos para que su fuego tuviera algo que ver con

Brysen. Nyall pareció darse cuenta solo después de haber construido la pirámide de ramitas de que no tenía piedras con que encenderlas. Todas sus provisiones estaban en la caverna de la nidada.

Eso le resultó gracioso a Brysen, cómo el desastre personal de su propia muerte era absurdo comparado con el desastre del inútil esfuerzo de Nyall por sonsacar una llama que lo salvara. Comenzó a reír y la risa hizo que comenzara a temblar descontroladamente. Jowyn le dijo algo, pero no podía escucharlo. Era como si aún estuviera bajo el agua y el chico espectral le estuviese gritando desde la superficie. Las palabras no podían calentarlo de todos modos, así que ¿por qué debía tratar de escuchar cuáles eran las palabras?

Sintió que Jowyn lo manoseaba, le arrancaba la ropa mojada.

Está tratando de desnudarme, pensó Brysen. Lo siento, amigo, estoy con alguien.

Ese pensamiento lo hizo reír con más fuerza todavía, aunque parte de él sabía que su risa sonaba como a boqueadas. Estaba teniendo —notó— problemas para respirar, boqueaba y no recibía suficiente aire.

Al menos había dejado de temblar. Eso le facilitaba a Jowyn quitarle la ropa. De pronto, estaba desnudo y el chico espectral lo envolvía con su cuerpo.

Nunca antes había dejado que un extraño lo viera así. Todas sus cicatrices eran visibles: los caminos de queloides que sobresalían a lo largo de su espalda, la suave maraña de quemaduras por su costado. Pero no lograba hacer que le importara lo suficiente como

para resistirse o pelear. Vio su ropa mojada apilada junto a él, pero no hizo movimiento alguno por recuperarla. Si el muchacho pálido con la piel extraña quería burlarse de sus cicatrices, que así fuera. De todas formas, ¿qué importaba su cuerpo? Estaba a punto de morir.

Brysen había visto a un hombre morir de frío en Seis Aldeas durante el viento gélido cuando él y Kylee eran pequeños: un viejo adicto a la hoja de cazador al que todo el mundo llamaba El Jilguero. Hablaba sin parar, pero no decía nada y lo habían echado de Pihuela Rota por comenzar una trifulca. Ebrio, había caído en un banco de nieve y atacaba a cualquiera que intentara ayudarlo. Había temblado durante un rato, luego se había quedado dormido en la pendiente que iba hacia la montaña donde estaba la casa de Brysen, arriba del pueblo. El hombre se congeló ahí, muerto, y Kylee y Brysen habían sido quienes lo habían encontrado a la mañana siguiente, cuando fueron a recoger a su padre. El hombre se veía lleno de paz. Brysen se preguntó por qué su padre nunca se quedaba tirado así en la nieve. Siempre parecía desmayarse cerca de un fuego cálido.

Morirse de frío era, por lo menos, mucho más agradable que morirse ahogado. Percibió el firme subibaja del pecho de Jowyn contra su espalda. Se sentía bien estar en los brazos de Jowyn. A salvo. Brysen cerró los ojos. *Hay tantas formas distintas de morir*, pensó y se preguntó por qué había tenido tanto miedo de hacerlo antes.

—¿Cómo va ese fuego? —Jowyn le gritó a Nyall.

—¡No puedo encenderlo! —respondió con un grito Nyall.

Jowyn maldijo y Brysen sintió que lo recostaban sobre su

espalda.

—*'Ta bien.* —Brysen arrastró las palabras—. Fácil morir... —Abrió los ojos. El joven estaba inclinado sobre él, un brazo alzado, mano en puño. Los músculos absolutamente blancos de su antebrazo sobresalían y sus venas resaltaban.

Por un momento, vio el rostro de su padre otra vez, en lugar de la cara del chico. Quizás Jowyn *había* sido un fantasma todo este tiempo, esperando el momento para darle a Brysen el golpe final, un último puñetazo por atreverse a subir más alto de lo que merecía, por intentar hacer lo que su padre nunca había podido.

Extrañamente, el muchacho no golpeó a Brysen. Su cara amable había regresado y sacó la cuchilla curva de Brysen de la pila de ropa mojada y la llevó contra el dorso de su propio puño blanco. Hizo un pequeño tajo con la punta a lo largo del dorso de su mano. La sangre roja se acumuló en gotas contra la piel blanca, brillante como los rubíes.

—Bebe —ordenó, dejando caer el filo al suelo, y con su mano libre levantó la cabeza de Brysen. Presionó los labios de Brysen contra su piel. La sangre olía a musgo, a metal y a fogatas ardientes. Olía a rayos de sol y a césped y a sidra caliente. Olía a vida—. Bebe —repitió Jowyn, y Brysen puso la boca sobre la herida, tocó la piel del dorso de la mano de Jowyn con la lengua y dejó que la sangre corriera en el interior de su boca.

Al primer trago, sintió frío otra vez, comenzó a temblar; después el calor surgió en su estómago y se irradió hacia afuera, apartando el frío. Su mente se aclaró; ahora estaba consciente, consciente del suelo contra sus piernas, del viento de la montaña contra su

espalda, del dolor en su garganta, pero también del calor que regresaba, del torrente de vida y de la emoción de vivir en su pulso. Su respiración se calmó.

Había oído hablar de cazadores que tomaban sangre de cabra para mantenerse calientes cuando se quedaban varados durante el viento gélido y de caravanas por el desierto que al quedarse sin agua bebían la sangre de su ganado. La sangre era vida, después de todo, y Jowyn se la estaba ofreciendo libremente.

Bebió.

A medida que bebía, el dolor desapareció, y aunque estaba desnudo en las montañas y su mejor amigo lo miraba, con la boca abierta, mientras consumía la sangre de la mano de un extraño, no sintió vergüenza. Se sentía fantásticamente bien, entero y libre... más de lo que podía recordar haberse sentido alguna vez en su vida. Y la sensación lo inundó tanto que lloró, cálidas lágrimas de alegría pura se derramaban por sus mejillas.

Jowyn comenzó a apartar su puño, pero Brysen estiró ambas manos y le sujetó la muñeca y sostuvo la mano contra su rostro para obtener otro trago de sangre.

—Detente —advirtió Jowyn, intentando apartarse, pero Brysen quería más. Lo único que quería era más.

En una rama lejana, un búho ululó. Brysen, con ojos cerrados, podía ver el búho perfectamente en su mente. Por el sonido de su ululato, supo exactamente dónde estaba, podía escuchar sus garras contra la corteza, sus plumas se movían con la brisa. Imaginó lo que este veía, intentó ver a través de los ojos del ave y saber lo que esta sabía. Estaba hambrienta; era curiosa; era paciente. Intentó

escuchar más allá, en las cimas lejanas. ¿Podía escuchar el pulso del águila fantasma? ¿Podía ver el camino a su nido con solo pensarlo? ¿Podía llamarla hacia él adonde ahora yacía?

—¡Detente! —volvió a advertirle Jowyn. Arrancó su brazo y apoyó su poderosa pierna contra el pecho de Brysen para empujarlo hacia atrás, en el suelo congelado. En cuanto los labios se separaron del puño sangriento de Jowyn, Brysen volvió a ser él. No podía ver el búho ni el águila, no sabía dónde estaba ninguno. Su mente se despejó. Se volvió profundamente consciente de quién era, qué podía y no podía hacer y cómo estaba ahora, tumbado sobre su espalda, con sangre en los labios, completamente desnudo en el extremo del bosque de abedules de sangre, donde este extraño chico pálido le había salvado la vida con su magia.

Esta no era exactamente la cruzada heroica que había imaginado al partir.



Brysen se sentó, levantó las piernas hacia su pecho y envolvió sus rodillas con sus brazos, ocultando su cuerpo lo más posible detrás de sus delgadas espinillas. Volvió a sentir que su respiración se agitaba; toda la euforia que acababa de sentir se volvía un recuerdo difuso. Ni siquiera tenía un poco de frío, pero comenzó a temblar y no había nada que quisiera más que cubrir su piel.

—¿Qué has hecho? —Nyall habló por Brysen mientras subía por la pendiente, lo que era algo bueno, porque Brysen no podía encontrar palabra alguna.

—Hice lo que había que hacer para salvarlo —respondió Jowyn, que encontró la mirada de Brysen—. Tu temperatura corporal había bajado demasiado.

—¿Me...? —Brysen no sabía bien cómo hacer la pregunta, no estaba seguro de querer saber la respuesta. La piel de Jowyn estaba intacta, marcada solo por sus tatuajes, algo de lo que parecía estar orgulloso. Era piel que no tenía tallada la historia de nadie más, y Brysen se preguntó cómo sería mirar tu piel desnuda con orgullo, como algo ganado más que infligido. Por otro lado, ¿acaso una vida que no dejaba marcas era realmente vida? La

herida en la mano de Jowyn ya había comenzado a curarse—. ¿Me convertiré en...?

Jowyn negó con la cabeza.

—No te convertirás en uno de nosotros, no.

Brysen tragó, aliviado pero extrañamente triste. Limpió los rastros de sangre de sus labios.

—Necesito buscar a Shara —dijo y bajó la mirada a las cicatrices expuestas en su pecho, al resto de su cuerpo, igual de expuesto—. Y me vendrían bien algunas prendas de ropa.

Jowyn le sonrió, con una alegría dulce de nuevo en los ojos.

—Quizás no en ese orden, ¿no?

Brysen también sonrió, pero llevó sus rodillas más cerca para mantenerse cubierto mientras los otros chicos de la nidada llegaban. Se le estaban clavando piedras en la espalda desnuda y le dolían las rodillas, pero no podía imaginarse poniéndose de pie frente a todos ni tampoco caminando desnudo por el hielo.

Jowyn observó a Brysen durante mucho tiempo, después la delgada línea roja en su propia mano. Dejó escapar un suspiro largo, como si estuviera tomando una decisión difícil, y fue a hablar con los otros.

Sentado solo, Brysen alzó un puño hacia un costado, mientras sostenía sus rodillas contra su pecho con la otra, como una especie de escudo. Silbó. Si Shara estaba en la cueva, entonces seguro que podía verlo, incluso en la oscuridad. Por lo menos podía ver su silueta. Se la imaginó ahí dentro, con el pico mojado de sangre de serpiente, observando su forma distorsionada a través del hielo iluminado por la luna.

Podía sentir las miradas de toda la nidada sobre su espalda desnuda, con su entramado de cicatrices de latigazos y quemaduras, que era como un envoltorio de cera estirada sobre carne de salchicha molida. Tenía un hormigueo en toda la espalda producto de la sensación de ser observado, pero recuperar a su halcón era más importante. Un cetrero en busca de un ave perdida no tenía tiempo para avergonzarse. El ego debía desaparecer cuando un hombre llamaba a una rapaz para que regresara a casa. En el mejor de los casos, era un momento de paz completamente abnegada; en el peor, se sentía un vacío devastador.

Sintió que su corazón se estiraba hacia Shara, enfocó todos sus pensamientos en ella, sin dar espacio a sus propias preocupaciones, planes o miedos... pero estos se hacían espacio por sí mismos. Se sentía completamente expuesto.

—Ven —le rogó a Shara en voz baja—. Ven, ven, ven... —Movié su puño hacia arriba y hacia abajo como hacía a veces durante su entrenamiento cuando tenía comida y silbó otra vez.

Nada.

Si no venía con el silbido, tendría que ir a buscarla, sin importar el riesgo. Esta vez, sin embargo, sería más inteligente al hacerlo. Echó una mirada por encima de su hombro. Los chicos de la nidada ahora estaban enfrascados en una discusión con Jowyn que se había intensificado y parecía que Nyall intentaba intervenir. Apuntaban al corte que sanaba rápidamente en la mano de Jowyn y agitaban dedos frente a su cara. Nadie estaba mirando a Brysen.

Se puso de pie silenciosamente, intentando hacerse invisible. Sus ojos buscaron el hielo más grueso para cruzar, pero antes de que su

pie desnudo pudiera posarse sobre la superficie cristalina, tres voces gritaron.

Nyall gritó:

—¡Bry, no!

Jowyn gritó:

—¡No!

Y desde arriba de la cascada helada, iluminada desde atrás por la luna, su hermana gritó:

—Brysen, ¿qué estás haciendo? ¿Y por qué estás desnudo?



23

Los ojos de Brysen se dispararon hacia su hermana. Ella estaba jadeando, sin aire, miraba de él a Nyall, después a los chicos blancos tatuados a su alrededor, perpleja. Echó una mirada por sobre su hombro, como si la estuvieran persiguiendo.

—¡Ponte la ropa! ¡Debemos irnos!

—¿Dónde están las madres? —gritó hacia arriba Jowyn.

Kylee lo ignoró.

—¡Vamos, Bry! ¡Rápido!

—Quedáos todos exactamente donde estáis —ordenó una cuarta voz. Üku pasó entre los jóvenes que se encontraban detrás de Brysen, como un rayo de sol a través de una nube, con su enorme búho gris en el puño izquierdo. Sus ojos estaban rojos e irritados y la piel alrededor de ellos parecía quemada. Alzó el brazo izquierdo mientras caminaba y sus labios se movieron, susurrando una palabra a su búho.

—*Thaa-loom.*

El búho despegó de su puño con dos movimientos de sus amplias alas y voló hasta Kylee para quedarse cernida justo sobre su cabeza, apenas fuera de alcance. Sus fuertes patas y garras

estaban extendidas hacia abajo. Tenía suficiente fuerza en ellas para abrir la cabeza de Kylee, y era una rara habilidad de los búhos cernirse sobre sus presas en paciente silencio.

Que la Madre Búho pudiera enviar a su rapaz a cernirse sobre un objetivo humano solo con una palabra susurrada hizo que Brysen sintiera una sensación de escalofríos completamente nueva.

Más Madres Búho emergieron de los árboles. Ellas también tenían búhos en sus puños o cernidos sobre sus cabezas; búhos de diferentes colores y tamaños. Al menos ahora sabía por qué Shara no salía a encontrarlo. No estaba siendo cruel. Estaba asustada.

—Supongo que la charla con ellas no ha ido demasiado bien, ¿eh?
—le gritó a su hermana.

Kylee negó con la cabeza, su rostro angustiado. Algo *había* pasado y la había asustado. Tenía una mirada que Brysen no había visto en mucho, mucho tiempo.

—*No* deberías haber huido de nosotras. —Üku le habló a ella y después miró a Brysen. Él se cubrió con las manos. La Madre Búho chasqueó los dedos.

Sin emitir palabra, el muchacho que estaba más cerca de ella le llevó a Brysen un par de pantalones emplumados secos, como los que usaba la nidada, y el abrigo que había dejado en la cueva. Brysen se vistió, deslizó sobre su brazo el guante cetrero aún húmedo, se giró para mirar a Üku y exigirle un paso por la montaña para poder completar su cruzada por amor y honor. Ella, sin embargo, no le dio la oportunidad de hablar.

—*Shyehnaah-tar* —dijo y, como una piedra desde una honda, Shara salió disparada de la cueva, plegó las alas a la perfección al pasar

por entre dos carámbanos, y luego las abrió bien para aterrizar tranquilamente en el puño de la Madre Búho, donde había estado posado el cárabo. Los otros búhos observaron a Shara, parpadearon y no hicieron siquiera ruido con las alas ni sonido alguno.

—No te muevas —le ordenó Üku a Brysen, mientras acariciaba las plumas de la cola de su halcón con la mano derecha.

—No lo haré —suplicó él—. Solo... por favor, sé buena con ella.

—*Prrpt* —gorjeó Shara, girando la cabeza hacia un lado para mirarlo.

Aunque Shara aferraba la tela alrededor del puño de la mujer, podría haber estado estrujando el corazón sangriento de Brysen con sus garras. Había obedecido a una extraña antes que a él. Estaban a merced de las Madres Búho ahora y el peligro en el que estaban no era, por una vez, culpa de Brysen. Levantó la mirada hacia Kylee, cuyos ojos desorbitados iban a toda velocidad de un lado a otro como un conejo atrapado. ¿Qué le había pasado?

Üku hizo un gesto con la cabeza a otra Madre, que sujetó la cuchilla curva de donde yacía inmóvil en el suelo, mojada con la sangre de Jowyn, y se acercó a él. Se detuvo a su lado, le llevaba una cabeza de altura, y lo sujetó con la misma mirada imperturbable de un búho que parpadea desde un árbol hueco. Sujetó la mano izquierda enguantada de Brysen con la suya, la levantó con suavidad, luego se giró y le atrapó el brazo en su propio recodo. Le quitó el guante y presionó la cuchilla de Brysen contra la muñeca desnuda de este. Su muñeca *izquierda*.

Tenía la intención de amputar su mano cetrera.

El corazón de Brysen golpeaba contra sus costillas ruidosamente, como el aleteo de un ganso, y él intentó retorcerse para liberarla, pero la sujeción de la Madre Búho era inquebrantable.

—No le hagáis daño —suplicó Jowyn. Apoyó un dedo debajo de su ojo—. Su intención no es hacer daño.

Üku miró el puño ensangrentado de Jowyn, luego a Brysen y después de nuevo a Jowyn. El resto de la nidada se tensionó.

—¿Qué has hecho?

Jowyn inclinó la cabeza.

—Él hubiese muerto.

Las fosas nasales de Üku se dilataron, apretó las mandíbulas.

—No eres tú quien da la muerte ni la vida. Tenemos muy pocas reglas aquí, pero las que tenemos deben ser obedecidas.

—Lo sé. —Jowyn miraba sus pies.

—Te has ligado a *él*. —Ella señaló a Brysen—. Y de esa manera, como has elegido libremente, te has desligado de nosotras.

Jowyn se estremeció y parecía al borde del llanto, pero en lugar de eso, levantó la cabeza, infló su musculoso pecho y asintió.

—Comprendo. Acepto su justicia y mi... —Se le rompió la voz, pero aclaró su garganta—... exilio.

Jowyn le había salvado la vida y estaba siendo castigado por eso, desterrado. El filo presionó contra la piel suave justo debajo de la mano de Brysen, la curva del cuchillo buscaba el tendón estirado. Sintió que sus rodillas se debilitaban.

—Por favor... no... —suplicó. Podía soportar el dolor de mil azotes, de los tajos y las quemaduras y de las palizas que lo dejaban inconsciente, pero no podía soportar pensar en perder su

puño, la percha vital donde Shara se posaba, de no llamarla más para que se posara en él. El pánico hizo zumbar sus oídos; pensó que se desmayaría—. Por favor —repitió—, no.

—Estas son nuestras costumbres —dijo Üku. La Madre Búho creyó que Brysen rogaba en nombre de Jowyn. En la boca del estómago, sintió vergüenza de que no fuera eso por lo que suplicaba.

—Por favor —susurró, decepcionado de sí mismo, alejando la mirada de Jowyn—. No me cortéis.

Después de todo, no le había pedido a Jowyn que lo salvara. No le había pedido a *nadie* que lo salvara, no en mucho, mucho tiempo. Todo lo que quería de los demás era que no le hicieran daño. Parecía un niño pequeño otra vez, acobardado por la furia de su padre, reconociendo lo que fuese, cualquier cosa, inventando pecados que confesar, acumulando cualquier vergüenza que pudiese encontrar sobre sí mismo con la esperanza de que quizás eso hiciera que el dolor cesara.

Entonces, como ahora, sus súplicas no fueron tenidas en cuenta.

El filo cortó.

Brysen quiso gritar, pero Kylee lo hizo primero, gritó desde arriba de las cascadas heladas. Su grito fue una palabra o una orden o una avalancha hecha de viento.

Cuando dejó sus labios, cada búho en el claro —hasta el que se cernía sobre ella— y cada halcón del pasaje y cada pichón en nido y pájaro salvaje que pudo oír —Shara incluida— se lanzaron al aire y formaron una gigante nube de mil cosas aladas y luego esa enorme bandada nocturna de plumas y garras y picos se zambulló

sobre ellos, haciendo que las Madres Búho y los chicos de la nidada se dispersaran.

Brysen se arrojó al suelo y salió rodando, protegió su cabeza con ambas manos, manchando su cabello gris de rojo con la sangre de su muñeca herida. Era un caos de chillidos, graznidos, llamados y aleteos furiosos en el aire. La frenética bandada llenaba el aire con tanta densidad que ocultó la luna, las estrellas, incluso los árboles del bosque. Todo era plumas. Todo era garras.

¿Qué había hecho su hermana?

¿Qué podía hacer su hermana?

Entre el tumulto, Brysen vio a Üku quieta, erguida e impávida, en el enjambre con los ojos fijos en Kylee.

Üku sonreía.

LODO ENCIMA

La fortuna sería agradable, obviamente. Incluso dividida entre los dos, la recompensa de la kyrgia por el águila fantasma le daría a la familia Otak suficiente dinero como para igualar a los propios Tamir. A Goryn no iba a gustarle que lo golpearan en su propio juego, pero kyrgia Bardu había dejado claro que ella podría protegerlos de la ira de esos tiranos de Seis Aldeas. Quizás hasta les otorgase un título a los Otak, lo que los ascendería inmediatamente.

Ya no espiarían para otras familias. Los kyrgios Otak dictarían su propio destino. *Ellos* tendrían espías propios. La riqueza podía obtenerla cualquiera con la determinación para hacerlo, pero ser de la nobleza era el verdadero atractivo que había llevado a Petyr y Lyl Otak a lo alto de la montaña.

Petyr conocía los peligros, tanto físicos como espirituales, que implicaba este viaje. Su hermano había estado dormido cuando los transportistas habían venido a por los mellizos, pero él había observado cómo se desarrollaba la escena y un frío sudor se había acumulado en la curva de su espalda. Conocía a esos dos desde su nacimiento, los había visto crecer a tropezones. Sentía pena por el chico, que había sufrido palizas de su padre todos esos años, un hombre mezquino, demasiado débil para pelear con alguien de su

propia edad. Petyr había estado tentado de darle un puñetazo un sinnúmero de veces, pero nunca lo había hecho. Era un hombre que observaba, no uno que reaccionara a lo que veía; salvo que se lo ordenaran. Esa era la función de un espía.

Después de la muerte de Yzzat, Petyr había observado a Brysen entrenar y con regularidad había mandado informes sobre el patán de su entrenador a la familia del joven. Los Avestri pagaban bien la información sobre su hijo, Dymian, pero Petyr había hecho todo lo posible por dejar los detalles más morbosos sobre cómo Dymian seguía con Brysen. No tenía sentido meter al apasionado muchacho en las intrigas de una familia noble. Estaba seguro de que había algún chico o chica noble que los padres de Dymian preferían para cuando su exilio en Aldeas terminara. Brysen hubiese sido un inconveniente, uno que podrían haber ordenado que desapareciera si eso querían. Todo el tiempo desaparecían chicos. De alguna forma, Petyr sintió que había protegido a Brysen.

Así que resultaba difícil observarlo con la cabeza sobre el tajo del transportista, difícil no intervenir. Casi se había echado a correr hacia arriba de la montaña para ir a rescatarlos, pero la repentina aparición de las Madres Búho había puesto fin a ese plan. Había estado forzado a seguirlos y esperar, planear un rescate si era necesario, pero solo para que pudieran seguir su misión hacia el premio.

Brysen era incompetente, pero el talento de su hermana quizás fuera lo que se necesitaba para bajar a la poderosa ave. Petyr y Lyl habían puesto todas sus esperanzas en ella y aún apostaban por ella, aunque sabían que al final tendrían que quitarle el águila

fantasma. Lo más probable era que tuvieran que rebanarle el pescuezo. De todas maneras, si no lo hacían, Goryn Tamir lo haría cuando los mellizos regresaran a Seis Aldeas con las manos vacías, y Goryn sería mucho menos amable al respecto que él. Petyr no quería que estos chicos sufrieran, al menos no más de lo que debían. ¿Cómo podía un corazón abrazar cosas tan contradictorias? Deseaba que estuvieran a salvo y tuvieran éxito, sabiendo que tenía planeado robarles.

Se preguntó si, cuando el momento llegara, sería capaz de matar a estos chicos y a su amigo.

Solo por la riqueza, no. Pero ¿por un título de la nobleza y el respeto que ganaría su familia por generaciones venideras? Haría lo que fuera.

Cuando los chicos subieron la montaña con las Madres Búho, él y Lyl los habían seguido.

«Ve con los chicos», le dijo Petyr a su hermano. «Yo seguiré a la muchacha hasta el campamento de las Madres».

Lyl había aceptado la sugerencia con gusto, lo que era un alivio para Petyr. Era mejor rastreador que Lyl. Y no había querido que su hermano menor se acercara demasiado a esas mujeres después de ver la brutalidad con la que se habían deshecho de los transportistas.

Intercambiaron el saludo alado al pecho, luego él tocó el amuleto que llevaba al cuello, el sello de la familia Otak: un hueso tallado con la forma de un conejo con alas de águila e inmensas garras. El sello había sido fuente de muchas burlas en su infancia, pero ambos lo habían llevado con orgullo y habían lanzado puñetazos

para defenderlo. Los Otak eran como su símbolo: era fácil reírse de ellos hasta que aterrizaban con fuerza sobre ti con garras feroces y la velocidad de un conejo. Besó su amuleto y su hermano hizo lo mismo con el suyo, y después cada uno se fue por su lado.

Petyr encontró un sendero que ascendía por el lado occidental de una estribación en los límites del bosque de abedules de sangre. Había algunas cuevas espeluznantes, una garganta que tuvo que cruzar sobre una soga de trampero semipodrida que era más vieja que él, y una vertical que no tuvo otra opción más que subir en escalada, pero les había seguido el ritmo y el rastro hasta el anochecer. Había pasado el tiempo imaginando el inevitable futuro en el que él y su hermano, elevados a la nobleza, serían invitados al Castillo del Cielo: kyrgio Petyr, kyrgio Lyl, los consejeros Otak de... ¿qué? ¿Comercio, mediciones y medidas? Licencias de cría. No había límites para las fortunas que podía conseguir un miembro del Concilio de los Cuarenta motivado.

Tan perdido estaba en sus ensueños que no se dio cuenta de que caían piedras por la cuesta frente a él, agitadas por figuras que se movían para tenderle una emboscada. Antes de que pudiera agarrar su arma, una de ellas lanzó una bolsa pesada hacia él que le dio directo en el pecho y lo derribó para dejarlo sentado sobre su trasero.

La bolsa estaba húmeda y era redonda, y al levantarla para quitársela de encima, manchó sus manos de un rojo brillante y furioso.

Sangre.

La bolsa estaba empapada en sangre.

—Ábrela —sugirió una Madre Búho, que se cernió sobre él con su cáрабо posado como un fantasma hambriento en su puño. Este observó con ojos negros que no parpadeaban cómo Petyr echaba la tela del saco hacia atrás y le surgían arcadas al ver su contenido.

La cara de su hermano lo miraba desde ahí dentro, con las cuencas de los ojos vacías en una cabeza que había sido toscamente cercenada.

—Lodo abajo y lodo encima. Si no ve el cielo, el muerto no asciende hasta la celestial cima —dijo la Madre Búho, mientras a Petyr le subía otra arcada e intentaba vomitar en la tierra, al lado del rostro de su hermano—. Vosotros dos no deberíais haber intervenido.

Hay momentos en los que lo que sabes sobre ti mismo y tu mundo se altera en sacudones repentinos después de los cuales nada puede ser igual. Estos momentos lanzan a algunos hombres al abismo, mientras que otros se ponen de pie, se levantan y renacen más fuertes a una vida nueva y desconocida, ataviados con sabiduría dolorosamente aprendida.

Petyr Otak no iba a convertirse en un hombre mejor por sostener con sus manos la cabeza sin ojos de su hermano, pero estaba incandescente de ira y descubrió en sí mismo una salvaje sed de venganza que no sabía que albergaba. Quería despedazar a la mujer que se alzaba sobre él.

Saltó desde el suelo, desenvainando su daga mientras se elevaba, y arremetió contra ella.

El cáрабо chilló y saltó desde su puño mientras ella bloqueaba el cuchillazo con facilidad utilizando el impulso del propio Petyr

para arrojarlo de lado al suelo. Pisoteó la daga que este sujetaba y rompió cada uno de los huesos de su mano, luego lo golpeó directamente en los dientes, haciéndole añicos más de uno y rompiéndole la nariz. Ella se agachó, lo hizo rodar sobre su espalda y llevó una rodilla contra su pecho para sujetarlo.

Petyr intentó maldecirla, pero todo lo que salió de su boca fueron ruidos atragantados con sangre. Encima de él, las nubes se habían vuelto rosas con el atardecer, cruzadas por venas de rojo sangre. El cárabo bajó planeando desde ese cielo carnosos y aterrizó en el puño de su líder. La Madre Búho lo apoyó sobre la clavícula de Petyr y se puso de pie; el pico curvo del búho estaba listo para atacar su cara.

Él se tensionó, intentó quedarse muy quieto por temor a provocar al ave. Una brisa agitó las plumas en su coronilla.

—No —graznó Petyr—. No... así... no...

Otras dos Madres Búho entraron en su campo visual, quietas casi sobre él.

—Vendrás con nosotras —dijo una de ellas—. Aún tienes una función que cumplir.

Con un silbido, el búho saltó desde su pecho de regreso al puño de su líder y las otras dos mujeres levantaron a Petyr del suelo y le amarraron las manos.

—Considérate afortunado —le dijo la primera mientras lo alejaban del saco donde la cabeza sin ojos de su hermano miraba al cielo—. La mayoría de los hombres no están con vida durante su propio funeral celeste.

Sus rodillas cedieron. Tuvieron que arrastrarlo hacia arriba por la

montaña y, con cada paso, se acercaba más al cielo nocturno y el que fuese el brutal fin que las Madres Búho les habían reservado a los intrusos y espías.

KYLEE

LA LENGUA HUECA



24

Kylee estaba sobre las cascadas congeladas, perpleja ante la escena de abajo: un joven cuya piel era blanca como un hueso pelado suplicaba por la seguridad de su hermano. El halcón de Brysen estaba en el puño de Üku y presionaba una cuchilla contra la base del de él.

Las Madres Búho no eran las mismas benévolas guardianas de la montaña que parecían ser al principio. Eran peligrosas y falaces, y lo que habían planeado para ella y su hermano no iba a terminar bien. Había sido un error dirigirse a su territorio.

Supo apenas sujetaron a su hermano que debía encontrar las palabras abrasadoras en su interior, incluso cuando sabía que eso era exactamente lo que Üku quería. La Madre Búho no amenazaba a Brysen porque quería amputarle la mano. Lo amenazaba porque quería provocar a Kylee. Pero Üku no estaba montando una escena. Lo *haría*.

Por un momento, Kylee intentó concentrarse en la mano de su hermano, intentó imaginar el dolor que sentiría cuando se la amputaran.

—*Shyehnaah* —dijo, pero no sucedió nada.

Tienes que creer lo que dices, le había explicado la Madre Búho.

Brysen aún podría ser cetrero con una sola mano. Algunas

historias contaban que Ymal el Tonelero solo tenía una, y él había encontrado el camino a la grandeza. Brysen tenía miedo, pero Kylee no podía obligarse a sentirlo.

Tenía que encontrar otra manera, otra palabra. Tenía que *obligarse* a hablar.

—Por favor —susurró Brysen allá abajo, las palabras llegaron en el aire de la noche calma—. No me cortéis.

Kylee recordó las historias que ella y Brysen se solían contar uno a otro acerca de las tierras lejanas sobre las que volaban sus aves imaginarias; las historias que eran una forma de escapar de la furia de su padre. Se imaginó la inmensidad del mundo que habían inventado y se concentró en cómo ambos intentaban asombrarse entre sí con hazañas imaginarias cada vez más grandes. Halcones hechos de cristal, cabras que pastaban en las nubes, jóvenes alados que vivían en los bosques al otro lado del desierto y silbaban melodías que borraban la memoria.

«¿A dónde vamos ahora?», le preguntaba Brysen en aquella época.

«No lo sé», solía responder Kylee. «Sorpréndeme».

Y él lo hacía. Inventaba castillos hechos de piel; describía pájaros gigantes que mantenían a personas en sus puños; creaba ciudades enteras de jengibre azucarado.

«Tu turno», le decía entonces. «Sorpréndeme».

Sus imaginaciones habían sido tan grandes como el cielo, desconectadas de lo que era real o lo que era posible en sus vidas ligadas a la tierra. Sus imaginaciones volaban.

Sorpréndeme.

Cerró los ojos y respiró bien hondo, luego los abrió y vio que Brysen se retorció, vio su pánico y el filo del cuchillo cortándole la piel.

La palabra la quemó por dentro y ella la gritó tan fuerte como pudo. Salió sin que ella supiera qué sonidos había formado su boca, qué palabra había pronunciado, pero supo exactamente lo que quería decir al gritarla.

Sorprendedme.

Eso fue lo que ella les dijo a las aves rapaces, encima y abajo... a cualquiera que pudiera escuchar su grito a lo largo de las montañas.

Sorprendedme.

Y lo hicieron.

Todos los búhos, todos los pájaros silvestres volaron hacia el cielo y se lanzaron en picado como si fuesen uno, en un sólido muro de plumas; una cacofonía de cantos. Dispersaron a las Madres Búho y a esos extraños chicos pálidos, que salieron corriendo en todas las direcciones.

Üku fue la única que no se cubrió. Se quedó quieta como la cumbre de una montaña en medio de una tormenta de nieve, mirando a Kylee con una sonrisa en la cara.

—¡Brysen, Nyall, vamos! —les gritó Kylee. La sonrisa de Üku era tan afilada como un pico y Kylee no quería quedarse para el primer picotazo.

Los chicos se apresuraron a ponerse de pie al mismo tiempo que las Madres Búho y los jóvenes que intentaban reagruparse, pero aún eran acosados por la bandada, empujados hacia abajo por la

pendiente en un motín de graznidos y chillidos.

—¡Mi cuchillo! —gritó Brysen e intentó cruzar al lugar donde la Madre Búho lo había soltado, pero el disparo de una ballesta cruzó a la distancia y se enterró en la tierra justo frente a su mano.

—¡Déjalo! —dijo Kylee, y Brysen no se opuso. Él y Nyall saltaron hacia la cascada de hielo y treparon por la superficie resbaladiza lo más rápido que pudieron. Nyall tuvo la agudeza de romper el hielo a patadas mientras subía para así destruir el camino más rápido por el que podían perseguirlos.

Cuando llegó arriba y estuvo otra vez de pie, Brysen no miró a Kylee. Se giró y sostuvo en alto su puño. Su rostro estaba dolorido pero esperanzado y observaba a la salvaje bandada, que aún ahuyentaba a las Madres Búho y la extraña colección de chicos. Shara estaba entre ellos, obedeciendo la orden de Kylee.

Brysen silbó y Kylee dudó de que el halcón respondiera. Temió que su hermano se quedara demasiado tiempo intentando llamarla y los atraparan, pero antes de que pudiera insistirle para que solo corriera, Shara se separó de la bandada y voló con furiosa elegancia al puño desnudo de Brysen. Sus patas se posaron con suavidad sobre los nudillos de él y aunque su agarre seguramente dolía, una pequeña sonrisa robó las comisuras de sus labios. Agotada como estaba, Kylee sonrió con él. Su ave había regresado por su propia cuenta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Brysen. Podía estar refiriéndose a lo que había pasado con los pájaros o lo que había sucedido con las Madres Búho para que todo terminara tan mal, pero no estaba segura de poder explicar ninguna de las dos cosas, y mucho menos

ahora. Nyall solo la miraba con la boca abierta.

—¿Vas a quedarte mirándome así para siempre? —preguntó.

Él negó con la cabeza, aún mudo.

Ella puso los ojos en blanco.

—Solo está sorprendido —explicó Brysen—. Ambos lo estamos.

—Tú sabías que yo podía... hablar así —dijo ella—. Siempre lo has sabido.

—Yo... —comenzó a decir Brysen, pero se detuvo—. Nunca pensé que podías hablar... *así*.

—Bueno... —Se quedó callada. Había aprendido algunas cosas mientras estuvieron separados, cosas en las que no quería pensar—. Tenemos que irnos ya —respondió en lugar de explicar nada, luego se giró hacia una aglomeración de peñascos detrás de ellos para guiar el camino, saltó y trepó por una estrecha grieta. Brysen lanzó a Shara desde su puño para que los siguiera volando, como la había entrenado, y así tener ambas manos libres para escalar.

Debía ser muy difícil para Brysen despachar a Shara de su puño tan pronto después de estar a punto de perderla, pero de todas formas lo había hecho. Un cetrero que no dejaba volar a su rapaz en libertad no era demasiado bueno como cetrero, y la fe de Brysen en sí mismo era más insolente que nunca. Lo que fuera que había pasado en el bosque con esos extraños chicos no lo había quebrado.

Cuando llegó a la cumbre del primer peñasco, Kylee miró hacia abajo y notó la mancha de sangre en el puño izquierdo de Brysen cuando este se impulsaba hacia arriba. Era raro, el corte en su muñeca ya se estaba cerrando y ella había vendado suficientes heridas para saber que esta debería haber estado chorreando

peligrosamente. Hubiese querido mirar con más detenimiento, pero primero necesitaban poner algo de distancia entre ellos y las Madres.

Al alcanzar la cima de los peñascos, se encontraron en una cuesta cubierta de nieve, tenuemente iluminada por la llegada del amanecer. El bosque de los abedules de sangre daba un giro como de anzuelo frente a ellos; tendrían que cruzar por un tramo estrecho de este otra vez antes de salir a campo abierto del otro lado, y probablemente se vieran forzados a realizar una escalada más difícil. Cuanto más alto llegaran, más escarpada y traicionera se volvería la subida. Por ahora, sin embargo, podían correr y corrieron a los árboles. Sin ser llamada, Shara voló de regreso a Brysen.

—Está asustada —dijo él.

No habían avanzado demasiado cuando comenzó el ululato.

—Tiene buenas razones para estarlo —respondió Kylee—. Búhos.

—Esos no son búhos —susurró Nyall. Señaló a la izquierda y vieron un destello blanco entre los árboles. Otro ululato, y un destello blanco detrás de ellos, una agitación de ramas. Más ululatos.

Los chicos pálidos los estaban siguiendo, intentaban flanquearlos y coordinaban su cacería con ululatos y cantos. Kylee cambió de dirección y se dirigió a un ángulo que había atrás, más abajo por la cuesta, pero vio más chicos debajo. Se dieron la vuelta y había más.

Y entonces apareció el primer búho encima de una rama.

Otro aleteó para quedar al lado de aquel. Kylee se detuvo, dio media vuelta, pero más búhos aterrizaron sobre las ramas y más

ululatos llegaron desde los chicos perseguidores. Las Madres Búho no estarían demasiado lejos. Si los atrapaban otra vez, Kylee temía que ninguno de ellos sobreviviera. Üku había exigido obediencia y Kylee no se la había dado.

Otro búho aterrizó. Los estaban rodeando.

Y entonces Nyall desapareció. Y después Brysen.

—¡Aquí abajo! —susurró Brysen y ella vio su rostro en una pequeña abertura debajo de las raíces de un árbol. Se deslizó ahí dentro y se encontró cara a cara con uno de los chicos pálidos. Llevaba un bolso tejido cruzado en su pecho desnudo, pero no parecía guardar ningún arma. De todas maneras, Kylee cerró las manos en un puño. Mejor arrepentirse que morir, pero Brysen la detuvo antes de que atacara.

—Este es Jowyn —dijo Brysen—. Él...

—Estoy de vuestro lado ahora —completó el muchacho, y aunque no sonaba muy feliz al respecto, parecía genuino—. Conozco un camino que ellos no podrán seguir con facilidad.

—Él me ha salvado la vida —le contó Brysen a Kylee, que no era lo mismo que pedir que confiara en él, pero que fuera con ellos era la mejor opción que se le ocurría a Kylee en este momento, así que lo siguió a través de la oscuridad hacia un laberinto de cavernas y túneles debajo del bosque. Gatearon en la lóbreguez, sintiendo el olor de los pies de unos y otros y el sudor y la sangre. Brysen se detenía cada dos por tres a reconfortar a su ave, a la que había encaperuzado, pero aun así esta podía percibir que estaba en un lugar donde las aves no deberían estar. Siguieron gateando más y más y más.

—¿No crees que tus amigos también conocen estos túneles? —preguntó Nyall cuando se detuvieron a descansar en la oscuridad absoluta.

—No estaremos mucho tiempo más aquí abajo —respondió Jowyn—. Hay una abertura más adelante.

—Y luego, ¿qué? —preguntó Nyall—. Todavía estamos en su montaña. Todavía nos están persiguiendo.

—No son los únicos que os están persiguiendo —explicó Jowyn. Escucharon que se alejaba de prisa y después un rayo de luz brillante inundó el túnel al empujar él una puerta de madera cubierta de nieve. Les hizo señas para que se acercaran a la abertura y al maravilloso aire fresco.

Estaban en una saliente baja sobre la ladera oriental de la montaña. El sol se alzaba rojo y escondía la puerta entre sombras. En una pendiente suave debajo de ellos, había un campamento de una docena de mercenarios, que llevaban paquetes, apagaban sus fuegos y se preparaban para continuar su ascenso hacia el Desfiladero Innombrable.

—Esa es Yves Tamir. —Kylee se había fijado en una de las figuras que se encontraba entre los mercenarios—. La hermana mayor de Goryn.

—Y de Jowyn —acotó Brysen.

—Jowyn Tamir murió —dijo ella.

—Y también vivió. —El chico se encogió de hombros.

Con la luz de la mañana, ella pudo observar bien al chico pálido. A primera vista, parecía más un espectro o un miembro trastornado de una secta de culto al búho níveo, pero Kylee pudo

ver en la forma amplia de su rostro, en el aspecto pesado de sus ojos, los rasgos Tamir que le eran tan familiares.

Ella no supo qué pensar. Su hermano había hecho un amigo nuevo muy interesante, y ese amigo los había guiado a una salida que quizás fuera igual de peligrosa que si regresaban.

—¿Qué está haciendo Yves aquí? —preguntó Brysen.

—Probablemente esté intentando evitar que le des el águila fantasma a mi hermano mayor —sugirió Jowyn.

—Bueno, gracias por traernos aquí —dijo Nyall con sarcasmo—. Gran ayuda. ¿Cómo se supone que dejaremos atrás a tu querida hermana? Prefiero pelear contra cien de tus amiguitos de la nidada que contra Yves Tamir.

—No vas a pelear contra ella —sostuvo Jowyn.

—Oh, no, deja ya esta mierda antiviolencia —gruñó Nyall.

—Ya no vamos a pelear con nadie —dijo Brysen y mostró todos los dientes blancos de su sonrisa. Había descubierto el plan de Jowyn y parecía genuinamente complacido con él, lo que para Kylee significaba que probablemente fuera imprudente, tonto, peligroso y con solo una mínima posibilidad de éxito. Esa tendía a ser la clase de planes que Brysen prefería. Necesitó un segundo más para darse cuenta ella misma de cuál era el plan, y era incluso más imprudente de lo que había imaginado. Era también un poco de astucia empapada de sangre—. Aunque *sí* habrá una pelea.



25

Kylee y su hermano iban lado a lado, sus botas crujían contra la delgadísima capa de hielo encima de la suave nieve de la cuesta. El aire matinal estaba lleno de cristales de hielo sopladados por el viento y Kylee tuvo la esperanza de que el efecto producido por sus figuras iluminadas a contraluz mientras bajaban hacia el campamento, desorientara a los mercenarios de Yves. Era necesario que estuvieran aturdidos, distraídos y dudosos durante un momento, solo lo suficiente...

—Si esto no funciona, te usarán de influencia —dijo Kylee, cuando las figuras en el campamento comenzaron a percibirlos—. Te tomarán de rehén para forzarme a hacer lo que ellos quieran.

—¿Por qué todo el mundo piensa que eres la única que puede atrapar un águila fantasma? —Brysen gruñó al intentar recuperar el aire. Era difícil bajar la pendiente resbaladiza sin caer de bruces al campamento—. No todos los grandes cetreros podían hablar la lengua hueca... y tú *apenas* puedes hacerlo.

Ella no lo corrigió. No quería explicarle que podía hablarla mejor ahora que antes gracias a lo que las Madres Búho le habían enseñado. Él nunca lo entendería, así como su padre tampoco había entendido jamás, por qué no quería aprender más, hacer

más. Todos los que se enteraban de lo que ella podía hacer querían usar su don para cumplir sus propios deseos. Ella agradecía que, a diferencia de todos los demás, Brysen no quisiera que ella usara su talento, incluso aunque fuese porque estaba celoso. Él quería ser el héroe de la historia y una parte de ella también quería que él lo fuera. Ella misma no era ninguna heroína.

Un destello de alas negras le vino a la mente, un grito estremecedor.

No, ninguna heroína en absoluto.

Se sacudió para alejar el recuerdo y se concentró, entornando los ojos debido al reflejo de la luz contra la nieve. A esta altura, deberían haberse puesto bufandas alrededor de los ojos con pequeñas aberturas en la tela para prevenir la ceguera provocada por la nieve, pero era demasiado tarde para eso.

—¿Quién está ahí? —gritó uno de los mercenarios. Parecía más un trampero que un soldado, llevaba cuerdas y redes amarradas a su mochila, pero a su lado se encontraba una mujer que definitivamente era una guerrera. Era una de los «asistentes» de Yves, ya tenía la mano sobre la empuñadura de su espada.

—¡Queremos hablar con Yves! —les gritó Brysen—. ¡Ella sabe quiénes somos!

—Pero ¿quiere ella hablar con vosotros? —preguntó la asistente.

—Bueno, yo soy la razón por la que está aquí, después de todo —respondió Brysen, abriendo bien los brazos, como si estuviera alardeando. Con sus pantalones emplumados, su chaqueta cetrera, su muñeca embadurnada de sangre y su salvaje cabellera gris, parecía una especie de ermitaño de las montañas.

—¿Brysen? ¿Kylee? —los llamó Yves Tamir, caminando por la cuesta para ir a su encuentro. No llevaba ninguna ave en su puño, pero detrás de ella, tres maleteros llevaban águilas en alcahaces. Defensa o señuelo, no estaba claro su propósito. Enjauladas, no le darían ninguna ventaja a Kylee si las cosas salían mal. Levantó la vista pero no vio ningún pájaro en el cielo. Solo Shara en el puño de Brysen y el otro halcón no serían de gran ayuda contra los mercenarios de Yves—. Me parece que estáis yendo en la dirección equivocada.

—¿Sabe Goryn que estás aquí? —preguntó Brysen, y el rostro de Yves se tensionó para después abrirse en una sonrisa.

—Mi hermano tiene una cualidad independiente que prefiero mantener a raya —respondió.

—Eso quiere decir que no —aclaró Brysen.

Yves no contestó. Miró a Kylee, todavía sonriendo.

—Has crecido de forma extraordinaria. Si al menos la mitad de los rumores que he escuchado sobre ti son ciertos, vuestra pequeña excursión quizás tenga éxito.

—No deberías creer todo lo que escuchas —respondió Kylee—. Especialmente si sale de boca de Vyvian.

Yves rio.

—Es verdad que lo que nos dijo sobre que elegiríais el camino de la Quebrada de Oveja Azul no fue completamente cierto, pero no puedes esperar que una espía sea cien por ciento sincera, en especial porque no soy cliente de su familia. Y sin embargo... aquí estáis. No puedo evitar preguntarme por qué.

—Necesitamos tu ayuda —dijo Brysen.

—Ah, ¿sí? —Yves alzó una ceja—. Pero el acuerdo que hiciste fue con mi hermano, ¿no es así? Puede ser muy testarudo cuando un acuerdo no sale como él quiere.

—Quiero que negocies que Dymian esté a salvo —explicó Brysen—, a cambio del águila fantasma.

—¿No confías en que mi hermano mantenga su parte del acuerdo?

Brysen asintió.

—Eres un joven astuto —dijo Yves—. Pero ¿por qué confiarías más en mí?

—Nunca olvidamos lo que hiciste por nosotros cuando murió nuestro padre —argumentó Kylee—. Nunca hubiésemos sobrevivido al primer viento gélido sin tu caridad.

—Soy sentimental —comentó Yves.

—No, no lo eres —respondió Kylee.

—No. No lo soy. Hace mucho tiempo que sé lo que puedes hacer. Tu padre me lo dijo, ¿lo sabías? Quería que te usara para arreglar peleas en las arenas de riña a cambio de una parte de las ganancias. Qué hombre tan mezquino. Un don como el tuyo y lo único en lo que pudo pensar era en apostar. —Eché una mirada a Brysen—. Hasta me ofreció ponerte de garantía. Dijo que podías limpiar las jaulas o trabajar en un burdel. Era un hombre miserable y estás mejor sin él. —Guiñó un ojo—. Pero ya sabías eso.

—Sí —dijo Brysen con frialdad—, lo sabía.

—Entonces, quieres que te ayude a llegar al Desfiladero Innombrable, donde capturarás al águila fantasma y luego me lo darás a cambio de que interceda a favor de Dymian.

Brysen asintió.

—Y, sin embargo, no tienes el águila fantasma, así que has venido a mí con las manos vacías. —Yves hizo un chasquido con la lengua—. Entonces, esto no es una negociación. Es una súplica. Estás rogando, no estás negociando. Y yo podría atraparte y enviar a Kylee a traer el águila a cambio de tu vida. ¿No tendría más sentido eso? No entiendo por qué Goryn no hizo eso desde un principio.

Yves hizo un gesto con la cabeza hacia su asistente, quien avanzó hacia Brysen desenfundado su espada. Las manos de Brysen fueron hacia el cuchillo en su cinturón por instinto, pero este no estaba allí.

—Pensamos que dirías eso —dijo Kylee—. Y desde un comienzo tampoco creí que esto sería una gran negociación.

—Entonces, ¿por qué os habéis acercado a mí?

Kylee sonrió.

—¿Has escuchado el dicho que dice «matar dos pájaros de un tiro»?

Yves asintió, sus ojos se entrecerraron para hacer el cálculo, pero ella no tenía idea de lo que se le venía encima. Kylee miró hacia atrás y a lo alto, a la cresta. Nyall y Jowyn estaban bien escondidos, pero no los buscaba a ellos. Tenía que hacer un poco más de tiempo.

—Estamos aquí porque no sois los únicos que nos estáis persiguiendo —explicó—. Obviamente no somos rivales para vosotros, ni para ellos, pero pensamos que quizás podríais manteneros ocupados entre vosotros.

—Uh, ¿quiénes? —Yves se sobresaltó, sus ojos se dispararon hacia todos lados—. Oh, ¿quiénes?

—*Uh, oh.* —Brysen rio—. ¡Exactamente!

A Kylee le hubiese gustado quejarse de su retorcido sentido del humor al imitar un búho en este momento, pero justo cuando Yves Tamir terminó de comprender, los primeros búhos descendieron, sus plumas blancas iban a toda velocidad sobre la nieve blanca. Fueron invisibles hasta que sus garras destellaron y luego vinieron las flechas lanzadas por ballestas.

—¡Tomad posiciones de defensa! —gritó Yves, mientras corría para refugiarse. Kylee y Brysen se dirigieron rápidamente hacia el otro lado, a toda velocidad treparon la cuesta para rodear la cresta de la estribación de piedra, mientras los mercenarios de los Tamir devolvían el fuego y soltaban sus águilas contra enemigos invisibles.

Más de una decena de Madres Búho arremetieron desde el extremo de la cuesta, siguiendo el ataque de sus aves, y entablaron combate con los mercenarios. Sus rapaces chocaron en el aire mientras ellas luchaban en tierra, con una mezcla de flechas, filos y peleas mano a mano.

Kylee y Brysen habían llevado a las Madres Búho directamente a los mercenarios y ambos grupos lucharían durante un rato. A Kylee de verdad no le importaba quién sobreviviría mientras ninguno volviera a seguirlos.

Ella y su hermano estaban casi sin aire cuando llegaron a la cima de la Quebrada de Oveja Azul y se encontraron con Jowyn y Nyall otra vez.

—No puedo creer que haya funcionado. —Nyall estaba asombrado y miraba hacia abajo. Los asistentes de Yves habían acorralado a dos Madres Búho, pero no habían visto al búho cornudo que se cernía sobre ellos y que estaba a punto de lanzarse con las garras abiertas. Kylee apartó la mirada antes de escuchar los gritos.

—Una misión para atrapar al águila fantasma siempre termina en sangre —dijo Jowyn con tristeza. Había creado la oportunidad para una carnicería entre su hermana-enemiga y sus «exmadres», y no parecía muy feliz consigo mismo—. Espero que esta sea la última que la veamos.

Jowyn sacó la cuchilla de garra negra de Brysen de su bolsa. Brysen la sujetó y Kylee notó que, al hacerlo, los dedos de ambos se tocaban; los de Brysen se quedaron sobre los del otro chico por apenas un momento más del que era necesario. Sus miradas estaban entrelazadas.

—Gracias —dijo Brysen.

Jowyn asintió una vez, después apartó la mirada.

—¿«Veamos»? —le preguntó Kylee al chico.

—Me han expulsado —explicó—. Os llevaré hasta el Desfiladero, donde se sabe que suele cazar el águila fantasma.

—¿Por qué me has salvado? —preguntó Brysen—. ¿No sabías lo que te harían si lo hacías?

El joven asintió.

—Lo sabía, pero creo en salvar a quien pueda cuando tengo la posibilidad. Es así de simple.

—Eso no tiene nada de simple —observó Kylee.

—No —coincidió Jowyn. Los gritos y el choque de los filos venían en eco desde abajo—. Supongo que no.



Pasaron el día atravesando caminos, estrechos y crestas afiladas como las navajas. Jowyn parecía conocer cada punto de apoyo y asidero y nunca se agitaba, y repetidas veces iba escalando adelante y luego esperaba a que el resto lo alcanzara. Una o dos veces Shara voló hacia donde él estaba y esperaba a sus pies a que Brysen llegase. A su hermano no parecía importarle cuando Jowyn la levantaba; al menos no como le molestaba cuando los demás lo hacían.

El sol cruzó su cenit; ellos se abrieron camino por un terreno de peñascos y luego por otra cuesta exigente donde crecía un único abedul de sangre. Las piernas de Kylee ardían por el esfuerzo de la subida, Brysen iba jadeando y resollando todo el camino y Nyall se esforzaba por esconder una cojera. Ninguno de los chicos admitiría que estaban agotados, así que le tocaba a Kylee sugerir un descanso en nombre de ellos.

—Deberíamos detenernos un rato —dijo ella.

Nyall había apoyado la espalda contra el solitario árbol antes de que terminara la oración.

—Siento que mis piernas son fideos hervidos —gimoteó.

Jowyn sacó un almuerzo de pan y queso de su morral, y Brysen se sentó contra una roca y alimentó a Shara con migajas. Ponía una migaja en la yema de su dedo y luego lo movía en círculos. El ave miraba atentamente la migaja en el dedo, luego su rostro y de

nuevo la migaja, hasta que él dejaba de moverla y ella podía picotearla. Cada vez que ella sacaba la migaja de su dedo desnudo sin romper su piel, él sonreía. Shara también parecía disfrutarlo y se arreglaba las plumas después de cada bocado sin carne. Por un rato, Brysen ignoró a todo el resto. Era como si solo él y Shara existieran.

—Estás guardando secretos —Jowyn le dijo a Kylee, que miraba a Brysen—. Deberías saber que esos secretos saldrán a la luz. El águila fantasma tiene la habilidad de revelar cosas que preferiríamos no saber.

—Es solo un pájaro —masculló Kylee, aunque era evidente que ni ella ni Jowyn creían eso.

—¿Qué pasó con las Madres? —preguntó Jowyn.

Nyall tenía los ojos cerrados, pero su cabeza se inclinaba ligeramente hacia ella. Estaba escuchando. La mano de Brysen se quedó quieta. También escuchaba.

Kylee respiró hondo. ¿Cómo podía contarles? ¿Qué necesitaban saber? Tanto Brysen como Nyall la amaban a su manera, ella lo sabía, pero se preguntó qué límite tenía el amor. En su experiencia, ningún lazo era irrompible, sin importar cuán complejos fueran los nudos del tiempo y del afecto. Lo que les contaría ahora quizás rompiera todos.

Se preparó, tomó aire. Recordó un destello de plumas, un grito. Era mucho más fácil derramar sangre que contar la verdad.

—Soy una asesina.



Después de que los rescataran de los transportistas y los separaran, las Madres Búho habían llevado a Kylee a su asentamiento, un trecho plano de la montaña que lindaba con un precipicio. Había varias cuevas excavadas en la pendiente vertical, cada una de las cuales contaba con una vista al bosque de abedules de sangre, de las cimas más bajas de la cordillera iluminada por las estrellas y del valle. *Muy poco de lo que sucede abajo escapa a su atención*, pensó Kylee. Las Madres Búho parecían saber todo, pero en realidad sabían cómo utilizar una buena vista panorámica. Una vida en las montañas le había enseñado a Kylee que la perspectiva era igual de buena que la sabiduría.

Las entradas de su cuevas estaban adornadas por pesados tapices para dejar fuera a los elementos y había un gran círculo cavado en el suelo en el medio de su asentamiento, sus lados iban pendiente arriba, tal como las arenas de riña más grandes allá en Pihuela Rota, pero esta tenía escalones tallados en su borde empinado.

Después de una abundante pero silenciosa comida alrededor de un horno de piedra, las Madres se reunieron en esos escalones y

ordenaron a Kylee que se parara en el centro con Üku. A su izquierda había un poste alto con un pequeño gancho en el extremo superior, quizás alguna clase de percha. Sintió que estaba en una arena de riña, pero no tenía ni halcón ni filo. Nunca había querido ninguno de los dos antes, pero se sentía impotente y expuesta frente a ellas, iluminada por una luna demasiado brillante.

—Kylee vino a nosotras —anunció Üku a las mujeres reunidas—, con algo de reticencia.

Las Madres rieron. Las palabras viajan en el viento hasta aquí arriba y, al igual que en Seis Aldeas, los secretos eran pájaros raros, casi nunca vistos y jamás se mantenían por demasiado tiempo.

—Que estés aquí, Kylee, no es ningún accidente. El viento que te trajo a nosotras ha estado empujándote hacia aquí por largo rato.

—¿Me conocen? —Estaba perpleja. Saber sobre una expedición hacia el águila fantasma era una cosa (las Madres Búho podían haber visto a su hermano, Nyall y ella viniendo), pero que la conocieran, la *esperaran*... esa era otra historia.

—Has hablado en lengua hueca desde que eras una niña, ¿no es cierto? —preguntó Üku.

Kylee no respondió. *Que sepan lo que saben y nada más.*

—También te has resistido a ella todo este tiempo, ¿no es cierto?

Otra vez, no les dio nada. Ella tenía un objetivo aquí, y no era este.

—Mi hermano y yo estamos en una expedición trampera —dijo—. Con su bendición, nos gustaría escalar hacia el Desfiladero Innombrable.

—¿Para capturar al águila fantasma?

Ella asintió.

—¿Y crees que lo lograrás sin nuestra ayuda?

—Apreciaríamos su ayuda —dijo Kylee. Estaba teniendo el cuidado de hablar de «nosotros», de mostrar que no era solo su misión, sino también de su hermano, y que él era esencial para ella. No aceptaría que le sucediera nada malo, donde fuera que los habían llevado a él y a Nyall. Ascenderían todos o ninguno.

—Y te ayudaremos, Kylee. —Üku le puso una mano en el hombro—. Te encontramos para ayudarte. Pero para que te ayudemos, debes aprender a hablar. No debes tener miedo a la lengua hueca. Debes dominarla como las aves de presa dominan la caza. Lidian con la vida y la muerte según lo demande su apetito, pero a diferencia de ellas, nosotras elegimos. Nosotras, y solo nosotras, podemos elegir cuándo crear vida y cuándo quitarla. Podemos hacer daño y podemos curar. Bajo este cielo solo nosotras tenemos el poder de hacer esas elecciones con sensatez y con cuidado. ¿Por qué le tendríamos miedo?

Kylee se cruzó brazos.

—Enséñale a mi hermano. Él es quien sueña con comandar a las rapaces del cielo. Él es quien quiere atrapar al águila fantasma.

—Él no tiene las palabras.

—Pueden enseñárselas.

La Madre Búho dio manotazos al aire, en un gesto de desdén.

—Podemos enseñarle los sonidos a cualquiera. Pero hacer los sonidos y hablar el lenguaje no es lo mismo. Las palabras tienen peso, fueron forjadas por la historia y la memoria. El peso de una

palabra solo puede ser sostenido al vivirlo. Tu hermano habla muchos lenguajes silenciosos, y con el tiempo tendrá que aprender el suyo, pero tú llevas las palabras de la lengua hueca, aquellas que no se han perdido por completo en el tiempo.

—No las quiero —respondió ella. La lengua hueca era veneno. Toda su vida la había llevado a tener problemas y no solo porque su hermano no podía hablarla. Había aprendido lo que podía hacerte el creer que la vida y la muerte te pertenecían, cómo pensar que podías manejar las reglas del cielo te podía poner el corazón agrio como el vinagre—. La lengua hueca es una lengua muerta que debería permanecer así, muerta.

—La lengua hueca es un lenguaje vivo —la contradijo Üku—. Es como una llama que debe ser cuidada. Cada generación debe preservar el lenguaje de sus madres, o se perderá, y cada generación debe inventar el lenguaje por sí misma, o no tendrá significado. El lenguaje crece con todos los que lo hablan.

—Que lo aprenda otro. —Kylee miró a las mujeres curtidas por el clima que la habían tomado prisionera—. Puedo hacer suficiente daño con el lenguaje que ya hablo.

La piel alrededor de los ojos de Üku se arrugó con su sonrisa.

—Oh, les enseñamos a otras ya.

Abrió las palmas de las manos e hizo un gesto para que una chica de la edad de Kylee se acercara. Estaba vestida como una aprendiz de mercader altari, llevaba su largo cabello rubio trenzado hacia atrás y usaba unas calzas de cuero grueso bajo una blusa colorida, pero sobre esta usaba un chaleco acolchado de cuero y un trapo le envolvía desde los nudillos hasta el codo para

que un halcón se posara allí o para mitigar sus puñetazos. Por la fuerza en sus hombros y muslos, Kylee no estaba segura de si lo primero o lo segundo era lo más probable. No le gustaba demasiado pensar en ninguno de los dos.

—Esta es Grazim —dijo la Madre Búho—. Ella, como tú, tiene instintos para la lengua hueca y, como tú, debe aprender a blandirla. Competirán esta noche.

Üku silbó y lanzó un pequeño trozo de carne al suelo entre Kylee y la otra chica. Un pequeño halcón colirrojo macho hambriento voló hacia la cuesta desde abajo y aterrizó en el suelo entre Kylee y Grazim, y tomó la carne con el pico. Se quedó parado inmóvil, equidistante a ambas, y Üku retrocedió hacia el borde del círculo.

Grazim adoptó una postura con piernas más separadas y relamió sus labios, con los ojos fijos en el halcón. Los búhos alrededor del círculo sobre los puños de sus líderes pasaban su peso de una pata a la otra pero, aparte de eso, no se movían. El halcón, al percibir los depredadores a su alrededor, iluminados por la luna, se replegó sobre sí mismo, asustado, y sus plumas se pegaron contra su cuerpo.

La primera impresión de Kylee sobre este lugar había sido correcta. Estaban en una especie de arena de riña, pero no había cuerdas ni cuchillos y solo un ave. Grazim ya conocía las reglas y Kylee solo podía adivinarlas. ¿Debían comandar al ave para atacarse una a la otra?

Üku sacudió la mano y tres Madres Búho emergieron de una de las cuevas cubiertas por alfombras que había sobre ellas. Acarreaban a una figura renga, un hombre que apenas podía

mantenerse de pie. Tenía las manos amarradas y le habían puesto una capucha improvisada sobre la cabeza. Las mujeres lo arrastraron hasta el poste de madera en el borde del círculo y lo colgaron de los amarres en sus manos al gancho que estaba en el extremo. Luego sujetaron sus piernas al palo con una soga gruesa y le quitaron la capucha.

Kylee contuvo la respiración. Conocía a Petyr Otak de toda la vida. Él y su hermano eran espías de uno de los kyrgios. Ellos afirmaban que era Bardu, pero la mayoría de la gente pensaba que les pagaba un miembro inferior de los Cuarenta. Nunca habían tenido el talento artero que se requería para subir de rango, no como Vyvian y su familia. De cualquier modo, los Otak siempre habían sido bastante inofensivos, pero la habían visto en las arenas cuando llamó a Shara en lengua hueca para que bajara.

—Te siguió por las montañas —dijo Üku—. Él y su hermano pretendían robarte.

—¿Dónde está Lyl? —preguntó Kylee.

—Muerto. —Üku no mostró emoción alguna.

—Kylee... —murmuró Petyr, mirándola con ojos hinchados y morados. Tenía la nariz rota, la cara ensangrentada—. Kylee... —repitió.

—Había tradiciones en los cultos al cielo ancestrales de los que todos venimos... tu pueblo y el de Grazim y también el nuestro —explicó Üku, para comenzar una lección que Kylee no quería aprender—. Involucraban ofrecer sacrificios a las rapaces. Sacrificios humanos. Honramos esas tradiciones. Grazim comandará el ataque; tú, Kylee, controlarás la defensa. No pueden

tocarse de forma directa, ni a la ofrenda, sino que deben actuar solamente a través del ave. Es así de sencillo.

Se alejó más, hasta abandonar el círculo.

—Crees que la lengua hueca solo sirve para destruir. Quizás tengas razón, quizás no. Ahora es momento de averiguarlo.

—*Shyehnaah* —dijo la otra chica, y el halcón se lanzó contra Petyr.



27

Mientras el halcón atacaba, Petyr se retorció para liberarse pero no se podía soltar. El ave aleteaba frente a él, le rasgaba el rostro con las garras y chillaba.

—¡Ay! —gritó él. Las Madres y los búhos en sus puños observaban con la misma impasividad.

—¡Detengan esto! —exclamó Kylee.

—La palabra en lengua hueca para ave rapaz es *Shyehnaah* —enseñaba Üku, con voz llena de urgencia—. La palabra misma es solo un sonido. Como cualquier palabra, es portadora de las historias que la hacen. En las historias antiguas, *Shyehnaah* era un ave extraordinaria que llamaba a todas las otras hacia ella. Muchas se perdían en el camino. Hermosas aves terminaban con sus brillantes plumas quemadas por los fuegos desérticos; aves tímidas temían volar en bandada y, solas, se perdían bajo las tormentas; y las aves valientes se veían a sí mismas en las aguas transparentes del lago infinito y se acobardaban ante su pequeñez y volaban demasiado bajo para parecer más grandes en su reflejo. Las olas las derribaban. De todas las aves que salieron a encontrar a *Shyehnaah*, solo cuarenta sobrevivieron, de ahí la referencia que

hacen los uztaris con su Concilio de los Cuarenta. Pero para el sufrimiento y el anhelo (el difícil camino para encontrar al propio ser), esa es la palabra. Solo cuando te conozcas a ti misma podrás darle sentido a la palabra que digas.

—*Shyehnaah* —gritó Kylee—. ¡*Shyehnaah!* ¡*Shyehnaah!* ¡*Shyehnaah!*
—No hacía ninguna diferencia. El ave rasguñaba y picoteaba el rostro de Petyr. Él no se podía defender. Contaba con Kylee para eso.

—¿Quieres ayudarlo? —preguntó Üku.

—¡Sí! —respondió Kylee.

—No te creo —dijo Üku—. El halcón tampoco te cree.

Kylee giró hacia la chica, con los puños en alto aunque sabía que si golpeaba a la muchacha, caería un castigo sobre ella.

—¡Haz que se detenga! —rogó—. ¡Haz que se detenga!

La chica negó con la cabeza. Luchaba con una sonrisa en las comisuras de la boca. Sabía que iba ganando.

Kylee se volvió hacia Petyr y el halcón.

Petyr los había seguido a las montañas, había trabajado contra ella. Para peor, era un hombre de la edad de su padre que conocía la crueldad de este y sin embargo jamás había levantado un dedo ni dicho una palabra para ayudarlos. Probablemente habían bebido juntos en Pihuela Rota. Palmeando uno el hombro del otro de camino a casa. En su corazón, sabía que no le importaba demasiado qué le ocurriera a Petyr Otak.

Pero no quería ser esa persona. No quería ser alguien que observaba a un hombre sufrir y no hacía nada para ayudarlo. Podía sentir el calor dentro de ella, el aliento que comenzaba a

arder. Esto no se trataba de Petyr. Se trataba de ella.

—Enséñame una palabra —le gritó a Üku.

—¿Qué palabra quieres?

—¿Cómo lo llamo hacia mí?

—Usa la palabra para el lugar al que uno está ligado. Está en el nombre de tu pueblo —dijo Üku—. *Tar*.

—¡Aayyyy! —volvió a gritar Petyr.

Kylee cerró los ojos. Pensó en sí misma en sus momentos favoritos. Cuando escalaba sola durante la mañana mientras salía el sol y le calentaba la espalda. Cuando llegaba a la cima justo en el momento en que pensaba que sus piernas cederían bajo su peso y se daba cuenta de que podía hacer el último esfuerzo. Cuando observaba el Collar y las Aldeas debajo. Cuando veía su casa bajo la luz dorada de la mañana y sabía que estaba a salvo y era libre.

—*Shyehnaah-tar* —dijo y el halcón bajó al suelo y giró la cabeza casi hasta quedar al revés para mirarla. Dio un paso dudoso, luego otro y luego batió sus alas y se impulsó para volar a su puño, donde se posó con un ahuecamiento de sus plumas. Su brazo se sacudió, lo que provocó que el ave abriera las alas y se excitara, pero no volvió a despegar y se calmó tan pronto como ella lo hizo. El halcón la miró expectante, sin perturbarse. El rostro de ella seguramente mostraba perturbación suficiente para ambos.

—Gracias. —Las lágrimas surcaron el rostro ensangrentado de Petyr—. Gracias, Kylee. Gracias.

Normalmente, cuando Kylee soltaba una palabra de la lengua hueca por desesperación o terror, después se sentía pequeña, aliviada pero vacía, como los suspiros que venían después de

llorar. Pero ahora sentía el calor de la palabra aún en su lengua. Sintió una conexión con el halcón salvaje en su puño, había algo precioso en saber que le había hablado en su lenguaje, no en el de ella, y que había entendido.

Hasta ese momento no sabía que jamás se había sentido completamente comprendida. Su padre había creído que ella reprimía su don por terquedad; Brysen estaba celoso de ella; y su madre creía que su talento era una blasfemia. Pero esta rapaz la había escuchado, la había visto y había venido simplemente porque ella se lo había pedido. Ella dijo exactamente lo que quería decir y había creído en lo que había dicho.

—Has llamado al cazador a ti —advirtió Üku—, pero su naturaleza no es tu naturaleza. Ten cuidado con lo que le dices ahora, porque las verdades intercambiadas entre sangres tan diferentes como las de vosotros dos no se pueden deshacer.

—*Shyehnaah preet* —gruñó Grazim y Kylee no necesitó saber qué significaba la segunda palabra para comprender su crueldad. El halcón se lanzó desde su puño, voló bajo y se aferró al cinturón en los pantalones de Petyr con sus garras mientras aleteaba para mantenerse en vuelo—. *Kraas* —ordenó la chica y la cabeza del halcón se disparó hacia adelante con la rapidez de un rayo, su pico perforó el estómago de Petyr y desgarró la piel hasta sus entrañas.

—¡Ayyy! —aulló Petyr y el halcón se apartó con un hilo de carne colgando del pico como un gusano recién atrapado. Se lo tragó y se lanzó por otro bocado.

—*Shyehnaah-tar* —repitió Kylee, pero el halcón no respondió.

Petyr chilló mientras lo despedazaban vivo.

—En la lengua hueca, algunas verdades son más fuertes que otras. —Üku gritó por encima de los gemidos—. *Preet* es la palabra que conocen para «presa». *Kraas* es la palabra para «comer». Las necesidades animales básicas del cazador siempre se aferran a este con más fuerza que una orden vinculada a verdades humanas. —Üku hizo una pausa y observó a Petyr retorciéndose, la sangre se derramaba desde sus vísceras—. A menos que esas verdades sean más grandes que las necesidades del animal. Quien hable con las palabras más verdaderas puede comandar al cazador. Ese es el desafío de la lengua hueca. Esa es su exigencia.

—¡Kylee! —gimió Petyr, mirándola a través de un velo de sangre. Las manos de Kylee temblaban; su mente estaba en blanco. ¿Qué verdad podía encontrar que fuese más fuerte que el instinto asesino de un halcón y su necesidad de comer? No tenía respuesta. Con cada latido que pasaba, otro alarido que helaba la sangre salía del hombre en el poste. Había perdido demasiado tiempo ya. Nunca podría salvarlo ahora. Aunque el ataque cesara, él no sobreviviría. Sus gritos dispersaban todo pensamiento lúcido que ella podía encontrar.

—Lo siento —susurró—, lo siento tanto.

El halcón voló a la punta del poste y saltó hacia abajo para aterrizar sobre la cabeza de Petyr, sus garras sujetaron su cráneo y se clavaron en su cuero cabelludo. Se inclinó para apoyar su pico en sus ojos.

—¡No! —La voz de Petyr era chillona—. ¡Eso no! ¡Por favor!

Grazim sonrió, pero Üku estaba seria.

—Puedes detener esto, Kylee. El vínculo que amarra el

pensamiento al sentimiento es el lazo que hace posible el lenguaje. Úsalo.

Kylee recordó los gritos de su hermano la noche en que su madre la sujetó y cantó, la noche en que Brysen fue prendido fuego. Recordó los alaridos y recordó haber ido corriendo al herborista más tarde en busca de un unguento para frotarle en la piel, para calmar el calor y detener la infección. No podía deshacer la quemadura, pero podía proveer el unguento.

Esta vez, no necesitó que le dijeran la palabra. Se alzó en ella por su propia cuenta, salida de algún lugar en su interior que sabía cosas que ella no sabía que sabía. Su pulso se desaceleró y el calor dentro de ella se acumuló. Lo contuvo y soltó la palabra como fuego vivo.

—*Iryeem* —clamó—. *Iryeem*.

Desde arriba vino un extraño traqueteo. El halcón dejó de picotear, miró el cielo nocturno y el primer buitre descendió al suelo frente a Petyr, luego otro y otro. Una oleada de buitres rodeó al desgraciado hombre.

Los buitres de la montaña eran aves enormes, tenían el rostro azul en mullidas cabezas blancas y el resto de sus plumas eran de oscuros tonos marrones y grises. El halcón, superado en número por los pájaros más grandes y calmado por el llamado de Kylee, salió volando al cielo y desapareció por la montaña.

La sonrisa de Grazim se transformó en una mueca, ella negó con la cabeza y miró a las Madres Búho en busca de guía. Mientras la mayoría de ellas susurraban entre sí, Üku asentía hacia ella con aprobación.

Más buitres bajaron, llamados desde la naturaleza hacia aquí por el viento en el que había volado la palabra de Kylee. Se reunieron alrededor de Petyr, luego arremetieron contra él con las alas abiertas en una cortina de marrones, grises y blancos que bloqueó el festín mortal de la vista. Los gritos de Petyr se detuvieron unos pocos momentos después, cuando los buitres lo dejaron más allá de dolor. Kylee se estremeció; el calor de la palabra la había dejado con frío.

Üku estaba a su lado ahora, después de moverse con tanto silencio como un búho, y su voz fue tan suave como la bruma a oídos de Kylee.

—¿Sabes lo que significa la palabra que pronunciaste? *¿Iryeem?*

Kylee negó con la cabeza. La palabra había venido a ella como surge la respiración cuando un nadador rompe la superficie del agua después de estar demasiado tiempo sumergido.

—Significa «misericordia» —reveló Üku.



—No quería matarlo —confesó Kylee, con lágrimas en los ojos. No estaba segura de cuánto tiempo había pasado. Se había dejado caer al suelo después de la riña y se había doblado al medio para vomitar. No podía dejar de temblar y se preguntó si iba a desmayarse.

La luna se había hundido bien abajo en el cielo y los buitres devoradores habían convertido a Petyr en poco más que carne colgada de un garfio. Intentó ponerse de pie, pero sus rodillas se tambalearon y sus pies estaban entumecidos.

—No sabía que harían eso —agregó.

Üku se puso en cuclillas a su lado, corrió su cabello hacia atrás y cuando Kylee terminó de vomitar, le dio una taza hecha de piedra de fuego con té caliente.

—Los grandes poemas saben más que sus poetas, pero no pueden existir sin ellos. Este también es el arte de la lengua hueca. A veces una principiante da con la palabra perfecta, pero la falta de control puede ser peligrosa tanto para el hablante como para el receptor. Es por eso que queremos que estudies y entrenes con nosotras. Podemos aprender unas de otras.

—Pero está muerto; ¡gané yo! —objetó Grazim, que aún estaba de pie, tensionada, en la arena de riña, lista para luchar ella misma

contra Kylee para probar su victoria.

—Sí —confirmó Üku—. Está muerto. Ganaste. Y también serás entrenada. Pero Kylee nos ha mostrado algo valioso. —Ayudó a Kylee a ponerse de pie, la empujó a beber el té, que calentó a Kylee instantáneamente y al mismo tiempo aclaró su cabeza. Se sentía más tranquila y tomó la taza con ambas manos, pero decidió no tomar ni un sorbo más. Fuera lo que fuese que habían puesto ahí, no quería más—. Nos mostró el tipo de creatividad bajo presión que se necesita en una batalla.

—¿En una batalla?

—Al servicio de los kyrgios —dijo Üku—, a quienes hemos prometido que te entrenaríamos.

—¿Me vendieron al Castillo del Cielo?

—¿Venderte? —Üku negó con la cabeza—. Cuánto drama. Te estamos ayudando a obtener lo que quieres: controlar al águila fantasma en el cielo.

—Eso no es lo que quiero —dijo Kylee—. Quiero ayudar a mi hermano. Él quiere el águila fantasma y solo para salvar a alguien a quien cree amar.

—Es una forma interesante de expresarlo.

Kylee se encogió de hombros. No tenían por qué enterarse de los asuntos de Brysen.

—No estoy haciendo esto para que un kyrgio pueda simplemente quitarnos el águila de las manos cuando la atrapemos —manifestó Kylee.

—Se aproxima una guerra, Kylee —explicó Üku—. Los kartamis están creciendo y se mueven rápido, y vienen a arrancar todas las

aves del cielo. Nuestros intereses y los de tus kyrgios en el Castillo del Cielo son los mismos. ¿De qué sirve salvar a Brysen y su amante si los kartamis terminan decapitándolos a todos?

—¿A ti qué te importa? ¿Por qué se ponen al servicio de los kyrgios? —Esta vez, Üku no ofreció explicación alguna. Kylee tuvo que descifrarlo por sí misma—. Porque están parados entre vosotros y los kartamis... —dijo—. Los kartamis no son solo una amenaza para Seis Aldeas, sino que para vosotros también... Pero tienen que pasar sobre *nosotros* primero. Las laderas bajas son la primera línea de su defensa.

Üku no lo negó, pero había más. Kylee no lo podía terminar de dilucidar, hasta que miró sus alrededores y se dio cuenta de que solo había mujeres y chicas aquí. Para sobrevivir, necesitaban forasteros... forasteros que proveían los kyrgios uztaris. Todo el tiempo desaparecían chicos.

—Sobreviviremos —aseguró Üku—. Puedes ayudarnos a sobrevivir.

—Atrapen el águila fantasma vosotras —gruñó Kylee.

—No podemos —respondió Üku—. No tiene interés alguno en escucharnos... pero ha estado interesada en ti por largo tiempo. En tu familia.

—Lo bastante interesada para matar a mi padre —dijo Kylee.

Üku asintió, pensativa.

—Es una forma de verlo, pero quizás el águila fantasma tenga más perspectiva de lo que crees. Desde lo alto de su posadero, ve más de lo que puedes imaginar. Su voluntad es suya, pero quizás puedas persuadirla para que cumpla la tuya. Para que cumpla la

de todos nosotros.

Kylee negó con la cabeza. No era una guerrera y no se convertiría en *su* guerrera. Había visto lo que la violencia les hacía a los cuerpos y no quería tener nada que ver con eso. Las aves rapaces mataban para comer, pero, como la Madre Búho había dicho, solo los humanos podían elegir matar. O elegir no hacerlo. Ella no dejaría que la convirtieran en una asesina.

Más de lo que ya lo era.

—Me voy a buscar a mi hermano —declaró.

—No permitiremos que simplemente dejes esto atrás. —Üku hizo sonar su cuello y se paró en el camino de Kylee—. Alguien que habla la lengua hueca de forma irresponsable no puede andar libremente. Puedes caer en las manos equivocadas. Imagina lo que te harían nuestros enemigos. No todos quieren lo mejor para ti, Kylee.

—Tú tampoco.

—Nuestros intereses están alineados. Eso debería ser suficiente.

—Solo déjala ir; no la necesitamos —opinó Grazim, pero una mirada furiosa de Üku la silenció.

—Deberías escucharla —le advirtió Kylee y caminó hacia el borde del círculo. Üku se paró frente a ella otra vez antes de que pudiera dar tres pasos y otras dos Madres Búho la flanquearon igual de rápido. Detrás de ella, el resto de las Madres se habían levantado de sus asientos en la cuesta. Kylee sintió un hormigueo en la parte de atrás del cuello, la sensación de que una cantidad incalculable de búhos tenían los ojos fijos en ella—. Dejarme ir.

Los ojos de Kylee se dispararon hacia los lados de la arena y

confirmaron lo que ella temía: ballestas apuntaban desde ángulos opuestos a sus omóplatos. Si disparaban, las flechas harían un X a través de su corazón. Miró a los buitres, que aún comían. ¿Podría encontrar una palabra para comandarlos? ¿Contrarrestaría Üku cualquier cosa que ella intentara? ¿Y qué pasaría con Brysen si ella moría aquí mismo, ahora mismo, y lo dejaba en la montaña?

Frente a ella, Üku alzó una ceja, haciéndole una pregunta. *¿Y ahora qué?*

Algo que Kylee y su hermano tenían en común —quizás un gran don familiar— era que se negaban a dar marcha atrás frente a una causa completamente perdida. Tenía que ser un rasgo heredado, supuso, porque nunca antes se había imaginado a sí misma haciendo algo tan estúpido como lo que hizo a continuación.

—Gracias por el té —dijo y luego, alzando la taza como para brindar con su captora, arrojó el líquido caliente al rostro de Üku. La mujer se tomó los ojos, Kylee hizo una voltereta hacia adelante y la derribó para dejarla atrás. Los disparos de las ballestas salieron volando, uno le rozó la cabeza a Üku, el otro pasó zumbando inofensivamente hacia la ladera y las copas de los árboles que estaban debajo.

Kylee ya corría a toda velocidad, hacía saltos controlados hacia abajo por la cuesta y caía sobre sus pies justo a tiempo para pasar a gatas por peñascos y por el borde de una garganta estrecha, yendo a toda velocidad directo hacia el bosque de abedules de sangre.



—Y ahí fue cuando los encontré —les dijo Kylee a los tres chicos

sentados alrededor de ella—. Las Madres Búho nos vendieron para salvar sus propios pellejos.

Esperaba que Jowyn las defendiera —a las mujeres a cuyo culto había pertenecido hasta hacía poco— o que Nyall la reconfortara o que Brysen le dijera que había hecho lo correcto y que Petyr Otak se lo merecía, pero ninguno habló. Todos estaban perdidos en sus propios pensamientos, supuso, cambiando lo que pensaban de ella, decidiendo si era un peligro, quizás, determinando si ella siempre había sido un monstruo o acababa de convertirse en uno en la montaña.

Sabía la respuesta a esa pregunta, obviamente, pero ninguno de ellos la hizo. En lugar de eso, Brysen se puso de pie y le ofreció una mano para ayudarla a levantarse del suelo.

—Entonces, ¿es cierto? —preguntó—. ¿Es cierto lo de los kartamis? De verdad están en camino.

—Las Madres Búho piensan eso —respondió Kylee.

—Y lo mismo debe creer Goryn —agregó Nyall—. Probablemente por eso quiere el águila fantasma. Para defensa.

—El águila fantasma no defiende a la gente —afirmó Jowyn—. Y mi hermano, tampoco.

—No me importa la guerra de los kartamis con el Castillo del Cielo ni los planes de Goryn para el águila —les dijo Brysen—. Me importa hacer lo que prometí. Me importa Dymian.

Kylee notó que su hermano se miraba los pies para eludir la mirada de Jowyn y de Nyall. También evitaba la de *ella*. Una parte de él tenía que saber cuán imprudente estaba siendo. Una parte de él tenía que pensar en el cuadro completo.

Cualquiera que fuese esa parte, ya la había aplastado cuando levantó la mirada, decidido.

—Voy a hacer esto. Ese es el trato que hice. Jowyn me llevará al Desfiladero Innombrable. Si llego antes del anochecer, creo que tengo un plan para atrapar al águila. —Miró a cada uno de ellos—. Pero me vendría bien un poco de ayuda. —Su hermano dio un paso hacia ella, le apretó la mano—. No te forzaré a usar la lengua hueca —agregó—. Sé cuán difícil es para ti.

Kylee le devolvió un ligero apretón en la mano, contenta de recibir un gesto de amabilidad de su hermano después de tanto tiempo, contenta de que finalmente él pedía ayuda. Pero, aun así, mientras asentía con la cabeza, lo único que pudo pensar fue: *No tienes idea de cuán difícil es para mí.*

Formaron una línea y escalaron en fila hacia el borde irregular de Pico del Demonio, un camino de piedra oblicuo con un pico ganchudo arriba. Escalaron hasta bien pasado el anochecer, luego se despertaron para seguir subiendo. Pasó casi un día completo hasta que finalmente llegaron al paso estrecho debajo del Pico, donde presionaron sus espaldas contra la piedra cubierta de nieve para caminar arrastrando los pies a lo largo del borde de un declive infinito. Una vez que dejaron atrás el camino oblicuo, hicieron una subida rápida a la orilla de las cuestas irregulares del Desfiladero Innombrable, donde el águila fantasma tenía su nido. Observaba a todo aquel que se acercaba. No serían más grandes que una rata a los ojos del águila.

Kylee conocía esta subida. Ya la había hecho una vez.

Petyr Otak no había sido su primera muerte.

UN BOSQUE DE ÁRBOLES NUEVOS

Un revoltijo de sangre y plumas manchaba la cuesta nevada. Había paquetes esparcidos entre los cadáveres tanto de humanos como de águilas y búhos. Mujeres de cabello gris yacían despatarradas, con el pescuezo rebanado; sus ojos, apagados, apuntados al cielo, sus amados búhos tirados a su lado, atravesados por flechas de ballesta. Los mercenarios uztaris estaban machacados como carne, los cuerpos cubiertos con saetas y plumas. *Qué repugnante desperdicio de vida, pensó Yval Birgund, pero las batallas siempre lo son.*

Había visto algunas en su época de soldado, muchas menos desde que era consejero de defensa de los Cuarenta. Por más temporadas de las que podía contar ahora, había pasado sus días explicando la asignación de provisiones y los gastos del movimiento de oficiales cetreros a los reclusos kyrgios y sus asistentes. Había sido un alivio del tedio de la vida cortesana cuando lo habían despachado al mercado de Seis Aldeas y hasta un placer cuando le informaron que debía asistir a una expedición en las montañas sobre las Aldeas.

Eso había sido antes de saber que estaría persiguiendo niños entre las nubes. Después de intercambiar palabras con los muchos espías del pueblo, se había enterado acerca de los chicos que debía

perseguir y la noble, si no absurda, tarea que habían emprendido por sí mismos. También se había enterado de que había conocido al muchacho, ese niego de plumaje gris que había salido a ayudar a un niño callejero. Al menos esperaba tener la oportunidad de azotar al chico. Nadie lo dejaba como un tonto, menos aún un descarado pajarito de las Aldeas.

Cuando su séquito había encontrado los cuerpos de los transportistas, lo había tomado como el tipo de bandidaje por el que los seisaldeanos eran conocidos. Brutal pero nada inesperado. Sin embargo, parado frente a esta segunda escena de carnicería, tenía que revisar sus conjeturas. Estos jóvenes habían desatado una masacre.

—Un nuevo bosque crecerá aquí —le dijo Üku, la Madre Búho, tan estoica como siempre pese a las heridas que había recibido—. Haré luto para ver muchos de estos árboles crecidos. —Pateó el cuerpo de uno de los mercenarios—. Y escupiré la base de otros.

Yval Birgund suspiró. Üku había perdido a mucha de su gente. Hasta ahora, los hombres de Yval no habían encontrado el cuerpo de Yves Tamir, que era lo mejor que podía pasar. Su madre exigiría represalias y kyrgia Bardu había dejado en claro que la alianza del Castillo del Cielo con las Madres Búho era una prioridad. También lo era el bronce que el castillo recibía de los vastos y variados negocios de los Tamir. Ganar la guerra requería riqueza y las Madres Búho no eran las aliadas más acaudaladas.

—Debes admitir —le dijo Yval— que estos chicos son ingeniosos, hicieron de su debilidad una fortaleza.

La mujer manifestó que estaba de acuerdo solo con un resoplido.

La quemadura roja en su rostro y sus ojos irritados hablaban por sí mismos del porqué.

—Llegado el momento, aún contaremos con vosotras para entrenar a la chica —explicó él—. Rencores de lado.

—Yo *no* guardo rencores —le respondió Üku—, pero *sí* tengo memoria. Una muy buena memoria.

Ese último comentario podría haber estado dirigido a él tanto como a Kylee. Él conocía a Üku desde hacía suficiente tiempo como para saber que no debía darle la espalda cuando estaban solos.

—¿Crees que será capaz de hacer bajar al águila fantasma? —preguntó.

—Eso dependerá del águila —contestó Üku—. Su talento es bruto, eso lo hace impredecible y hay mucho que no entendemos sobre él. Kylee es muy protectora de su hermano, lo que puede ser de ayuda o un obstáculo.

—Eso no es una respuesta.

—No soy mística —espetó ella—. Quieres un augurio de clarividencia estudiada. Yo hablo de lo que se puede saber.

—Bueno, entonces dime lo que sabes —replicó Yval—. O considera nuestra alianza finalizada.

—Nuestra alianza no protegió a mi familia —dijo ella—. Nuestra alianza, hasta aquí, parece ser bastante unilateral.

—Cuando mis fuerzas mantengan a los kartamis lejos de tu montaña, vuelve a hablarme —gruñó Yval—. Habrá suficiente sangre derramada para compartir cuando estas esquiras vengán volando del desierto con sus cometas. A menos que podamos controlar a la chica.

—Y a menos que ella pueda controlar al águila —agregó Üku.

—Sí, eso mismo.

—Entonces, ¿quieres encaminarte hacia el Desfiladero Innombrable? —le preguntó Üku y él volvió sus ojos, entornados, hacia las cimas nevadas de la cordillera de la Mandíbula Superior. Bien arriba de ellos, más allá de Pico del Demonio, podía ver la depresión cubierta por las nubes del Desfiladero Innombrable, una garganta estrecha que formaba una solitaria U escarpada y se alzaba hasta la cumbre de la cordillera, donde solo volaba el águila fantasma.

—No. —Sacudió la cabeza—. ¿Tienen un guía?

Üku asintió.

—Es un buen muchacho. Nos ha dolido perderlo.

—Habrá otros. —Rio por la nariz—. Siempre nos encargamos de que los haya. —Consideraba que el asunto de la nidada era desagradable y su estricta visión de los varones y mujeres era desconcertante, pero reescribir las tradiciones de las Madres Búho no era de su incumbencia. Ellas tenían sus formas, Uztar tenía las suyas, y mientras pudieran trabajar juntos, no importaba demasiado.

Regresó la conversación a los mellizos.

—Con la ventaja que nos llevan, corremos el riesgo de perderlos en el descenso si tienen éxito. Y si fracasan, no valdrá la pena hacer el esfuerzo de la subida.

—Si fracasan, seguramente escuchemos sus gritos —consideró Üku.

—Creo que tengo un plan diferente —dijo Yval—. Pero requerirá

más de ti de lo que quieres dar, quizás.

—Los sacrificios que he hecho hasta aquí exigen que llegue hasta el final de esto —respondió ella—. Si se requiere más de mí, más daré, pero no me habré sacrificado en vano, ¿entendido? Ni los muros del Castillo del Cielo te mantendrán a salvo si todo esto termina en nada.

—Qué curioso que menciones el Castillo del Cielo —comentó Yval, y el gesto estoico de Üku se disolvió mientras él le explicaba el resto de lo que necesitaba de ella. A las Madres Búho, Yval sabía, no les gustaba dejar su montaña.

Durante una guerra, mucha gente tenía que hacer cosas que no le gustaban. Y esta guerra apenas comenzaba.

BRYSEN

VIENTOS Y HERIDAS



—No tienes buen aspecto —le dijo Kylee—, ¿estás bien?

Brysen apoyó la cabeza contra la roca más cercana, su respiración se volvía bruma frente a su boca y tenía los ojos cerrados. Se había detenido a descansar.

—Es la altura —respondió él, lo que podría haber sido cierto. Tan alto como estaban, a todo el mundo le costaba respirar, todo el mundo se descomponía un poco. Bueno, todos menos Jowyn. Lo que fuese que la savia de los abedules de sangre le había hecho a su cuerpo lo había adaptado al aire rarificado. Brysen esperaba que Kylee no lo mirara con demasiado cuidado, porque algunas de las propiedades de la savia estaban en él ahora, y en realidad tampoco estaba sintiendo los efectos de la altitud. Estaba perturbado por otro tipo de mal cuando se juntaron a mitad de camino de la cuesta empinada que llevaba al Desfiladero Innombrable.

El recuerdo.

Un poco más abajo de donde estaban, tras paquetes y carpas y cuerdas abandonadas por expediciones pasadas sin éxito, habían echado raíces, y unos pocos arbustos de maleza que crecían en el suelo rocoso y zonas de nieve se aferraban tercamente contra el

azote de los vientos que pasaban como por un embudo a través del desfiladero. Él conocía esos arbustos, recordaba el contacto de sus ramas ásperas sobre su cara mientras él se escondía detrás de ellos, cómo sus hojas duras habían crujido cuando él tembló, delatándolo. Cómo los sonidos de lo que había pasado a continuación habían hecho eco contra las elevadas paredes del Desfiladero Innombrable durante mucho tiempo.

Él había estado aquí antes.

En aquel momento, casi lo habían atrapado siguiendo a su padre. Yzzat había contenido la respiración y había desenvainado su cuchilla, y Brysen supo que estaba a punto de morir. Había estado seguro de que, en vez de sentir gratitud porque hubiera venido a ayudar —a mostrar que *podía* ayudar—, su padre finalmente lo mataría y él había sabido que no se resistiría, que no hubiese podido.

Se había imaginado la cuchilla curva de garra negra entrando en él, prácticamente había podido sentir cómo rasgaba la piel cicatrizada de su costado para deslizarse entre sus costillas, cómo se retorcería el filo y el frío que lo inundaría cuando la punta afilada tocara su corazón. No había tenido miedo; había sentido alivio. Finalmente ya no habría más temores, no esperaría más el final brutal. Estaba aquí, era ahora.

Y luego no lo era.

Había venido esperando la muerte y había recibido vida. El águila fantasma le había salvado la vida esa noche.

Era mejor que Kylee no lo supiera. Siempre le había dicho que había robado el cuchillo de su padre antes de que se fuera a esa

expedición final y que después había querido tenerlo de recuerdo, y ella nunca lo había cuestionado. Nunca lo había cuestionado sobre esos días en absoluto, cuando le dijo que había pasado un giro completo de la luna escondido *después* de robar el cuchillo, aterrado de lo que podía pasarle cuando su padre regresara. Solo había vuelto a casa después de que todos supieran que Yzzat no lo haría. Qué había hecho Kylee mientras él no estuvo —cómo ella y su madre se las habían arreglado sin él—, no lo preguntó y ella no lo mencionó. Y su madre solo rezaba, nunca hacía preguntas. Y de todos los silencios de sus vidas después de que el águila fantasma matara a su padre, el más pesado era el que rodeaba esa época.

Pero aquí estaba Brysen otra vez, como un halcón que circunvuela el terreno de caza, volando alrededor del mismo círculo una y otra vez, pero a más altura, con una caída más profunda.

Su propio halcón iba de una pata a la otra en su puño, replegándose sobre sí mismo. El Desfiladero Innombrable tampoco era un lugar agradable para Shara. Hundía la cabeza y la giraba de un lado a otro deprisa, intentando ver en todas las direcciones al mismo tiempo. La dejó en el suelo, suelta. Ella necesitaría esa ventaja si tenía que escapar rápido. No la amarraría tan cerca del nido del águila fantasma. Si las cosas salían mal, Shara tendría la posibilidad de huir volando.

—Un descanso nos vendría bien a todos —dijo Jowyn con los ojos puestos en Brysen. Él le estaba siguiendo la corriente, pero había una pregunta en su cara, una que Brysen no tenía ninguna intención de responder. Sin embargo, sentía que podría, que Jowyn

quizás lo entendería. Jowyn también había huido a las montañas una vez, después de todo. La única diferencia era que, al contrario de Brysen, él había encontrado lo que estaba buscando. Brysen aún no, pero estaba listo para hacerlo.

—Tendremos que ponernos en posición antes de la puesta del sol —explicó Brysen—. Necesito que cada uno de vosotros desempeñéis un papel en esto. Perdí mis redes y trampas en la nidada, pero aún tengo suficiente soga de seda de araña para amarrar al águila una vez que la derribemos.

—¿«La derribemos»? —Nyall respiró—. ¿Estás seguro de que la altura no te ha quemado el cerebro? Ninguna persona puede derribar un águila fantasma.

—*Ninguna persona puede* —señaló Brysen—, pero un grupo unido, quizás sí. Piénsalo: ¿alguna vez leíste las historias de los antiguos tramperos? ¿Ymal el Tonelero, Valyry el Singuante, las hermanas Stych?

—No soy de leer, Bry —se mofó Nyall—. Y hasta donde sé, tú tampoco.

—Exactamente —dijo Brysen—. Porque nada de lo que hay escrito sobre esas leyendas es verdad. Si lo fuera, todos los que siguieron sus pasos habrían atrapado al águila fantasma.

—Así que el hecho de que nadie haya escrito sobre un grupo que tuvo éxito en atrapar al águila fantasma te hace pensar que se puede lograr. —Nyall negó con la cabeza.

—¿Estás diciendo que no confías en mí? —preguntó Brysen. No le había pedido a Nyall que viniera a este viaje. De hecho, no lo había invitado. Ambos sabían que solo estaba aquí porque estaba

enamorado de Kylee. Nyall haría cualquier cosa que ella dijera. Brysen se volvió hacia su hermana.

—No es imposible —sostuvo ella—. Yo sí leí todos los fragmentos de las viejas historias. Se contradicen unos con otros. No quiere decir que no sean verdad, sino que quizás la verdad sea más complicada.

—Complicada —repitió Nyall, mirando a Kylee y después a Brysen.

—Las historias hablan sobre estos grandes héroes —explicó Kylee—. Pero todas dejan cosas fuera, se saltan partes, intentan hacer que el trampero del que tratan suene como la mejor de las personas. Pero en la vida real nadie es perfecto. En la vida real, nadie puede hacer todo solo.

—En fin —agregó Brysen—, cada trampero que ha venido hasta aquí solo ha muerto. Así que nuestras posibilidades son mejores si trabajamos juntos. Es bastante simple. Atraemos al águila aquí, la agarramos de las patas y la amarramos, tal como hacemos con halcones de paso que queremos adiestrar.

—Los halcones de paso no tienen el tamaño de un humano adulto —objetó Nyall—. Los halcones de paso no pueden desprender los brazos de sus presas de un picotazo.

—¿Estás diciendo que tienes demasiado miedo? —Brysen le escupió—. ¿No quieres estar aquí? No tienes ningún problema para cantar hacia nuestra ventana y discutir sobre alcahaces, pero cuando realmente necesitamos tu ayuda, ¿nos contestas con argumentos para no hacerlo?

—¡Ey! —le respondió Nyall gruñendo—. ¡Estoy tratando de

protegerte!

—Nunca fue a *mí* a quien intentabas proteger —replicó Brysen.

—No te enfades con Nyall —intervino Kylee—. Solo está haciendo preguntas. Estamos todos de tu lado. Todos *queremos* ayudarte.

—¡Ya era hora! —bufó Brysen.

—¿Qué quieres decir con eso? —estalló Kylee.

—Sabes exactamente lo que significa —le respondió él.

—Bueno, estoy aquí ahora.

—¡Exactamente!

—¿No me quieres aquí? —Kylee se puso de pie—. ¿Después de que me pediste ayuda? —Le apuntó a la cara con un dedo—. ¡Ya estarías muerto si no hubiese venido detrás de ti!

Brysen golpeó el dedo de su hermana y se levantó para mirarla directamente a los ojos.

—Ya sé que eres mejor que yo, ¿de acuerdo? ¡No hace falta que me lo restriegues por la cara todo el tiempo! —le gritó con una furia que lo sacudió. Empujó a Kylee hacia atrás. Su voz hizo eco contra las crestas a cada lado del Desfiladero. Sonaba como la voz de su padre.

—No te atrevas a gritarle. —Ahora Nyall también estaba de pie, entre Brysen y su hermana—. No ha hecho más que defenderte desde que erais niños, y tú nunca le has mostrado gratitud alguna. Mascas hoja de cazador y pierdes el tiempo y nunca haces *nada* para ayudar a tu familia. Tu hermana es la persona más maravillosa que he conocido jamás y tú la tratas como una paloma de señuelo, mientras veneras el sudor de ese desnidador de

Dymian. Me enferma. Hay veces en que quiero darte un puñetazo en la cara.

—Hazlo, entonces —dijo Brysen y acercó el rostro al de Nyall, tanto que sus frentes casi se tocaban. Siempre había sabido que su «amigo» lo odiaba en secreto, que solo lo estaba usando para acercarse a Kylee, igual que todos los demás. Ella era la especial, la que tenía talento, la que era inteligente. Él solo era un fracasado, el pobre chico golpeado al que miraba haciendo chasquidos con la lengua y negando con la cabeza, sobre quien creían que nunca podía hacer nada demasiado bueno.

Nyall lo empujó.

—Quizás cuando te rompa todos los dientes, le gustes más a Dymian.

—Quizás con la cabeza reventada, Kylee te preste algo de atención.

—No transformes esto en algo sobre mí, Brysen —gruñó Kylee—. Tú eres el que nos metió en esto. Es por tu culpa.

—¿Crees que no lo sé? —Brysen estaba llorando ahora, pero había sacado su cuchilla y su furia se extendía a lo ancho, como alas. Quería moler la cara de Nyall a golpes y la cara de su hermana, e incluso la cara de Jowyn, que no había dicho nada y aún estaba sentado contra una peña con los ojos cerrados y los dedos entrelazados frente a él. ¿Estaba *rezando*? ¿O estaba tratando de distraer a Brysen de su objetivo, intentando robar su amor de Dymian para poder convertir a Brysen en un extraño como él?

¿Y quién era Brysen para pensar que el chico era un extraño? Era *él* quien estaba cubierto de cicatrices, el que quería a la gente

equivocada y hacía promesas absurdas y seguía espectros hasta las nubes, y el que no haría nada en la vida que valiera la pena recordar y quien fracasaría y fracasaría y...

—Todos necesitáis respirar hondo ahora mismo. —La voz calmada de Jowyn atravesó los disturbios en la mente de Brysen—. El águila está cerca. Está en la cabeza de todos vosotros. —Miró a Brysen—. Los pensamientos que estáis teniendo no son la verdad de quiénes sois. Ninguno de vosotros. Miraos unos a otros. *Veros*. Sois más de lo que estáis sintiendo en este momento. Sois más que vuestros peores pensamientos. Estos pensamientos no son más sólidos que una nube. Recordad eso. Tenéis que recordarlo, u os destruirá uno por uno.

Brysen vio la calma del chico y lo enfureció. No necesitaba que lo sermonearan.

—*Prrpt* —pio Shara.

—¡Cállate! —Brysen le gritó, levantando un puño. Shara se sobresaltó y Brysen sintió que la sangre abandonaba su rostro. Estaba a punto de desmayarse, tuvo que sostenerse para no caer. Nunca lastimaría a Shara. Nunca. Este no era él.

Levantó la mirada hacia Kylee, cuya cara estaba retorcida por el enfado y el dolor, y esa no era ella tampoco. Ella era fuerte y leal y tenía cerebro y talento para repartir y todo lo que ella había hecho era por él. Y Nyall era leal y divertido y generoso, y nunca se acobardaba en una pelea. Y estaba aquí ahora.

Los dos estaban aquí. Con Brysen. *Para* Brysen.

El águila fantasma no podía plantar pensamientos en sus mentes; solo podía distorsionar los que ya estaban ahí. Pero como

había dicho Jowyn, eran mucho más que sus peores pensamientos. Quizás había partes de verdad en todo lo que acababan de gritarse, pero solo las partes más dentadas. Nadie era solo la suma de las cosas rotas en su interior. De todas formas, ¿qué eran las grietas, sino aberturas?

—Lo siento —dijo Brysen y sintió que se aclaraban sus pensamientos; el acto de pedir perdón lo ayudaba a sentir la verdad de su disculpa—. Eso... eso no es lo que pienso sobre ninguno de vosotros... no realmente.

Nyall asintió. Estiró una mano. Brysen se sobresaltó ante el movimiento, pero Nyall solo le apretó el hombro.

—Lo mismo digo —respondió.

Kylee no emitió palabra alguna, solo abrazó a su hermano y lo sostuvo con fuerza.

—Te dije que no te pediría que hables la lengua hueca —le dijo Brysen—. Pero eso no quiere decir que no te necesite. Sí te necesito. Siempre te he necesitado.

Kylee se secó los ojos.

—Quisiera poder decir las palabras correctas para hacer esto —ella le explicó—, pero si algo he aprendido de las Madres Búho es que es peligroso cuando no tengo control de lo que digo. No sé qué podría hacerle hacer al águila si lo intentase.

Brysen se sintió aliviado en cierta forma. Había venido a capturar al águila por sí mismo y aunque nadie había creído que podría lograrlo —ni Goryn ni las Madres Búho ni Yves Tamir—, lo haría. *Ellos iban a conseguirlo.*

Sintió una determinación férrea, una oleada de orgullo, y tuvo

que preguntarse si esto no era también un truco del águila. ¿Se estaba engañando a sí mismo para sentir confianza? ¿El águila lo estaba llevando directo a sus garras?

No importaba. Tenía que hacerse. La vida de Dymian dependía de ello y, ahora, la de todos ellos también. Él era el responsable y no fallaría. Levantó a Shara.

—Para que esto funcione —dijo—, necesitaremos un señuelo. — Sostuvo a Shara contra su pecho. Las suaves plumas le calentaron las manos y Brysen pudo sentir el delicado latido del corazón de su ave junto al suyo. Aclaró—: Un señuelo *humano*.



—Yo lo haré —dijo Kylee.

—Yo lo haré —dijo Nyall en el mismo instante.

Ambos se miraron, ambos querían que el otro se echara atrás.

—No. —Jowyn se puso de pie y se acercó a Brysen—. Tengo que hacerlo yo.

—Tú nos has traído hasta aquí —dijo Brysen—, no puedo dejarte hacer esto. Ya te he costado suficiente.

—¿«Costar»? —El chico negó con la cabeza—. Esto no es el mercado. Lo que doy, lo doy sin esperar nada. Cuando te salvé la vida, quedé ligado a ti como un halcón a un cetrero. No estoy amarrado; elijo dónde volar. Y esta es la única forma que tiene sentido. —Él miró al grupo—. Vosotros tres tenéis experiencia en atrapar aves de presa. Yo no soy cetrero, no he sostenido un pájaro en el puño desde mi infancia en Aldeas. No sirvo de nada cuando se trata de sujetar al águila. Pero sobresalgo en la oscuridad. Seré una gran atracción.

—¿Una atracción? —Brysen lo miró de arriba abajo. A medida que el sol se hundía bajo la cordillera de altas montañas y la oscuridad pintaba de púrpura el Desfiladero Innombrable,

comprendió a qué se refería Jowyn. Su piel blanca brillante lo hacía resaltar.

—Puedo ser muy *atractivo*. —Jowyn guiñó un ojo. Brysen no había visto ese destello risueño desde que las Madres Búho lo habían expulsado. Era un momento extraño para hacer bromas, pero cada uno controlaba el miedo a su manera.

Brysen aceptó. No tenían demasiado tiempo, así que les pidió a Kylee y Nyall que usaran algunas piedras chatas para cavar tres pozos poco profundos que serían puestos de caza. Cuando llegara el momento, Jowyn se quedaría en posición en medio de ellos. Era un viejo método, más viejo que cualquier red o trampa sofisticada. Así era cómo los primeros cetreros habían atrapado aves rapaces para adiestrar. Cavaban los pozos a un brazo de distancia de una paloma de señuelo herida y cuando un halcón, águila o búho bajaba a matar a la paloma, sujetaban a la rapaz de los tarsos y la sometían contra el suelo, luego la amarraban con soga de seda de araña y la acarreaban a casa para comenzar el adiestramiento. Lo bueno era que los halcones no guardaban rencores, de otra forma, los primeros cetreros jamás hubiesen amansado al primero.

—Realmente debes quererlo mucho —dijo Jowyn, interrumpiendo los pensamientos de Brysen, mientras Kylee y Nyall resoplaban por el esfuerzo de cavar los pozos en el suelo rocoso. El chico le ofreció una de sus sonrisas desconcertantes.

—¿Qué?

—A ese joven, Dymian —respondió Jowyn—. Realmente debe importarte mucho para darle este tipo de regalo. Una pequeña ave cantora hubiese sido más fácil.

—¿Estás haciendo bromas? —Brysen le devolvió la sonrisa—. ¿Ahora, cuando tu vida está en mis manos?

—Nuestro mundo pesa una pluma; nuestro mundo pesa una roca —recitó Jowyn con una sonrisa de satisfacción—. Haz del mundo lo que quieras o soportar solo su peso te toca.

—Yyyy... ¿ahora eres poeta?

—Todos los románticos somos poetas —respondió Jowyn y miró a Brysen sin parpadear—. Tú también.

Le sostuvo la mirada durante demasiado tiempo, hasta que Brysen apartó la suya, al sentir que su piel chispeaba como brasas de un fogón avivadas por el viento. Intentó apagarla tan rápido como pudo.

—Sí —dijo—, quiero mucho a Dymian.

—En ese caso, mejor pongámonos manos a la obra —respondió Jowyn mientras los otros terminaban de cavar. Señaló la mano de Brysen—. Necesitas usar eso, supongo.

La confusión se volvió claridad cuando Brysen se dio cuenta de que estaba sujetando su cuchilla.

—Cierto. Sí... eh... tienes que parecer herido. Debe haber... eh...

—Sangre —completó Jowyn—. Lo sé.

El muchacho remangó su pantalón hasta su rodilla y Brysen se acuclilló y sujetó la pierna de Jowyn con la mano. El músculo de la pantorrilla era carnoso y fuerte, blanco brillante contra los dedos sucios de Brysen.

—Hazlo —dijo Jowyn—. No te preocupes. Me curo con rapidez.

Brysen asintió, respiró hondo y luego hizo un surco con el filo en la piel de Jowyn. El muchacho hizo una mueca de dolor y la

delgada línea en su piel se puso roja, y el rojo comenzó a derramarse. Se derramó sobre los dedos de Brysen, hacia abajo por la pantorrilla, el tobillo, el pie. Cubrió sus dedos. Él recordó su sabor y se estremeció.

De repente, la mano de Jowyn estaba sobre la suya. Él levantó la mirada.

—Ve —dijo el chico suavemente—. Pero asegúrate de no irte lejos.

Brysen asintió. Se puso de pie, envainó su cuchilla y retrocedió hasta un peñasco bien arriba de la cuesta cubierta de hielo, donde dejó a Shara. La volvió a levantar y la dejó en una grieta profunda en el peñasco. Puso un dedo frente a ella y Shara lo picoteó. Lo movió y ella volvió a picotearlo.

—Mantente oculta —le pidió, como si pudiera entenderlo—. Regresaré a por ti, pero vete volando si es necesario. Vete volando si necesitas hacerlo, ¿de acuerdo?

La miró con intención y ella le devolvió la mirada, pensando lo que fuera que flotase por la mente de un halcón cansado después de un largo día.

Él le sonrió, luego se colocó en el puesto de caza que Kylee y Nyall habían cavado para él.

Jowyn miró el cielo, simulando tener una pierna debilitada y esperó al descubierta, impávido.

La soga de seda de araña era suave en las manos de Brysen mientras él preparaba la mangana. Después se echó y la apoyó frente a él. Se cubrió con tierra. Kylee y Nyall lo observaron desde sus propios hoyos, listos para saltar cuando él hiciera el primer

movimiento. Todo estaba en sus manos ahora; sus vidas estaban amarradas a su valentía. Ellos confiaban en él, y él confiaba en ellos. Eso era real. Fuera lo que fuese que el águila le mostrase, eso era real.

Una oscuridad total había descendido sobre el desfiladero. Arriba, las estrellas parpadeaban con fuerza; llenaban el cielo nocturno de paisaje, se arremolinaban y daban vueltas en la oscuridad pasajera. De tanto en tanto, algunas caían, centellantes.

Brysen sintió que estaba esperando en una tumba a que terminara la noche.

Se preguntó, de forma sombría, si esta águila fantasma era la misma que había matado a su padre. ¿Lo recordaría? O quizás estos pensamientos eran de nuevo, culpa del águila, que jugaba con su cabeza. Los dejó pasar. Pudo pensar en ellos como había dicho Jowyn: nubes que pasaban, con el mismo peso que el aire. Debía mantener una concentración ávida y afilada, para así estar listo cuando viniera el águila.

Si esto donde esperaba era una tumba, era una de la que pretendía salir.



31

Esperaron en la oscuridad, separados pero atentos a los demás. Justo después de que la luna comenzara su lento arco hacia el horizonte opuesto, Jowyn se tensionó como si hubiese visto algo en el cielo y echó una mirada hacia el escondite de Brysen. Cuando no ocurrió nada, se rio a medias de sí mismo y de su nerviosismo, al alarmarse por sombras.

Pero entonces la sombra cayó, chillando.

—¡RIIIII!

El águila fantasma bajó en picado justo sobre la cabeza de Jowyn; su cuerpo era grande como un buey, sus alas, más amplias que la altura de un hombre. El chico se agachó para esquivarla, pero el águila no lo golpeó. Voló hacia arriba otra vez y se perdió en la oscuridad. Brysen siguió su vuelo a través de las estrellas que se iban apagando con su forma, a través del vacío que tallaba en el cielo. Regresó, planeó bien abajo, pero entonces, en vez de agarrar a Jowyn de donde estaba, aterrizó frente a él.

Jowyn cayó hacia atrás, al saltar fuera de su camino, y el águila fantasma se detuvo donde él había estado. Completamente erguida, era más alta que un caballo, sus dos patas negras eran

gruesas como las ramas de un árbol. El águila era oscuridad hecha carne y garras.

Antes de que Brysen pudiera saltar desde su puesto de caza para sujetarla, el águila giró de golpe la cabeza, miró directamente hacia él y abrió bien sus alas.

—¡RIIIIII RIIIIII! —gritó el ave, y cada vello en el cuerpo de Brysen se erizó. El chillido fue tan agudo y horrible que podría haber rajado las estrellas. Brysen quería lanzarse hacia adelante y atrapar a la bestia, pero sus piernas rehusaban moverse. El pánico lo inmovilizó.

Cobarde, parecía decir el águila.

Cobarde, escuchó en la voz de su padre.

El águila fantasma cerró las alas, bajó la cabeza y dio un paso hacia el escondite de Brysen. Sus enormes garras trituraron hielo y piedra. En el rostro del águila, Brysen vio ojos azul brillante, ojos de hielo de la montaña. Sus propios ojos. Los ojos de su padre.

«¡Muévete!», se gritó a sí mismo y finalmente, rompiendo el trance, salió de su escondite y se lanzó derecho al resplandeciente pico negro del águila, en una lluvia de tierra. Esta levantó una pata para golpearlo, con ojos nuevamente negros como el ónix. Justo en ese momento, Nyall y Kylee saltaron desde sus huecos a cada lado, detrás de la espalda del águila. Esta los vio instantáneamente y reaccionó igual de rápido, pero ya estaba erguida sobre una pata. Al tratar de despegar sobre ellos, se ladeó.

El peso completo de Nyall se estrelló contra el ave y la derribó, Kylee envolvió las alas con sus brazos mientras el águila intentaba revolcarse para liberarse.

En menos de un latido, Brysen ya estaba sobre ella, el bucle de su mangana se deslizaba sobre las patas y tiró con fuerza para apresarlas juntas, pero el águila saltó y escapó del nudo antes de que este pudiera ceñirse. Arrojó a Kylee al suelo antes de alzarse en el aire y dar vueltas sobre ellos, batiendo sus alas. Lanzó un picotazo hacia Nyall, que tuvo que rodar fuera de su alcance. Se volvió hacia Brysen y se posó frente a él con las alas bien abiertas y lo hostigó, forzándolo a ir hacia atrás por la cuesta, lejos de Kylee y de Nyall. Las piedras resbalaron debajo de él y las manos se le rasparon con dureza contra la pendiente cubierta de hielo, hasta que su espalda chocó con un peñasco y él y el águila quedaron solos.

Estaba atrapado. El águila lanzó un picotazo y él lo esquivó hacia la izquierda. Otro picotazo, que esquivó hacia la derecha. El aliento del ave olía a sangre y a carne, sus plumas, a hielo y fuego juntos. En una embestida, su pico pescó el borde de su oreja, arrancó una muesca de piel delgada, pero erró su objetivo, que era su cráneo. Los movimientos rápidos que había aprendido en las arenas de riña eran lo único que evitaba que este juego terminara.

Y eso era para el águila: un juego. Para el ave rapaz, la cacería ya había terminado. Solo se estaba divirtiendo con Brysen. Pensó en el picoteo juguetón de Shara con sus dedos, el juego que hacían. Ella era capaz de lastimarlo, pero elegía no hacerlo. El águila encontró sus ojos, sostuvo su mirada y él supo que este era el mismo juego, pero con un final distinto. En el momento en que el águila decidiera matarlo, estaría muerto. Así era cómo este juego terminaba.

Miró hacia abajo, a su hermana, con la esperanza de que quizás invocara la lengua hueca, quizás encontrara la palabra correcta para salvarlo, porque en ese momento él sentía el más básico, el más antiguo de los deseos animales, libre de orgullo o vergüenza o celos: el águila iba a matarlo y él no quería morir.

Kylee estaba lejos, pendiente abajo. Intentaba ponerse de pie y trepaba con las manos y rodillas hacia donde él había soltado la soga.

Jowyn había escalado la cuesta y estaba intentando distraer al ave desde atrás. Esta lo derribó con la cola y con un movimiento del ala. En ese destello de distracción, Brysen se empujó hacia arriba para trepar por el peñasco, pero el águila lo bloqueó, arremetió no con el pico, sino con la cabeza y lo golpeó en el pecho. Brysen se quedó sin aire al caer hacia atrás. Respiró con fuerza y tuvo arcadas, y el águila saltó hacia su lado y lo aprisionó contra el suelo con una pata letal sobre su hombro. Una garra lo perforó, gruesa como una daga.

Brysen gritó. El águila tomó impulso hacia atrás, con la boca abierta. Él vio su lengua de color gris gusano, el pequeño destello del gancho afilado al final de su pico. Se preguntó si sentiría cuando el ave le rompiera la garganta o si esta iría por su estómago para destriparlo, como preferían algunas rapaces. Intentó darle un puñetazo con su brazo libre, pero el rápido pico lo atacó y él se hizo a un lado para proteger su mano. Intentó patalear para liberarse, pero la otra pata del águila se estrelló contra su muslo y lo aplastó. Se quedó helado, sabía que, si se movía otra vez, el juego terminaría, el águila lo destrozaría.

Kylee había sujetado la soga y estaba corriendo a toda velocidad cuesta arriba; Nyall la seguía de cerca, pero aún estaban demasiado lejos. No llegarían a tiempo. No podrían salvarlo.

Quizás Kylee debería haberse quedado con las Madres Búho, pensó Brysen, aprender un poco más. A él le hubiesen servido sus nuevos conocimientos ahora que estaba a punto de morir.

—¡Ki! ¡Ki! ¡Ki!

Justo en ese momento, Shara salió disparada de la grieta del peñasco en donde él la había escondido.

El águila ladeó la cabeza y vio venir al azor solo durante un instante antes de que las garras de este se estrellaran contra su cara.

—¡RIIIIIII! —chilló el águila fantasma. Sacudió la cabeza para quitarse a Shara de encima, después, cuando esta salió volando, le lanzó un picotazo, la cazó de una pata y la arrojó al suelo. El halcón aterrizó con dureza, aturdido, y el águila se lanzó hacia su cuerpo boca abajo.

—¡Vuela, Shara! ¡Ve! —gritó Brysen, y en ese momento su hermana también gritó algo. No supo si habían sido sus palabras o las de Kylee, o si se trató de un ardor vital de Shara por sobrevivir, pero el ave volvió en sí y esquivó el primer ataque, aleteó con fuerza y se alzó hacia arriba en el cielo. Volaba torcido y una pata colgaba floja, pero estaba en el aire.

Sin embargo, era demasiado lenta. El águila estaría sobre ella con solo un salto y medio aleteo. Ya estaba lista para arrancarla del cielo otra vez.

Pero ese era el momento que Brysen necesitaba. Su hombro y su

pierna estaban libres.

Kylee le lanzó la soga de seda de araña. Con un solo movimiento, él la movió hacia arriba, por debajo de la cola del águila, y atrapó sus dos patas justo cuando esta se elevaba del suelo. Las patas se cerraron con fuerza cuando el nudo corredizo se apretó contra sus tarsos. El impulso de la embestida del águila hacia Shara la derribó sobre la tierra.

Brysen le arrojó a Nyall el bucle que había hecho en el extremo opuesto de la soga, quien llegó sin aire, pero a tiempo, y la pasó por debajo del cuerpo del águila. En la siguiente sacudida que hizo para liberarse, la fuerza de sus propias patas amarradas tiró del nudo, lo ciñó e inmovilizó sus alas. La rapaz dio coletazos, como una trucha tirada sobre la orilla. Sus ojos oscuros estaban poseídos por el mismo pánico animal que Brysen había sentido apenas momentos antes.

Mientras el águila fantasma jadeaba, Brysen miró el cielo nocturno, intentó ver a dónde había volado Shara, pero no encontró nada... Ni estrellas apagadas con la forma del pequeño halcón herido ni el crujido de un arbusto donde podría haberse refugiado. En vano silbó una vez, pero sabía que, por seguridad, ella había volado mucho más lejos de donde él podría llamarla.

—¡RIIIII! —gritó el águila atrapada.

Regresa cuando sea seguro, amiga mía, pensó Brysen en dirección adonde había volado Shara. *Por favor, regresa a mí.*

Nunca regresará a ti, también pensó, pero la voz —supo— no era suya, no realmente. *Ella te dejará y morirá sola en la naturaleza.*

El águila se sacudió y se agitó, pero cada movimiento que hacía

solo tensaba más la soga. Brysen se inclinó hacia adelante frente a ella. Esta le lanzó un picotazo, pero él se había acuclillado justo fuera de su alcance. Había atrapado a un águila mucho más pequeña de esta forma una vez: con una soga que se había enredado y retorcido hasta quedar fuera de cualquier esperanza de escape. Esta vez, sin embargo, él había querido hacerlo. Esta vez, lo había planeado. Esta vez, no ardería.

Colocó la mano sobre el pecho agitado del águila fantasma, con los dedos oscuros por la sangre seca de Jowyn. Contra su palma, sintió el pulso acelerado, aterrorizado, debajo de las suaves plumas negras del águila. No parecía diferente al de una paloma, gorrión o halcón atrapados. El ave lo miró con ojos color negro carbón, que irradiaban hambre, odio y miedo, que eran esencialmente lo mismo. Brysen sintió que Kylee le ponía una mano entre los omóplatos.

—No sabes nada —dijo él en voz alta. Con el águila frente a él, sus amigos a su lado y la mano de su hermana sobre su espalda, sonrió.

El águila chilló otra vez.



Para semejante enormidad de ave, el águila fantasma era sorprendentemente liviana, envuelta y amarrada a la espalda de Brysen con las alas plegadas y las patas encogidas debajo de ella. A Nyall, al ser mucho más alto, le hubiese resultado más fácil llevar a la enorme rapaz, pero Brysen quería hacerlo él mismo. El ave era su carga, su trofeo y su pieza de negociación, todo en uno. Nadie podía llevarla por él.

—¡RIIIII! —chilló esta cuando lo ayudaban a alzarla a su espalda.

La cargaba como una mochila, con el rostro del águila apuntando hacia afuera, de forma que no pudiera darse vuelta y clavarle el pico en el cráneo. Esta se movía y se retorció, pero estaba envuelta con demasiada firmeza como para hacerle daño a Brysen. Solo podía mirar hacia atrás de él, obligada a observar cómo el cielo de la noche y las cumbres iluminadas por la luna se iban achicando durante su descenso, cautiva.

—¡RIIIII! —volvió a chillar.

Nunca me dejarán conservar esta victoria, pensó y sintió que el pecho se le estrujaba. El águila ya estaba en su cabeza otra vez. El pánico debió reflejarse en su rostro, porque Jowyn se apresuró a amarrar un trozo de su bufanda alrededor del pico de la rapaz para cerrarle la boca y detener sus chillidos. Y con *eso*, los perturbadores susurros

que había en su mente se silenciaron.

—No es magia —explicó Jowyn—. Si no puede hablar, no puede hablar.

Bry se sintió agradecido, pero parte del daño ya estaba hecho. No podía dejar de mirar a todos lados en busca de Shara, con la esperanza de encontrarla esperando, volando en círculos sobre ellos o revoloteando de peñasco en peñasco al seguirlos montaña abajo. Había un número infinito de formas de buscar, pensó, y no todas eran optimistas. El cielo traía lluvia tanto como rayos de sol, y no todo lo que subía tenía la promesa de bajar. *¿Quién soy sin ella?*, se cuestionó.

Brysen había vendado la pierna de Jowyn con el resto de su bufanda, aunque había dejado de sangrarle hacía bastante tiempo. Hasta la herida en su hombro había comenzado a sanar. Kylee y Nyall llevaban todas las provisiones que pudieron conseguir en los campamentos semienterrados de expediciones menos afortunadas al Desfiladero Innombrable. Encontraron pastillas de fuego para fogatas que debían extenderse en el tiempo; descubrieron frutas desecadas y nueces aún comestibles; hallaron una pala y algunos picos que habrían hecho mucho más fácil cavar esos pozos si hubiesen decidido buscar *antes* de atrapar al águila. Encontraron una o dos cuchillas desenvainadas, cuchillas que no habían hecho nada para proteger a los tramperos que las habían blandido.

Él se preguntó si algunas de estas provisiones habrían pertenecido a su padre, pero nada parecía familiar. Quizás Kylee había evitado esas a propósito. Seguramente algunas partes de él habían quedado atrás la noche en que murió.

Habían decidido tomar un camino distinto para bajar la montaña del que habían hecho para subir, con el fin de mantenerse lejos de los abedules de sangre. Perderían tiempo, pero si se cruzaban de nuevo con las Madres Búho, podrían no regresar a Seis Aldeas. Brysen no sabía cuánto tiempo más tenía hasta que Goryn se hartara de esperar, pero no podía hacer el viaje más rápido. La nueva ruta los forzaría a cruzar las Cascadas Heladas de Reychs, una enorme cuesta que pertenecía a un glaciar en derrumbe, con caminos estrechos y zigzags de hielo sólido que serpenteaban a través de interminables gargantas. Perderían un día completo atravesándolo, pero era mejor ir lentamente que terminar muertos. Escalar era una gran forma de aprender a ser paciente.



—Nadie sabrá de nuestra gloria si desaparecemos aquí —dijo Brysen, que sostenía una vieja cuerda de trampero con firmeza mientras Jowyn se deslizaba sobre un estrecho puente de hielo. Después de un extenuante día de viaje, estaban cruzando la garganta más larga de las Cascadas Heladas de Reychs.

Jowyn había sacrificado su bufanda, pero no parecía tener frío. Brysen observó sus ágiles movimientos y pensó en sus tatuajes. ¿Había alguien allá en Seis Aldeas lo suficientemente bueno para agregar este viaje al cuerpo de Jowyn? Seguramente él lo querría ahí. Brysen sintió otra punzada de culpa por el exilio del joven. Estaba regresando al lugar de donde había huido largo tiempo atrás, una vez más debido a Brysen. Lo menos que él podía hacer por Jowyn era encontrar un artista decente. Nyck probablemente

conociera a alguno. Nyck conocía a todo el mundo.

—Y Dymian sufriría si tú no regresaras —comentó Jowyn, cuando Brysen le sujetó la mano y tiró de él hacia arriba, por encima de la cresta de hielo.

—Claro —dijo él, sonrojándose—. Obviamente. —Había estado tan concentrado en la victoria casi imposible, en la captura del premio más importante de su civilización (en mirar al misterioso chico de su pasado que hacía que todo fuese posible), que por un momento había olvidado *por qué* había atrapado al águila amarrada a su cuerpo.

Sobre su espalda, el águila se sacudió contra sus amarres y durante un instante Brysen podría haber jurado que se estaba riendo.

Obviamente, las águilas no se reían, ni siquiera las águilas fantasma. Eso había sido el viento que pasaba a través de sus plumas. De cualquier forma, hizo que Jowyn ajustara la tela alrededor de su pico la primera vez que se detuvieron a descansar.

Kylee se ofreció a llevar al ave por un rato, pero Brysen rechazó la propuesta. La verdad era que le dolía la espalda y la forma incómoda en que la enorme águila lo obligaba a andar estaba haciendo que le molestaran las piernas, pero no le gustaba la forma en que Kylee la miraba, con una intensidad implacable. La analizaba como estudiaba un nuevo camino para escalar, como algo mortífero que podía conquistar. Y antes de que él la cargara otra vez en su espalda, vio que el águila la miraba de la misma forma.



Esa noche acamparon dentro de una cueva. Cubrieron al águila fantasma con una sábana y mantuvieron el fuego bajo, por si alguien los estaba siguiendo. La pastilla de fuego ardía azul y constante y no necesitaban cuidarla como a un fuego de leña. No hubiesen encontrado madera aquí de todas formas, había señalado Kylee, en un sutil ataque a la falta de planeación de Brysen, contra el que él no pudo discutir. *La suerte favorece a los audaces*, pensó él, y le gustó considerarse uno de los afortunados.

Después de que comieran un poco de la mezcla de frutas y nueces que Kylee había repartido, Brysen se hizo cargo de la primera guardia, se sentó en la entrada de la caverna y observó las altas pendientes y riscos de la cordillera. Cada cierto tiempo, miraba a los demás, se aseguraba de que estaban durmiendo y entonces sostenía en alto su puño y silbaba.

Shara no vino.



Dos mañanas después, llegaron a un arroyo estrecho al lado de un sendero de cabras que se cruzaba con el Collar. Para la tarde, el aire estaba cálido y habían llegado al acantilado que daba a las arenas de batalla de Pihuela Rota. Como había esperado, el mercado aún estaba en marcha. Se habían levantado unas pocas carpas, pero la mayoría de la gente intentaba sacar hasta el último bronce de los días de mercado, al no saber con certeza si habría otra temporada. Otros probablemente se habían quedado cerca solo

para escuchar si el águila fantasma los había matado a todos.

—Yo digo que entremos caminando por la calle con el águila a la vista —sugirió Brysen—. Mostrémosles quiénes somos y lo que hemos hecho. Hagámosles saber que con nosotros no se juega.

—«No se juega». —Nyall negó con la cabeza—. Un poco exagerado, ¿no?

—Tengo un águila fantasma más alta que yo amarrada a la espalda como si fuese leña para el fuego —dijo Brysen—. Puedo ser exagerado.

—Necesitamos algún elemento sorpresa —propuso Kylee—. Para no darle a Goryn ninguna posibilidad de planear nada.

—¿Estás bien? —le preguntó Brysen a Jowyn. Sus ojos estaban atormentados como cielos relampagueantes, mientras percibía el ajetreo de Seis Aldeas, el bullicio del mercado, los conjuntos de casas circulares con chimeneas humeantes, los graznidos desde las jaulas y los gritos y risas de la civilización.

—Nunca pensé que volvería a ver este lugar —respondió, con un dejo de arrepentimiento en la voz. Miró de nuevo a Brysen—. Pero estoy bien.

—Quizás sea mejor si vamos a casa primero —sugirió Brysen—. Podemos ver cómo está nuestra madre. Y Jowyn puede quedarse ahí.

—Quiero ir con vosotros —afirmó él.

—¿Y si Goryn te reconoce?

—No lo hará.

—Y en realidad, sería de ayuda que lo hiciera —agregó Kylee—. Se quedaría desconcertado. Es la mejor forma de asegurarnos de

que no intente nada.

—Bueno, quizás debería ir solo, ¿ver si Dymian está bien? — planteó Brysen, deseando no sonar asustado por la idea de ver a Goryn Tamir o demasiado nervioso por alejarse. Solo quería un momento con Dymian, un momento a solas para mostrarle lo que había hecho... lo que había hecho por ambos.

—Cuanto más esperemos, más riesgo hay de que alguien nos quite el águila —dijo Kylee—. Tenemos que hacer esto ahora. Y mira quién está ahí. —Señaló las arenas de riña debajo del acantilado, donde una pequeña multitud se había reunido frente a una pelea. Nyck estaba discutiendo con los contendientes y ahí, al borde de la muchedumbre, estaba Dymian, con la pierna entablillada, el pelo castaño peinado hacia atrás de las orejas y un halcón de colores brillantes en el guante. Sonreía, reía, despreocupado como siempre.

Al verlo, Brysen recordó cómo Dymian podía hacer que el día pasara rápido, como un relámpago, y una noche diera vueltas y vueltas sin parar. Recordó el calor de sus pieles al tocarse y el hielo que él sentía en las venas cuando Dymian se apartaba. Se le secó la garganta y buscó un poco de hoja de cazador, que obviamente no tenía. En vez de eso, se mordió el labio.

Dos de los «asistentes» de Goryn Tamir estaban en el patio, observando a Dymian como si fuera una presa. La actitud despreocupada era una actuación; Dymian no era de los que se dejaban ver acobardados, pero no era ni la mitad de valiente de lo que fingía ser. Brysen lo recordó en la carpa aquel día, lo alterado que estaba, lo asustado. Pero gracias a él, ya no tendría que tener

miedo.

—Vayamos ahí —dijo—. Hagamos el intercambio.

Se puso de pie y se abrió paso hacia el sendero empinado que llevaba al patio, pero Kylee se interpuso en su camino al dar un paso frente a él.

—Espera —indicó ella—, no podemos.

—Y tampoco podemos quedarnos aquí sentados todo el día —respondió Brysen. Él había hecho el trato original con Goryn. Ahora era él quien debía cancelarlo.

—No, quiero decir que no podemos darle el águila a Goryn.

—¿De qué hablas?

—Las Madres Búho hicieron un trato con los kyrgios —explicó Kylee—. Hicieron un trato por mí y por el águila, para poder defender a Uztar. E Yves Tamir también la quería y no quería que su hermano la tuviera.

—Sí, bueno... nos encargamos de *ellas* —dijo Brysen—. Ganamos.

—Pero si Goryn no quiere el águila fantasma para un kyrgio o para su propia familia —reflexionó Kylee—. Entonces, ¿para quién la quiere? ¿Qué hará una vez que la tenga?

Brysen ladeó la cabeza y la miró. ¿Acaso no había estado con él durante toda esta misión? ¿Acaso no sabía cuál era el objetivo, el objetivo de salvar a Dymian, quien estaba ahí abajo justo ahora, intentado actuar como si no tuviera el cuchillo del verdugo contra su cuello? Este era el plan. ¡Este siempre había sido el plan!

Intentó pasar junto a ella, pero Kylee volvió a bloquearlo.

—Podemos analizarlo durante un momento —sugirió Nyall.

—Basta de pensar —sostuvo Brysen—. Esto ha terminado. Dije

que atraparía al águila para salvar a Dymian, y eso he hecho.

—*Todos nosotros* atrapamos al águila —lo corrigió Kylee, lo que hizo que Brysen apretara la mandíbula.

—Déjame ver si la tela está bien puesta en su pico —ofreció Nyall dócilmente.

—No se ha caído —contestó Brysen—. Mi hermana solo quiere controlarme, como siempre hace. No es magia. Y no funcionará esta vez.

—No puedes hacer esto. —Ella volvió a ponerse en su camino cuando él intentó pasar por al lado—. Es demasiado peligroso.

—Sé lo que hago —le aseguró—. No soy un estúpido pajarito enamorado. Este es mi destino. Estoy ligado a esta águila y lo que haga con ella es lo que está destinado a pasar.

—¿Estás ligado a ella? —Kylee ladeó la cabeza.

—Ten cuidado, Brysen —advirtió Jowyn—. Nadie está ligado al águila fantasma.

—¡Por favor, no te metas en esto! —le respondió Brysen. Encontró la mirada de su hermana. *Es hora de la verdad*, concluyó—. Kylee, estoy ligado a esta águila porque me salvó la vida. Estuve ahí cuando se llevó a papá. Estaba escondido en los arbustos y casi me atrapa. Así fue cómo conseguí su cuchillo. Iba a destriparme con él. Pero antes de que pudiera, el águila fantasma se lo llevó. —Giró la mirada a Jowyn—. Tienes razón —dijo—. Cuando salvas una vida, estás ligada a ella. Esa noche, quedé ligado al águila fantasma.

El labio de Kylee temblaba. Debería habérselo contado antes, debería haberle contado que hacía mucho tiempo, se había escabullido a las montañas tras su padre y había visto cómo lo

mataban. Pero nunca había podido encontrar la forma de admitirlo, de admitir que la cosa que todo seisaldeano había crecido temiendo era la cosa que lo había liberado... los había liberado a ambos. Parte de él quería al águila fantasma por eso.

Así que fue una sorpresa para Brysen cuando una lágrima trazó una lenta línea por la mejilla de Kylee, que negó con la cabeza.

—No fue el águila fantasma quien te salvó esa noche, Brysen. Fui yo. Yo lo hice. Estaba ahí. Maté a nuestro padre por ti.

PLUMA Y CENIZA

Las lágrimas de gratitud tenían el mismo valor para Anon que los gritos de dolor. Quizás menos.

A las lágrimas de sus víctimas podía entenderlas, pero aquellos que lloraban agradecidos por haber sido liberados de los adoradores del cielo de Uztar simplemente lo desconcertaban. ¿Por qué llorarían de gratitud con él cuando deberían estar disculpándose? Podrían haber tomado medidas para su propia liberación en cualquier momento, pero ahora mismo, con lágrimas entre las ruinas ardientes de sus campamentos, sacaban a la vista sus esperanzas largamente enterradas.

En resumen, Anon odiaba a aquellos que habían rehusado ayudarse más de lo que odiaba a los enemigos que masacraba. A medida que los guerreros-cometa kartamis avanzaban como un torbellino por el desierto y las praderas, eliminando todo rastro de Uztar a su paso hacia las laderas y el corazón de la falsa civilización, Anon se encontraba a sí mismo, de forma reacia, a cargo de una población en constante crecimiento. No tenía deseos de gobernar; su servicio era al polvo mismo, un regreso a las montañas y una limpieza del cielo. No había tenido ni el tiempo ni el deseo de trazar planes tributarios o de imponer derechos de agua y pastoreo, de resolver disputas o de regular el

abastecimiento de festivales.

Para resolver este último problema, había dejado en claro que los verdaderos creyentes no tendrían ningún tipo de festival, no hasta que fuese derribada la última piedra de la torre del Castillo del Cielo y los blasfemos fuesen eliminados de la tierra y el aire por igual.

Entonces, y solo entonces, habría un festival eterno.

Fue una proclamación convincente, aunque a él realmente no podría haberle importado menos si un pastor de cabras en decadencia quería festejar la boda de su hijo con otra pastora de cabras en decadencia. ¿Por qué se involucraría él en los matrimonios de la gente? Ni su fe ni su poder lo exigían, pero esas eran las formas del mundo. Los deseos diarios de la estúpida bandada siempre pesarían sobre un conquistador victorioso. Este era un síntoma ineludible del éxito. Cuanto más grande era la salvación que ofrecías, más trivial era la salvación que la gente buscaba de ti.

Finalmente terminó por nombrar regentes para que se quedaran atrás y gobernaran cualquier territorio bajo control kartami como creyeran necesario. Estas parejas regentes no estuvieron de acuerdo —querían continuar con él para sitiar el corazón del poder uztari—, pero los exhortó a que fueran pacientes. Sus verdaderos enemigos no caerían con tanta facilidad como un grupo de partidas de caza y asentamientos esparcidos por la pradera.

Uztar tenía ejércitos de cetreros preparados para luchar contra los cometas rodantes; tenían espías que comunicaban las debilidades de los kartamis; y, lo más inquietante, tenían a sus propias

partidas de caza en las montañas para perseguir al águila fantasma. Si la capturaban, la amansaban y la lanzaban contra las fuerzas de Anon, podría ser su fin.

Ahora tenía que moverse con inteligencia. No pensaba apuntar directamente a la sede de su imperio con su primer impulso de ataque. En vez de su ostentosa corona, tenía los ojos firmemente fijos en lo que consideraba las raíces vulnerables de Uztar: Seis Aldeas.

Ese era el centro de su culto, y cualquier oportunidad que tenían para amansar un águila fantasma vendría de allí. Sus mejores tramperos y entrenadores nacían y se criaban allí, y si eran aniquilados, el fin de ese maldito lugar no solo sería una bendición, sino que finalmente expondría la fragilidad de la tradición uztari. Sin Seis Aldeas, la gente comenzaría a olvidar las viejas formas y, con el tiempo, aquellos que vivieran se convertirían en obedientes y leales sirvientes.

—Corta las raíces y mueren las ramas —dijo Anon a sus líderes cuando se reunieron esa noche bajo el resguardo de todos sus cometas—. El Concilio de los Cuarenta ha tenido sus ojos fijos en el cielo durante tanto tiempo que se ha olvidado de cómo crece la vida desde el suelo. Ese olvido será su muerte.

—¿Y si capturan al águila fantasma? —preguntó Visek, sin miedo a mostrar sus temores.

Anon tenía sus propias dudas sobre el éxito de su plan. Para empezar, sus probabilidades eran escasas y la complejidad de la tarea estaba agravada por el hecho de que los mellizos tramperos eran tremendamente jóvenes e ignoraban por completo a quién

servían.

Por otro lado, los mellizos tenían la misma ventaja que las fuerzas kartamis tenían en batalla, la ventaja de luchar en pareja: los jóvenes cetreros se habían adentrado en las montañas por amor. El amor —Anon sabía— hacía posible lo imposible, hacía realidad lo inimaginable y podía llevar al alma más amable a los niveles más altos de brutalidad. El amor era un amo despiadado y nadie que escuchara su canción podía resistirse.

—Como les gusta decir a los uztaris, dos pies sostienen una rama con más firmeza que uno solo —respondió Anon a Visek.

—Pero ¿cumplirá Goryn Tamir con su parte? —preguntó Visek—. ¿Qué evita que conserve el águila fantasma para sí?

Anon acarició la mejilla del muchacho. Comenzaba a crecerle el primer susurro de una barba, pero su juventud ocultaba su ferocidad. Anon lo había visto luchar con más fuerza que una decena de hombres y mujeres mayores que él.

—Nadie puede conservar un águila fantasma. Ni Goryn Tamir, ni tampoco yo.

—¿No la conservarás si la obtienes? —Visek frunció el ceño.

—Tengo otros planes para ella.

Desde el rabillo de su ojo, Anon vio a Aylex, el maestro cetrero, alimentando a su ave desde el puño, pero la mirada en su rostro revelaba que estaba escuchando. Había sido su prisionero durante demasiado tiempo, se había puesto demasiado cómodo. Al comienzo de su captura, no se atrevía a alimentar al halcón frente a Anon. ¿Y ahora se atrevía a escuchar?

Quizás ya había sobrevivido más de lo necesario.

—Si el hermano y la hermana fracasan o si Goryn Tamir intenta retener el premio, él no se salvará cuando Seis Aldeas inevitablemente caiga. Ya lo sabe.

—¿Tienes la intención de salvarlo si cumple? —preguntó Launa, llena de desprecio—. ¿Alguien que gana dinero con las riñas de aves?

—Prometí que él gobernaría Seis Aldeas solo, y mantendré mi promesa. —Anon sonrió al pensarlo. Goryn Tamir se imaginaba como un águila en ascenso, pero Anon lo convertiría en un buitro, un pájaro carroñero que picotearía a los muertos. Todo lo que quedaría de Seis Aldeas cuando Anon terminara serían plumas y cenizas. Dejaría que Goryn Tamir gobernara ese basurero. Él creía que el mundo seguiría siendo como siempre había sido, que el reparto de hombres y mujeres en el poder cambiaría, pero las reglas de gobernantes y gobernados, no.

Los cómodos se imaginaban cómodos para siempre. Solo los exiliados podían concebir verdaderamente un mundo diferente al suyo, y solo los despiadados podían crear uno.

—Aylex —dijo Anon en voz baja—. ¿Qué piensas sobre Goryn Tamir?

El maestro cetrero respondió a su nombre, aunque no debería haber escuchado nada en absoluto. Se dio cuenta de su error instantáneamente y palideció.

—Disculpe, señor, ¿me hablaba a mí? —Hizo como que no había oído nada, pero Anon le hizo señas para que se acercara. El maestro cetrero encaperuzó a su halcón y fue hasta Anon, arrastrando los pies y con la cabeza gacha.

—Llamas Titi a tu pájaro, ¿verdad? —preguntó Anon. El maestro cetrero dudó. Anon ladeó la cabeza, esperó. Finalmente, Aylex asintió, era suficientemente astuto para recordar la orden de Anon de no volver a *nombrarlo*—. ¿Crees que disfruta de ser tu mascota?

—Señor. —Aylex inclinó aún más la cabeza—. No es mi mascota, sino una compañera con habilidades distintas a las mías. Es libre de irse volando cuando quiera.

—A diferencia de ti.

—Sí, a diferencia de mí.

—Pero regresa a ti, incluso en tu actual cautiverio —observó Anon—. ¿Por qué crees que es así?

Aylex no respondió. Lo habían golpeado antes por hablar sobre el arte de la cetrería como algo que no fuese una desagradable perversión de la naturaleza, y había aprendido bien la lección; sus labios estaban tan sellados como si hubiesen sido cosidos.

—Puedes responder —dijo Anon.

—Ella regresa a mí porque está acostumbrada a regresar. —Era la afirmación más neutral que podía hacer.

—Es un hábito, ¿podríamos decir?

Aylex asintió.

—Pero tú quieres a este pájaro. No lo niegues. Lo he visto en tus ojos. Lo quieres, pero no puede sentir lo mismo por ti.

Aylex volvió a asentir con la cabeza.

Anon sacó un cuchillo de su cinturón y lo ofreció, con empuñadura hacia afuera, al maestro cetrero. Visek y Launa observaban, sus rostros inexpresivos como la caperuza del ave.

—Sujétalo —ordenó Anon, y Aylex obedeció—. Amas a tu rapaz

y ella no te ama. Así que debes hacer una elección que los amantes rechazados suelen hacer: ¿tu vida o la de *ella*?

Aylex estaba perplejo.

Anon se frotó la mandíbula.

—Tu tiempo con nosotros ha terminado. Nos has servido bien y, por eso, liberaré a uno de los dos. Rebana el pescuezo de tu pájaro y sostenlo hasta que expire y podrás irte. O corta el tuyo y no tendrá a nadie a quien tenga el hábito de regresar. Volará con libertad, será salvaje otra vez. Tu elección.

Los ojos se Aylex se abrieron mucho. Miró el cuchillo, al ave y de nuevo a Anon. Su mano tembló.

—Elige.

Alzó el cuchillo, lo giró bajo la luz de la luna. Lo apuntó hacia el cuello del halcón encaperuzado. Después arremetió contra Anon.

El maestro cetrero no era un guerrero, y Anon lo esquivó con facilidad, dio la vuelta al filo, lo presionó contra un lado del cuello de Aylex, cortó la arteria palpitante y dejó caer al cetrero a la tierra.

Su ave sintió la caída y aleteó libre del puño, pero al estar aún encaperuzada y amarrada, estaba indefensa y lenta. Anon la sujetó de la pata y la arrastró hacia abajo frente a su jadeante cetrero.

—Esa no era una de tus opciones —dijo Anon—. Ahora los dos estáis perdidos.

Mientras la sangre del cetrero se acumulaba a sus pies, Anon partió el cuello del hermoso halcón, le quitó la caperuza y arrojó su cadáver sobre el pecho del hombre.

—Pronto estarás más allá del dolor —aseguró Anon—. Y este halcón estará más allá de la deshonra. Regocíjate en que no verás la

caída de Uztar. Podrías haber sufrido más que esto.

La boca de Aylex se movió, su voz un susurro. Anon tuvo que arrodillarse para escuchar sus palabras finales.

—Fallarás. —Se atragantó—. Tú matas... a viajeros y pastores... pero... los ejércitos... de Uztar... te aplastarán...

Anon le sonrió, le dio una palmadita en la cabeza.

—Cree lo que necesites creer —dijo.

Mientras el cetrero moría con su pájaro muerto en el pecho, Anon se puso de pie otra vez. Miró a través de las praderas a las laderas de las montañas y las cimas púrpura más allá. Se maravilló ante el milagro del nuevo mundo que estaba haciendo, cómo mucho de ello encendía a unos pocos jóvenes, el amor que sentían unos por otros y el poder que tenían sin saber por qué.

Cerró los ojos y les deseó éxito, incluso un poco de felicidad, antes de derribar el cielo alrededor de ellos.

KYLEE

SOMBRAS



33

Todas esas temporadas atrás cuando su padre partía, era el inicio del viento gélido, cuando los ríos comienzan a congelarse. El suelo en las Aldeas hacía un agradable crujido bajo los pies. Era una buena época para que los pájaros descansaran, una buena época para que la gente se preparara para los próximos meses de frío, almacenando leña y alimentos, reparando las jaulas y ocultando bonitas sorpresas para los demás de forma que hubiera momentos de luz en la oscuridad de los días puertas adentro. Esta «generosidad gélida» hacía que una casa pequeña pareciera más grande y era tan vital para sobrevivir a los vientos gélidos de Seis Aldeas como las pastillas de fuego lo eran para las llamas. Eran una tradición que a Kylee le encantaba.

Incluso su madre se contagiaba del espíritu de la generosidad gélida cuando llegaba la época. Los sorprendía con una canción o una historia y comida abundante. Kylee había escondido un poco de jengibre azucarado que planeaba darle a Brysen después de la primera nevada y una nueva caperuza con una bonita pluma para Shara, y había encontrado los coloridos abalorios que él había escondido para ella con un trozo de jengibre azucarado, aunque se preguntó si él podría hacer durar el dulce hasta que fuese el

momento de compartirlo. Pero los abalorios eran bonitos. Cristal desértico altari. No importaba que ella nunca hubiese mostrado interés alguno en la artesanía con abalorios y que no sabría qué hacer con ellos; se trataba de un gesto. Lo que realmente deseaba eran botas nuevas para escalar y había soltado tantas indirectas que no había nadie en Seis Aldeas que no lo supiera.

No tenía grandes esperanzas de que aparecieran las botas, ya que eran caras. De todas formas, sus botas viejas iban bien para la mayoría de las estaciones y no dejaría que un deseo insatisfecho arruinara sus escaladas matinales.

Una mañana apenas comenzada la estación, Kylee estaba en un sendero llamado Diente de Cazador, una incisión estrecha en una pared de roca plana que era fácil para la escalada libre en solitario; siempre y cuando no te importara hacer parte del camino colgado boca abajo, debajo de algunos salientes. Era una de las escaladas más divertidas y pronto estaría cubierta de nieve, lo que haría imposible la subida. Esta era su oportunidad de ver lo rápido que podía recorrerla antes de que viniera el viento gélido.

Pendía con ambas manos de uno de los salientes que sobresalían por encima del Collar, buscando un punto de apoyo para los pies, cuando echó una mirada a casa y vio a Brysen bien arriba, en la cuesta septentrional sobre esta. Escalaba, pero no como ella. No era por diversión. Su pelo gris lo hacía fácil de detectar y, extrañamente, no llevaba a Shara con él. Lo que sí llevaba, no obstante, era un bolso grande con cuerdas y mantas, como si estuviera yéndose de expedición. Era demasiado grande para él. ¿Qué hacía yendo hacia la Mandíbula Superior cuando la

temporada de viento gélido comenzaba?

El corazón de Kylee se estremeció al pensar que quizás finalmente lo había hecho, finalmente había decidido huir sin ella... y ni siquiera se lo había dicho.

Pero después recordó que su padre se había ido a las montañas por la misma ruta. Ella y Brysen creían que ese era el mejor regalo de generosidad gélida que habían recibido jamás. Su padre había ido a atrapar al águila fantasma —pese a las objeciones de su madre— y estaría fuera quién sabía por cuánto tiempo. Podían respirar con más tranquilidad sin él cerca. Las heridas más recientes de Brysen se curarían. La última que su padre le había hecho en la mandíbula había comenzado a ponerse parda y morada, como la fruta podrida.

Unos pocos días antes, Brysen había sobrealimentado a un ratonero de alas marrones. Como ya había comido bien, el halcón no quiso cazar cuando su padre lo sacó para mostrárselo a un cliente y eso le había costado tanto la venta como la humillación de ser un comerciante que no podía manejar el peso de un ave trabajadora. Había hecho que Brysen comiera en las jaulas con las aves esa noche y que comiera lo mismo que ellas: polluelos crudos y semillas podridas.

«Ya que eres tan generoso con el alimento de las aves, ¡quizás deberías comerlo tú también!», había vociferado. Cuando Brysen había intentado escabullirse a la casa para robar un poco de pan fresco, había recibido un puñetazo en la mandíbula y había sido enviado de regreso a las jaulas.

Su madre le había enviado pan a escondidas, de todas formas.

Había mandado a Kylee a llevárselo.

«Me odia», había dicho Brysen.

«¿Qué importa?», había respondido ella. «Odia a todo el mundo».

«A ti no».

Kylee se había reído por la nariz. ¿Cómo podía explicarle que su padre la odiaba más, la odiaba tanto que lastimaba a Brysen para hacerle daño a ella? Pero ella y Brysen no habían hablado el mismo idioma desde aquel día en que ella se había negado a huir con él.

«Quizás no regrese de la montaña», había dicho ella. «Nunca atrapará al águila fantasma por su propia cuenta».

«¿Cómo lo sabes?».

«Porque ni una sola persona lo ha hecho jamás», había argumentado Kylee, y Brysen había reaccionado de forma extraña.

No había estado de acuerdo con ella, pero tampoco se lo había discutido. En lugar de eso, se había enderezado y se había frotado la mandíbula, y un destello apareció en sus ojos.

Ella creyó que él había estado fantaseando sobre la vida sin su monstruoso padre, pero ahora se daba cuenta de lo que en realidad había estado pensando: en ir a ayudar. Estaba siguiendo a su padre por la montaña para mostrarle lo *útil* que podía ser, como si pudiese impresionar tanto a su padre que Yzzat dejaría de odiarlo. Kylee ya sabía a esa edad que el amor no era algo que uno podía ganarse. Era un regalo que algunas personas daban y otras acaparaban, y otras arruinaban en vez de compartir.

Su padre destruía todo.

Kylee no tuvo que convencerse de ayudar a Brysen. Bajó

inmediatamente del Diente de Cazador, metió todo lo que necesitaba sobre una tela que enrolló y ató con una correa, y se marchó tras él. Su madre estaba abajo en Aldeas regateando provisiones para pasar el viento gélido. Cuando llegara a casa y encontrara que sus hijos se habían ido, se pondría mal, pero Kylee supuso que todo sería perdonado cuando regresaran sanos y salvos. Si no seguía a Brysen ahora, estaba bastante segura de que él no regresaría en absoluto.

Aun así, dejó una nota. Su madre sabía a dónde había ido y por qué. En todas las temporadas que siguieron, jamás hablaron sobre esa nota.

Escaló por detrás de Brysen durante días, racionando sus comidas disecadas y puñados de nueces de forma de tener suficiente para el descenso. Brysen había subido bastante rápido a pesar de la dificultad que presentaba la Cresta del Cardenal, pero era torpe y dejaba un rastro fácil de seguir. Sus campamentos eran un desorden y Kylee estaba preocupada; por el tamaño de sus magros fogones, no estaba comiendo lo suficiente. Seguramente no había guardado comida disecada y ella casi no encontraba huesos, lo que significaba que o bien no se ponía a cazar o bien no estaba cazando nada. De cualquier forma, no podría continuar demasiado con el estómago vacío.

Era bien entrada la noche en el cuarto día cuando lo vio. Estaba en una cumbre justo sobre el Desfiladero Innombrable y lo observó descender. Obligada a seguirlo, escaló por el lado difícil de Pico del Demonio con el azote del viento contra su espalda, pero al menos podía ver hacia abajo con claridad.

Brysen estaba apretujado en el arbusto salvaje más adelante en la cuesta, pésimamente escondido. Ella escaneó el área en busca de su padre, pero no pudo divisarlo. Sin dudas, él estaba invisible debajo de un puesto de caza en algún lugar.

Kylee miró hacia arriba a los peñascos altos, todo el camino hacia la cumbre más alta. Cuántas águilas fantasma vivían ahí, nadie podía saberlo, pero al menos una llevaba a sus presas a un nido en el Desfiladero Innombrable. A veces podías escuchar los chillidos todo el camino hasta las aldeas. Kylee había leído fragmentos de la *Guía* de Ymal y las historias de Valyry y las hermanas Stych, así que sabía que las águilas jóvenes cazan más abajo en las montañas, donde hay más variedad de presas y menos competencia con otros miembros de su especie. Era estúpido que su padre pensara que un águila joven sería un objetivo menos arriesgado para atrapar.

Era obvio que papá iría tras un águila joven, pensó Kylee. Nunca se arriesgaría a hacer una escalada más difícil o a una lucha justa contra un adulto completamente desarrollado.

Mirando hacia abajo por el Desfiladero, Kylee vio un halcón de corral no demasiado lejos del arbusto de Brysen. Kylee observó sus tarsos, siguió la línea hasta un bulto de piedra y nieve. Ese debía ser su padre, esperando ahí.

Se estremeció al recordar destellos de sus manos rápidas, que en un raptó de furia abofeteaban a Brysen en la oreja, lo golpeaban en las mejillas, lo derribaban al suelo. ¿Eran esas despiadadas manos lo suficientemente rápidas para atrapar al águila fantasma?

De repente, su padre se puso de pie en su escondite y Kylee sintió

que el aire se atoraba en su garganta. Él miraba directamente hacia el arbusto de Brysen, había desenvainado su cuchillo y estaba agazapado en posición de ataque. Había visto a Brysen. Estaba a punto de embestirlo.

Kylee imaginó lo que podía suceder a continuación con tanta claridad como si lo estuviese viviendo: Brysen levantado por el pelo. Su padre, enfurecido, le clavaría el cuchillo en las tripas y lo arrojaría boca abajo junto al halcón de corral, riendo. El cuerpo ensangrentado de Brysen sería un señuelo más fresco para el águila fantasma y su padre pronto regresaría al pueblo victorioso. Un héroe que había perdido a su hijo en la cacería, pero que a cambio había ganado fama y fortuna.

Y Kylee y su madre serían ricas. Con la fortuna, su padre se volvería amable y trataría a Kylee con todo el cariño que le había hecho falta. No tendría razón alguna para reprimir sus habilidades y un día sería reconocida como una gran cetrera. Su madre adoptaría la fe uztari y su familia encontraría la armonía. Todo lo que los refrenaba era Brysen. Todo lo que tenía que hacer para librarse de él era... no hacer nada.

Esos no eran sus pensamientos. No los reconocía en absoluto.

Su padre estaba a punto de arremeter con su cuchilla de garra negra tal como Kylee había imaginado, pero sintió ese terrorífico calor en su interior, la llama trepidante que ardía con gran intensidad dentro de sus pulmones.

Eso sí era suyo. La ardiente necesidad de gritar le pertenecía, y conocía bien el dolor de reprimirla. La había reprimido por el bien de Brysen durante mucho tiempo. Ahora, por su bien, la dejó salir.

Abrió la boca y dejó que el extraño sonido escapara por sus labios, no más fuerte que un susurro.

No podía recordar la palabra que había dicho, pero en cuanto su padre lanzó el cuchillazo hacia Brysen, una sombra cayó desde el cielo y se lanzó en picado con la silenciosa velocidad de una lágrima al derramarse. El águila fantasma arrancó a su padre del suelo y se lo llevó en el aire, solo.

Ella lo observó irse. Observó que Brysen salía de su escondite para alzar la vista hacia la silueta de su padre, que desaparecía en la noche. El hombre gritaba mientras Brysen levantó el cuchillo y liberó al halcón de corral con él. El ave ladeó la cabeza hacia él, sacudió sus plumas y salió volando en la dirección contraria, hacia arriba sobre la montaña. Brysen la observó irse, después miró alrededor. Kylee se apretujó contra un peñasco cercano.

Y entonces Brysen, creyendo que estaba solo, se sentó en la tierra y lloró. Kylee podía escuchar sus sollozos, pero también el destello de sus dientes blancos y le pareció que, tras las lágrimas, se reía.



Ahora, sobre el acantilado que daba a Pihuela Rota, Brysen estaba frente a Kylee con el águila fantasma amarrada a la espalda, y no se reía.

—Tú. —Fue todo lo que dijo.

—Yo —respondió ella.

Él asintió y miró alrededor, con los ojos cristalinos y distantes. Jowyn y Nyall se habían quedado helados en su lugar y ambos parecían querer irse volando en ese preciso momento, una paloma y un cuervo lado a lado. Brysen casi podría estar de nuevo en la montaña, observando cómo se llevaban a su padre en el aire. Estaba pensando de nuevo todo lo que creyó saber sobre esa noche.

Después agarró la cuerda que sujetaba a la enorme águila negra a su espalda y la pasó de un lado a otro para dejar caer al ave toscamente en el suelo frente a él. Se dejó caer de cuclillas frente a esta y con las manos frotó su propia cara. Estudió a la rapaz durante un largo rato en silencio, sus ojos celestes fijos en la mirada negra abismal.

Kylee temió que el águila se hubiese metido en su cabeza pese a tener el pico cerrado, pero después Brysen levantó la mirada hacia

ella.

—Perdí dos aves en esta expedición —dijo—. Y ambas eran todo lo que siempre he querido.

—Lo siento, Bry. —Kylee caminó hasta él, se arrodilló a su lado, le frotó la espalda. Los labios de su hermano temblaban y ella lo único que quería era solucionar todo. Desde que eran pequeños, el solo hecho de estar en el mundo era, con frecuencia, un dolor para Brysen. Nunca había querido empeorar las cosas, pero una brisa no puede pasar a través de un árbol sin agitar las hojas. Ella le había salvado la vida; no había tenido intención de hacerle daño al hacerlo.

—Es tuya. —No miró a Kylee, solo a la gran águila, cuyo pecho subía y bajaba con cada respiración agitada—. Siempre ha sido tuya... pero... —En ese instante se volvió hacia ella, mirándola—. Por favor, no permitas que también alejen a Dymian de mí...

Ella le sujetó la mano, buscó dentro de sí las palabras correctas para tranquilizarlo. Había hecho todo por Brysen, había pasado cada día desde que su padre había muerto intentado protegerlo... pero ¿podía hacer esto? ¿Podía entregarle este tipo de poder a un monstruo como Goryn Tamir?

—No puedo —le dijo a Brysen—. Esto es más grande que nosotros.

—Si se la damos, probablemente nunca la pueda controlar. Quizás incluso lo mate —suplicó Brysen—. Pero si no se la damos, matará a Dymian. Tenemos que dársela, Ky.

Ella apretó los dedos de Brysen. Sentía pena por él y estaba tentada a aceptar. En la ecuación absurda del corazón roto de

Brysen, para salvar a un chico valía la pena arriesgar al mundo... pero ese no era un riesgo que ella podía elegir.

—No puedo dejar que Goryn Tamir consiga el águila —sostuvo—. No sabemos qué hará si...

—*¡Si!* —Brysen apartó la mano con tanta rapidez que fue como si se hubiese quemado—. No voy a entregar la vida de Dymian por un «si». —Miró a Kylee ahora como la había mirado aquel día en que le había pedido que huyera con él y ella había respondido que no. Esta vez, sin embargo, no cedió tan fácilmente—. ¡Aquí arriba! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Goryn Tamir! ¡Estoy aquí arriba! ¡Tengo tu presa!

Buscó las sogas que amarraban al águila, pero Kylee lo derribó hacia atrás, se arrojó sobre el cuerpo del ave. Podía sentir su respiración agitada contra ella; todo el cuerpo del águila temblaba. Brysen se puso de pie de un salto y sacó su cuchilla de garra negra.

Kylee no tuvo que mirar hacia abajo para saber que en el patio de Pihuela Rota todos los ojos se habían disparado hacia la cima del acantilado, sobre el mural ancestral. Lo que pasara a continuación ocurriría a la vista de todos.



35

Vyvian llegó a la cima del acantilado primero. Sus ojos iban de Kylee a Brysen al bulto de plumas negras amarrado debajo de ella.

—Kylee... *¡lo has conseguido!* —Sonrió—. *¡Realmente lo has conseguido!*

Kylee no le quitó los ojos de encima a su hermano. El rostro de Brysen se había vuelto duro, su mandíbula estaba tensa y la cuchilla negra estaba apuntada hacia ella.

—*¡Yo lo conseguí!* —gritó él.

—Brysen, tranquilízate. —Nyall intentó calmarlo—. No quieres hacer esto. Solo es esa cosa que está jugando con tu mente.

—No —corrigió Jowyn—. Es él. Esta es la elección de Brysen, la elección que él debe hacer.

Su hermano miró a los chicos y a Kylee. El cuchillo temblaba en sus manos y entonces se volvió, sobresaltado, cuando llegó el propio Goryn Tamir, con un gerifalte blanco y plateado en el puño y tres fornidos asistentes a sus espaldas. Dos de ellos sostenían a Dymian entre sí, mientras la tercera, Yasha, tenía listo su látigo de seis garras.

Goryn tiró de Vyvian hacia atrás y dejó caer uno de sus

monederos de bronce en su mano.

—*Agradezco* que le hayas vendido el camino equivocado a mi hermana. Gracias por eso. Ahora vete de aquí. —Vyvian gesticuló unas disculpas hacia Kylee, aunque Kylee no supo bien por qué. Su amiga había hecho exactamente lo que ella había esperado que hiciera. La consistencia era una virtud que Kylee valoraba, y Vyvian, con todo lo hipócrita que podía ser, jamás pretendía ser nada que no fuese lo que era: una espía por comisión. Al irse, lanzó una mirada hacia Kylee una vez más y le señaló algo con los ojos, pero Kylee no sabía qué y no tenía espacio mental para descifrarlo en ese momento. Tenía preocupaciones más apremiantes.

Goryn dirigió su atención a Brysen.

—Bien hecho, pajarito. Muy bien hecho.

—Deja ir a Dymian —dijo Brysen—, y el águila es tuya.

—Brysen, no —suplicó Kylee.

—¿Tu hermana ha cambiado de opinión? —Goryn levantó una ceja—. Me parece que debería negociar con ella entonces, ¿eh?

Kylee lo ignoró, solo le habló a su hermano.

—Imagina qué va a hacer Goryn. Su propia hermana no quiere que la tenga. Los kyrgios están intentando detenerlo. *Nadie* estará a salvo.

Goryn chasqueó la lengua.

—Ay, Kylee, niña, nadie está a salvo ahora. Los kartamis están en camino. Los kyrgios no pueden detenerlos. Uztar caerá. Pero gracias a mí, Seis Aldeas se salvará. Las cosas seguirán como siempre. Con una pequeña excepción. Yo estaré a cargo.

—Ya estás a cargo —dijo Kylee.

—Mi madre y mis hermanas tiene otra opinión. Los kartamis, sin embargo, ven el valor que tengo. Y yo, el de ellos. Es un arreglo beneficioso para ambos y uno que no debería importarte demasiado... si cooperas ahora mismo.

Kylee negó con la cabeza.

—Por favor, Kylee —le rogó Dymian—. No dejes que me maten. Sé que no siempre nos hemos llevado bien, pero tu familia me importa. Me importa tu hermano tanto como a ti. *Por favor.*

—Yo, personalmente, estoy conmovido hasta las lágrimas. Mira la buena fe que estoy mostrando —dijo Goryn. Hizo un gesto a sus asistentes con la cabeza para que soltaran a Dymian—. Tráeme el águila y seréis libres. Todas las deudas serán perdonadas. —El maestro cetrero, que estaba desaliñado, se acercó renqueando inmediatamente. No fue hacia Brysen, sin embargo; caminó hasta Kylee y se arrodilló, con dolor, frente a ella.

—Por favor —suplicó él, estirando una mano, que apoyó sobre las plumas negras del águila—. Deja que Goryn se la lleve.

—Dymian... —Kylee lo miró y frunció el ceño—. No puedo.

Y con un rápido movimiento, rompió el nudo que mantenía las alas del águila fantasma amarradas. Su hermano podía enredar cualquier cosa, pero cada nudo que había hecho tenía fallos.

En una ráfaga negra, el águila despegó de abajo de ella y salió disparada hacia el cielo, derribando a Kylee y a Dymian.

—¡Basura! —gritó Dymian y, en un instante, le había abofeteado la cara con el dorso de la mano, estrellando los nudillos contra su mejilla.

El águila fantasma volaba en silencio sobre ellos, trazando un

amplio círculo, pero no huyó ni chilló. Kylee le había dejado el pico amarrado. Abajo, en el patio de Pihuela Rota, todos gritaban, se habían arrojado al suelo y gateaban para ponerse a salvo. Incluso Goryn Tamir y sus asistentes se habían agazapado. El hermoso gerifalte nevado y plateado chilló e intentó huir del puño, adonde estaba sujeto. En pánico, arañó la cara de su cetrero y los asistentes de este se acercaron a gatas para salvarlo mientras se mantenían bajo el insignificante resguardo que había arriba del acantilado.

—¡Llámala para que vuelva! —Dymian alzó un puño hacia Kylee—. ¡Llámala para que vuelva ahora mismo!

—¡Dymian, no! —Brysen fue corriendo hasta ahí, se lanzó hacia él y lo envolvió con sus brazos—. ¡Mira! ¡Eres libre! ¡Vayámonos! ¡Vayámonos juntos ahora!

Dymian giró la cabeza hacia Brysen y encontró su mirada, le puso una mano en la nuca y lo atrajo hacia sí. Por un instante, Kylee creyó que se besarían y se abrazarían, y todo sería perdonado... y escaparían todos juntos.

En vez de eso, Dymian giró a Brysen y le arrancó la cuchilla de garra negra de la mano para presionarla contra su cuello, en un movimiento exactamente igual al que el transportista había realizado cuando atrapó a Brysen en la arena de riña.

—¡Llámala ahora! —le ladró Dymian a Kylee—. O le cortaré la garganta.

—¿Dy? —lloriqueó Bry, la conmoción le quitó todo el aire de los pulmones.

—Lo siento, Brysen. Pero nosotros necesitamos esa águila.

—¿Nosotros? —Intentó liberarse del agarre de Dymian, pero los mismos brazos en los que solía despertarse ahora lo ceñían como garras—. Tú y...

—Lo siento —repitió el maestro cetrero—. Pero si tu hermana hace esto, prometo no lastimarte.

—¿Estás trabajando con Goryn? —preguntó Brysen. No sonaba como siempre. Sonaba como un animal herido. Eso llenó a Kylee de rabia. Llenó sus pulmones con un ardor interno, la primera efervescencia de una palabra que se formaba, pero luchó por reprimirla. Sabía que un desliz del cuchillo de Dymian era todo lo que necesitaría para que le arrebataran a su hermano, y no iba a arriesgarse.

—Goryn va a devolverme mis títulos —explicó Dymian, como si fuera lo más obvio, como si Brysen seguramente fuese a perdonar las mentiras y las amenazas una vez que supiera la razón detrás de ella—. Todas las propiedades familiares pasarán a mí cuando los kartamis los eliminen. Sé que duele, Brysen, pero no entiendes lo que es ser desheredado. No puedo seguir viviendo así: en Aldeas, endeudado, prácticamente siendo un campesino. Pero estaré bien cuando todo esto termine. Podrías venir a vivir conmigo. Cuidarás a los halcones. Yo podré pagarte a *ti* de ahora en adelante.

—Pero —gimoteó Brysen— íbamos a viajar juntos... solo nosotros... compartiendo todo...

Dymian levantó la vista, apuntando sus ojos desconfiados al águila que los circunvolaba, cuyas enormes alas negras arrojaban una sombra vespertina que giraba sobre todos ellos.

—Nos hemos divertido juntos, Bry —dijo con amabilidad—, pero estoy hecho para la riqueza y el poder, no para rodar en la tierra con un chico de las Aldeas. Sé que lo entiendes. Eso es lo que siempre me ha gustado de ti. Nunca has pretendido ser más de lo que eres.

Kylee vio el momento en que el frágil corazón de Brysen se rompía. Vio el dolor atravesando su rostro como la sombra del águila. Miró de Dymian a ella y de nuevo al maestro cetrero, y sus labios se curvaron hacia abajo. Cerró los ojos y el viento le despeinó el cabello gris. Podría haberse desmayado ahí mismo.

Pero entonces sus ojos se abrieron y eran tan fríos como el hielo. Su mandíbula se endureció como la roca. El amor y el odio no eran tan diferentes, y uno podía convertirse en el otro con increíble facilidad. Brysen no estaba roto. No se rompería.

Y cuando la miró, era su hermano otra vez.

—Siempre he sido más de lo que crees que soy —le gruñó a Dymian. Cuando la sombra del águila cruzó sobre ellos otra vez, con la atención de Dymian dispersa, Brysen le pisó el pie, rodó de lado y hacia adelante, de forma que el filo le cortó la barbilla pero no la garganta, y se soltó. Arremetió contra Dymian, lo embistió por la cintura y lo derribó hacia atrás, hacia el borde del acantilado. En el suelo le clavó una rodilla en el costado de su pierna rota—. ¡Hubiese dado mi vida por ti! —gritó.

—¡Aún puedes hacerlo! —respondió a gritos Dymian, que le dio un puñetazo a Brysen en un costado. Se empujaron entre sí y se pusieron de pie otra vez, forcejeando. Dymian había perdido el cuchillo, pero era más fuerte que Brysen y usaba el cuerpo del

chico como apoyo para mantenerse de pie. Tenía a Brysen sujeto por la cabeza y lo arrastraba, con pasos rengos, hacia el borde del acantilado—. ¡Lo tiraré! —gritó—. ¡Llama al águila o lo hago!

Nyall y Jowyn corrieron desde donde estaban refugiados para ayudar a Brysen, y Kylee fue con ellos. Pero el águila fantasma se lanzó entre ellos, abriendo bien las alas, y bloqueó a Dymian y Brysen de la vista. Todo el cielo azul que había detrás quedó oculto por sus plumas negras.

—Hermoso —susurró Goryn en donde estaba agazapado, acobardado tras sus asistentes.

—¡Haz que se aleje! —gritó Dymian, con pánico en la voz.

—Pero yo no la he llamado —dijo Kylee y sintió que algo extraño se revolvía en su interior, una especie de euforia ante el terror en la voz de Dymian.

Entre los animales del mundo, los humanos tienen los apetitos más extraños. La crueldad de un halcón llega solo hasta donde exige su hambre. No hay odio allí, solo necesidad. Solamente la gente puede disfrutar ante el sufrimiento de otro.

Kylee sonrió. Pensó en su hermano y Dymian, recordó los días en que ellos se reían de alguna broma de la que ella estaba excluida, la manera en que el secreto de su risa había hecho que su hermano se inflara, porque no había visto lo superficial que era el interior de Dymian.

Recordó las lágrimas que Brysen había derramado cuando Dymian desaparecía durante días para cazar con Nyck, Vyvian o extraños acaudalados que pasaban por ahí. Él parecía elegir a cualquiera, a todos, *salvo* a Brysen. Se acordó de cómo regresaba

lleno de regalos y dulzura y Brysen se volvía dócil otra vez. Dymian era un maestro cetrero y había manejado a su hermano como manejaba a los halcones: lo mantenía apenas saciado, con la suficiente hambre como para que siempre regresara a por más.

En ese momento, el águila fantasma rotó su enorme cabeza hacia ella. La única evidencia de un rostro en sus plumas color negro profundo era el destello malévolamente de sus ojos negros y la brillante tira de tela emplumada blanca que mantenía su pico cerrado.

Entonces el águila se agitó y Kylee vio cómo la tela se caía. Por un momento fugaz, los ojos del águila parecieron del color azul del deshielo.

—¡*RIIIII!*— chilló y las palabras ardientes crecieron dentro de ella. Si ella pronunciaba la verdad de lo que sentía ahora mismo, la furia del águila sería terrible. Dymian, Goryn, sus asistentes... todo ellos serían despedazados. Podía desencadenar un infierno.

Pero nunca podría controlarlo.

Kylee dudó. Los pies de Dymian y Brysen estaban sobre el borde del acantilado. Nyall y Jowyn estaban junto a ella, intentando ver cómo avanzar, pero nunca podrían pasar al águila, nunca podrían salvar a Brysen. El águila los miró a los tres como si los estuviera desafiando a actuar, como si quisiera que Kylee convocara la muerte que llevaba en su interior.

Intentó no pronunciar palabra y desde atrás del águila, aún atascado entre los brazos de Dymian, Brysen habló:

—Te conozco—dijo.

¿Le estaba hablando a Dymian o al águila fantasma? La cabeza gigante del ave se disparó de regreso hacia él. Dio un paso

adelante, empujó al dúo hacia atrás, de forma que los talones de Dymian quedaron fuera del borde del acantilado.

—Te conozco —repitió Brysen y en la mente de Kylee destellaron nuevas escenas.

Estaban bajo el fresno en el patio, los dedos de su hermano entrelazados con los suyos, sus historias también se entrelazaban.

Ese es el reino de Brrr, le estaba diciendo él, *donde siempre hace frío*.

Y aquí están las fuentes termales de Ahhh, respondió ella, *donde el agua caliente siempre burbujea desde debajo del mundo*.

¡Las burbujas son pedos de gigantes!, agregó Brysen, riendo, y ella también se rio, y entonces escucharon el *clic clic* de su padre, que se acercaba por el patio.

Clic clic. Clic clic.

Ella le sostuvo la mano con más fuerza y él sostuvo la de ella, intentaba no parecer asustado, intentaba mostrarle que no estaba asustado, pasara lo que pasara, siempre y cuando se tuvieran el uno al otro. Ella no había podido ayudarlo entonces. Ella había anhelado ayudarlo entonces.

—Te conozco —le dijo Brysen al águila, pero *no* eran palabras para el águila. Le estaba hablando a Kylee. Las palabras eran para ella. Esos pensamientos eran de ella—. *¡Hazlo!* —gritó Brysen, y el águila se lanzó hacia ellos. El muchacho se inclinó hacia atrás al mismo tiempo que Dymian intentaba empujarlo hacia adelante y después se arrojaba fuera del camino. Pero Brysen se aferró a la ropa de Dymian con fuerza, no lo soltó.

Cayeron juntos por el acantilado.

—*¡No!* —gritó Nyall cuando el águila fantasma se lanzó tras

ellos.

Kylee también gritó:

—*¡Vaas!* —Era una palabra simple en lengua hueca, con un significado simple, uno que conocía sin saber cómo ni por qué lo sabía: «nosotros». La gritó como la verdad más profunda que pudo sentir: «nosotros». Su hermano y ella, el fresno, el fuego en las jaulas, el látigo de seis garras, el hedor de la hoja de cazador y estofado recocado. El primer beso de su hermano. Su primera escalada libre. Cada rodilla raspada y cada corazón roto. Los cuervos de duelo y las amabilidades frías. La verdad de ambos. Toda la verdad.

Y el águila obedeció.



Abajo en el patio, la muchedumbre gritó. Kylee fue corriendo hasta el borde del acantilado, miró hacia abajo, más allá del mural pintado, y vio un cuerpo roto, doblado y retorcido al fondo de la arena de batalla. Y miró hacia arriba al cielo azul claro y vio la silueta de una sombra de amplias alas haciendo un círculo y la sombra del chico que sostenía. Sobrevoló Seis Aldeas, y Brysen se sujetaba de sus tarsos y sus garras lo aferraban de los hombros. Trazó un arco alrededor y bajó planeando, derecho hacia el acantilado, derecho hacia ella. Después, el águila fantasma dejó a Brysen en el suelo, magullado y descalabrado, pero entero y vivo, a sus pies.

El águila miró en dirección a Goryn Tamir y a sus asistentes, quienes estaban acobardados detrás de una piedra demasiado pequeña. El gerifalte blanco de Goryn había entrado en pánico, chillaba y aleteaba y le arañaba la cara con las garras, intentando escapar de su amarre. En un movimiento rápido, Goryn arrancó al ave de su rostro y partió su frágil cogote.

Kylee recordó un fragmento de la *Guía para el avistamiento y la captura del águila fantasma* de Ymal el Tonelero: «... cuidado a vuestras propias aves, porque el águila fantasma ve el respeto que les mostráis a todas sus hermanas aviarias y cuenta dobles las ofensas

contra ellas».

El águila fantasma arremetió ahora contra ellos, y los tres asistentes gritaron y salieron corriendo hacia la cuesta, mientras que Goryn, chillando, se arrojó al suelo. El águila, sin embargo, no atacó. En vez de eso, se lanzó por sobre su cabeza y voló alto, batiendo sus poderosas alas para captar el viento y planear y circunvolar tan alto que ya no pudieron verla.

—¡RIIIII! —Su chillido les avisó que no se había ido lejos, sino arriba.

Brysen alzó la mirada hacia su hermana desde el suelo, con lágrimas en los ojos.

—*He volado* —dijo.

—Lo sé —respondió ella, al borde del llanto como él y casi riendo de alivio—. Maldito comelodo, ¿cómo sabías que el águila te atraparía?

—No lo sabía —comentó Brysen, sus ojos azules como un lago quieto y apenas un destello de travesura, el tipo de travesura a medio planear que siempre lo llevaba a tener problemas—. Pero sabía que tú lo harías.

Él la abrazó durante mucho tiempo y ella lo ayudó a levantarse, antes de que Nyall rompiera el silencio.

—Entonces... ¿qué hacemos con él? —preguntó este, señalando a Goryn, que aún estaba acostado en el suelo, temeroso. Intentó ponerse de pie cuando vio que todos lo miraban y se dio cuenta de lo solo que estaba ahora. Tenía el rostro arañado y sangriento, y se había orinado encima.

—Hice lo que creí que tenía que hacer para salvar Seis Aldeas —

les explicó—. Los kartamis están en camino, y si creéis que podéis detenerlos... —Negó con la cabeza—. Y Brysen... Brysen... Dymian era un perdedor; todos lo sabían. Estás mejor sin él.

Kylee estaba de acuerdo con Goryn solo en ese punto, pero dejó que Brysen contestara. No le correspondía decirle qué sentir o cómo hacer el duelo.

—¿Me estás pidiendo que te perdone? —Brysen se mofó—. ¿Estás *suplicando* mi perdón?

El joven se dejó caer de rodillas, sostuvo las manos sobre su pecho con el saludo alado y rogó.

—Depende de ti. —Brysen se volvió hacia Jowyn—. Es *tu* hermano.

Ante eso, la cabeza de Goryn se disparó hacia Jowyn, se le arrugó la frente. Estudió al extraño chico blanco con la piel dibujada. Goryn negó con la cabeza.

—No eres él. Jo no se veía como...

—Soy yo, Gor —aseguró Jowyn—. Sobreviví. Crecí.

De repente, lo reconoció. Goryn vio más allá de los cambios que habían provocado la savia, el tiempo y la tristeza. Vio a su familiar. Jowyn asintió. Fue entonces cuando Kylee notó que el chico estaba sosteniendo una piedra.

—Nadie te culparía si quisieras romperle la cabeza —dijo Brysen—. Aunque pensé que habías jurado dejar la violencia.

—No puedes quitar una vida si no has dado una. —Jowyn citó el mantra de las Madres Búho—. Pero te di la tuya. —Levantó la roca, los músculos de su brazo se flexionaron—. Me he ganado el derecho a quitarle la suya.

—Jo... —murmuró Goryn—. Jo... Jo... Jo...

—Pero tú no eres así —expresó Brysen con suavidad, caminó hasta Jowyn y le puso la mano en la muñeca.

Jowyn lo miró.

—No estoy seguro de quién soy aquí.

—Bueno, tienes tiempo para averiguarlo —sugirió Brysen.

—Espera un momento, chico búho. Si no le rompes la cabeza, hay una recompensa por ella. —Vyvian se empujó por encima del último saliente hasta la cima del acantilado, sudada y cubierta de polvo—. De quien en verdad me emplea. —Vyvian ahora tenía dos monederos de bronce en el cinturón, una con el emblema Tamir y otro que tenía un sello kyrgio.

Kylee entornó los ojos hacia su amiga, después miró hacia abajo, al patio de Pihuela Rota y vio una comitiva de soldados que entraban en fila. Cuando volvió a observar a Vyvian, Yval Birgund, el consejero de defensa del Castillo del Cielo, se empujaba por encima del borde a la cima del acantilado, con seis soldados jadeantes en una fila por detrás. La última en subir, pero la menos agitada, fue Üku, la Madre Búho.

El consejero de defensa miró el cielo azul profundo y protegió sus ojos mientras lo escaneaba en busca de la sombra del águila fantasma.

—Aún está aquí —afirmó Üku. No tenía un búho con ella y sus ojos observaban a Kylee, no al cielo—. Esperando —agregó.

—No eres bienvenida aquí —le dijo Kylee, preguntándose si podría llamar al águila y hacer que la gente de Yval saliera corriendo, como había hecho la de Goryn.

—La has intrigado, Kylee —comentó Üku—. Eso es más de lo que puede lograr la mayoría. Pero no creas ni por un instante que has ganado su obediencia o que la has amansado de alguna forma. Sin embargo, pese a lo que hiciste en la montaña, continuó dispuesta a enseñarte lo que puedo.

—Ya tienes mi respuesta —contestó Kylee.

—Sí. —Üku asintió mientras fruncía el ceño—. Y nos costó caro. Esperábamos que lo reconsideraras.

Ante eso, los soldados de Yval se giraron y acarrearón a una última persona desde un declive detrás de un arbusto. Sus tobillos y muñecas estaban amarrados, para hacer que fuera imposible que escapara. Kylee y su hermano se tensionaron al ver quién era: su madre, amarrada y amordazada y un poco magullada tras ser arrastrada hacia arriba por el acantilado rocoso.

—Lamento el trato brusco —se disculpó Yval Birgund—, pero sus sermones se volvieron demasiado pesados.

—Soltadla —espetó Kylee. Con una ligera inclinación de la cabeza, la expresión del hombre cambió y le recordó que era un alto kyrgio de Uztar y ella, una chica aldeana cuya utilidad era lo único que mantenía vivos a ella y todos los que amaba—. Señor —agregó, con un saludo contra el pecho.

—Tiene suerte de que no le arrancara la cabeza —respondió él—. Cuando llegamos, sus plegarias sonaban muy parecidas a las blasfemias kartamis.

—Es que ella está consagrada a la vieja religión —explicó Brysen—. Ella nunca *haría* nada al respecto.

—Su lealtad familiar es admirable —les dijo Yval a ambos—. Me

pregunto lo lejos que llega.

—No le hagáis daño —pidió Kylee—. Es inofensiva. —Su madre era problemática y estaba algo loca, pero era la única madre que Kylee y Brysen tenían.

Yval se relamió los dientes.

—No importa demasiado lo que haga con ella. Está en peligro, al igual que tu hermano, tu novio... —con el rabillo del ojo, Kylee juraba haber visto a Nyall sonreír—... y todos los que conoces. Los kartamis están abriéndose camino hasta Seis Aldeas. No tardarán demasiado tiempo. Nuestro Concilio ha tardado en ver la amenaza y organizar una respuesta. Nos gustaría que fueses parte de esa respuesta ahora. Ven con nosotros, entrena en el Castillo del Cielo para liderar un nuevo batallón, distinto a todo lo que nuestros enemigos han visto, y tú, tu madre, tu hermano y tu aldea estaréis protegidos.

—¿Y si me niego? —preguntó Kylee.

Uno de los soldados de Yval apoyó una alfombra y una bolsa. Miró a Brysen durante un instante de puro desdén antes de comenzar a sacar los contenidos de la bolsa y colocar cada elemento cuidadosamente en fila sobre la alfombra.

Cráneos.

Uno por uno, extrajo resplandecientes cráneos de halcones y gavilanes y los colocó en una fila. La madre de Kylee gimió. Ver un saco de cráneos de aves debió ser profundamente ofensivo para ella. Los pájaros muertos habían provocado una respuesta más grande que ver a sus propios hijos maltrechos y ensangrentados, como ciertamente estaban. De cierta forma, igual que Vyvian con

su espionaje, la madre de Kylee era fiel a sí misma y a su fe. No había sorpresas en esa mujer, por mucho que Kylee a veces quisiera que las hubiese.

—Los kartamis vaciarán el cielo —advirtió Yval—. Ese es el objetivo que declaran, pero no se limitan solo al cielo.

El servidor comenzó a sacar cráneos más grandes de la bolsa. Cráneos humanos. Los colocó en línea, cinco y después diez. Se quedó sin sitio en la alfombra y comenzó a apilarlos en pirámide. Había quince ahora, y seguían amontonándose.

—Los kartamis atacaron una caravana de caza que había tomado un camino pausado hacia el mercado —explico Yval—. No dejaron a nadie vivo, ni siquiera a uno de nuestros kyrgios. —Veinticinco cráneos. Treinta—. Ni siquiera perdonaron la vida de su hijo. —Entonces, un pequeño cráneo humano, el de un niño—. Para cuando llegó nuestra cohorte, los buitres habían limpiado los huesos.

Kylee pudo sentir que Nyall se ponía tenso a su lado. Brysen —notó ella— no había soltado la muñeca de Jowyn.

—Continuarán con sus matanzas hasta que los detengamos —sostuvo Yval—. Y tu renuencia a matar no te salvará.

—¡RIIIII! —El águila chilló desde su altura invisible y todos se sobresaltaron.

O ellos te matan o el águila fantasma lo hará, pensó Kylee. No podía imaginarse que la criatura la obedeciera, no podía imaginarse llamándola voluntariamente a que viniera a su lado o enviándola a destrozar a sus enemigos. *Podía* imaginar con facilidad que sus garras se volvían contra ella en el momento en que perdiera el

control.

No puedo hacer esto, quiso decir y aunque sabía que el águila estaba en su cabeza, el pensamiento no dejaba de ser cierto.

Pero los rostros adustos desplegados detrás de la pila de cráneos la miraban con esperanza. Eran mujeres y hombres serios, cumpliendo su misión, pero todos tenían miedo. Miró a Vyvian, su amiga en ocasiones, y ella también parecía asustada. Abajo en el pueblo, los chicos riñeros estaban amontonados en la entrada de Pihuela Rota. Otros habían huido del patio para esconderse en sus carpas de mercado o se habían refugiado en sus casas.

Tenían tanto miedo del águila fantasma como ella, y no entendían qué era lo que Kylee podía hacer ni cómo podía hacerlo —ella tampoco—, pero de todas maneras esperaban que los ayudara.

Ella quería decir que no. Era buena con el «no». Había pasado toda su vida diciendo que no, intentando proteger a su hermano, alejando a Nyall, poniendo los ojos en blanco ante la última aventura de Vyvian o la última payasada de Nyck. No quería dejar este lugar, su hogar. Le encantaba el olor que salía de las cocinas y cómo las laderas se volvían rosas al atardecer. Cómo podía salir de su casa, caminar cliqueando por el sendero de piedras y en poco tiempo estar escalando la pared vertical de piedra, observando la corriente del Collar hacia las praderas y el desierto.

No quería irse.

—El tiempo es escaso y el viaje al Castillo del Cielo necesita muchos días —dijo Yval—. Debemos irnos.

—No sé si puedo hacer esto —respondió Kylee, y esperaba que

Yval discutiera con ella, pero fue Brysen quien habló desde atrás de ella.

—Puedes hacerlo —le dijo—. Y necesitamos que lo hagas. Yo necesito que lo hagas.



37

Brysen le sujetó de la mano.

—Es como tú dijiste, es tu destino el que está ligado al águila fantasma, no el mío.

—No creo en el destino —respondió ella.

—Bueno, yo sí. Y quizás el mío no sea ser un gran héroe. Quizás el mío sea patearte el culo hasta que *tú* lo seas.

Ella negó con la cabeza.

—Mira, Ky —continuó él—. Tú me seguiste a la montaña para protegerme. Dos veces. Esto no es diferente. Cada cráneo en esa pila era una persona que necesitaba protección. No tuvieron la suerte de tenerte para que cuidaras de ellos, pero yo sí. Creo que debería compartir mi suerte. Creo que debes hacer esto. Creo que puedes salvarnos a todos.

—Haré las cosas más fáciles —gruñó Yval, interrumpiéndolos. Ordenó un intercambio. Su madre, aún amarrada y amordazada, fue empujada hacia ellos mientras un grupo de soldados rodeaba a Goryn Tamir. Le pusieron una capucha en la cabeza y amarraron sus brazos para que quedaran pegados a sus lados como un halcón cautivo, antes de levantarlo—. Kylee vendrá con nosotros ahora.

Dos de los soldados de Yval se movieron para sujetar a Kylee con

la misma brusquedad, pero Brysen se quedó a su lado.

—Él se queda —ordenó Üku, señalando a su hermano con un dedo musculoso—. Kylee debe aprender a controlar sus palabras sin él.

—No dejaré a mi familia —ladró Kylee—. Ahora alejaos o llamaré al águila.

—Si supieras cómo, ya lo habrías hecho —dijo Yval, aunque lanzó una mirada nerviosa hacia Üku. Ella asintió levemente; él estaba en lo cierto. Ella no tenía esa clase de control.

—No iré sin mi hermano. —Miró a su madre, suspiró—. Ni sin ella —agregó.

—No —respondió Üku.

—Sé razonable —pidió Yval, pero no a Kylee.

—¿Razonable? —gruñó Üku y luego empujó a uno de los soldados hacia Brysen—. Atácalo —ordenó.

—Detente —dijo Kylee.

—Hazlo —insistió Üku. El soldado miró a Yval, que asintió su permiso.

—No —exclamó Kylee, mientras Brysen se preparaba para otra pelea y el soldado iba a hacia él—. ¡Detente!

—¡RIIII! —El águila fantasma chilló en el cielo. Kylee no había hablado, ni siquiera había comenzado a formar un pensamiento o una palabra para dirigir al águila, pero ante su chillido, el soldado se paralizó, atemorizado. Negó con la cabeza, comenzó a retroceder.

—No —dijo—. No, no, no, no, no, no... —Y entonces, tropezó.

El soldado cayó por el borde del acantilado, gritando hasta su

muerte, antes de que Yval pudiera ayudarlo. Los hombros del consejero de defensa se hundieron cuando miró hacia abajo a las arenas de riña.

Le importan sus soldados, pensó Kylee. Es bueno saberlo.

—No le pedí que hiciera eso —dijo ella.

—El águila sabe lo que su hermano significa para ella —explicó Üku—. Mientras estén juntos, ella y, por lo tanto, el águila también, estarán ligadas a sus pasiones. No será seguro.

—Las guerras nunca son seguras —señaló Yval.

—No será eficaz —insistió Üku.

—No será eficaz si ella se niega a venir —respondió Yval—. ¿Me estás diciendo que no puedes entrenar a alguien que quiere a su familia? Lo que llamas sabiduría entre las Madres Búho deja mucho que desear.

—Lo que llamamos sabiduría es la única esperanza que *vosotros* tenéis de sobrevivir, así que si fuera tú, ¡no cuestionaría mis métodos ni mis requisitos!

—Cuestiono a quien quiero bajo mi mando.

—Yo *no* estoy bajo tu mando, kyrgio Yval Birgund, y harías bien en recordarlo.

Mientras Üku y el kyrgio discutían, Brysen se giró hacia Kylee.

—Creo que deberías ir sin mí —dijo—. Aprende lo que tus palabras pueden hacer.

—¿Qué? —Kylee se resistió—. No.

—Has visto lo que acaba de pasar —insistió Brysen—. Quizás la Madre Búho tiene razón. Quizás yo... —Apartó la mirada de ella—. Quizás sea un obstáculo en tu camino.

—No lo eres —respondió ella—. Solo he hecho lo que puedo hacer por ti. Necesito que estés conmigo para esto.

—Pero quizás no deberías —dijo Brysen—. Quizás sea hora de que lo descifres por tu cuenta.

—Pero ¿qué pasará contigo? —Su voz se rompió; tenía la garganta seca como el viento del desierto.

—Al menos estaré en donde Shara me pueda encontrar.

Brysen se encogió de hombros, pero ella pudo ver que su corazón se volvía a romper. Él le estaba diciendo que se marchara, pero no quería que ella se fuera. ¿Cómo podía dejarlo ahora, cuando él había perdido todo lo que creía amar? ¿Cómo podía pedirselo?

—Hazlo —dijo él—. Estaré bien.

Era un mentiroso, pero también tenía razón.

Kylee aún no sabía cómo hablar la lengua hueca, al menos no lo bastante bien para luchar contra un ejército, no lo bastante bien para proteger Seis Aldeas. No lo bastante bien para doblegar a estos kyrgios y tiranos a su voluntad.

Pero podía aprender.

Y una vez que aprendiera, ningún Tamir o kyrgio o Madre Búho o guerrero-cometa kartami sería capaz de darle órdenes. Ella podría proteger a los que amaba y destruir a cualquiera que los amenazara. Ella sería la que tendría poder y solo ella podría blandirlo. Una mujer que controlara a un águila fantasma sería venerada. Podría comandar ejércitos y decidir el destino de dinastías. Podría aplastar una rebelión o iniciar una. Si quería, podría regir.

No le importaba si estos pensamientos eran suyos o del águila

fantasma. El pico y la garra cortan por sus propias razones, el conejo corre por las suyas. Los kyrgios del Castillo del Cielo no necesitaban saber por qué iba con ellos, pero cuando lo hiciera, ella sería la que decidiría su propio destino.

Regresaría con Brysen y regresaría con poder. El suficiente para ambos.

Ella asintió y Brysen sonrió entre lágrimas.

—¡Serás condenada! —maldijo su madre, tras finalmente librarse de su mordaza—. Ningún humano debe unirse a una rapaz como el águila fantasma. Y tú tienes demasiado de tu padre en ti para tener éxito. Encontrará una forma de destruirte, como lo hace con todos. Su lealtad es con el cielo y si intentas hacerla bajar, te castigará.

—¿Qué sabes tú de castigo? —le ladró Kylee—. Mirabas hacia otro lado cuando llegaba a nuestra casa. Nunca jamás protegiste a Brysen. ¿Por qué lo intentas ahora? ¿O estás intentando proteger al águila y no a tus propios hijos?

—Eres demasiado parecida a tu padre —repitió su madre, con ojos enrojecidos y furiosos.

—No lo soy —dijo Kylee.

—La violencia que has desencadenado dice otra cosa. —Su madre escupió con desprecio—. Has derramado más sangre que él.

—Cállate —espetó Kylee.

—Te convertirás en él. Disfrutarás del dolor de aquellos que no puedan hacerte frente y cuanto más poder creas tener, más serás como él. Nunca escaparás a su sombra. Te convertirás...

—¡Cállate! —Brysen la silenció con un puño en alto frente a su

cara y con la otra mano en su cuello. Ella se quedó helada, conmocionada, y él también. Aunque tenía el puño en alto, parecía más asustado que ella y le temblaba la mano en el aire. Todo lo que jamás había conocido del amor eran heridas y nadie podría culparlo si la golpeaba, pero alguna otra parte de él, la parte sensible que ninguna violencia podía tocar, se alzó en él y se quedó en su mano. Todas las cosas estaban ligadas a sus opuestos. El halcón no siempre ganaba contra el ratón y la brutalidad no siempre conquistaba a la suavidad. Pocas veces era celebrada, pero a veces la suavidad ganaba. A veces el depredador se iba con hambre.

Brysen soltó el cuello de su madre. Bajó el puño. Su rostro se ablandó y habló casi en susurros.

—No puedes hablarle a Kylee así —le dijo—. No puedes hablarle así nunca más.

Su madre intentó formar palabras, pero la boca se le quedó abierta. También ella solo había conocido lo hiriente en el amor. Brysen había logrado sorprenderla. Se había sorprendido a sí mismo.

—¿Bry? —lo llamó Kylee.

—Estoy bien —respondió él, aún mirando con sorpresa a su madre, con una especie de enfado sereno—. Creo que ella y yo estaremos bien.

Su madre bajó la vista al suelo y murmuró sus plegarias. Los ojos azul cielo de Brysen eran claros como un día despejado.

—Sean quienes sean los que vengan, los que se quedan, el momento de irse es ahora —ordenó Yval. Comandó a sus tropas

para que se movieran y sus servidores hicieron señas a Kylee para que se uniera a ellos.

—Iré contigo, Ky —se ofreció Nyall—. Alguien tiene que cuidar tus espaldas mientras salvas nuestros pellejos. Además, siempre he querido conocer el Castillo del Cielo.

—Es una guarida de asesinos y ladrones —interpuso Vyvian—. Te comerán vivo.

—O quizás se enamoren perdidamente de un chico sincero. — Soltó una sonrisa con hoyuelos y Üku gruñó.

—¿Objeciones? —preguntó Yval Birgund.

—No sobre él —dijo Üku—. Es inofensivo.

Nyall se mordió la lengua. No se estaba ofreciendo a ir porque quería ver el Castillo del Cielo, pero de todas formas Kylee se alegraba de que un amigo fuese con ella. Era egoísta de su parte dejar a Brysen sin su mejor amigo, pero la pura verdad era que ella tenía miedo y no quería ir sola. Además, sabía que Nyall podía estar lejos de ser inofensivo. Nunca hacía daño tener a un joven riñero a tu lado.

Brysen le hizo un gesto con la cabeza para indicarle que estaba bien, que él estaría bien. Ella deseó con fuerza que tuviera razón.

Bry y Nyall se hicieron el saludo contra el pecho, que era lo más cerca que estarían de una despedida con lágrimas, aunque ella vio que Nyall le lanzaba una mirada pícaro a Brysen y después echaba una mirada rápida hacia Jowyn. Brysen negó con la cabeza, pero sus ojos se quedaron en el chico espectralmente blanco.

Quizás vaya a estar bien después de todo. Kylee intentó dejar que su corazón lo creyera. Abrazó a su hermano en ese momento. Con sus

corazones cerca y sus cabezas juntas, Brysen susurró una advertencia:

—Ten cuidado... y no solo con el águila. —Miró al consejero de defensa y a Üku, frotó la costra de sangre en su muñeca—. Son tiranos.

Kylee sintió que se le cerraba la garganta. Su boca de repente sabía a aserrín. Nunca imaginó que ella sería la que abandonaría Aldeas, ciertamente no sin él. Brysen había estado listo para volar desde el momento en que aprendió a caminar, mientras que ella nunca había querido otra cosa que no fuese un lugar seguro al que llamar hogar.

—Tú también ten cuidado —le pidió ella a Brysen. Dio unos golpecitos a su hermano en el esternón, sobre su corazón—. Tienes tu propio tirano del que protegerte.

Él rio y la miró con los ojos mojados. Había tantas cosas que ella quería decirle: advertencias y consejos y disculpas y preguntas.

—¡RIIIII! —Un chillido llegó del cielo. Esta vez, cuando todos se sobresaltaron, Kylee y Brysen se quedaron perfectamente quietos, como si no hubiese nadie más en el mundo.

—Tienes la atención del águila —dijo él—. ¿Realmente crees que te seguirá todo el camino hasta el Castillo del Cielo?

—Parte de mí tiene la esperanza de que no —respondió ella—. Así que estoy segura de que lo hará.

—¿Me prometes algo? —Brysen le preguntó—. Sin importar lo que pase, vuelve a mí.

—Lo haré —le dijo ella—. Hasta que lo haga, mantente a salvo. No hagas nada imprudente.

—Estaré a salvo —prometió Brysen, que dejó la última parte fuera, porque ¿quién era él sin un poco de imprudencia? Pero el corazón de esta promesa, ambos sabían, era irrompible. Había un lazo invisible que los unía. Ambos eran el halcón, ambos el cetrero.

Ella dio media vuelta y se unió a los soldados que iban abriéndose camino en fila por un estrecho camino que bajaba desde la cima del acantilado, hasta que se unieron al resto del batallón, que marchaba a través del patio de Pihuela Rota. Kylee miró atrás por sobre su hombro mientras se iban, vio a su hermano parado sobre el saliente justo sobre el mural pintado con los halcones en lucha. Contra su pecho, su hermano hizo el saludo alado. Ella le devolvió el gesto y luego la fila atravesó la carretera que cruzaba el mercado.

Tenían una ardua marcha por delante, que la llevaría más allá de lo que jamás había conocido, y Kylee no tenía idea de lo que podía encontrar cuando terminara. El viento del mundo era salvaje y se burlaba de las expectativas de la humanidad. Pero no era el viento lo que te llevaba. Era la flexión del ala y la extensión de las plumas. Lo lejos que podías volar y cómo regresar a casa dependía de ti.

AGRADECIMIENTOS

La mentira más atroz que dice una novela es el nombre del autor, solo, en la cubierta. Este libro no existiría sin el trabajo, la inteligencia, la energía y la generosidad de una bandada de profesionales, artistas, amigos y familiares, que le prestaron sus talentos al mundo que creé.

Primero, gracias a Grace Kendall, mi editora, por motivarme con este proyecto desde el principio, por haber peleado por él y luego por haberme sacado del nido —fue difícil— para pulir este manuscrito. Lo prometo, la mayoría de las cosas que funcionan en esta historia son gracias a sus preguntas editoriales afiladas y de gran corazón; mientras que todo lo que falla en esta historia es totalmente por mi culpa. También quiero agradecer a Nicholas Henderson, quien me ayudó a entregar este manuscrito en tiempo y forma, por su ayuda constante; a la vista de águila de Kayla Overbey en la instancia de correcciones, quien puso en orden este mundo caótico y ayudó muchísimo a esclarecer mis pensamientos. En serio. Todos deberíamos estar agradecidos de tener una correctora con sus habilidades. También, gracias a la diseñadora, Elizabeth H. Clark, por esta hermosa cubierta que me hace ver mucho más guay de lo que cualquier autor merece.

Gracias al resto del equipo de FSG/Macmillan Children's Books

—los publishers, publicistas, al equipo de producción y al equipo de marketing para escuelas, bibliotecas y conferencias. Gracias a los representantes de ventas y a la gente del almacén. Todos trabajaron muchas horas con poca algarabía para conectar a los lectores con el libro adecuado en el momento adecuado. Estoy agradecido por todo el esfuerzo que han hecho por mí.

Nunca podría haber mantenido mi carrera autoral sin los consejos y el apoyo de mi agente editorial (quien ya lleva más de una década trabajando conmigo), Robert Guinsler. Él me ha traído mucho más que contratos, y estoy agradecido por encontrar un amigo y un aliado en él. Ah, cierto, también evitó que me comiera un halcón en el campo de Pensilvania, algo que va mucho más allá de las tareas de un agente literario.

Para crear una historia sobre cetrería plausible, conté con los consejos expertos del Maestro Cetrero Mike Dupuy, quien se tomó el tiempo de presentarme algunas aves de caza y de responderme infinitas preguntas sobre todo tipo de cosas: desde la comida hasta los accesorios para los halcones. También tuve los comentarios (¡y un viaje de campo!) de la librera Emily Hall, quien ahora es la dueña de Main Street Books en St. Charles, Missouri, pero que solía trabajar en el Santuario World Bird. Si alguna vez necesitas una librera independiente que conozca rapaces, ella es la persona indicada. Estoy agradecido de conocerla.

También quiero agradecer a algunos autores que me sorprendieron, ya sea respondiendo un e-mail o dándome algunos consejos clave para mi manuscrito y me apoyaron cuando lo necesitaba: Brendan Reichs, Marie Lu, Veronica Roth, Kendare

Blake, Fran Wilde, Mackenzi Lee, Dhonielle Clayton, Katherine Locke y Adam Silvera. Por más bastas y variadas razones de las que puedo enumerar, estoy muy agradecido. Y vuestros libros son maravillosos.

También quiero agradecerles a los maestros, bibliotecarios y librereros que me han apoyado más de lo que merezco y más de lo que puedo agradecerles. Son demasiados para nombrarlos aquí, pero es un orgullo y un honor para mí.

Quiero agradecerles a mis padres, que no fueron inspiración para ninguno de los padres que aparecen en este libro, cuya bondad y fe en mí han hecho posibles las buenas cosas en mi vida.

Por último, gracias a mi esposo, Tim, lo mejor en mi vida. Quizás, la segunda mejor persona en mi vida para cuando este libro haya salido. Irónicamente, él odia las aves. No estaría en ningún lugar si no fuera por él y no puedo imaginar otro mejor amigo o pareja para volar en este viento salvaje. Como nuestra multitud es cada vez más grande, le agradezco por ser mis alas y permitirme ser las de él. Siempre.

¿TE GUSTÓ ESTE LIBRO?

Escribenos a

puck@edicionesurano.com

y cuéntanos tu opinión.

ESPAÑA



/MundoPuck



/Puck_Ed



LATINOAMÉRICA



/PuckLatam



/PuckEditorial

¡Gracias por vivir otra
#EXPERIENCIAPUCK!

PUCK

